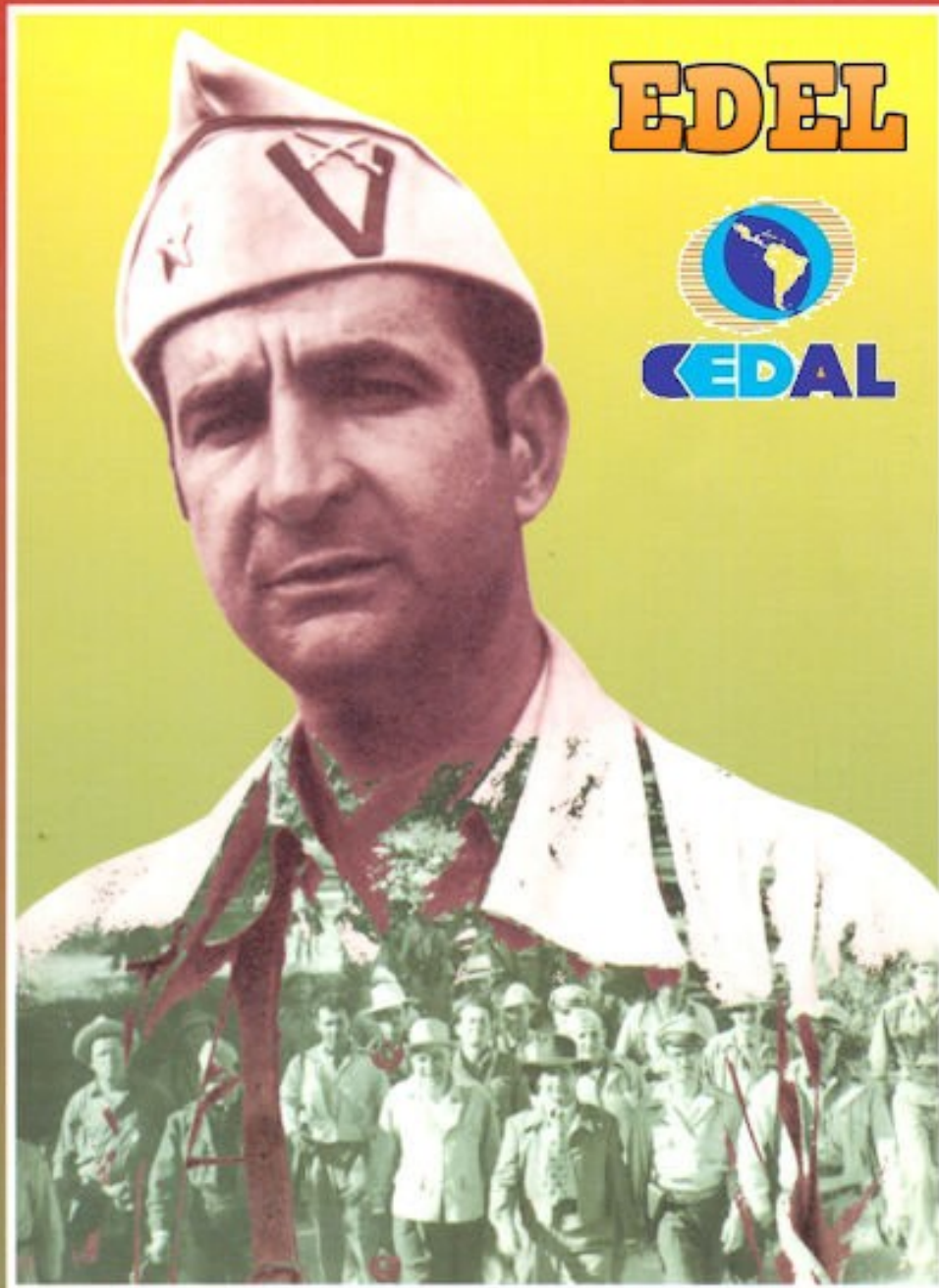


TOMÁS GUERRA

**JOSÉ FIGUERES
Y LA JUSTICIA SOCIAL**



TOMÁS GUERRA

**JOSÉ FIGUERES
Y LA JUSTICIA SOCIAL**

*La presente edición digital fue patrocinada por
CEDAL (Centro de Estudios Democráticos de América Latina)*

Versión 1.02 EDEL – Editorial Electrónica

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>

El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

ÍNDICE

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

Primera Parte

DEL MOVIMIENTO CONTINUO

A LA LUCHA SIN FIN

I. LA REVOLUCIÓN VIABLE

El ámbito centroamericano

La situación de Costa Rica

Significado de Calderón Guardia

Una revolución pragmática

El cascabel más difícil

La desmilitarización de la política

La historia heroica

Actitudes constructivas

Aportes

II. LAS BASES DE UNA PERSONALIDAD

La España del ancestro

La Costa Rica del futuro

Primeras influencias

El debate ideológico

El debate y la acción política

III. EN BUSCA DEL HOMBRE DEL RENACIMIENTO

De la realidad a la utopía

"Centro América en la cruz"

Una "nueva armonía" entre la realidad y las aspiraciones

Del movimiento continuo a la lucha sin fin

Segunda Parte

DE LA EMERGENCIA

A LA INSURGENCIA

IV. LOS GÉRMENES DEL CAMBIO

Una experiencia que recordar

De la utopía a la dura realidad

V. LAS PREMISAS DEL COMBATE

La realidad del conflicto
¡A poner orden en casa!
El alma de las palabras
La alianza imposible
Pensar siempre lo que se hace

VI. LA LARGA GESTACIÓN

Pertrechando las ideas
El eslabón más débil
la cadena de tiranos
El espíritu del socialismo espiritual
recorre centroamericana
El espíritu que encarnó en una legión

VII. EL PRELUDIO DE LA GUERRA

El peso de la responsabilidad

VIII. OTRO FANTASMA RECORRIENDO CENTRO AMÉRICA

Las academias no enseñan la revolución
El bando gubernamental
La coyuntura internacional

Tercera Parte

LA GUERRA COMO LA POLÍTICA EN ARMAS

IX. ¡LA INTELIGENCIA A LAS ARMAS!

El plan estratégico
Las acciones
Las proclamas
Una capitulación sin derrota

X. LA DEFINICIÓN POLÍTICA

Cuarta Parte

LAS BASES TEÓRICAS DE UN SISTEMA REAL

XI. EL FIN DE LA UTOPIÍA

El costo de la guerra

La nacionalización de las oportunidades
El nudo gordiano de la pobreza
La República de Figueres
La desmilitarización de la política

XII. LA CONSTITUCIÓN DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

Las cuatro orientaciones
Los principios fundamentales
Los rasgos del modelo
Una diferencia histórica

Quinta Parte

PROYECCIÓN LATINOAMERICANA

XIII. LA REVOLUCIÓN EN EL TRASPATIO

Posición frente al coloso
Nacionalizaciones sin estridencia
La revolución posible

XIV. LA IZQUIERDA ANTITIRANOS

Muchos puntos entre dos líneas
El Banco Mundial de los alimentos
La primera batalla continua
La invasión desde dentro

XV. LOS ESCUPITAJOS DE AMÉRICA LATINA

En nombre del subcontinente
El milagro irrepetible
La Izquierda Democrática frente a la isla
La ruptura

XVI. LA DIFÍCIL MEDIACIÓN

La única manera: atacando la causa
El turno de Trujillo

Sexta Parte

POR UNA PAZ VERDADERA

XVII. LAS REVOLUCIONES INEVITABLES

Por la justicia social internacional
La paz necesita algo más que razones
La paz y la lucha reconcilian

XVIII. LA PAZ DE CENTRO AMÉRICA COMO ESFUERZO SUPREMO

Otra vez "presión y disturbios"

La paz bien vale el prestigio

Diálogo o destrucción: he ahí el dilema

XIX. OTRA HISTORIA PARA COMPARAR

EPÍLOGO

BIBLIOGRAFÍA

PRÓLOGO

Es ya un lugar común para quienes conocen, siquiera sea superficialmente, la historia política reciente de Costa Rica el afirmar que José Figueres Ferrer, el popular don Pepe, es la figura nacional más influyente de la segunda mitad del siglo XX. Su nombre y su huella están por todas partes. Más que alguien que hizo esto o aquello — y no hay duda que hizo mucho, muchísimo— fue alguien que creó una atmósfera integral donde los costarricenses todavía respiramos aún sin percatarnos de ello. Más que crear los objetos que pueblan el espacio que vemos, Don Pepe nos dio el ángulo desde el cual lo contemplamos. Esa es la clave sintáctica y gramatical que nos permite leer el texto de la historia, que hemos escrito los costarricenses desde los inicios de la década de los cuarenta.

Por eso, para entender a Costa Rica, para descifrar su originalidad, aquello que la distingue de los otros países del sub-continente latinoamericano —no por casualidad se ha dicho que Don Pepe ha sido el último caudillo popular de la historia latinoamericana— la clave hay que encontrarla en este "catalán de San Ramón", como él mismo se autocalificaba, primogénito de un hogar de emigrantes catalanes encabezado por un médico joven y prestigioso, que no temió iniciar su vida profesional en zona rural.

Pequeño de estatura pero de rasgos, gestos y voz enérgicos, de grandes y hermosos ojos azules, engarzados en un rostro evidentemente europeo, Don Pepe ha encarnado la Costa Rica intelectual y agraria que lo hace el gobernante menos oligarca", socio-cultural e ideológicamente hablando, de musirá historia política. Impulsor de todas las transformaciones revolucionarias de los últimos decenios, él fue el artífice de ese prodigio que hizo posible que Costa Rica emergiera de todos esos procesos históricos más democrática que nunca, convirtiéndose, así, en modelo de estabilidad política para todo un continente y más allá.

¿Quién y cómo se logró ese espacio de "milagro" histórico? Sólo recorriendo con mirada analítica gracias a una sólida formación en ciencias sociales y políticas, al mismo tiempo que estando dotado de una pluma de periodista seria y ágil a la vez, se puede intentar con posibilidades reales de éxito salir adelante en ese desafío. Dentro de la abundante bibliografía destinada a la figura de don Pepe y a los hechos del 48, sólo el periodista y analista político Tomás Guerra —profesor universitario de origen salvadoreño pero radicado en nuestro medio desde hace varias décadas- lo ha logrado que yo sepa.

El ensayo José Figueres y la Justicia Social que hoy sale publicado gracias a la acuciosidad del Director de EDUCA, Sebastián Vaquerano, otro salvadoreño radicado en Costa Rica, es tanto una biografía de Don Pepe, como un ensayo de análisis político sobre un pensamiento y su obra de gobernante. Especie de crónica de una época, escrita con pasión y objetividad a la vez, la obra que el lector tiene en sus manos posee el auténtico mérito de mantener su interés a través de sus páginas.

Ciertamente su énfasis mayor está en destacar la novedad "revolucionaria" del pensamiento y la acción política de don Pepe, lo que hace que se dé una importante laguna, cual es la de pasar por alto su labor durante sus dos administraciones constitucionales, pero no por ello la obra puede ser acusada con fundamento de parcial o incompleta. El autor opta por darle a su ensayo un enfoque actual, que lo hace más una lectura histórico-político a la luz del contexto reciente, que una biografía en el sentido tradicional.

Escrito con la pasión de un admirador de su personaje, el libro de Guerra conserva, sin embargo, la objetividad analítica del científico y la agilidad de escritura del excelente periodista y cronista que siempre ha sido Tomás Guerra. Respecto al tema tratado, el autor mantiene la distancia que requiere un espíritu objetivo, distancia que a Guerra no le es difícil dada su condición de no costarricense. Al ver lo narrado a la luz de una experiencia vivida no nacional, Guerra hace al lector cobrar conciencia de la gigantesca obra llevada a cabo por un personaje que, en razón de su cercanía y familiaridad, nos hace fácilmente olvidar su verdadera grandeza histórica diluyéndola en la anécdota simpática pero intrascendente. El libro está escrito, entre otras razones, para vacunarnos contra el peligro de caer en una tal tentación muy corriente en nuestro medio.

Es por eso que su lectura es instructiva y aleccionadora, tanto para los costarricenses como para los que no lo son, y a medida que agoniza nuestro siglo, su vigencia cobra aún más relieve haciendo que la pasión con que fueron escritas estas páginas, se contagie al lector de manera espontánea. Sólo deseo que esa misma pasión se vea reflejada en estas mis breves líneas, pergeñadas tan sólo con el ánimo de rendir humilde y sincero homenaje al personaje de que trata esta obra.

ARNOLDO MORA RODRÍGUEZ
San José, diciembre de 1997

INTRODUCCIÓN

La primera versión impresa de este libro circuló en octubre de 1987, y fue concebida como un enjuiciamiento crítico a la obra de don José Figueres Ferrer con ocasión de su octogésimo cumpleaños celebrado poco antes.

Tres años después falleció don José Figueres. En los meses siguientes ocurrió la ruptura del muro de Berlín. Sólo un año después, en una ceremonia de media hora, se disolvió la Unión Soviética y con ella el llamado campo socialista, lo que desató un intenso reacondicionamiento del planeta.

Es así que, en la década que han transcurrido desde la primera publicación, el mundo ha sufrido grandes transformaciones y ha entrado en una ruta de desarrollo distinta a aquella que operaba durante la época en que José Figueres era el principal protagonista de la acción política costarricense.

Puede decirse que los cambios más espectaculares se resumen en la caída del sistema socialista y la configuración de un mundo unipolar, marcado por el ascenso de la ideología liberal más o menos actualizada, y caracterizado por un nuevo reparto de los mercados, de las fuentes de materias primas y de las reservas mundiales de mano de obra, lo que se ha dado en llamar la "globalización".

Ahora bien, si se analizan con serenidad, se advierte que esos cambios espectaculares en el ámbito mundial han venido a resaltar los méritos de los planteamientos de don José Figueres y, en muchos casos, a comprobar lo acertado de las soluciones que él propuso hace varios años.

Así, por ejemplo, su tesis acerca de la revolución posible aseguró en su tiempo el éxito de su movimiento de liberación nacional, permitió el establecimiento de la Segunda República y asegura ahora la permanencia de ésta, pese a haberse derrumbado los otros sistemas que trataron de dar soluciones sociales a los problemas sociales. Fuertes movimientos que se trazaron metas similares a las que se fijó Figueres llegaron a realizar mucho menos que él y, además, vieron sucumbir sus esfuerzos.

Respecto de la globalización podría ocurrir algo parecido: que grandes movimientos dispuestos a desafiar frontalmente sucumbieran en su empeño, mientras existen soluciones y planeamientos que don José Figueres proclamó hace décadas y que aún pueden ser eficaces en las nuevas condiciones.

Ese proceso de mundialización caracterizado por la constitución de grandes bloques alrededor de las economías metropolitanas más poderosas, trata incluso de asimilar los sistemas formativos y educativos periféricos para satisfacer las necesidades de esa peculiar forma de maquila impuesta a las economías tributarias.

Es conveniente tener en cuenta que, en estos momentos, el fenómeno se encuentra en su etapa expansiva, pese a lo cual se puede advertir que esta nueva forma de distribuir las hegemonías y las riquezas nada ha planteado para satisfacer las necesidades de los pueblos, ni para resolver los grandes conflictos de la humanidad, ni en el futuro próximo parece ser el sistema que asegure un más justo reparto de la riqueza y un mayor bienestar a las grandes mayorías.

En este nuevo reparto del mundo predomina la tendencia hacia la compra de trabajo en los lugares donde es más barato, y donde al mismo tiempo abundan las materias primas casi regaladas, para luego colocar los productos en los mercados donde se pagan los precios más altos.

Es por ello que la globalización implica una maximización extraordinaria de las ganancias que, por la otra parte, habrá de provocar casi fatalmente una maximización extraordinaria de la explotación y de la pobreza.

Debido a esa tendencia, lo único que la globalización puede garantizar sin dudas, es la exacerbación de los conflictos.

En el afán de acaparar mercados y fuentes de recursos baratos, una vez que haya terminado la etapa expansiva del reparto necesariamente tendrá que venir la etapa conflictiva, con la disputa de los mercados y de las fuentes ajenas. Una vez que se reparta todo lo repartible, tratarán de repartir lo ya repartido.

Por ello, al igual que ha ocurrido con todos los repartos anteriores, la globalización está llamada a desembocar en conflictos nacionales e internacionales cuya magnitud e intensidad estarán en proporción directa con la profundidad que alcance la sobreexplotación de los países pobres por los ricos, y de las poblaciones asalariadas por parte de las empresas grandes.

Parfraseando los conceptos de don José Figueres podría decirse que, si la plancha que la globalización está imponiendo sobre la espalda de los pueblos no logra matarlos, después no podrá contrarrestar la potencia del explosivo comprimido: "si no queréis que ellos os entierren mañana, no los matéis de hambre ahora".

Esas oscuras proyecciones solo podría prevenirse mediante correctivos eficaces, medidas que procuren la superación de esa carrera hacia el monopolio de las fuentes más baratas y de los mercados más ávidos, de manera que se establezca un cierto

equilibrio en la competencia y que se asegure un cierto grado de bienestar a la masa de los países pobres.

Ese correctivos podría ser "el precio de paridad" nacional e internacional, de manera que en cada país el trabajo del campo se retribuya igual que el urbano, y que el trabajo de los países pobres se pague igual que el trabajo de los países ricos, según los términos en que don José Figueres lo propuso hace medio siglo, basado en la tesis de que el comercio justo es la base de la paz, pues es la justicia la que engendra la paz, y no al contrario.

Similares consideraciones pueden formularse respecto de otras soluciones propuestas por el Expresidente para los problemas de su época, soluciones que son tan realistas y creativas que resultan aplicables aun ahora, y quizá hoy con más premura y necesidad.

Una lectura cuidadosa y constructiva de las propuestas figueristas sin duda señalaría varios caminos posibles que urgentemente deben tomar las naciones periféricas si quieren sobrevivir con ventaja al fenómeno arrollador de la mundialización exclusivamente liberal de la economía.

La primera edición de este libro fue patrocinada por la Fundación Friedrich Ebert y correspondió a una iniciativa que impulsaron Helmuth Kurth, Wolfgang Lutterbach, Eckhard Deutscher y Manuel Carballo Quintana.

Dado que por aquella época, la vida y la obra de don José Figueres, se encontraba en el centro del debate debido a su participación en la política centroamericana y continental, el trabajo recogió pocas narraciones de los episodios de la vida del personaje y se centró en el enjuiciamiento crítico de su actuación.

En esta segunda edición se ha tratado de mantener este sentido general, con el fin de exaltar el aporte social y político sobre lo puramente anecdótico.

Por ello, se reseñan solo los hechos indispensables para la comprensión de las consideraciones críticas, y aquellos que le permitan a un lector no informado, o a uno extranjero, comprender la verdadera trascendencia de los hechos. Se trata, pues, de resaltar el aporte histórico, la innovación ideológica y la trascendencia intelectual del personaje, más que resaltar su obra material, que de ninguna manera ha sido pequeña.

El trabajo se basó en entrevistas con don José Figueres y en el análisis de una gran cantidad de escritos, libros, ensayos y obras literarias, parte de una producción amplia y versátil que refleja fielmente su personalidad. Esa obra fue compilada y clasificada en el Centro de Documentación y Bibliografía de la Biblioteca Nacional, en un registro de los escritos tanto de don José Figueres, como de los que se refieren a él, comprensiva de más de dos mil citas de libros, revistas, documentos, folletos y periódicos.

Para la realización de la obra también se tuvo acceso a valiosos materiales del Centro Costarricense de Producción Cinematográfica del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, que comprenden trabajos realizados por Sandra Pisk, Edgar Trigueros, Víctor Ramírez, Ingo Niehaus, Carlos Sáenz; incluyendo valiosas e inteligentes entrevistas realizadas por Víctor Ramírez y Edgar Trigueros, cuyos créditos reitero en esta oportunidad.

También se tuvo acceso a otros materiales y entrevistas inéditas realizadas por jóvenes liberacionistas, gracias a Alfonso Estevanovich.

En términos generales, en esta segunda versión se ha conservado el planteamiento estratégico del trabajo, aunque se ha sometido a una revisión y actualización completa. Se ha conservado el marco cronológico con el fin de resaltar la capacidad de anticipación del Expresidente. En varios puntos, sin embargo, se ha replanteado el enfoque.

En el prefacio de la primera edición dije que, al considerar en perspectiva la trayectoria de José Figueres, tanto en el campo internacional como en el nacional, se confirma que supo cumplir sus pretensiones expresadas en la Segunda Proclama de Dota: nadie podría calificarlo de reaccionario, burgués o retrógrado.

Además, se comprueba la consistencia de sus actos, y la exactitud de su expresión, según la cual siempre pensaba lo que decía y siempre dijo lo que pensaba: anunció, dijo e hizo la revolución que se propuso, la revolución de las capas medias, emergentes, en busca de un lugar en la historia. Nunca ofreció otra cosa, ni podría haber hecho otra cosa con los recursos de que dispuso. El producto de esa revolución es nada menos que la Costa Rica actual, con su régimen un tanto extraño a la región y posiblemente capaz de sobreponerse a la globalización y a la liberalización actuales.

De acuerdo con el plan original, el trabajo se ha dividido en una introducción y seis partes. En aquella se formula el planteamiento general de la obra, una reseña sintética de la significación del personaje, su contexto y su proyección, sobre la base de lo que podrían ser las conclusiones más generales alcanzadas con la investigación.

En la primera parte, siguiendo un hilo cronológico, se consignan aspectos del ancestro familiar y cultural del personaje, y las primera influencias políticas y sociales que intervinieron en su formación.

La segunda parte se refiere a la incorporación de don José Figueres en la vida política y a la gestación del movimiento que habría de llevarlo al primer plano de la acción.

La tercera parte enjuicia la realización bélica de su planteamiento político, en tanto que la parte cuarta sirve para analizar los instrumentos de política económica y social que le sirvieron para fundamentar el sistema de la Segunda República.

En la quinta parte se analiza la proyección latinoamericanista del personaje, para culminar en la sexta parte, en una breve revisión de la lucha que José Figueres desarrolló a favor de la paz, valor éste que, en definitiva, fue el que probablemente le inspiró en todos sus actos públicos: el afán de equilibrar las fuerzas, atender las demandas y respetar los derechos de los demás.

Dentro de esos límites, estimo que el trabajo contiene los elementos necesarios para advertir la vigencia actual del pensamiento y del ejemplo de José Figueres Ferrer y, más aún, para plantear la posibilidad de su estudio con el propósito de enfrentar con algunas posibilidades de éxito, las colosales presiones de la globalización.

EL AUTOR
5 de noviembre de 1997

PRIMERA PARTE

DEL MOVIMIENTO CONTINUO
A LA LUCHA SIN FIN

Capítulo I

LA REVOLUCIÓN VIABLE

La política es el arte de aplicar en cada época de la historia aquella parte del ideal que las circunstancias hacen posible.

Cánovas

Aún ahora, la afirmación de que José Figueres es el Padre de la Costa Rica moderna, provoca reacciones diversas.

José Figueres nació en la ciudad de San Ramón el 25 de setiembre de 1906, mientras en Costa Rica desempeñaba su primera presidencia Cleto González Víquez, a quien se dio en llamar el "Padre de la democracia costarricense". En realidad, según se reconoce, el expresidente González Víquez fue el padre de la democracia liberal, mérito que le fue reconocido mientras predominó el sistema que él contribuyó a crear, y que comenzó a caer en el olvido cuando dicho sistema fue sustituido por otro diferente, que consideraba al Estado como "la organización fundamental destinada a cumplir los fines de la Nación"¹, y a ésta, es decir, a la Nación, como "una entidad histórica y solidaria cuyos intereses privan sobre los particulares"² o sea, donde el interés del grupo pasó a estimarse como preponderante, no con el propósito de anular el interés del individuo, sino como el medio más adecuado para permitir la plena realización de éste.

De esa manera, no fue que Cleto González dejara de ser el Padre de la Costa Rica liberal, lo que ocurrió fue que Costa Rica dejó de ser liberal, para entrar en una nueva etapa de su existencia, etapa que se ha dado en caracterizar como una Democracia Social.

Ese cambio se halla marcado por los acontecimientos revolucionarios de los años cuarenta, dentro de los cuales destacó en primer plano la figura de José Figueres. Es por ello que dicho cambio se encuentra directa e inseparablemente unido a su figura, de manera que la nueva época histórica a la que arribó Costa Rica en esa década, prácticamente fue ocupada por el nombre de José Figueres Ferrer, gestor y fundador de la Segunda República.

EL ÁMBITO CENTROAMERICANO

A principios de siglo, Centro América aún se encontraba dilucidando los antagonismos que el proceso de la Independencia, impulsada por los liberales progresistas, pero cosechada por los conservadores colonialistas, no había permitido resolver.

Desde Philander Knox la hegemonía estadounidense se manifestó en los esfuerzos por pacificar el área, sobre la base de mantenerla situación dada, de división entre las cinco parcelas centroamericanas.

Los paralelos con la era de Chatfield fueron asombrosos. Una poderosa nación de habla inglesa que, como Gran Bretaña, daba por sentada su superioridad racial y cultural, impuso su voluntad sobre América Central, empleando medios similares: el despliegue de fuerzas navales casi constantemente en ambas costas: el desembarco de infantería de marina en ocasiones, para proteger las vidas y las propiedades de sus compatriotas, lo mismo que para apoyar a los gobiernos constituidos; la insistencia en la recaudación de ingresos aduanales y reformas financieras; y la preferencia de regímenes conservadores que representaran a los elementos respetables y respetuosos de la ley en Centroamérica.³

La tutela estadounidense se fundamentó más tarde en la necesidad de proteger el Canal de Panamá, y favoreció el arribo de grandes inversiones, lo que determinó también una creciente dependencia económica de América Central.

En el plano político, la presencia hegemónica de Estados Unidos coincidió extrañamente con la liquidación de los caudillos más destacados, lo que debilitó a la clase dirigente local, que en adelante no podría constituir gobiernos autónomos con base social suficiente. Pero la situación generó en América Latina un marcado espíritu nacionalista.

En la mente de los centroamericanos pesaba mucho la frase con que William Taft resumió su política contra el presidente y caudillo nicaragüense, José Santos Zelaya: "presión y disturbios constantes". Pesaba también el hecho de la intervención directa para imponer en la presidencia de Nicaragua a Emiliano Chamorro, en detrimento de los liberales progresistas.

Otro impacto negativo en la conciencia de los pueblos centroamericanos lo asestó el Tratado Bryan-Chamorro, celebrado con un gobierno impopular y en el cual se comprometieron intereses de Honduras, Costa Rica, El Salvador y Colombia, sin que estos países hubieran tenido participación alguna en las negociaciones.

A raíz de ello, Costa Rica y El Salvador debieron apelar a la Corte Centroamericana de Justicia en demanda de respeto a sus derechos, algunos de los cuales derivaban de los mismos tratados de paz y amistad que años antes había patrocinado Estados Unidos. El fallo de la Corte reconociendo los derechos de los estados

centroamericanos, determinó también el final de aquel aparato en el que muchos habían puesto sus esperanzas para la preservación de la paz en la región.

El nacionalismo surgido frente a aquel proceso se manifestó entusiastamente en las vísperas del centenario de la Independencia. Esa fecha adquirió así un doble significado: el de recordar la ruptura de la dominación española, y el de llamar a defender la autonomía nacional.

Costa Rica, que en términos generales trataba de guardar una cierta distancia respecto de los restantes países del área, también se incorporó al movimiento nacionalista y patrocinó la conferencia unionista de 1920.

Sin embargo, tal entusiasmo se vio abortado por las presiones externas, abiertas o solapadas, y por el sabotaje de las fuerzas internas más conservadoras.

Nicaragua, bajo el gobierno de los Chamorro, se retiró del movimiento unionista, debido a que los restantes países se negaron a reconocer el polémico e inválido Tratado Bryan-Chamorro. El gobierno costarricense, nacido ya en los tiempos del embajador Chase, se negó a reconocer la autoridad del Consejo Federal de Gobierno y de la Asamblea Constituyente reunida en Tegucigalpa; los militares guatemaltecos encabezados por Jorge Ubico derrocaron al gobierno liberal de Carlos Herrera; el Secretario de Estado Hughes amenazó con desconocer cualquier actividad encaminada a restablecer la Federación; y ésta vio cerrarse definitivamente sus posibilidades reales de cobrar existencia, en la plenitud más que de las "*banana republics*", de los "*banana presidents*".

En 1926, la presencia estadounidense se manifestó de nuevo en Nicaragua, para mantener en el poder a Adolfo Díaz, e igual que en las otras intervenciones, se estimuló la rebeldía y la inestabilidad. El período que siguió fue ocupado por la figura de Augusto C. Sandino. Entonces resultó claro que había cuajado ya, en América Central, aquel fuerte sentimiento nacionalista. Había, además, llegado la hora de revisar la "política del gran garrote".

Ese período también se caracterizó por la crisis económica general, y por las multiplicadas consecuencias provocadas por la caída violenta de los precios de los productos exportables, que soportaban gran parte de la economía de estos países.

Grandes masas de población comenzaron a plantear sus problemas vitales a la consideración de sus comunidades y demandaron ser actoras en el drama político. La insurrección campesina de 1932, en El Salvador, fue otra señal de que la situación no podía continuar como hasta ese momento, y de que había llegado la hora de efectuar los ajustes necesarios y poner el aparato social, político y económico en función de las nuevas condiciones.

La respuesta en el conjunto de los países centroamericanos, excepto Costa Rica, fue la imposición de un nuevo sistema de fuerza denominado la dictadura militar. Cuatro figuras anacrónicas ocuparon el escenario, con la expresa intención de contener cualquier cambio por pequeño que fuera y aunque históricamente resultara indispensable.

El general Jorge Ubico se consolidó en el poder en Guatemala y restableció la Ley del Talión con novedosos agravantes. El general Maximiliano Hernández Martínez ocupó el poder en El Salvador, sobre una humeante montaña de cadáveres equivalente al cuatro por ciento de la población total del país. El general Tiburcio Carias Andino impuso en Honduras una paz de cementerios. Y el general Anastasio Somoza García consolidó su dinastía en Nicaragua, sobre los cadáveres de todos sus enemigos políticos, incluido Sandino.

Fue la larga y profunda noche de los generales.

LA SITUACIÓN DE COSTA RICA

De aquella fuerte oleada reaccionaria que inundó a Centro América, Costa Rica solo pudo sustraerse en buena parte gracias a las orientaciones de un grupo de intelectuales y políticos cuyas ideas fueron más poderosas aún que las intrigas de aquellos dictadores, y quienes trataron de contrarrestar las presiones conservadoras reconociendo la necesidad de darle a la democracia política de corte liberal, un contenido de bienestar social.

El mérito de los renovadores y de los revolucionarios de los años cuarenta fue, precisamente, el de haber logrado encauzar a su país por una ruta distinta a la de los restantes centroamericanos y haberlo hecho atendiendo a las necesidades de las mayorías nacionales.

Ello ocurrió bajo el rigor, primero, de la crisis y de la guerra armada, y después, de la guerra fría que produjo otra ola de regímenes conservadores.

Aunque Costa Rica también sufrió la violenta confrontación de intereses e ideas, que llegó inclusive al nivel de la guerra civil, las facciones hegemónicas que chocaron, a diferencia de lo ocurrido en los otros países, no fueron de signo diametralmente antagónico, ni el triunfo de uno determinó un cambio de rumbo total. Por ello, no se registró la sangrienta contrarrevolución que es normal en estos casos.

En los años cuarenta, a decir de Daniel Oduber:

La democracia vieja, liberal, había fracasado en el mundo, porque se entendía, única y exclusivamente como un instrumento de poder de los grupos

de presión del capitalismo y no había logrado, ni ser eficiente en lo económico, ni ser justa en lo social.

El capitalismo no había eliminado la miseria. El capitalismo no había creado una sociedad justa. El capitalismo había desoído no solo las prédicas de Carlos Marx, sino también las de la Iglesia Católica; había ignorado a una cantidad de grandes pensadores que lo instaban a utilizar su esfuerzo de producción para hacer sociedades más justas.⁴

El otro factor que pesaba fuertemente, sobre la situación política y social costarricense, era el esfuerzo de guerra y las privaciones que éste había impuesto a las grandes mayorías.

Costa Rica estaba sumida en un estado de pobreza que los costarricenses de hoy no imaginan fácilmente; se habían cerrado las importaciones casi en su totalidad; las exportaciones se habían debilitado; los precios del café y del banano eran ridículos y todo se consideraba un esfuerzo de guerra de los países que ahora llamamos desarrollados, que eran los que se beneficiaban con el trabajo mal pagado de los países como el nuestro, igual que lo siguen haciendo ahora.⁵

SIGNIFICADO DE CALDERÓN GUARDIA

El régimen liberal que se había prolongado desde el gobierno de Tomás Guardia hasta el de León Cortés, de 1870 a 1940, no había logrado solucionar las grandes necesidades sociales y económicas, las cuales siguieron acumulándose a través de los años. Los liberales, consecuentemente, habían defendido el punto de vista de que la economía debía desenvolverse sin injerencia ninguna de parte del Estado, confiando en "que de ese manejo libre de la economía vendría un orden social justo, dado que los costarricenses, según ellos, éramos de buen corazón.⁶

Ese desarrollo libre de la economía permitió la acumulación de grandes capitales en manos de unas pocas personas, principalmente agroexportadores y agentes de compañías extranjeras, y el surgimiento de capas de población muy pobres, entre los pequeños productores y los peones.

Basado en su formación lovaineana, el presidente Rafael Angel Calderón Guardia trató de darles solución socialcristiana a los grandes problemas de su tiempo, en contraste con el resto de Centro América, donde las oligarquías habían impuesto las dictaduras militares. Este hecho constituye el mayor mérito de Calderón Guardia: el haber comprendido la necesidad de los cambios y haberlos intentado en forma progresista.

Sin embargo, si bien Calderón Guardia planteó la necesidad de un enfoque social en la búsqueda de esas soluciones, enfatizó en los aspectos formales y descuidó lo económico estructural del problema, según la tesis de Oduber.⁷

Calderón emprendió el camino de la reforma bajo la influencia de la llamada Doctrina Social de la Iglesia, con la adopción de un programa característico. Elevó a rango constitucional las garantías sociales, decretó la creación de un instituto encargado de la seguridad social e impulsó la promulgación del Código de Trabajo.

En el mensaje del primero de mayo de 1940, el doctor Rafael Angel Calderón Guardia anunció la idea de reformar la Constitución para ampliarla con un capítulo sobre Garantías Sociales. Dos años después, nuestra Magna Carta se había enriquecido con un texto cuya importancia histórica es semejante a las primeras constituciones aprobadas en la época de la independencia de España.

Complemento de la anterior conquista aparece la creación de la Caja Costarricense de Seguro Social. Por esos mismos días se promulgó una de las legislaciones que mayores cambios produjo en las estructuras nacionales y en la economía del país: el Código de Trabajo.⁸

Es claro que la reforma planteada por Calderón constituía una respuesta positiva y democrática ante la crisis. También es claro que la inspiración general del proceso era históricamente positivo, pero las elecciones que siguieron a la adopción de estas medidas, en forma paradójica fueron ganadas por la oposición: ello demostró que las necesidades concretas y las expectativas generales eran más grandes que la reforma legal.

Es interesante ver cómo, años más tarde el triunfante Figueres, que había sido aclamado por multitudes entusiasmadas como no se había visto ni siquiera cuando Julio Acosta, también perdió las elecciones para la Asamblea Constituyente que debía institucionalizar su revolución.

Ambos hechos demostraron en la práctica que las fuerzas sociales no se pueden improvisar; que los procesos políticos, si quieren tener éxito, no deben ir ni más lejos ni más cerca de lo que determinen la solidez de la conciencia, el nivel de la organización y la magnitud de las fuerzas en que se pretenda sustentar.

Figueres tuvo tiempo de rectificar y ello le permitió proyectarse políticamente. Calderón, por el contrario, persistió en una reforma que, aunque bien intencionada, no se asentó sobre bases organizativas adecuadas para soportar el peso del proceso renovador.

UNA REVOLUCIÓN PRAGMÁTICA

Muchos elementos de juicio del dominio general demuestran que el de Calderón era un movimiento renovador de avanzada y progresista en su contexto histórico, pero no era socialmente viable según se hallaba planteado.

Los acontecimientos de los años cuarenta enfrentaron dos concepciones revolucionarias: la revolución no viable de Calderón, frente a la revolución pragmática y, por ende, viable, de Figueres; la revolución orientada hacia los principios del socialismo cristiano, pero sustentada en una alianza de fuerzas esencialmente distintas, entre las que descollaban sectores de la todavía incipiente clase obrera, frente a la revolución de Figueres, orientada hacia principios socialistas democráticos, encabezada por la pequeña burguesía urbana emergente y apoyada, fundamentalmente, en la fuerza de diligentes sectores campesinos.

Por supuesto que ambos esquemas y su sustentación de tuerzas, como casi siempre ocurre en los fenómenos sociales, no cían todo lo ortodoxo que se pudiera desear, pero la consistencia del planteamiento figuerista era mayor, y ello le aseguraba más probabilidades de éxito.

Lo anterior también se corrobora si se toma en cuenta la situación concreta por la que atravesaba América Central en las vísperas del medio siglo, al tiempo de desarrollarse la espantosa hecatombe de la Segunda Guerra Mundial.

EL CASCABEL MÁS DIFÍCIL

Figueres supo comprender con la precisión histórica necesaria que el momento del cambio había llegado. Muy difícilmente podría volver a plantearse condiciones más favorables para que el movimiento armado se desarrollara con éxito, como aquéllas de 1948.

La exactitud de ese sentido de la oportunidad histórica es otro mérito que le asiste a Figueres, y se complementa con la forma adecuada en que manejó sus escasos y cuantitativamente inferiores recursos, para sacar adelante su movimiento.

En comparación, las condiciones externas no podían ser más desfavorables que aquellas en las que se encontraba Centro América en los años de la revolución figuerista, ni la situación geopolítica de Costa Rica podían ser peor.

Los efectos de la lucha por la democracia durante la segunda guerra mundial, que había debilitado a las dictaduras, era razón suficiente para que Estados Unidos profesara una desconfianza desproporcionada frente a cualquier movimiento que no se hallara bajo total control.

En Guatemala se había abierto el período democrático con el gobierno encabezado por Juan José Arévalo, respecto de quien, el gobierno de Estados Unidos abrigó

grandes sospechas. Los lazos que entre Arévalo y Figueres quedaron al descubierto en el transcurso de los acontecimientos, fueron la confirmación de algunas de esas sospechas, sobre lo que los estadounidenses consideraron una especie de expansionismo subversivo.

En El Salvador, donde se inició la revolución que más tarde cuajó en Guatemala, los militares habían ahogado en sangre al movimiento democrático y desatado la contrarrevolución, no contra ninguna revolución, sino contra el peligro de que el mal ejemplo guatemalteco se propagara, y se mantenían atentos a restaurar el régimen incluso más allá de sus fronteras.

En Honduras, el viejo Carias, sólido aún por gracia de las bananeras, se entretenía en buscar un sucesor que le fuera fiel y que le garantizara una retirada y un retiro honrosos, y que le permitiera realizar el cambio indispensable para que todo siguiera igual.

En Nicaragua, la dinastía no quería pensar siquiera en la eventualidad de que en sus fronteras fuera a establecerse un régimen capaz de incitar a la desobediencia, aunque fuera solo con el mal ejemplo.

Esas condiciones constituían un marco muy delicado y frágil, a través del cual se debía conducir y sacar adelante un movimiento que pretendía modificar las bases del sistema tradicional, asentado en el dogma de la libertad individual absoluta.

Pero, no eran solamente esas las dificultades a las que tenía que enfrentarse un movimiento renovador. También estaba y está el hecho de la proximidad inmediata de Costa Rica, a uno de los puntos estratégicos de mayor importancia mundial, como es el Canal de Panamá.

La tarea de realizar un movimiento de reforma social junio al Canal, y en el marco regional de la dictadura militar, tenía exactamente el mismo grado de dificultad que la de ponerle el cascabel al gato de sueño más ligero. Figueres encontró la solución correcta, aunque esa solución era inaudita y aunque muchos la consideraron en un principio, como una ocurrencia descabellada.

LA DESMILITARIZACIÓN DE LA POLÍTICA

Una vez triunfante, Figueres licenció al ejército nacional que había derrotado, y canalizó el esfuerzo de su tropa irregular hacia actividades civiles. No sería exacto decir que se desarmó, pero es correcto decir que suprimió el ejército como institución permanente, como cuerpo monolítico, como tropa de ocupación y como fuerza política determinante.

Que su tropa tenía vínculos ideológicos y que por ello conservó cierta operatividad funcional lo demostraron los posteriores reagrupamientos, con ocasión de las tentativas de invasión y las amenazas de movimientos desestabilizadores que se dieron en los meses posteriores.

De momento, Figueres se jugó una carta muy riesgosa, pero con ella aplacó un poco los recelos del gobierno estadounidense, aunque encendió a plenitud las ambiciones de Somoza por una restauración amigable. El hecho de que más tarde Figueres dominara con alguna facilidad las pretensiones somocistas, y el hecho de que el ejército de Estados Unidos no interviniera directamente, confirman que esa decisión también fue la correcta.

En una placa, de las pocas que Figueres ostentaba en la sala de su casa y que los jóvenes de su partido le regalaron con ocasión de su cumpleaños, se lee: "*Al único general victorioso que licenció a su ejército...*"

Este aspecto, la ausencia de una fuerza institucionalizada, quizá haya sido el que mayor fuerza de convicción le exigió a los planteamientos políticos de Figueres, para poder establecerse en la conciencia de las mayorías.

Lo menos que podría decirse es que, ciertamente, la idea fue original, pues muy pocas personas podían haberla imaginado, mucho menos quien tuviera en sus manos el poder militar, pero esa ocurrencia probablemente era la única posibilidad real de garantizar la proyección histórica de la reforma social.

En una Centro América de militares que competían y compiten por mantener el atraso y que sospechan de cualquier cambio, desmantelar el ejército significaba destruir el más poderoso germen de la propia destrucción de la reforma.

Aunque en Costa Rica hay militares, algunos inclusive entrenados en las escuelas en que se han formado muchos tiranos de todo el Continente, con la disolución y la proscripción institucional del ejército, se logró que no se constituyera esa casta cerrada capaz de monopolizar el ejercicio arbitrario del poder.

En otro sentido, en medio de una región virtualmente ocupada por las fuerzas armadas, la decisión de abolir el ejército propio era un riesgo muy grande, pero menor que el de conservarlo, pues esto significaba mantener la amenaza de los golpes cuartelarios. Se trataba de garantizar la subsistencia de un poder civil, único bajo cuya dirección podría realizarse el régimen de reforma que se estaba erigiendo.

Si la historia tuviera que recordar a Figueres por este único gesto, tendría suficiente mérito como para considerarlo el principal responsable del sistema político y social que rige en Costa Rica.

Se acostumbra decir que Figueres, con la fuerza militar en sus manos y con la enorme popularidad que adquirió su movimiento, pudo haberse quedado en el poder e implantado el régimen de reformas en toda la plenitud y toda la profundidad que él hubiera deseado.

Aunque esto es un simple ejercicio teórico, con el mismo valor cabe agregar que si eso hubiera ocurrido, dado que los procesos históricos son irrepetibles, Costa Rica no se encontraría en la situación ni en el lugar histórico en que se encuentra actualmente, y que las probabilidades de haberse incorporado a un proceso similar al de los restantes países del área hubieran sido muchas.

LA HISTORIA HEROICA

Otro aspecto importante que se debe señalar es que la gesta de José Figueres no fue un fenómeno aislado ni excepcional, que haya ocurrido fuera de toda consecuencia histórica. Todo lo contrario; se trata de un eslabón dentro de una cadena de acontecimientos que constituyen lo que podría llamarse la historia heroica de la nación, historia que los costarricenses todavía están comenzando a aceptar, no sin cierta resistencia.

Aún es dominante cierta forma de ver el pasado en la que se magnifica el ancestro español, conquistador y colonialista, y de subvaluar la cultura y el ancestro autóctono insumiso y libre.

Es notorio que la ocupación española del territorio de lo que hoy es Costa Rica se retrasó cerca de un siglo, en gran parte por la rebeldía indígena en contra de los primeros invasores europeos, cuyos abusos les hicieron merecer a muchos una muerte cruel, como ocurrió con la gente de Diego Gutiérrez en la región de Tayutic.⁹

A ello hay que agregar que, bien entrado el siglo XVIII, numerosas comunidades indígenas, principalmente en la Cordillera de Talamanca, aún no se consideraban sometidas a la corona, y que durante la colonia, la rebeldía indígena se manifestó en numerosos actos de insubordinación incontrolable, como aquella que encabezó Pablo Presbere, en contra de los misioneros colonizadores quienes, en definitiva, predicaban una teogonía incomprensible.

Durante el proceso de independencia, Costa Rica no tuvo una participación coordinada con el resto de los países de la región, en parte por su más tardía ocupación colonial. Pero, en general, la Independencia no alcanzó en Centro América los niveles de grandiosa confrontación bélica de Sur América, el Caribe y de México, pues dependió en mayor parte de circunstancias históricas muy especiales.

Con todo, en la lucha que se dio por la autonomía del Istmo, Costa Rica también aportó sus hijos más preclaros: el primer luchador independentista que conoció las prisiones del régimen colonial asentado en Guatemala, fue el ciudadano Pablo Alvarado, médico y periodista costarricense, divulgador de las ideas nuevas cerca de Pedro Molina y redactor del proyecto del Pacto de Concordia, la primera y liberal constitución costarricense.

De manera que, si bien la Independencia se decretó en septiembre de 1821, esa fecha significó el inicio de un proceso de consolidación de la nacionalidad, que se extendió durante varias décadas de guerras entre los liberales progresistas encabezados por Morazán y Barrios, y los conservadores empeñados en mantener la colonia aun sin la corona.

Costa Rica también cumplió dolorosamente el proceso de consolidación de su nacionalidad, cuando le tocó encabezar la guerra contra los colonialistas estadounidenses de William Walker. Ese acontecimiento explica por qué el héroe de la nacionalidad costarricense es Juan Santamaría, precisamente una figura surgida alrededor de la bien llamada Guerra Nacional.

También es claro que de la Guerra Nacional haya surgido la generación política, encabezada entre otros por Tomás Guardia, que construyó con mano firme la estructura de la Costa Rica liberal.¹⁰

Frente a la tradición de diálogo y negociación que se ha desarrollado en la historia costarricense, también coexiste la otra, de propiciar las soluciones históricas por la última vía, la violenta, tradición en la que se enmarca la lucha contra el gobierno autoritario de los hermanos Tinoco, incluidas la Revolución del Sapoá, y la Guerra Civil de 1948.¹¹

Vista dentro del marco de esta tradición, la gesta de José Figueres parece una consecuencia lógica, parte necesaria de un proceso histórico progresivo, y no un hecho aislado, encabezado por un personaje carismático provisto de mucha suerte, como se intenta presentar en algunas ocasiones.

ACTITUDES CONSTRUCTIVAS

Una característica de José Figueres que seguramente contribuyó mucho al éxito de sus planteamientos, era aquella que le llevaba a adoptar siempre, ante cualquier personal o cualquier problema, posiciones positivas, aun en condiciones de adversidad.

Esta actitud, además, le hizo converger con el pensamiento del Centro para el Estudio de Problemas Nacionales, que se definía como un grupo positivo cuyo propósito "es de construcción y no de constituir un 'anti' más", y se manifestaba convocando a "la

coordinación de las voluntades de todos aquellos ciudadanos en quienes suponemos una conciencia cívica no contaminada con la corrupción.¹²

En diversas circunstancias de la vida política nacional, Figueres se manifestó siempre como un socialdemócrata consecuente, y en la administración de su patrimonio demostró además su disposición de predicar con hechos.

Creo que una forma socialista de organizar la economía y la sociedad tiene grandes ventajas. Pero en un país como Costa Rica, donde estamos acostumbrados a ciertos privilegios y donde se ha hecho tanto por la lucha social, sería un error instalar una sociedad comunista.

A muchas personas les asusta la palabra comunismo. A mí no. Conozco la ideología; he leído todo lo que se escribió el siglo pasado al respecto. Y no me asusta en lo absoluto.

Sin embargo, creo que lo que conviene a Costa Rica y a América en general, es un término medio, como la social-democracia.¹³

Así lo señalaba en 1975, en medio de la crisis económica que afectaba a la región, y también de la crisis política que ya era evidente en los restantes países del Istmo. Figueres estudió la teoría de Marx y sobre la base de ese conocimiento, conscientemente adoptó una posición que a su juicio resultaba más adecuada a las condiciones históricas y geopolíticas de Costa Rica, pero no se puede calificar de anti-comunista, en el sentido de intolerancia dogmática, generalmente propensa a justificar cualquier exceso.

Esa posición positiva, que le mantenía en forma razonable al margen de las campañas conservadoras de la guerra fría, de las anticubanas y las antisandinistas, y de otras cuyos planteamientos arriesgan conducir a la guerra y a la violencia, le han destacado como un eficaz factor de paz, no solo dentro del ámbito nacional, sino en la región en general y, en varios casos, en el Continente.

Esto se demostró más claramente en el caso nicaragüense, debido a su proximidad y a las intenciones estadounidenses de desestabilizar al gobierno de los sandinistas, lo cual constituía un peligro real para la paz de Costa Rica y de la región en general.

En los momentos de climax en las campañas que amenazaban con incorporar al pueblo costarricense en acciones bélicas, Figueres hizo apariciones casi providenciales para bajar la presión, aún a costa de su propio prestigio personal, en situaciones tales que solamente él podía obtener ese resultado.

Soy amigo de los sandinistas porque fueron mis compañeros de guerra, porque cuando ellos nacieron, yo ya estaba luchando contra los "tachos". Ellos sufrieron mucho, tienen a sus padres torturados o muertos; es emocional la

*cosa, aunque muchas veces hacen o dicen tonterías respeto su libre determinación.*¹⁴

Tal como lo decía con cierta insistencia a fines de 1985, en los momentos en que la prensa, e influyentes personajes de la política, presionaban por que Costa Rica se sumaría a una intervención militar en el vecino país, para derrocar a los sandinistas, Figueres estaba muy consciente de que la guerra estadounidense-nicaragüense en territorio de Costa Rica podría significar el desplazamiento del poder real, de manos de los políticos a las de los militares, el aplastamiento del poder civil y el fin de la Segunda República y su sistema de Democracia Social que él, más que nadie, contribuyó a establecer.

Sabía muy bien que en Austria, en las fronteras de los países del Este, se mantiene y se vive un régimen democrático, lo que no se podía soñar siquiera en Chile bajo el imperio de los militares, pues según lo ha señalado en distintas ocasiones, "todo ejército es una amenaza, y las guerras necesitan de ejércitos."¹⁵

APORTES

José Figueres, por lo demás, fue un personaje de numerosas facetas: además de sus destacados papeles de político y le militar, aportó a la teoría económica y a la solución de muchos problemas de la producción agrícola e industrial. Fue un revolucionario en muchos campos, y también un estadista que destacó en el campo de la producción literaria, principalmente en el género narrativo.

En palabras de Oscar Arias, de José Figueres no se puede decir que "ha entrado en nuestra historia", al contrario "ha hecho la historia que hemos vivido varias generaciones y que vivirán muchas más."¹⁶

No hay duda que aún en este momento, decir que José Figueres fue el padre de la Costa Rica moderna basada en la justicia social, provocará reacciones diversas. En lo que probablemente se hallará de acuerdo la mayoría, si no todos, es que José Figueres es el principal responsable de la Costa Rica actual.

El presente trabajo solamente trata de formular una breve semblanza del reformador y político, en su proyección regional y latinoamericana, sobre la base de sus testimonios y apreciaciones, del análisis de sus escritos y de algunos juicios emitidos sobre él, a manera de integrar una apreciación crítica y una primera evaluación de su personalidad, con la pretensión de hacerlo al margen del debate que naturalmente despierta la sola referencia a una personalidad de tanta influencia social.

En el desarrollo se ha tratado de mantener un cierto grado de objetividad, aunque los méritos del personaje naturalmente trascienden ese límite, debido al hecho de la fuerte influencia que ha ejercido sobre la vida y el pensamiento costarricense.

Notas

1. *Junta Fundadora de la Segunda República: Proyecto de Constitución Política de la República de Costa Rica; Documento oficial: 1948.*
2. *Idem.*
3. *Rodríguez, Mario: América Central; Diana, México: 1967. p.152.*
4. *Oduber, Daniel: Raíces del Partido Liberación Nacional, Costa Rica: 1985. p.139.*
5. *Ídem. p.140*
6. *Ídem. p.141*
7. *Ídem. p.142 a 144*
8. *Monge Alfaro, Carlos: Historia de Costa Rica; Ed. Librería Trejos, San José, Costa Rica: 1978. p.294.*
9. *Fernández Guardia, Ricardo: Historia de Costa Rica; Ed. Lehmann, San José: 1941. p.89.*
10. *Véase: Obregón Loría, Rafael: Costa Rica y sus hechos políticos y militares. Ed. Museo Histórico Juan Santamaría. Alajuela. Costa Rica: 1981; y Rodríguez Vega, Eugenio: Biografía de Costa Rica; Ed. Costa Rica. San José: 1981.*
11. *Véase: Obregón L.,R.: op.cit.*
12. *CPEPN: "Nuestra actitud ante las política eleccionaria"; en: Surco No. 23 1o de mayo de 1942; San José*
13. *Figueres, José; en: Excelsior, 2 de noviembre de 1975.*
14. *Figueres, J.; en: La Nación, 27 de octubre de 1985.*
15. *Entrevista con José Figueres.*
16. *Arias, Oscar: "Discurso en homenaje a don José Figueres, en su octagésimo cumpleaños"; en La Nación, 26 de septiembre de 1986.*

Capítulo II

LAS BASES DE UNA PERSONALIDAD

LA ESPAÑA DEL ANCESTRO

Cuando en mayo de 1906, el recién graduado doctor en medicina, Mariano Figueres Forgues, se embarcó en Barcelona rumbo a Costa Rica, dejaba atrás una España derrotada y convulsa.

Sólo habían transcurrido ocho años de la firma del Tratado de París, mediante el cual, la nación europea había entregado las últimas posesiones de su inmenso imperio americano, a la nueva potencia dominante surgida a la historia recién en las últimas décadas del siglo anterior.

Lo mejor y la mayor parte de la juventud ibérica, y gran parte de las riquezas que en otros tiempos España había extraído de los países americanos, se habían consumido en la más larga y ruinosas de todas las guerras coloniales.

El proceso de la independencia latinoamericana, que se había iniciado en el último cuarto del siglo XVIII, con el último emperador inca y primer gran dirigente independentista, Túpac Amaru, se prolongó y fortaleció cuando Toussaint L'Overture proclamó en Haití, la primera república negra del mundo, y una de las primeras del continente americano, que muy pronto se convirtió en soporte fundamental de la lucha independentista de los restantes países.

En 1898, otra isla próxima a Haití, Cuba, se constituyó en la última colonia americana en obtener la independencia, para concluir así una guerra que había durado mucho más tiempo y había sido más sangrienta que aquella en que los Plantagenets y los Valois, disputaron el dominio de la Europa medieval, porque, en palabras de Simón Bolívar, siglo y cuarto fue necesario para demostrar en los hechos, "a las naciones del Universo, que no se ofende impunemente a los hijos de América."¹

Esa época vio desfilar en el escenario americano, a las grandes figuras forjadoras de la nueva nacionalidad: Bolívar y Miranda, O'Higgins y San Martín, Máximo Gómez y Martí, Pedro Pablo Castillo y Pedro Molina, Hidalgo y Morelos. Y poco después, en el proceso de consolidación de las nuevas nacionalidades, y dentro del ámbito centroamericano, las figuras de Francisco Morazán, Gerardo Barrios, Juan Rafael

Mora y los reformadores que se empeñaban en liberalizar y modernizar a los nacientes Estados.

Los intereses todavía irreconciliablemente contrapuestos de la antigua metrópoli y de los nuevos Estados, hacían que, mientras Latinoamérica ascendía en el momento culminante de su historia, España declinara en medio de la ruina moral y militar.

En la Península, pasto de las ambiciones expansionistas de Napoleón I, España había tenido que luchar su propia guerra de independencia, seguida por la guerra civil entre carlistas y liberales, y había sufrido las frustrantes experiencias ocasionadas por sus pretensiones de recuperar México, Chile y Perú, además de las fluctuaciones entre la Restauración y la Primera República, la de Figueras.

La inestabilidad era completa. La restauración había logrado imponer nuevamente a los Borbón en el trono imperial pero no había logrado restablecer el orden. Los gobiernos se sucedían unos a otros víctimas de la crisis o de las bombas de los anarquistas. El desmoronamiento del imperio colonial sumía cada vez más en la crisis económica, social y política a la decrepita metrópoli.

Por lo demás, la situación de España coincidía con la presencia dominante, en la escena europea, de la Alemania prusianizada bajo la férula de un Bismarck unificador del nuevo "sacro imperio" y vencedor de la Comuna, junto a las ambiciones recelosas del Imperio Austro-Húngaro.

Los efectos de la crisis habían apagado el sentimiento natal y despertado las aspiraciones regionalistas. Y especialmente en la zona industrial del norte, la crisis de los textiles había hecho levantar el grito de Prat de Riba: "¡salvemos a Cataluña!".

En sus relatos personales, José Figueres evocaba sus antepasados involucrados en esa historia intensa de la Europa en tránsito entre la fastuosidad colonial, la grandeza revolucionaria y la decadencia postcolonialista, pasando por el heroísmo de su propia guerra de independencia:

A medida que pasan los años, más y más descubro yo, los resultados de mis abuelos y mis tatarabuelos en las luchas de Napoleón. Porque hay infinidad de narraciones que pasan de generación en generación, sobre las hombres de Gerona, por ejemplo.²

A finales del siglo, Europa entera se hallaba sumida en muy disímiles movimientos sociales e ideológicos que iban desde el "trade-unionismo" hasta las más violentas y variadas formas del anarquismo, además del marxismo en franca expansión.

Desde Inglaterra, cuna de la revolución industrial, se extendían los movimientos sindicalistas y cartistas generalmente tomados con mucha desconfianza, cuando no con persecución abierta por parte de los sectores patronales y los gobiernos.

Especialmente fuerte en España llegó a ser el movimiento de los anarquistas que dominaba una gran parte de las organizaciones contestatarias del continente. La Península se veía Sujeta a las acciones de los bakuninistas y los intransigentes dedicados a crear una situación de frecuente inestabilidad.

Un tanto influenciadas por la Comuna, numerosas ciudades se declaraban cantones independientes bajo la dirección de los intransigentes, y ello provocaba las consiguientes campañas militares por la recuperación y el castigo de los insurrectos.

Los gobiernos cambiaban vertiginosamente, desde la caída de Cánovas a manos de un anarquista, y con el telón de fondo de una nueva catástrofe militar que ya podía vislumbrarse en los campos de Marruecos.³

LA COSTA RICA DEL FUTURO

En el otro extremo, Costa Rica había entrado en el nuevo siglo por la puerta del liberalismo ortodoxo encarnado por los gobiernos de Ascensión Esquivel, Cleto González y Ricardo Jiménez, abierta mediante la "Transacción de 1901".⁴

Ese período se caracterizó por la tendencia a consolidar las instituciones adoptadas desde Tomás Guardia y, consecuente con el más estricto liberalismo, también señalada por el natural y explícito "temor a la participación popular y la poca comprensión sobre los problemas sociales" que, en términos generales, eran aunque importantes, de un nivel de complejidad elemental.⁵

En el orden social y político, aunque se hubiera cometido las denunciadas irregularidades en las elecciones de 1906, el ambiente se hallaba dominado por el respeto a las libertades formales, el apego a la legalidad y el impulso a los programas de educación.

Si ciertamente se registraban fuertes manifestaciones en contra de la penetración de los grandes consorcios estadounidenses, como esto se desarrollaba en medio de un clima de orden, más que una negación del régimen liberal constituía su confirmación.

A la gran distancia y a los ojos de un joven peninsular recién graduado, y especializado en una disciplina que en Aquellos momentos era lo más avanzado de ese campo, la electroterapia, Costa Rica seguramente se veía como la imagen de la paz, de la tranquilidad, tierra de grandes posibilidades para el progreso, un lugar donde un espíritu emprendedor podría expresarse y crecer; el lugar adecuado donde echar a andar la descendencia, para que se desarrollara libre y fuerte.

Cuando el doctor Mariano Figueres arribó a Costa Rica, desempeñaba la presidencia Cleto González Víquez, recién posesionado y en los momentos de iniciar su amplio programa de obra material y social.

Si bien San José era una pequeña ciudad de calles empedradas, habitada por unos cuantos miles de familias, San Ramón era todavía una villa pequeña, de calles empolvadas, y distante de la capital unos 76 kilómetros que, por las condiciones de la carretera, constituían una distancia difícilmente superable. Fue aquí donde se instaló el médico inmigrante y donde, el 25 de setiembre nacería su primogénito, José María.

Ya en los años treinta, el nombre del doctor Mariano Figueres era mencionado

... como eminente y humanitario médico español muy conocido por la sociedad de la capital, compuesta en aquel entonces, al igual que todas las demás, por ricos, pobres y miserables —no había clase media— y sobre todo por las familias pobres... a las cuales el doctor no les cobraba la consulta.⁶

PRIMERAS INFLUENCIAS

Aquellos antecedentes y el carácter del médico español habrían de reflejarse en la educación de sus hijos. Evocando aquellos años, José Figueres decía:

Yo no pude leer la obra de Pérez Galdós El sitio de Gerona, porque no tengo resistencia para aquellos cuadros en que los niños se comían los gatos de la casa y las ratas, y esas cosas (...) Pero de eso nació una minicultura, como ha sucedido tantas veces en la historia con las guerras. Nació una minicultura de austeridad.⁷

Y detallaba así aquella minicultura que habría de formarse en su hogar:

En mi casa, por ejemplo, se recuerda esto: mi padre, siendo niño, le dijo al suyo —que era un profesor de segunda enseñanza— que no le gustaba el bacalao. En estos días del siglo XX a nadie le resultaría extraño eso. Pero en aquella época, el castigo por no gustarle el bacalao fue tener que comer dos semanas seguidas, sólo bacalao, porque era una herejía, era un pecado, una ofensa a Dios, decir que un alimento no le gustaba en vez de decir: gracias a Dios que hay alimento.⁸

Tales eran los valores que formaban el ambiente del hogar encabezado por el médico Figueres Forgues.

Así me criaron —agregaba José Figueres— mi madre era maestra de primera enseñanza, mi padre era doctor en medicina especializado en una rama de la que ahora están volviendo a ocuparse, la electroterapia, la cual estuvo mucho

tiempo en desuso. Pero era también médico general, y era cirujano y era partero (...)

Pues bien, en mi casa, si un pedazo de pan caía de la mesa y tocaba el suelo, había que besarlo en desagravio. Y si a uno le servían más de lo que podía comer tenía que comérselo de todos modos, aunque se enfermara, porque era un desperdicio (...) ¡Era toda una actitud ante la vida! Lo contrario que la época actual, la época influida tanto por la abundancia de los Estados Unidos, en que el consumo es una virtud (...) ¡Hasta se le cree una virtud económica!9

Figueres se crió en un hogar que durante muchos años siguió directamente atado a la matriz cultural de la Península y Vibraba al ritmo de aquellos intensos acontecimientos, que además cultivaba y defendía su propia tradición, de manera ¡que la lengua materna del niño José fue el catalán, en tanto que el español debió desarrollarlo en la escuela primaria: "*Me resultó extraño encontrar niños que sólo hablaran en forma distinta de como hablábamos en casa*".10 De manera que el español

... tuvo que terminar de aprenderlo en los cafetales de San Ramón, jugando con los niños campesinos (...) De ahí que don Pepe razone de una manera más cercana a lo que impone la milenaria cultura catalana, mucho más universal que nuestro modo provinciano de entender las cosas.11

Los testimonios que existen acerca de la educación infantil del político, coinciden en que la formación del hogar fue austera y ordenada, con fuerte dosis de los valores tradicionales de los antepasados peninsulares, y la moral puritana propia de la mediana burguesía catalana en la época de la industrialización textilera.

Hay que decir que esas pueden considerarse las características obligadas para un hogar que haya formado una personalidad con dimensión histórica. Pero hay que decir también, que en el caso de José Figueres, esto parece ser rigurosamente cierto.

Hay pocas fuentes acerca de la infancia del político, y cuando él se refería a esa época, lo hacía muy escuetamente:

Yo fui, desde muy pequeño, lo que llamábamos, un excéntrico. Por ejemplo, nunca bailé, por una aversión, tal vez, a la diversión superflua, tal vez por un poco de vanidad, de ser distinto a los demás.12

Y resumía: "*A los siete años dejé todo juego y me metí en el estudio: estudiaba de todo*".

La infancia de José Figueres transcurrió en San Ramón y debió adquirir el uso de la razón, en las postrimerías del primer gobierno de Ricardo Jiménez Oreamuno, en el

intenso período gubernamental de Alfredo González Flores, y en medio de las dramáticas, aunque lejanas, batallas de la Primera Guerra Mundial.

En el ámbito latinoamericano, eran los años de gestación de una ideología claramente antiimperialista, como respuesta a la política de expansión de la nueva potencia industrial. Esa línea de pensamientos fue el germen de los movimientos revolucionarios que estaban a punto de estallar en diversos países y que poco después alcanzaría niveles culminantes en la Revolución Mexicana.

En lo que se refiere a Costa Rica, según explicaba Daniel Oduber:

La introducción del café, a mediados del siglo XIX, y la introducción del banano, en la última etapa del mismo siglo, trajeron una transformación social muy fuerte, casi brutal, en los hábitos de vida del costarricense y empezó —usando términos de la misma época— a proletarizarse la mayoría campesina. Los pequeños productores o propietarios fueron transformándose en asalariados de las empresas cafetaleras que iban creciendo, o de una gigantesca empresa bananera que nos apabulló durante muchísimos años.¹⁴

Eran años de profundas transformaciones en el sistema económico y social costarricense; transformaciones que se manifestaban en movimientos de reorganización de las fuerzas productivas, y que producían consternación y rebeldía, preocupación e intranquilidad, pero todo dentro de límites perfectamente manejables.

Influidos por esos acontecimientos, y por la Revolución Latinoamericana que se hallaba en marcha, en el período de Esquivel Jiménez comenzó a manifestar sus inquietudes un grupo de jóvenes que habría de llegar a tener mucha influencia en la formación del pensamiento social costarricense. Entre ellos, para citar sólo algunos nombres, destacaron Roberto Brenes Mesen, Omar Dengo, Joaquín García Monge, José María Zeledón, Jorge Volio, Carmen Lyra y otros, quienes desarrollaron una tesis que sería muy importante durante 40 años, hasta que cuajó en la reforma social de la década de los cuarenta, cuando se le dio expresión jurídica al aspecto social de la democracia.¹⁵

EL DEBATE IDEOLÓGICO

Entre las primeras inquietudes que más tarde habría de recordar, José Figueres mencionaría lo mucho que escuchó sobre la reforma electoral propiciada por el presidente Jiménez, para realizar elecciones directas en vez de las indirectas, que eran las establecidas constitucionalmente hasta esa época.

Habría de recordar también, aunque en forma vaga, las incidencias de la sucesión presidencial, pero adquirió plena conciencia del fenómeno González Flores.

Aquel período, el de Alfredo González, fue pleno de actividad política, y de tal manera estimuló la participación de amplios sectores de la población, que el niño Figueres simpatizó con el incomprendido reformador, y comenzó a advertir la presencia de un orden de acontecimientos interesantes e importantes.¹⁶

Algún autor ha insinuado que a González Flores le correspondió ejercer la presidencia casi por casualidad; pero, visto el hecho desde la perspectiva histórica general, más bien se advierte que él, y solamente él, era el llamado para protagonizar aquel período de crisis nacional enmarcada en la crisis general que derivaba de la guerra mundial.

El conflicto bélico impuso condiciones muy difíciles a la nueva administración, la cual tuvo que someter a revisión al sistema de rentas y de comercialización y, en alguna medida, también al sistema productivo.

*La iniciación de la Primera Guerra Mundial, y las graves consecuencias que sobre la economía nacional el estado bélico comienza a producir, pone en descubierto los grandes males de nuestra organización económica y financiera, y la necesidad urgente de proceder a su rectificación.*¹⁷

Ello indujo a Alfredo González Flores a proponerle al país una reforma tributaria radicalmente revolucionaria, fundada en la necesidad de que

*... las cargas deben repartirse de modo equitativo. La obligación de contribuir debe medirse en cada cual por su capacidad económica, que es, por regla general, también la medida a la cual se extienden sus exigencias para con el Estado.*¹⁸

Ese razonamiento, que si bien por sí solo debió parecerles digno de sospechas a algunos grupos económicos poderosos, fue fundamentado en razones que ciertamente debieron alarmar a todos esos grupos, pues González Flores lo explicaba de la siguiente manera:

*Lo que sucede es que hasta ahora el pueblo ha llevado solo la parte más pesada del fardo, que los pudientes no han contribuido a sostener las cargas públicas, en la medida proporcionada a su haber y que los que residen en el extranjero retiran de aquí sus ganancias sin contribuir en lo mínimo.*¹⁹

En lo referente a otro aspecto fundamental para la economía de la época, el presidente González Flores levantó por primera vez su voz oficial en contra de la explotación abusiva por parte de los consorcios extranjeros:

Ha prevalecido en muchos de estos países la idea profundamente equivocada, a mi ver, de que conviene abrirle las puertas de par en par a toda empresa

*capitalista extranjera, de que no debe pedírsele nada, de que no debe imponérsele obligación alguna, para impedir que huya o se retraiga (...) El caso es que la atracción de capitales extranjeros, útil y necesaria como es sin eluda alguna, ha dado un resultado negativo en la forma en que ella se ha efectuado hasta ahora.*²⁰

González Flores fue el primer gobernante que en Costa Rica enfrentó un pensamiento social más avanzado, a las corrientes liberales implantadas desde el siglo anterior, y esa actitud fue la causa de grandes conmociones políticas y debates de alcance nacional:

*El Estado, en el sentido moderno de la dicción no es ya el simple gendarme que dicta leyes y reglamentos (...) Los conceptos de República y Democracia han sufrido un cambio de interpretación: la igualdad política, el sufragio universal, las garantías individuales, la alternabilidad en el poder, la responsabilidad del gobierno, la libertad de comercio e industria, y muchas hermosas y bellas conquistas más, no son el todo para asegurar el bienestar del pueblo.*²¹

De esta manera, "González Flores se convirtió en el primer Presidente de Costa Rica que creyó en la democracia integral que, junto a lo político, incluya lo económico y lo social."²²

En resumen, el programa político impulsado por González Flores, enfrentaba los intereses de las distintas capas integrantes del "bloque en el poder": agroexportadores, comerciantes importadores y banqueros.²³

Los personeros del capital nacional y del extranjero, al igual que los patricios del liberalismo con su prestigio institucionalizado, convirtieron al gobierno González en blanco de Inertes y constantes críticas, que culminaron con la traición del Ministro de Defensa y representante de los sectores afectados, Federico Tinoco, quien asumió el poder mediante el golpe cuartelario del 27 de enero de 1917.

El pensamiento social y económico de Alfredo González Mores, introdujo en Costa Rica la nueva ideología de los intelectuales y de los revolucionarios de la América Latina de principios de siglo. Su presencia y el debate que originó causaron conmoción en el ambiente general, y los acontecimientos que le siguieron despertaron una nueva conciencia progresista, renovadora y nacionalista, la cual captó la atención de todas las capas sociales.

José Figueres, cuando aún estaba por cumplir los once años, también fue objeto de la poderosa influencia que ejercieron sobre la conciencia nacional, aquel debate y los acontecimientos que le acompañaron. Además, en los años posteriores y durante el período de su formación, habría de encontrarse reiteradamente con el pensamiento y con la palabra de Alfredo González, quien habría de permanecer vigente y

proyectarse hasta que, en los años cuarenta, muchas de sus ideas comenzaron a tomar cuerpo.

Puede decirse que González Flores fue una de las primeras influencias importantes y trascendentales en la formación del joven Figueres.²⁴

EL DEBATE Y LA ACCIÓN POLÍTICA

El otro proceso que conmovió la conciencia del joven Figueres lo constituyó el período que se abrió con la caída de González Flores, o sea, el gobierno encabezado por Federico Tinoco, el cual dio origen a otro debate político tan intenso como el anterior, y a una acción armada revolucionaria.

Quienes impulsaron directa o indirectamente el golpe militar de Tinoco, incluidos los consorcios petroleros que intentaban obtener concesiones a las que González se oponía, esperaban que aquél derogara las reformas y borrara el pensamiento defendido por el depuesto presidente. Pero no ocurrió así.

Tinoco encomendó a cinco personalidades, las más destacadas del movimiento liberal tradicionalista, la elaboración del proyecto de una nueva Constitución Política del Estado, que pese a la ideología de sus autores tuvo un contenido social muy grande.

El proyecto de nueva Constitución de esa manera preparado, fue adoptado casi sin modificaciones por la Asamblea Constituyente de 1917.

Quien estudie la Constitución de 1917 y la compare con la de 1871 (que es la que básicamente rige aún), llegará necesariamente a la conclusión de que la primera representaba un gran avance sobre la del 71; pero, por estar ligada al régimen de los Tinoco, cuando éste cayó, fue derogada la Constitución que había dictado... La Constitución de 1917, si se analiza objetivamente fuera del contexto del régimen político que la hizo posible, es mucho mejor que la de 1871.²⁵

Entre otras cosas, la nueva Constitución estableció como obligaciones del Estado, la de proporcionar la enseñanza secundaria en forma gratuita y la de "velar por el bienestar de la clase trabajadora", además, "...se obliga al Estado a promover y a apoyar as instituciones que tengan por objeto armonizar sobre bases de justicia las relaciones entre patrones y obreros y las que tiendan a mejorar la condición económica de éstos y a ampararlos en circunstancias de desgracia independientes de su voluntad".²⁶

Tales disposiciones constituyen las primeras manifestaciones de lo que más tarde habría de tomar cuerpo en el Código de Trabajo y en el establecimiento de la Caja

Costarricense de Seguro Social, y debe considerarse que fueron formuladas aún antes de que se plasmaran en la Constitución de Weimar.

Los nuevos postulados constitucionales fueron objeto de una reflexión política que concitó a toda la conciencia nacional. A ello se sumó la actitud abiertamente hostil del gobierno estadounidense de Woodrow Wilson, el cual no concedió el reconocimiento diplomático a Federico Tinoco, contra cuyo régimen propició la integración de grupos armados.

A los 30 meses de haber asumido el poder, el gobierno Tinoco se había convertido en un régimen opresor, que infundía terror prácticamente en todas las capas de la población. A ese terror nacional le siguió su lógica consecuencia, la rebeldía general y la insurrección armada.

Dicha insurrección emergió el 22 de febrero de 1919, con un operativo orientado a tomar Puntarenas. Al día siguiente la insurrección abrasó San Ramón, lugar original de residencia de la familia Figueres Ferrer.

Este acontecimiento tocó de cerca al joven José, porque entre los alzados se encontraban numerosas personas del círculo de sus amigos y conocidos; uno de ellos, Romano Orlich Zamora, cabecilla del alzamiento y posteriormente prisionero del gobierno, era ascendiente directo de Francisco Orlich, quien ya por esa época se había convertido en el inseparable compañero.

El movimiento se extendió por todo el país, pero fue sofocado por el gobierno una semana después de iniciarse. Sin embargo, ello no terminó con la insurrección. Por el contrario, ésta fue incrementándose con los intentos de invasión registrados en abril, y con la llamada Revolución del Sapoá, que estalló el mes siguiente.

En junio, el día 13, la insurrección se manifestó en San José, con numerosos actos de rebeldía y con una demostración de maestras que fue severamente reprimida por el gobierno. En aquel ambiente de desobediencia civil generalizada, en medio de la represión por parte de la dictadura, las masas populares asaltaron e incendiaron el local y los equipos del diario gobiernista *La Información*. Un jovencuelo de aproximadamente 13 años, llamado José Figueres Ferrer, fue visto entre la turba.

Notas

1. Bolívar, Simón: Decreto de Guerra a Muerte, dado en Trujillo el 15 de junio de 1813. En: M. Acosta Saignes: Antología de Simón Bolívar. UNAM, México, 1987. Pág. 104.
2. Entrevista.
3. Véase: Fernández, Antonio: Historia Contemporánea; Rialp, Madrid: 1982.
4. Rodríguez Vega, Eugenio: Siete ensayos políticos; Fundación Friedrich Ebert, Centro de Estudios Democráticos de América Latina (CEDAL), San José: 1982. p 84.

5. Idem.
6. Barrenechea, Fernando: "Figueres despertó a Costa Rica"; en Primera Plana, San José, 1o de noviembre 1986.
7. Entrevista.
8. Entrevista.
9. Entrevista.
10. Entrevista.
11. Formoso, Manuel: Don Pepe, en: Universidad, San José: 20 septiembre de 1985.
12. Entrevista.
13. Entrevista.
14. Oduber, Daniel: Raíces del Partido Liberación Nacional; Fundación Friedrich Ebert, CEDAL; San José: 1985. p 48.
15. Idem.
16. Entrevista.
17. Facio, Rodrigo: Estudio sobre economía costarricense; Editorial Costa Rica, San José: 1972. p. 77.
18. Idem.
19. Idem.
20. Idem.
21. Oduber, D.: op.cit p 66.
22. Idem.
23. Véase: Rovira, Jorge: Estado y Política Económica en Costa Rica; Ed. Porvenir, San José; 1982. P. 27 y 28
24. Entrevista.
25. Oduber, D.: op.cit p 66.
26. Bonilla Harold: Los presidentes; Ed. Texto, San José: 1985. p. 222.

Capítulo III

EN BUSCA DEL HOMBRE DEL RENACIMIENTO

Un episodio de trascendental importancia no solo para la formación del joven Figueres, sino para toda la historia nacional, fue la invasión encabezada por Julio Acosta. Carlos Monge lo refiere de la siguiente manera:

Un hecho muy importante en la vida política de la nación fue la llamada Revolución del Sapoá, no porque hubiera derrotado al ejército del gobierno (Tinoco), sino porque entre sus jefes se contaba la plana mayor de los políticos e intelectuales que habían venido luchando desde hacía tiempo contra los tiranos, porque el movimiento estaba sujeto a una serie de principios conocidos con el nombre de Proclama del Sapoá.

Los revolucionarios nombraron jefe a don Julio Acosta (...) El 5 de mayo invadieron el territorio nacional por Peñas Blancas e inmediatamente dieron a conocer la Proclama del Sapoá.¹

El grupo de los revolucionarios permaneció alzado durante varias semanas, hostigando a las fuerzas gubernamentales, hasta convertirse en el detonante de una insurrección generalizada que terminó por volver insostenible la situación de Tinoco y obligarlo a huir. El grito de "¡Viva Acosta!" llegó a convertirse en la consigna de la rebeldía en contra del régimen y se escuchó por casi todos los lugares, de manera que cuando Tinoco cayó, Acosta entró victorioso en San José, a la cabeza de su grupo revolucionario, y fue recibido por una multitud de 30 mil personas, "como ninguno lo había sido antes en Costa Rica".²

Julio Acosta era oriundo de San Ramón, amigo del Dr. Figueres y de su hijo José, por lo que su gesta, el entusiasmo combativo y su participación en el movimiento antigubernista, fueron experiencias que el joven Figueres habría de sentir muy cercanos.

No obstante, poco tiempo después de que Acosta asumiera el cargo de Presidente de la República, Figueres abandonó la comodidad del hogar paterno y la facilidad de la vida vernácula y emprendió viaje hacia Estados Unidos, para hacer su propia experiencia y asumir su propia formación, con respecto a la cual tenía ya planteado un objetivo definido, el cual más tarde él mismo resumió en la siguiente forma: "quería ser un hombre del Renacimiento".³

Pero, también "tenía una gran curiosidad por conocer tantas cosas de las que en Costa Rica sólo había oído hablar."⁴

Esa pretensión habría de manifestarse en diversas expresiones de su vida. Sus biógrafos han contado su disgusto porque sus padres le hicieron estudiar en un centro educativo religioso, el Colegio Seminario,

*...porque José María, desde que tuvo uso de razón, arriaba la libertad del pensamiento y rechazaba con toda vehemencia las verdades impuestas... El hubiera deseado estar en un colegio laico, liberal, donde todas las ciencias fueran objeto de un libre examen sin prejuicios ni dogmas.*⁵

Figueres explicaba esta actitud de la siguiente manera: "Porque conocí de cerca lo que fue la intolerancia religiosa en España, nunca he aceptado ninguna forma de discriminación ideológica."⁶

Sin embargo, para satisfacer sus inquietudes intelectuales, Figueres estudiaba independientemente matemáticas, física y electricidad; hacía experimentos de radio con aparatos de galena: "el primer receptor de radio que hubo en Costa Rica, hecho por un costarricense, lo hice yo."⁷

Al mismo tiempo, estudiaba por correspondencia ingeniería hidroeléctrica, su principal interés científico por esos tiempos, pues también montaba pequeñas plantas hidroeléctricas en ingenios cercanos a San José.⁸

Antes de viajar hacia el norte, Figueres tuvo oportunidad de presenciar las huelgas obreras de 1921, en contra de las compañías extranjeras que explotaban la producción bananera y la de oro, e igualmente le tocó presenciar el surgimiento y ascenso del movimiento reformista de Jorge Volio.

Este movimiento y el carisma del dirigente causaron una impresión muy fuerte en la conciencia política nacional, y fue la expresión temprana de capas medias de la población que demandaban un lugar en la historia.

Aunque el acto de constitución del Partido Reformista tuvo lugar en la misma sede de la Confederación General de Trabajadores (CGT), generalmente se acepta que fue fundado por "el proletariado josefino y el proletariado intelectual universitario",⁹ lo que, en términos más precisos correspondían a la pequeña burguesía media artesanal y alta intelectual, las cuales anunciaban su afán de proyección histórica, al proclamar la fundación de "un partido ideológico que dure muchos años".¹⁰

La actividad del Partido Reformista y de su carismático dirigente ocuparon la atención pública, y expresaron esa posición de los sectores intermedios, conscientes de que se hallaban en el momento preciso para asumir un papel protagónico:

*Los discursos del General Volio en la campaña de 1923 encantan a los costarricenses, porque son de un tono extraño, nunca antes oído en nuestras plazas públicas. Se percibe en ellos una evidente desesperación por cambiar las cosas rápidamente, antes de que sea tarde.*¹¹

Aunque el mismo Volio anunciaba el camino más progresista para darle una salda positiva a la situación, al sostener: "(debemos) arrancar la loza de plomo que sufrimos y darle cuerpo a la semilla que sembraron hace más de 30 años los apóstoles del socialismo."¹²

DE LA REALIDAD A LA UTOPIA

Tal era la Costa Rica que dejaba atrás el joven José Figueres. Los años siguientes, principalmente en las ciudades de Boston y Nueva York, fueron los más importantes para su formación y para el desarrollo ulterior de su vida.

Durante ellos debió trabajar según las normas de un mundo capitalista muy desarrollado; se puso en contacto con las corrientes principales del pensamiento universal, se internó en otras culturas y conoció en sus mismas entrañas, la crisis del sistema capitalista en la más intensa de sus manifestaciones, la que culminó en 1929.

Rememorando esa época, Figueres acostumbra a decir que su Alma Máter era la Biblioteca Pública de la ciudad de Boston, y detallaba:

Es que yo tuve una niñez sumamente cultural. Comience porque yo tenía que irme a meter a la Biblioteca de Boston porque estaba bien calentita, y el cuarto por el que yo pagaba tres dólares a la semana era frío. Entonces, yo me pasaba el invierno en la Biblioteca.

Y le voy a confesar más: yo he incurrido en lo que tantos otros, en cuanto a las ciencias físicas: he querido descubrir el aparato que diera el movimiento continuo, que es una quimera; y culturalmente —y esto es otro disparate— querer ser un hombre del Renacimiento, es decir, querer abarcar todas las ramas del conocimiento de la época, cuando hoy no se puede abarcar ni una sola especialidad. Se acabó el Renacimiento, se acabaron los hombres universales.

*Mis aspiraciones eran sin límites... y mi tormento era si dedicarme a la cosmología, que me parecía muy universal, o a la filosofía... y vine a parar a sembrar maíz, en la peñas de Tarrazú.*¹³

Tres fuentes fundamentales del pensamiento de Figueres, cuales son, el socialismo utópico, la Revolución Francesa y el liberalismo clásico, los encontró en la Biblioteca

de Boston, donde también tuvo la oportunidad de estudiar sistemáticamente a Marx: "Conozco todo lo que se escribió el siglo pasado sobre marxismo. Conozco el marxismo y lo respeto como una ideología, como una forma de ver la realidad."14

El ingreso de Figueres al pensamiento social, por la vía de los revolucionarios franceses y de los socialistas utópicos, podría explicarse, en cierta forma, si se observa la situación política y social de la región, por los años en que él habría de canalizar esas inquietudes. La preocupación por comprender el fenómeno económico habría de llegarle junto con los primeros y agudos síntomas de la crisis.

"CENTRO AMÉRICA EN LA CRUZ"

Cuando el joven José Figueres partió para el norte, en términos generales los países de la región se hallaban sometidos a regímenes feudales consolidados y sumidos en el atraso general de su producción; esto, entre otras cosas, determinaba el grado incipiente del desarrollo de sus fuerzas productivas, lo que a su vez generaba tempranos movimientos obreros muy poco vertebrados.

Las oligarquías se encontraban en pleno dominio de la situación; los grandes consorcios desplegaban una intensa política de expansión y Estado; Unidos ejercía una influencia muy fuerte sobre todas las naciones, varias de las cuales inclusive se encontraban militarmente ocupadas, en cumplimiento de los postulados de las doctrinas de Monroe, del "gran garrote" y de "la diplomacia del dólar".

En El Salvador, las dinastías oligárquicas Regalado Dueñas y Quiñónez Meléndez se encontraban en el apogeo de su poder, basado en la expansión del cultivo y del comercio exportador cafetalero.

En Guatemala, en las mismas condiciones de los virreyes y apoyado por las mismas fuerzas que sostuvieron a aquéllos, se mantenía la dictadura de Manuel Estrada Cabrera, sin que el nuevo siglo, pese a tener transcurridas dos décadas, hubiera conocido otra forma de gobierno.

Honduras, bajo la presidencia de Francisco Bertrand, no pasaba de ser un sistema económico primario organizado alrededor de las compañías fruteras.

Nicaragua, al igual que la República Dominicana, estaba militarmente ocupada, y tropas estadounidenses también habían invadido México, y permanecían vigilantes sobre Cuba y Panamá, amparados en la llamada Enmienda Platt y en los tratados canaleros, respectivamente.

México, cuya influencia regional había alcanzado grandes proporciones a consecuencia de su guerra revolucionaria, se mostraba en las postrimerías de la

segunda década del siglo, gravemente afectado por las sangrientas luchas internas entre facciones revolucionarias y fuerzas derechistas fanáticas.

De manera que la situación general de la región era por completo desfavorable y poco alentadora, con perspectivas de desarrollo muy limitadas y agravada por la crisis general que siguió a la Primera Guerra Mundial.

UNA "NUEVA ARMONÍA" ENTRE LA REALIDAD Y LAS ASPIRACIONES

En Costa Rica, aunque en términos generales la situación correspondía a las mismas características, el poder de los sectores cafetaleros, mercantiles y bancarios aún estaba lejos de alcanzar el grado de totalitarismo que en los otros países centroamericanos; las compañías fruteras no habían condicionado la economía general del país, pese a lo cual, habían estimulado la expresión de manifestaciones nacionalistas por parte de importantes sectores de la población, junto a las cuales comenzó a desarrollarse un influyente movimiento reformista.¹⁵

Expresión de esa tendencia fue el gobierno de González Flores y la formación del Grupo Germinal, por parte de muchos de los intelectuales más destacados, quienes habrían de dominar la escena político-cultural de la nación durante varias décadas.

A la misma tendencia en el desarrollo social del país correspondió la fundación, en 1913, de la Confederación de Trabajadores Costarricenses (CTC), que si bien contaba con una base principalmente artesanal, representaba también las aspiraciones de un sector obrero que aún se encontraba en proceso de formación.¹⁶

Así, pues, el panorama regional se caracterizaba, entre otros aspectos, por regímenes de corte feudal, dictaduras militares basadas en la fuerza, intervención extranjera e incipiente movimiento obrero. Y en esas condiciones, sólo podía plantearse como la vía de expresión ideológica de las nuevas fuerzas sociales intermedias, el pensamiento antifeudal de los revolucionarios franceses y las deslumbrantes soluciones de los socialistas utópicos, junto con sus planteamientos universalistas y sus certeras críticas contra el sistema y contra el absolutismo de la propiedad privada.

La producción escrita de José Figueres, durante muchos años de su vida política revolucionaria, habría de expresar las influencias directas fundamentalmente de Juan Jacobo Rousseau, de Claude-Henry Saint-Simón, de Roberto Owen y de Charles Fourier.

Rousseau, el político y filósofo que más fielmente representaba a la pequeña burguesía revolucionaria francesa, era quizá el pensador que mejor se adecuaba a la situación social de José Figueres y de los estratos por él representados, sectores que se acostumbra englobar en la denominación genérica de capas medias y que corresponden a las burguesías media y pequeña, tanto urbanas como rurales.

A esos mismos estratos sociales representados por Figueres corresponden ideológicamente los planteamientos de los socialistas utópicos, incluido el sentido patriarcal del Nuevo Cristianismo saint-simoneano y sus preocupaciones por "la clase más nombrada pero más desposeída". Lo mismo ocurre con el planteamiento de Owen sobre la difusión pacífica de las ideas, expresado más tarde por Figueres, al propugnar la propagación de la verdad mediante aquel tipo de debate "en donde tu enemigo sea un amigo".¹⁷

Rousseau ha proyectado en los escritos de Figueres, la crítica contra la gran propiedad feudal y la reivindicación de la pequeña propiedad, puntos a los que el francés dedicó su conocido Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres. Además, ha influido en la estructuración teórica de la soberanía del pueblo y ha inspirado gran parte de los fundamentos jurídicos conceptuales de la Segunda República. Puede señalarse, de paso, que la influencia de Rousseau en el pensamiento de los Padres de la Patria costarricense, fue ya evidente desde la adopción de la teoría del Contrato Social en el Pacto de Concordia proclamado como el primer documento constitutivo de la república independiente.

Los socialistas utópicos creyeron y proclamaron la bondad intrínseca del socialismo, convencidos de que la gente inspirada en su propia bondad y en su sinceridad primigenias terminaría por convencerse de los beneficios del nuevo sistema y lo adoptaría sin violencia.

Ello no contradice el hecho de que Figueres, en determinado momento de su vida política tomara las armas para hacer prevalecer por medio de ellas, sus posiciones ideológicas. Recuérdese que Saint-Simón, llegada la hora, fue soldado de la independencia estadounidense y de la Revolución Francesa.

Tanto en sus primeras producciones, como en sus últimas declaraciones, Figueres habló siempre con la convicción explícita de aquellas bondades y de la conveniencia del socialismo, y sostuvo la máxima según la cual "cada uno debe trabajar según sus capacidades", enunciadas por Saint-Simón y proclamada en Palabras Gastadas.¹⁸

Podría incluso decirse que algunas de las formas organizativas que Figueres habría de adoptar posteriormente en su empresa agrícola de la La Lucha, evocan de alguna manera, las sugeridas por Owen para su Nueva Armonía.

DEL MOVIMIENTO CONTINUO A LA LUCHA SIN FIN

El período siguiente en la vida del joven Figueres, lo ocuparon doce años transcurridos principalmente en la finca que él mismo bautizó con el nombre de Lucha sin Fin, que como lo han señalado todos sus biógrafos, revela una profesión de fe, por más que él pretenda desmitificarlo:

*Como soldador que era, tuve que hacer el rótulo para el portón de entrada de La Lucha: necesitaba una frase de once letras para que cada vara tuviera una letra. Entonces se me ocurrió "Lucha sin Fin", que es en realidad un lema de la vida. Cuando a uno le está yendo mal, está luchando; y cuando le está yendo bien, anda inventando nuevas luchas.*¹⁹

Durante ese tiempo, Figueres intensificó su formación autodidacta y, a la par de su capacidad de empresario, desarrolló su curiosidad científica en bs campos de la organización social y económica, en la agricultura y en la producción en general.

"Le acompañaban sus libros y sus herramientas de trabajo: el *Diccionario Monumental* de Webster... las obras completas de Shakespeare, *El Quijote*, las obras de Spencer a las que ahora se habían agregado las de Nietzsche, Schopenhauer y Kant, la *Historia de la Filosofía* de Durante, el Diccionario de Voltaire, La Biblia y, además, tratados de economía política, finanzas, ingeniería, matemáticas, etc., junto a la pala, el machete y el hacha."²⁰ Él mismo ha dicho que al trasladarse a La Lucha llevaba una inquietud especial: "Quería conocer la filosofía alemana. Sentía en mi formación ese vacío que llenar".²¹

Durante el mismo tiempo experimentó con numerosos cultivos y con nuevos procedimientos agrícolas y, aunque acostumbraba decir que no le interesaba la política, vivió en medio del campesinado las privaciones provocadas por la crisis económicas, y permaneció pendiente del desenvolvimiento de las administraciones de los presidentes Cleto González (1928-1932), Ricardo Jiménez (1932-1936) y León Cortés (1936-1940).

Además de esto, que pese a la tranquilidad campesina debió significarle una vida intelectualmente intensa, durante esos años Figueres se dedicó al estudio detenido de la filosofía y de la ideología del campesinado, al que llegó a conocer tanto que terminó por identificarse plenamente con él. Ello, por lo demás, le proporcionó la más poderosa de sus armas políticas: su capacidad de comunicación: aprendió a comunicarse con un pueblo que, pese a ser el propio, no podría haber conocido a la perfección sin conocer al campesino.

En San José, la vida política y cultural se desarrollaba con la intensidad propia del centro político del país. El movimiento renovador y reformista se veía impulsado con el surgimiento de nuevos elementos y con la presencia de figuras de proyección continental, como el caso de Víctor Raúl Haya de la Torre, quien impulsó la constitución de una seccional de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), movimiento orientado a contrarrestar el expansionismo económico y político de Estados Unidos y a difundir los postulados del humanismo.

En general, en todo el país s se manifestaban con alguna intensidad las consecuencias desfavorables de la crisis que provocaba intranquilidad social y explosiones políticas

esporádicas. Se registraban movimientos insurreccionales, como los de Grecia, en 1931, y San Ramón¹ (en 1932, pero lo más intenso de esa intranquilidad se canalizó a través de la campaña electoral de este último año.

En enero de 1932, otro anuncio histórico se expresó en la prensa costarricense: la insurrección campesina registrada en El Salvador. Las noticias sobre ese hecho se diluyeron en medio de una campaña política intensa, pero los más esclarecidos, y entre ellos Figueres, entendieron la verdadera significación de aquel fenómeno.

El 15 de febrero del mismo año, en la culminación de la campaña electoral y con un costo de 15 muertos y 36 heridos, los reformistas se sublevaron y ocuparon el cuartel Bellavista; y sólo un mes más tarde, fue publicado el Programa Mínimo del Partido Comunista de Costa Rica, el cual, pese a señalar que "su implantación (la del comunismo) no se pondrá a la orden del día en el país, sin haberse realizado la revolución en las metrópolis",²² constituyó otra fuerte llamada de atención con su postulado primero, que recamaba "todo el poder político para la clase trabajadora. Creación de consejos de obreros y campesinos".²³

El mencionado programa aunque proclamó su adhesión a los trabajos "que se lleven a cabo para la formación de una gran república socialista soviética en el continente americano", propuso las reformas que desde el punto de vista de los asalariados, seguramente se consideraron las fundamentales, como fueron:

- "Establecimiento del seguro social a cargo del Estado ...
- "Abolición del trabajo para los niños menores de 15 años...
- "Obligación de trabajar para todos los consumidores mayores de 18 años...
- "Efectividad de la jornada de ocho horas... y de seis para las industrias agotadoras...
- "Ley de salario mínimo...
- "Ley de organización sindical. Consagración del derecho a huelga.
- "Provisión de casas de habitación higiénicas para los trabajadores de la ciudad y del campo.
- "Higienización del país.
- "Emancipación político-jurídica de la mujer"²⁴

Muchas, si no todas esas reformas, correspondían a necesidades urgentes que la gran mayoría aceptaba como impostergables.

Figueres las conocía por su directa relación con los trabajadores del campo, sabía de su necesidad y de su urgencia, pero tuvo reservas sobre los procedimientos y los medios.

Notas

1. *Monge Alfaro, C.: op. cit. 284*
2. *Bonilla H.: op cit. p.262*
3. *Entrevista.*
4. *Ídem.*
5. *Castro Esquivel, Arturo: José Figueres Ferrer: el hombre y su obra; Imp. Tormo, San José: 1955. p.25*
6. *Entrevista.*
7. *Ídem.*
8. *Ídem.*
9. *Navarro Bolandi, Hugo: La generación del 48; Ed. Humanismo; México: 1957. p.62*
10. *Rodríguez Vega, E.: Los días de don Ricardo; pp 103 y 104.*
11. *Véase: Rodríguez Vega E.: Siete ensayos; pp 153 y sig.*
12. *Citado por Rodríguez V. Los días de don Ricardo; p. 101*
13. *Entrevista.*
14. *Ídem.*
15. *Véase: Obuber, D.: Raíces del PLN; pp 53 y sig.*
16. *Véase: Botey, Ana María y Cisneros, Rodolfo: la crisis de 1929 y la Fundación del Partido Comunista; Ed. Costa Rica, San José: 1984; y: de la Cruz, Vladimir: Las luchas sociales en Costa Rica; Ed. Costa Rica, San José: 1980.*
17. *Figueres, José: La pobreza de las naciones; Imprenta Nacional, San José: 1973; p. 34.*
18. *Figueres, J.: Palabras gastadas: p. 31*
19. *Figueres, J.; en La Nación; 27 octubre de 1985.*
20. *Castro Esquivel, A.: op cit. p 21.*
21. *Entrevista.*
22. *"Programa mínimo del Partido Comunista de Costa Rica", en Rodríguez V.: Los días de don Ricardo; p.130.*
23. *Ídem p.131.*
24. *Ídem pp. 131 y 132.*

SEGUNDA PARTE

DE LA EMERGENCIA
A LA INSURGENCIA

Capítulo IV

LOS GÉRMENES DEL CAMBIO

La aparición del Partido Comunista en el escenario político demostró que había otros sectores emergentes, que exigían participar en las grandes decisiones sociales, y que ya no era posible seguir postergando los cambios sustanciales que requería la política nacional, pese a que el nuevo partido declaraba que el programa comunista integral no se pondría en el orden del día en Costa Rica,

... sin haberse ya realizado la revolución social en las metrópolis de que dependemos económicamente, o sin la concurrencia de factores especialísimos, que permitieran organizar la economía y la vida social del país, sobre bases totalmente comunitarias sin provocar intervenciones imperialistas.¹

El signo de los nuevos tiempos lo constituía, de esa manera, la presencia de los sectores medios y de la incipiente clase obrera, cada uno de los cuales tratando de realizar sus intereses por los medios o propios o que estuvieran bajo su control.

A la mitad del tercer gobierno de don Ricardo Jiménez, éste tiene que hacer frente a una muestra de los tiempos nuevos: la Huelga del Atlántico, dirigida por el Partido Comunista, que levanta en armas a los trabajadores de las fincas bananeras de la región atlántica. Los meses de agosto y setiembre de 1934 le dicen a don Ricardo que hay pobreza, exasperación y voluntad de pelea.²

El movimiento huelguístico ocupó la atención pública, a la vez que despertó el interés y la reacción de los diversos sectores económicos del país, varios de los cuales demandaron la represión violenta de los huelguistas. Si los trabajadores proletarizados de las fincas bananeras demostraron su combatividad, los grupos más conservadores de agricultores, comerciantes y políticos, pasaron a constituir la Liga Anticomunista, para anunciar, de esa manera, que la lucha de clases había dejado de ser una mera posibilidad teórica.

La huelga concluyó por la intervención gubernamental, mediante la fuerza pública que sorprendió y detuvo al Comité de Huelga,

Pese a este final, los obreros salieron victoriosos, pues en el contrato-ley N°30, de 10 de setiembre de 1934, se incorporaron la mayoría de sus

*peticiones, además de que se reconoció oficialmente la existencia de la Federación de Trabajadores Bananeros del Atlántico.*³

Ya en 1932, el Partido Comunista intentó presentar su candidato a la Presidencia de la República, pero se lo impidió una deposición legislativa que, además, le obligó a cambiar su nombre por el de Bloque de Obreros y Campesinos.

Con ese nombre ganó dos diputaciones en 1934 e igual número en 1936, y en este último año también postuló su candidato para la Presidencia de la República. Mientras tanto, y muy significativamente, los reformistas que en su tiempo inspiró y sublevó Jorge Volio, habían terminado por retirarse de las competencias electorales.

Era claro que la situación general del país se hallaba pasando un período de profundas transformaciones. Eugenio Rodríguez lo resumió en los siguientes términos:

La administración del Licenciado León Cortés es un puente entre don Ricardo (Jiménez), el último liberal, y la época contemporánea, que comienza alrededor del año 40.

Varios hechos señalan el indicado límite cerca del año 1940: a) la Segunda Guerra Mundial iniciada en setiembre de 1939, b) la reapertura de la Universidad de Costa Rica (1941); c) el señalado resurgimiento artístico y literario, que se expresa en el concurso de la mejor novela latinoamericana, del año 1940 precisamente.

A este concurso se presentan tres obras mayores de nuestra literatura: *Tierra Firme*, de Yolanda Oreamuno, *Pedro Arnáez*, de Marín Cañas, y *Mamita Yunai*, de Carlos Luis Fallas.

En 1939 se había publicado *Vida y dolores de Juan Varela*, de Herrera García; en setiembre de 1940 aparece el primer número de *Surco*, revista que será la tribuna del Centro para el Estudio de Problemas Nacionales; en 1941 Rodrigo Facio presenta a la Facultad de Derecho su *Estudio sobre Economía Costarricense*, en 1942 aparece *Ese que llaman pueblo*, de Fabián Dobles; en mayo de 1942 el Presidente Calderón envía al Congreso Constitucional su mensaje sobre las Garantías Sociales; en 1944 se publica *El valle nublado*, de Abelardo Bonilla.⁴

UNA EXPERIENCIA QUE RECORDAR

Otro acontecimiento que pesó mucho en la formación de Figueres fue la instauración, el desenvolvimiento y la derrota de la Segunda República española que, junto con la Segunda República francesa, un siglo atrás, le sugirieron el camino para establecer en Costa Rica, la nueva democracia, la de contenido social.

Desde mediados de 1936, cuando se inició la sublevación militar encabezada por Francisco Franco y apoyada por la intervención masiva de los ejércitos fascistas de Italia, Alemania, Portugal y Marruecos, protegidos por el bloqueo impuesto contra la República por Inglaterra y Estados Unidos, Figueres entró en contacto con los gobernantes republicanos y, en su momento, ofreció sus servicios en calidad de voluntario, para enrolarse en las filas del ejército republicano.

Si bien, ese ofrecimiento no fue aceptado ("Tenemos más hombres que armas, gracias",⁵ recuerda que le contestaron), Figueres siguió paso a paso las incidencias de la guerra, las cuales le proporcionaron lecciones fundamentales, para la formulación de sus proyectos y la delimitación de su estrategia.

DE LA UTOPIA A LA DURA REALIDAD

En la campaña electoral de 1936, José Figueres tuvo participación en favor de la candidatura de León Cortés, pero él mismo la define como de muy poca importancia: "Yo le ayudé a don León Cortés, como otro campesino más. Le acompañé en alguna; giras por la zona de San Marcos, pero no fue una participación seria."⁶

Fue hasta 1942 cuando los acontecimientos que habrían de incorporarlo por completo a la vida política nacional, se desencadenaron en sucesión creciente.

Las elecciones presidenciales de 1940 habían sido ciertamente dramáticas: amplias capas de la población lucharon por levantar la figura de Ricardo Jiménez, pero el viejo dirigente liberal había terminado por despertar la desconfianza de los sectores económicamente poderosos, que le quitaron el apoyo y le obligaron a retirar su postulación.

Los grupos reformistas, que no contaban con representación ni bandera propias, junto con sectores capitalistas y parte de los liberales que quedaron sin candidato al retirarse Ricardo Jiménez, y el mismo presidente León Cortés, dieron su apoyo a la candidatura de Rafael Ángel Calderón Guardia, quien, en tales condiciones, ganó con amplio margen, sobre la otra candidatura postulada por el Partido Comunista, organización que de esta manera, casi simbólicamente, se presentaba como la alternativa en la lucha por el poder.

Los acontecimientos posteriores habrían de demostrar que un solo hombre, o una sola tendencia, no podían representar a tantos y tan diversos intereses como los que se reunieron alrededor de Calderón Guardia. A un ritmo muy acelerado, la situación política y económica del nuevo gobierno se deterioró. Las manifestaciones de descontento y de insatisfacción se hicieron cada vez más frecuentes, hasta que, en las elecciones legislativas de 1942, los resultados le fueron adversos.

En medio de ese proceso de deterioro del gobierno, en un ambiente de descontento y de desilusión por parte de las grandes masas de la población, ocurrió el acontecimiento que proyectó al entonces empresario agrícola, José Figueres, de la vida de estudio y de experimentación en el campo, de su ínsula patriarcal, de su utopía, a la dura realidad política.

Figueres ha contado el incidente, de la siguiente manera:

Con el tiempo, yo compré un aparato de radio moderno, y una noche oí la gran alarma: que andaba un individuo matando gente en la calle y que había matado a Moreno Cañas. Años después oí otra noticia importante: que un barco estaba bombardeando Puerto Limón. Esto ocurría ya durante la Segunda Guerra Mundial. Después se dijo que no era al puerto sino al vapor San Pablo, que estaba cargado con miles de sacos de harina... El asunto fue que se acercó un submarino alemán a Limón y le metió tres torpedos al San Pablo. Por aquella época habíamos estado racionados con la harina, ya que no llegaba a nuestros puertos por falta de transporte.

Pues bien, recuerdo que el 4 de julio fui a la embajada norteamericana, porque yo estaba casado con una norteamericana. Además, yo había vivido en aquella nación varios años.

Estábamos en la celebración cuando llegó la noticia de que estaban saqueando los almacenes de San José, como represalia por el hundimiento del San Pablo. A la mañana siguiente me enteré de que habían tirado piedras sobre los edificios de los alemanes y de los italianos, y que habían ido donde el Presidente, y que éste les dijo que hacían muy bien. Hubo entonces un saqueo general; corrió por las calles de San José el vino, los alimentos, todo. ¡Fue un desastre!

Me fui a La Lucha y a los pocos días regresé a San José. La buena o la mala suerte hizo que me tocara ver a los bomberos cuando lavaban la harina que estaba sobre los rieles del tranvía, en la Avenida Central; harina que habían sacado de la panadería Musmanni... Nosotros sin harina, y la harina tirada en la calle. Esto lo permitió el gobierno. Entonces ya había mucho descontento contra el gobierno de Calderón Guardia.⁷

La noche del 8 de julio, Figueres pronunció por radio su celebre discurso. Comenzó invocando los valores por los que se peleaba en la guerra mundial y por cuya defensa se había pronunciado Costa Rica. Pasó a señalar la existencia de un malestar generalizado y a definir las críticas que se hacían contra el gobierno:

Lo que se dice es esto: que la administración pública es deficiente. Que los métodos o los hombres del gobierno son incompetentes para dirigir al país en tiempos de paz, absolutamente incapaces de conducir la guerra.⁸

Detalló lo que el público comentaba sobre la actuación gubernamental respecto del conflicto bélico, sobre lo que sentenció:

Hemos manejado la guerra ineptamente. Tal vez hasta hecho el ridículo ante nuestros enemigos, como ante nuestros aliados...

Empezamos por no tener ningún criterio definido en cuanto a las colonias locales de países enemigos (...) No dimos jamás garantías a nuestros aliados contra los peligros verdaderos de agrupaciones enemigas tan cerca del Canal de Panamá (...) Tenemos a nuestros aliados en un estado de inseguridad, como el que se siente en los cuarteles cuando se habla de que hay traidores adentro (...) La peor forma de sabotaje es un aliado incapaz.

Después denunció la actitud del presidente Calderón Guardia y del Secretario General del Bloque de Obreros y Campesinos:

En protesta contra el hundimiento del San Pablo (...) se organizó en San José un desfile (...) Hubo al principio una hermosa manifestación de duelo (...) Luego la gente rompió los vidrios de algunos establecimientos de casas enemigas, y la manifestación se dirigió a la Casa Presidencial (...) Y entonces el Presidente pronunció un discurso de buena fe que enardeció al pueblo inconsciente y desató la tempestad que no pudo luego contener, y la ciudad fue saqueada, y se destruyó más riqueza... en dos horas, que la mercadería que perdimos en el San Pablo.

Refirió los comentarios sobre la supuesta entrega del gobierno al Partido Comunista, por haberse visto abandonado por los grupos que le apoyaban, y pasó a atacar la situación de las finanzas:

Todos sabemos que el gobierno está atrasando los pagos.; Y nos dicen que es por la guerra. ¿Creen que somos ingenuos? La verdad es que en los dos años que esta administración ha concluido, las entradas fiscales han sido las más altas de nuestra historia hacendaría.

Y sobre la eficiencia administrativa:

Viene la plaga de langostas que barre los cultivos como un huracán. Y hay calma. La langosta llegó a San Ignacio: un proyecto de ley destinando cincuenta mil colones a combatirla. La langosta está en Jorco: primer debate del proyecto. La langosta se comió los frijoles de San Gabriel: segundo debate del proyecto. La langosta dejó sin sombra de guineo los cafetales de Rosario: tercer debate. La langosta en los Bajos de Bustamante: el gobierno no sabe qué hacer con los cincuenta mil colones. ¡En Corralillo!: el gobierno no tiene los cincuenta mil colones... ¡La langosta se murió de frío en el cerro de El

Tablazo!: el gobierno tiene la satisfacción de informar que el peligro ha desaparecido. ¡Lo que ha desaparecido son los maizales! ¡Y lo que debe a desaparecer es el gobierno!

En seguida entró a criticar la situación económica y la política financiera gubernamental:

El caso es que mis peones no tienen maíz, pero disfrutamos de un decreto que fija el precio a un colón el cuartillo. Póngalo a diez centavos, si es cuestión de decretos, y lo teñiremos más barato. Lo que ignora el gobierno es que con decretos no se hacen tortillas.

Y enfatizó sobre la ineficiencia del Seguro Social en nombre de los intereses de sus dependientes:

Mis peones no tienen zapatos, ni sábanas limpias, ni leche para sus niños, pero el Seguro Social les garantiza una vejez sin privaciones. ¡Señores del gobierno, acabemos la comedia: asegúrenles a los costarricenses un buen entierro y déjenlos morir de hambre.

En seguida, narró con ironía:

En los comienzos del cine parlante (...) era muy difícil hacer coincidir el sonido con la imagen de la pantalla. A menudo se quedaba uno atrás del otro. Ya veces el operador se equivocaba, y sonaba un disco de versos provenzales mientras se proyectaba un "match" de boxeo. Hoy en Costa Rica, quien ve la realidad de las cosas y simultáneamente escucha a los personeros del gobierno, recibe la misma sensación de desconcierto: siempre pasan tocando el disco que no es. Ahora anda la policía con carabinas para evitar el saqueo del sábado pasado.

Como se sabe, la policía irrumpió en el mismo estudio de la radioemisora, interrumpió el discurso y detuvo al orador, quien concluyó apresuradamente:

Me mandan a callar con la policía. No podré decir lo que creo que debe hacerse. Pero lo resumo en pocas palabras: ¡lo que el gobierno debe hacer es irse!

Figueres fue encarcelado:

Al día siguiente, cuando llegó el policía con el café y unos bollos de pan de a cinco, con mantequilla, yo cogí los papeles y los guardé: "A según vaya la cosa, dentro de poco tiempo ya voy a tener almohada". Es que no había ni un pedazo de tabla para poner la cabeza.⁹

Se le expulsó hacia El Salvador, país que ya se encontraba sujeto a la férrea dictadura militar, a la que se le puso sobre aviso acerca del "peligroso espía nazi que se le enviaba."

Costa Rica era en aquellos momentos una nación en busca de un dirigente carismático y casi providencial, de los que pueden surgir solo en un momento determinado de la historia. Nadie podría haber mantenido la amplia coalición de las fuerzas que apoyaron a Calderón Guardia y él, naturalmente, vio desmantelarse esa alianza sin poder hacer nada para impedirlo. Cuando sectores poderosos amenazaron con derrocarlo, debió recurrir al apoyo de sus adversarios políticos, los comunistas, y sellar la alianza que le distanciaría más de sus antiguos amigos, pero sin romper definitivamente con ellos.

Los liberales estaban en franca desbandada, con el ocaso definitivo de su máximo representante, Ricardo Jiménez, y con el disminuido prestigio de León Cortés, acusado de simpatizar con el nazismo en momentos en que esa doctrina se hallaba anatematizada por la guerra.

Los reformistas, ya entonces sin ninguna representación política, y las clases populares que habían puesto muchas esperanzas en las reformas de Calderón, no veían que éstas se materializaran con la premura que las necesidades insatisfechas demandaban.

Los comunistas, convertidos en la alternativa durante las elecciones del 10, habían reconocido que su movimiento era a largo plazo y, además, se habían aliado con la contraparte. Cuando José Figueres pronunció aquel discurso radiofónico, parecería que eso era exactamente lo que debía hacerse para responder a la necesidades políticas de ese momento. La alocución tuvo el valor supremo de la precisión histórica.

Numerosas expectativas se abrieron para muchos sectores de población. Quizá podría decirse que quienes se encontraban en el túnel vieron el primer destello.

El gobierno completó su obra al proporcionarle al disertante los elementos adicionales de la persecución y del martirio, para dar el marco adecuado al surgimiento del dirigente político que la nación estaba esperando, casi con características mesiánicas.

Los hechos posteriores demostraron que José Figueres, por su parte, había entendido la situación, que tenía clara conciencia de la responsabilidad histórica que le había caído sobre la frente, y que se hallaba en disposición y con la capacidad de responder a ella.

Notas

1. "Programa Mínimo", Ídem, p.130 y 131.
2. Rodríguez V: Los días de don Ricardo; p.134.
3. Rojas Bolaños, Manuel: Lucha social y guerra civil en Costa Rica 1940-1948; Ed. Porvenir. San José: s/f. p.68.
4. Rodríguez Vega, E.: Los días de don Ricardo; p.153.
5. Entrevista.
6. Excelsior. 21 de mayo de 1976.
7. Ídem.
8. Texto completo en: Castro Esquivel, A.: op cit. pp. 33 a 35.
9. Salguero, Miguel: "Don Pepe Figueres: de San Ramón a Boston". En Excelsior. 15 octubre de 1976.

Capítulo V

LAS PREMISAS DEL COMBATE

En 1948 Figueres asumió otra faceta de su personalidad: la de un militar. Militar no en el sentido tradicional latinoamericano sinónimo de déspota, sino en el sentido de combatiente armado por una tesis ideológica.

Este papel, según propia expresión, Figueres debió asumirlo sólo por la fuerza irresistible de la necesidad social, pese a lo cual se desempeñó de manera creativa, eficiente y con sentido de la precisión coyuntural, factores que fueron esenciales para asegurarle el éxito frente a fuerzas regulares sensiblemente mayores y mucho mejor pertrechadas.

Figueres debió recurrir a la violencia cuando los otros caminos, adecuados para promover sus puntos de vista, fueron clausurados por completo. Y empuñó las armas en un momento en que no sólo él se hallaba convencido de que ese sacrificio era ineludible, sino que así lo reconocía la conciencia de la mayoría; es decir, en el momento en que, tanto los partidarios del gobierno como sus adversarios, estaban seguros de que la vía hacia la solución pacífica estaba cancelada, que no era practicable, y que no lo sería por mucho tiempo.

Esta convicción era la base indispensable para que en unos despertara la expectativa de asumir una nueva vía, aunque fuera la armada, y para que otros cayeran en la desmoralización. El cierre de la vía electoral demostró a los partidarios del cambio la necesidad histórica de la violencia y fomentó en los defensores del régimen, el sentido de la inseguridad, sentimientos que eran las premisas necesarias de la confrontación.

La cultura convencional sostiene que el costarricense es un pueblo por naturaleza pacífico, y que las peculiaridades de su desarrollo histórico lo han moldeado así. Se trata de demostrar que son atributos consustanciales del ser costarricense, la docilidad y la sumisión, virtudes que generalmente tienen en alta estima los estratos dominantes.

La gesta de Figueres no solo demostró la tesis contraria sino que, al mismo tiempo, debió basarse en el conocimiento de una tradición que es contraria a aquel punto de vista, y que se resume en palabras de Juan Bosch:

*... si bien el fruto de la historia costarricense es un pueblo menos violento que otros de América (...) tal vez resulte más apropiado decir que ha usado la violencia con más justificación que otros.*¹

Es así que, al examinar la historia, no se puede sostener la renuncia a la violencia como procedimiento último para la solución de los problemas sociales fundamentales. La obra de Rafael Obregón recoge tantas excepciones que bien constituyen otra regla.²

Tampoco se puede demostrar la tesis de un pueblo esencialmente pacífico basándose en los antecedentes culturales, pues, por un lado, el colonizador español arribó a las costas americanas dotado de una experiencia de ocho siglos de guerra independentista, en tanto que, por el otro lado, los habitantes originales de Costa Rica defendieron su libertad con heroísmo ejemplo, durante tres siglos, por lo que, en estas tierras se confrontaron primero, y asentaron después, más de mil años de experiencia combativa.

De paso, eso explica porqué los colonizadores no lograron acumular grandes fortunas como ocurrió en los restantes países de la región, pues no dispusieron de suficiente trabajo esclavo debido a que los indígenas se refugiaron en las montañas y resistieron eficazmente el asedio militar e ideológico.³

La comunicación con las provincias vecinas y, por tanto, el desarrollo del comercio con las mismas, no fue posible en parte porque los indígenas, con sus acciones de hostigamiento, durante mucho tiempo lo hicieron prácticamente imposible.⁴

Como se ha dicho, si bien la independencia de Costa Rica no fue un proceso violento, toda la región la obtuvo sin grandes ni prolongadas campañas militares, como ocurrió en otros países. Pero Costa Rica ha dado pruebas de una adecuada utilización de la violencia, por ejemplo, en la lucha contra la invasión de W. Walker; en la resistencia cívica y la contienda armada contra el gobierno de los hermanos Tinoco; en las luchas de liberación de otros pueblos, incluida la Revolución Mexicana y la ocupación extranjera en Nicaragua, y la utilizó en 1948, cuando hubo conciencia de que las restantes vías de emergencia se encontraban definitivamente cerradas.

Puede decirse, entonces, que la historia costarricense demuestra que el pueblo ha sabido utilizar la violencia con más justificación que otros, pero que ha sabido utilizarla.

Al examinar la forma en que Figueres manejó la violencia con ocasión de la guerra civil de 1948, se advierte en primer lugar, que la violencia fue considerada, en todo momento, como un instrumento para la consecución de fines de tipo social y político, es decir, que la guerra se asumió como un instrumento de la acción política, al servicio de los intereses de un grupo social.

En otros países del continente, estas apreciaciones son menos evidentes o se hallan distorsionadas por el hecho de que el aspecto militar es el ingrediente esencial de la política y el soporte fundamental del sistema, de manera que lo militar aparece como la causa eficiente de la situación general.

LA REALIDAD DEL CONFLICTO

Juan Bosch ha planteado este problema de la siguiente manera:

He oído a muchos de los que actuaron en ese movimiento de 1948 explicar que hicieron la revolución para restaurar el derecho al sufragio, que había sido burlado. En verdad, causa asombro advertir cómo en esta América nuestra, hasta los propios actores del drama histórico desconocen las verdaderas razones de su actuación. El sufragio fue burlado porque para mantener el control de la economía nacional necesitaban retener el control político.⁵

La administración del Presidente Calderón Guardia no era igual a los gobiernos liberales tradicionales que ocuparon el poder con anterioridad a la década de los cuarenta. Había iniciado una obra de reforma inspirada en la llamada Doctrina Social de la Iglesia, y con ello había desafiado al amplio sector más conservador de la economía nacional. Él mismo lo explica de la siguiente manera:

No se me oculta que para proceder de ese modo tengo que resignarme al sacrificio de todas mis conveniencias personales. Es posible que haya quien afirme que por esas mismas causas he quemado mis naves y que mi carrera política se ha acortado irremediablemente; pero sigo creyendo que para el gobernante que no comercia con su investidura, no pueden existir razones más fuertes que las que le dictan las necesidades sociales o los principios de justicia inmanente que alienta el corazón de todo hombre que no se ha olvidado de sus deberes para con Dios y para con la patria.⁶

Calderón Guardia se mostró conmovido por las condiciones de pobreza por las que atravesaban las grandes mayorías nacionales. Podía apreciar con claridad la magnitud y el carácter patético de las necesidades sociales, y con la mejor de las intenciones, trataba de darles una solución acorde con "los principios de justicia" de la doctrina eclesiástica.

También él mismo habría de resumir de la siguiente manera, la forma de encarar en la práctica, aquellas necesidades sociales:

Estudié, sin pasión y sin odio (...) no los medios de despojar a unos para darles a los otros, sino la necesidad de despertar en el seno mismo de la opinión pública, las fuerzas y direcciones que el pensamiento colectivo necesita seguir para encontrar una solución adecuada y pacífica del conflicto

*entre el capital y el trabajo, que no puede sopor-lar un proceso de creciente desequilibrio, sin causar la ruina de nuestra paz interna y enconar la lucha de los distintos grupos económicos que coexisten en nuestros medios social.*⁷

Parecería que esas afirmaciones sintetizan el pensamiento del presidente Calderón, la idea de encontrar los medios propios para solucionar la antinomia trabajo-capital "sin despojar a unos para darles a los otros".

Esa también era la contradicción entre sus compromisos como miembro de una clase social y sus deseos de reforma. Ese sentido contradictorio se reflejó en la actividad de gobierno: reabrió la Universidad pero derogó la reforma educativa de los liberales, al establecer la educación religiosa y reconocer la de los centros privados; decretó la fundación de la Caja de Seguro Social, aunque esta institución se limitó a atender sectores muy pequeños de la población; entregó a las compañías extranjeras el comercio de la gasolina y el de la energía eléctrica que eran monopolios del Estado, y promovió la reforma de la Constitución para incorporarle las llamadas garantías sociales, fundamentalmente las referidas a los derechos de los trabajadores, pero cultivó la amistad con regímenes que las desconocían por completo.

Así, Calderón promulgó el primer Código de Trabajo que, si bien contenía muchas limitaciones, constituyó un paso positivo al reconocer el trabajo como una actividad fundamental en la creación de la riqueza social, merecedora de la protección del Estado.

Aunque a veces se trata de disminuir la importancia de la reforma emprendida por Calderón Guardia, sosteniendo que se limitó a sistematizar derechos que ya existían, en todo caso la labor fue positiva, inclusive en el caso de que la reforma no hubiese llegado a tocar los puntos esenciales del sistema, y que éste, en sus aspectos económico y social seguía su proceso de paulatina modernización, sin ninguna amenaza a su estabilidad.

La adopción de las medidas anteriores, sin embargo, había significado para algunos empresarios particulares el incremento de los costos de producción, pero aún los no afectados consideraban que los ejemplos eran nefastos, lo que comenzó a manifestarse con la oposición de muchos estratos altos, aquéllos que acostumbran desconocer las soluciones a largo plazo.

En el otro extremo, amplias capas de la población no experimentaron ventajas inmediatas adecuadas a sus necesidades, que derivaran de las medidas adoptadas por el gobierno. La insatisfacción continuaba en niveles muy altos y el sentimiento de inconformidad y frustración que ella producía en las masas se expresaba cada vez con más intensidad.

Esta parecería ser la explicación de las características que adoptó la manifestación popular del 4 de julio de 1942, convocada para protestar por el hundimiento del barco

San Pablo, torpedeado por un submarino alemán cuando se hallaba surto en aguas de Limón.

En esa oportunidad, según se sabe, las masas se desbordaron y cometieron actos de vandalismo, sólo explicables en un ambiente de insatisfacción y por la falta de una conducción política eficaz, que comprendiera claramente la situación y los objetivos coyunturales de la lucha.

José Figueres era hasta ese momento, un empresario agrícola, conocido en el círculo de sus amigos y en el de sus empleados, como una persona generosa y culta, un poco extravagante, quizá, para ser hijo de españoles, pero en general poco conocido en el mundillo político de la época.

En su ya famosa comparecencia radiofónica efectuada cuatro días después de los disturbios, comenzó por señalar: "Hay un malestar general, reprimido por diversas consideraciones, contra el Gobierno de la República.⁸

Esa intranquilidad generalizada era, precisamente, la expresión de una problemática social extendida y muy aguda, cuya solución no se había planteado el gobierno, porque sus causas eran más de carácter profundo, en tanto que las reformas alcanzaban sobre todo al nivel formal.

Las necesidades básicas de las mayorías seguían en lo fundamental insatisfechas, lo cual era más grave en la medida en que las condiciones de crisis y la guerra imponían en las masas populares un estado de ánimo especialmente sensible, pero carente de una conducción consecuente y eficaz.

¡A PONER ORDEN EN CASA!

Esta situación habría de reflejarse también en las ideas que el exiliado José Figueres escribiera en la ciudad de México, en respuesta a un cuestionario que le enviaran los redactores del libro Ideario Costarricense, quienes habían hecho igual solicitud a varias personalidades, recabando opiniones acerca de cuál debería ser la actitud y la actividad de Costa Rica en la postguerra.

A ello contestó: "la mejor contribución que nosotros podemos aportar es poner orden en nuestra propia casa", y pasó a puntualizar algunas medidas específicas que en su opinión, servirían para "para ello", entre las que mencionó las siguientes:

Abolir la politiquería en la Administración Pública. Esto es fundamental. ¿Por qué no se ha de administrar el país como se administra el Banco Nacional de Costa Rica, para citar una institución del Estado? ¿por qué, si tenemos en la mayor parte de nuestras actividades (los negocios privados y las instituciones autónomas), normas de cordura y eficiencia, o al menos la honesta aspiración

de ellas, por qué, pregunto, hemos de consentir que la superestructura administrativa sea un continente descubierto donde vayan los aventureros a probar fortuna?9

Tal era la primera preocupación del exiliado Figueres: una administración pública eficaz y eficiente. En segundo término:

Restablecer la libertad. Entiendo genéricamente por libertad todas las normas tendientes a elevar la dignidad del hombre. Esta necesidad no se discute; se siente o no se siente. Este sentimiento florece más allá de los prados donde pastan nuestros orejudos politiqueros. Es el sentimiento que periódicamente ha demostrado con sangre, en toda la historia, su capacidad de persistir sobre la tierra; y que hoy lo está probando aún en Europa, con elocuentes bombas de ocho mil libras. Es el sentimiento de nuestros abuelos del 56, de nuestros padres del 18, de nuestros afrentados compatriotas de hoy. Hemos sido un país de instituciones, y no hemos de resignarnos fácilmente a verlo convertido en una orgía de machetones.

Es claro que en el pensamiento de Figueres existía un concepto de libertad muy poco formal, con mucho contenido, orientado a la necesidad de elevar la dignidad de la persona. Ahora bien, en el sistema conceptual figuerista, esa dignidad como contenido de la libertad debía realizarse necesariamente aún cuando solo fuera posible por los medios últimos, determinación que también ya aparecía en sus escritos.

En tercer lugar, el exiliado Figueres proponía:

Dar al país una orientación social; hacer que el Estado asuma gradualmente, y técnicamente, la dirección de toda actividad económica, con estos objetivos: mayor producción de riqueza y más equidad en su disfrute.

También se advertía la urgencia de cambios que tocaran la raíz del sistema económico con el objeto de solucionar la situación social, como la única vía y la única forma de confrontar la situación general, prácticamente en una encrucijada.

La diferencia entre las posiciones ideológicas que de hecho ya se hallaban enfrentadas, se podría sintetizar en las pretensiones de Calderón Guardia, de encontrar "una solución pacífica al conflicto entre el capital y el trabajo", sin utilizar "los medios de despojar a unos para darle a los otros", frente a las ideas de Figueres, quien invocaba "una libertad cuya esencia es la dignidad", que debe defenderse "con el sentimiento del 56 y del 18", y que a la vez que propicie una mayor producción de riqueza, propicie también "una mayor equidad en su disfrute", aunque para ello haya que limitar el disfrute unilateral de algunos.

El concepto de libertad que manejaba Figueres, concebida no solo como la posibilidad de hacer lo que ordene la propia voluntad, sino como "todas las normas tendientes a elevar la dignidad del hombre", era la antítesis del concepto liberal: era ya el concepto de la libertad vista como norma orientada a elevar la dignidad del hombre y no como la ausencia de normas, que permita el juego ilimitado de la voluntad de algunos aún cuando ese juego se practique con la dignidad de las mayorías.

Además, en la concepción de Figueres, esa necesidad de que se estableciera una libertad basada en normas orientadas a elevar la dignidad humana "no se discute: se siente o no se siente", y persiste por encima de las incomodidades momentáneas y perdura aunque a veces tenga que recurrir a la violencia para su preservación.

La propuesta eficiencia del Estado se halla directamente relacionada con el grado de eficacia de aquellas normas.

La respuesta enviada a los redactores de *El Ideario*, concluía con expresiones como las siguientes:

Señores de la encuesta, esta inquietud de ustedes (...) no es un fenómeno esporádico, desconectado en nuestro país; es más bien la primera ondulación avanzada de una ola incontenible de generaciones nuevas, que vienen dispuestas a extirpar del suelo patrio todos los males conspicuos de la politiquería y la ineptitud, imponiendo normas de competencia y responsabilidad. Nos vienen majando los talones los muchachos nacidos en los tres o cuatro lustros siguientes al nuestro, dispuestos todos a terminar la zarabanda.

Juzgando por mi experiencia con jóvenes campesinos costarricenses, y por mis relaciones actuales con nuestros universitarios en el exterior, llego a creer que resultará pequeña para tantas fuerzas, la tarea de nuestra regeneración patria. Iremos más allá: demostraremos, en la retorta diminuta de nuestro laboratorio sociológico, a un mundo flagelado por la duda y la discordia, hasta donde puede ser eficiente un régimen de respeto y libertad.

Tales expresiones, en nombre de las generaciones nuevas y emergentes, mostraban la seguridad en los cambios, y aunque éstos todavía se planteaban en cuanto a la eficiencia y no a la esencia, era claro que se estaban configurando en su cerebro, las grandes líneas de lo que sería la insurrección armada y las soluciones que habría de dársele a los problemas planteados.

EL ALMA DE LAS PALABRAS

Esta elaboración teórica adquirió características más definidas en su obra *Palabras Gastadas*, remitida para su publicación en Costa Rica, en diciembre de 1942.

Figueres se refiere en ella a las palabras democracia, socialismo y libertad, las que considera como tres sentimientos del hombre en sociedad, y aunque su conceptualización parte de la tradición revolucionaria francesa, se encuentra matizada por un más fuerte contenido social que la distingue de los clásicos. Su análisis concluye en que esas palabras tienen alma inmortal, que se gastan pero se renuevan y que

*... preparan al hombre para el goce de un reino celestial que la técnica ha de crear aquí en la tierra, donde el alma no tenga otro solaz que el Arte, ni otro incentivo alentador que la conquista, eternamente incipiente del saber.*¹⁰

En el pensamiento de Figueres el Estado tiene un carácter puramente instrumental:

*El hombre vive en sociedad y sostiene un Estado regulador, para beneficiarse. Desde el momento en que ese Estado le perjudica, o irrespeta su persona, se ha roto el contrato y ha dejado de existir la sociedad. Podrá haber un regimiento, una tribu inorgánica, o un hato, pero no una colectividad ejecutora de un convenio social entre sus miembros.*¹¹

De manera que el Estado sólo puede justificarse en la medida en que resulte beneficioso para los integrantes del grupo y no se justifica, o ha dejado de sustentarse en la aceptación de la sociedad, en el momento en que resulta perjudicial para el grupo, sin consideraciones de clases, por lo que requiere la adhesión de todos.

Son muy importantes sus consideraciones acerca del socialismo. En primer lugar, lo fundamenta en la idea original del hombre acerca de la necesidad de la colaboración, "sugerida por el instinto mismo de la vida, contrapuesta al impulso natural del antagonismo que destruiría la especie".¹²

En otras palabras, lo hace descansar en una especie de estado natural rousseauneano acechado por Hobbes. Y desarrolla su tesis de la siguiente manera:

La división del trabajo, más acentuada cuanto más grande es el grupo, y la intervención reguladora del Estado en los negocios, cada día más sentida en nuestro tiempo, no son triunfos de una u otra ideología, sino el avance racional de la sociedad hacia un esfuerzo económico científicamente coordinado, con miras de eficiencia y equidad.

*El socialismo es la aspiración hacia un orden económico en que cada cual da el máximo de sus capacidades en la producción organizada de menesteres, a cambio de normas de vida tan elevadas como permitan la riqueza acumulada y el producto cotidiano del trabajo general.*¹³

Se trata del socialismo que, como tal, "no puede perjudicar a nadie y sí beneficiar a todos", pero que se hace imposible, o se retarda, porque los bandos de opinión en conflicto, la izquierda y la derecha, se muestran prejuiciados.

Sin embargo, aún en este caso adopta una posición positiva, al señalar que los mismos grupos agitadores merecen su respeto porque tienen, por lo menos, la virtud de recordarle a las clases dirigentes, que tres cuartas partes de los pobres del planeta

... no disfrutan más, entre los bienes humanos, que de miseria y abandono; que no van a aguantar indefinidamente, al son de las guitarras moralistas, la carga de un sistema de producción que no los nutre y que si los hombres que llevan la responsabilidad del gobierno, la industria y el comercio, no encuentran un mecanismo más fecundo y justo, ellos al menos se darán el gusto sádico de arrastrar el existente. En el lenguaje gráfico de las necesidades primitivas, lo que advierten esos gritos es, que si el capitalismo no da leche para todos, la lucha de clases matará la vaca.¹⁴

Figueres había comprendido la urgencia de someter a una revisión completa al sistema, según los requerimientos de los pueblos, manifestados en numerosos y muy elocuentes movimientos.

Decía sentir menos respeto por aquellos que acuden a la dictadura militar para mantener a sangre y fuego el desorden económico existente, y para cauterizar así todo brote de reforma o de descontento

... porque esa plancha cobertera, si es tanto su espesor que se imponga en forma estable, viene a ser losa mortuoria. Y si, infinitamente más probable, no contrarresta la potencia del explosivo comprimido, acrecienta el estampido con que estalla algún día todo, volatilizando cepos, insignias y galones, sables, botas altas y sacrílegos tedéums.¹⁵

Conocedor de la idiosincrasia de los pueblos, estudioso de la tradición y de las luchas sociales latinoamericanas, Figueres entendía claramente el único sentido en que se pueden solucionar los problemas sociales. Su pensamiento había rebasado el campo de la exclusiva lucha política, que no se explica, en sus palabras, si no es configurada con una gran dosis de contenido social. La dictadura militar no es solución ninguna, es simplemente el mecanismo histórico que habrá de potenciar el estallido de los pueblos: "si no queréis que ellos os entierren mañana, no los matéis de hambre ahora."¹⁶

La libertad, en la concepción figuerista, es la facultad de elegir inteligentemente, de manera que las resoluciones de la propia voluntad resulten beneficiosas tanto para el grupo como para el individuo.

Es así que los conceptos elaborados y manejados por Figueres, tenían ya en la época de su exilio en México, el contenido esencial del "beneficio del mayor número" y de la realización social. En el conjunto de sus planteamientos, el aspecto formal y normativo resultaba ser solamente el vehículo para realizar los cambios esenciales.

El primer ensayo político de José Figueres, con estilo liberal y aún plagado de tropos y epítetos, recoge las palabras gastadas por el uso abusivo, rescata el alma de las mismas y les comunica nueva vida, de contenido positivo y proyección social.¹⁷

El exilio que pasó en México, entre julio de 1942 y mayo de 1944, con todo y que ya tenía una concepción política y social definida, le fue de mucho beneficio para depurar y decantar esa concepción.

Por esos tiempos, bajo la presidencia de Manuel Ávila Camacho, recién pasada la administración de Lázaro Cárdenas, México era el caldero de la revolución de América Latina. Todavía flotaba en el ambiente, el aire de la reivindicación nacionalista, con las expropiaciones de las compañías petroleras extranjeras, la nacionalización de los hidrocarburos y la reforma agraria emprendida por Cárdenas.

La República Mexicana era el refugio de todos los revolucionarios empeñados en la lucha contra los tiranos, el lugar de partida de las expediciones libertadoras y el baluarte de la nacionalidad latinoamericana. Aquel extraño y único exiliado costarricense que era José Figueres, instaló una oficina política, de conspiración y de catarsis revolucionaria en el propio corazón de la capital, se relacionó con los emigrados centroamericanos, caribeños y suramericanos, y se dedicó a pulir un plan que ya tenía delineado en sus contornos generales, que contemplaba muchas alternativas pero un sólo objetivo: el establecimiento en Costa Rica de un sistema que había comenzado a designar con el nombre de "Segunda República", y un sistema latinoamericano que en su momento mencionó como "la República Socialista del Caribe."

LA ALIANZA IMPOSIBLE

La reforma que llevaba adelante Calderón y que más tarde habría de continuar su sucesor, Teodoro Picado, no había tocado los cimientos de la organización económica y social, ni el sistema de proveer el poder político, ni las bases de la producción, de manera que ésta continuaba fundamentalmente en manos de grandes productores privados, en las cuales también se hallaban las fuentes de la energía y, sobre todo, el capital social constituido por el ahorro público que en forma de fondos bancarios, estaban destinados a financiar aquella gran producción privada.

El otro aspecto de la situación lo constituía el hecho de que el gobierno reformista de Calderón Guardia, conocedor de la necesidad del cambio pero carente, sin embargo, de una base social organizada, capaz de soportar la reforma, había tenido que recurrir

al apoyo de los sectores obreros y básicamente del Partido Comunista, lo cual le colocaba en una situación difícil de sostener por mucho tiempo.

Esta alianza se había hecho posible por una especial coyuntura histórica: de momento coincidían los intereses de asalariados proletarizados y de capitalistas consolidados, frente a los sectores medios emergentes. Por una parte, los asalariados no tenían posibilidades ni expectativas de dejar de serlo, solo podían aspirar a mejorar su situación pero no a cambiarla; en tanto que los capitalistas no tenían que deshacerse de los medios de producción sino de una parte de su producto.

Paradójicamente, era la clase media la que se había colocado en el extremo opuesto, con sus explícitas pretensiones de participar en la dirección de la producción y del Estado.

Con todo, aunque el gran capital no encontrara un peligro inminente para sus empresas, sí le parecía digno de desconfianza la presencia comunista cerca del aparato del Estado. Y los comunistas, por su parte, no tenían una razón suficientemente poderosa como para empeñar todo su esfuerzo y todas sus energías en llevar adelante aquel esquema cuyo control real estaba fuera de su alcance, que no les pertenecía ni les beneficiaba sustancialmente. Grandes contingentes de la población parecían estar, en gran medida, marginados del proceso reformador, porque los beneficios concretos que se derivaban de él, resultaban muy limitados o "se perdían en la maraña de la burocracia y del favoritismo."¹⁸

PENSAR SIEMPRE LO QUE SE HACE

La distribución de las fuerzas sociales había experimentado cambios sensibles, y ello requería reajustes en la estructura económica y en los aparatos del poder político y social, que reflejaran las nuevas condiciones.

Era claro que en el ambiente político costarricense no se hallaba planteado un cambio radical profundo, como podría haber sido, una década antes, el caso de El Salvador, donde la depauperación y la proletarización de las masas había llegado a límites tan extensos como profundos.

No se hallaba planteada una revolución de tipo proletario ni el Partido Comunista se había planteado una tarea que era imposible, precisamente por falta de proletariado, y es claro que las fuerzas sociales no se pueden ni improvisar de un día para otro, ni sustituir unas por otras.

La ideología que José Figueres cultivaba y que había comenzado a difundir, era la expresión de las capas medias emergentes, de las que él mismo era un representante y que, además, había llegado a conocer desde su papel de empresario agrícola involucrado en la producción.

Esas capas medias, integradas por la pequeña burguesía alta y media, tanto agrícola como rural, profesionales e intelectuales, acompañados por grupos con aspiraciones empresariales industriales y mercantiles, fueron precisamente las que Figueres llamó al combate y las que corrieron a formar en sus filas, con la idea de imponer sus propios intereses, y trazar una vía de desarrollo económico que garantizara su propio avance. De paso, también, establecer las formas políticas que les garantizaran el acceso al poder, y que fueran capaces de canalizar y distribuir los beneficios de la nueva expansión económica y social.

Esa idea se hizo más evidente cuando, inmediatamente después del triunfo revolucionario, muchos participantes desubicados comprendieron que el movimiento no sólo tenía por objeto cambiar las personas que detentaban los cargos del gobierno, sino también, modificar las bases económicas del poder, ante lo cual se sintieron engañados y defecionaron con más o menos indignación.

Otros grupos que también entendieron el signo del cambio como diferente al que se habían trazado, fueron los combatientes centroamericanos y caribeños, quienes habían evaluado el movimiento con las categorías propias de sus respectivos países de origen, donde el nivel de desarrollo de las fuerzas sociales y la tendencia de los procesos históricos eran diferentes.

José Figueres, en cambio, pareció en todo momento tener una clara conciencia de su compromiso social, lo expresó en sus mismas fundamentaciones esenciales y en sus proyecciones generales, se ciñó a él y cumplió con él: "Si en algo he tratado de educarme rigurosamente es en pensar siempre lo que digo y decir siempre lo que pienso"...19

Y en 1948, hizo lo que había dicho, que era lo mismo que había pensado.

Notas

1. Bosch, Juan: *Apuntes para una interpretación de la historia costarricense*; Ed. Eloy Moma Cajiio, San José: 1962. p.10.
2. Véase: Obregón Loróa, R.: *Costa Rica y sus hechos políticos y militares*. Ed. Museo Nacional "Juan Santamaría", ajuela, 1979.
3. Véase: Monge Alfaro, C: *op.cit.* pp.132 a 135.
4. Facio, Rodrigo: *Obras históricas, políticas y poéticas*; Ed. Costa Rica, San José: 1982. p.456
5. Bosch, J.: *op cit.* p.35.
6. Calderon Guardia, Rafael Angel; citado por Aguilar Bulgarelli, Oscar: *Costa Rica y sus hechos políticos de 1948*; EDUCA, San José: 1974. p.28.
7. Ídem. p.31.
8. Castro Esquivel, A.: *op.cit.* p.31.

9. *Esta y las siguientes citas han sido tomadas de: Ideario Costarricense; Ed. Surco, San José: 1943. pp.241 a 243.*
10. *Figueres, José: Palabras gastadas; Lehmann Ed., San José: 1979. p.37.*
11. *Ídem.*
12. *Ídem. p.23.*
13. *Ídem. p.24.*
14. *Ídem, p.28.*
15. *Ídem, pp.28 y 29.*
16. *Entrevista.*
17. *Solórzano, Gonzalo; en la presentación de: Figueres, J.: Palabras gastadas.*
18. *Gamboa, Francisco: Costa Rica ensayo histórico; Ed. Librería Internacional, San José: 1974. p.130.*
19. *Entrevista.*

Capítulo VI

LA LARGA GESTACIÓN

En el discurso que el Presidente de la Junta Fundadora de la Segunda República, José Figueres Ferrer, pronunció al instalar la Asamblea Constituyente, el 16 de enero de 1949, dijo entre otras cosas:

Dos grandes verdades deben quedar claras ante la historia en relación con esta acción bélica. La primera es que los costarricenses agotaron todos los medios pacíficos antes de recurrir a las armas en defensa de sus derechos. La segunda, menos conocida quizá, es que la guerra tuvo una larga gestación, de casi seis años, durante la cual se prepararon simultáneamente los elementos bélicos y los planes constructivos que debían servir para edificar una nueva Costa Rica en caso de que llegara la hora de una hecatombe nacional.

Desde el día en que fue exilado del país el que hoy tiene el honor de hablaros, el 8 de julio de 1942, muchos ciudadanos comprendieron que la era de las libertades públicas había concluido en Costa Rica, y que probablemente no se conquistarían de nuevo sin recurrir a los más grandes sacrificios. Muy dura fue la transformación de gentes que siempre habían sido pacíficas en guerreros potenciales (...)

Así fue como se registraron brotes revolucionarios, a veces prematuros, pero siempre valientes y patrióticos (...)

Mientras se desarrollaban las gloriosas campañas cívicas, durante meses y años, un conjunto de hombres, a quienes ofrecían valioso aporte las decididas mujeres, creímos necesario ir preparando los medios para hacer efectiva, si las circunstancias lo demandaban, una promesa que se venía dando insistentemente a los costarricenses, de respaldar su voto hasta con la acción armada.

Esas circunstancias se presentaron inevitablemente. Tuvimos que convocar al pueblo de Costa Rica a una dolorosa guerra civil que hoy se llama con justicia la Guerra de Liberación Nacional.¹

Cuando José Figueres fue expulsado de Costa Rica, ya se había consolidado, y agrupaba a los intelectuales representativos de los sectores emergentes, el Centro para

el Estudio de Problemas Nacionales, organización que por su labor de crítica y divulgación ideológica había llegado a constituirse en factor importante para la expresión de los intereses y la aglutinación de los mencionados sectores.

El gobierno de Calderón Guardia continuaba su plan de reformas, promoviendo la incorporación al texto constitucional del régimen de los derechos de los trabajadores, y la promulgación del Código de Trabajo, como los aspectos fundamentales de dicho plan.

Al iniciarse el año 1943, el gobierno había intensificado sus relaciones con el Partido Vanguardia Popular, sobre la base del apoyo de éste a las reformas mencionadas; pero esa alianza terminó por provocar reacciones adversas por parte de elementos pertenecientes al gran capital y de algunos grupos medios, lo cual aceleró el proceso de reagrupación de las fuerzas, con vistas a las elecciones generales que habrían de tener lugar a comienzos de 1944.

Muy temprano se puso en claro que en las mencionadas elecciones comparecerían como candidatos, Teodoro Picado, por el partido oficial, y el expresidente León Cortés, quien pese a las acusaciones de que era objeto, ante la falta de alternativas, parecía llamado a ser el candidato que reuniría a todos los sectores de oposición, incluidas las capas medias y parte del gran capital receloso.

En mayo de ese año, el gobierno anunció el proyecto de reformas a la Ley de Elecciones, el que, a los ojos de la oposición, tendía a facilitar el fraude en las elecciones señaladas para el año siguiente. Las interpretaciones del hecho fueron variadas. Algunos grupos de oposición alegaron que el gobierno estaba convencido de que perdería las elecciones, y que por ello se preparaba para facilitar el fraude.

Manuel Mora ha indicado que la pretendida reforma fue un intento realizado por el grupo de Picado de asegurarse el triunfo electoral sin tener que recurrir a la alianza con los comunistas.²

En definitiva, el proyecto de reforma terminó por cohesionar a la oposición, movilizó a amplias masas incluidas clases populares, y el gobierno se vio obligado a conceder una victoria desastrosa y gratuita a sus adversarios, quienes así renovaron su espíritu de oposición y se envalentonaron.

La movilización de buena parte de la burguesía urbana y del campesinado, realizada por la oposición al régimen, no obedecía solamente a la efectividad de la propaganda realizada. Existían condiciones objetivas para que los mensajes contrarios al gobierno fueran captados por estas clases sociales: el costo de la vida seguía en ascenso, los artículos de consumo básico escaseaban, el desorden administrativo y la corrupción en el gobierno eran evidentes, los beneficios de la reforma social no llegaban todavía a las masas,

*sobre todo al empobrecido campesino cuya importancia dentro de la población del país era enorme.*³

Las elecciones de febrero de 1944 le dieron el triunfo al candidato oficial, pero las denuncias de fraude fueron generalizadas. El proceso no contribuyó a estabilizar la situación, sino que la empeoró, con la agravante de que, incluso los datos oficiales seguramente alterados, expresaron una baja muy grande en la aceptación del gobierno por parte del electorado.⁴

PERTRECHANDO LAS IDEAS

Mientras esos acontecimientos hacían avanzar y vertebrarse la oposición contra Calderón Guardia, configurándose los dos bandos en conflicto, en México, José Figueres hacía los primeros inventarios de sus recursos, analizaba la situación y hacía sus proyecciones, a la vez que depuraba sus convicciones.

Más tarde, Figueres narró así las circunstancias que le llevaron al convencimiento de que habría necesidad de la acción armada:

*Yo siempre he sido un hombre pacífico, antiguerra, antimilitarista (...) Esa fue una de las grandes paradojas de mi vida. En un momento yo llegue a la conclusión de que el régimen que se había establecido, que era la alianza entre los partidarios del Dr. Calderón Guardia y los comunistas partidarios de don Manuel Mora, no iba nunca a dejar el poder si no era por la fuerza, porque ya había burlado tres elecciones. Y esa premonición resultó cierta. La guerra probó que el régimen estaba dispuesto a continuar en el poder.*⁵

No obstante el problema político que generalmente se coloca en el primer plano, Figueres fue consciente de que la naturaleza esencial del conflicto era distinta:

*Ya visto en retrospectiva, uno comprende porqué muchos de ellos — principalmente los intelectuales comunistas— estaban convencidos de que por la vía electoral se podía avanzar muy poco en la transformación. Ellos querían o quieren una sociedad distinta de la que nosotros hemos ayudado a crear. Una sociedad en la que la propiedad de los bienes de producción sea del Estado y en la cual, la política exterior sea antinorteamericana. Eso es una sobresimplificación de lo que es hoy el marxismo que, como dice el cuento, si Marx lo viera se sorprendería mucho.*⁶

De manera que en el fondo, la guerra enfrentó dos concepciones opuestas, acerca de las posibles vías de solución a los problemas sociales, aunque el fenómeno se expresara como una lucha por acceder al poder, e inclusive como una contienda personalista: "Creo que de parte de la intelectualidad comunista fue una lucha de

ideas, y así se probó en el heroísmo que demostraron en la guerra y en el desinterés", decía Figueres.⁷

También es importante advertir que en los planteamientos formulados directamente por Figueres, los objetivos de la lucha no derivaron hacia móviles anticomunistas (o, más propiamente, antikomunistas, según la nomenclatura de J. J. Arévalo).

Fuera de la pasión política, no se puede calificar a José Figueres como comunista, pero tampoco su posición se encuentra en función de adversar sistemáticamente a los comunistas, sino de sostener frente a ellos, al igual que frente a cualquiera otra posición ideológica, una concepción que se basa en otros intereses sociales y en otros principios que, por ser distintos, exigen soluciones diferentes. Y lo explicó así:

De parte mía, (el movimiento armado del 48) fue una borrachera de Thomas Jefferson, de la Revolución Francesa, del concepto de la libertad y de la dignidad del hombre y —no me ruborizo ni me ruborizaba antes— de la idea de colectivizar la economía.

Porque yo fui lector de los socialistas utópicos (...) me especialicé un poco en el siglo XIX, desde Proudhon hasta Lenin. Eso lo he recorrido desde muy joven, de manera que podía tener comprensión para los comunistas de aquel tiempo: estaban muy jóvenes, creían que el fin justifica los medios, y se hacían cómplices del gobierno de Calderón por puro idealismo.⁸

Figueres supo distinguir la pugna política de toda otra forma de relación, lo cual le proporcionó una amplia base de negociación frente a distintos grupos que esperaban encontrar una alternativa a la situación imperante, y le facilitó la delimitación de sus objetivos esenciales y la identificación de sus adversarios políticos irreconciliables.

EL ESLABÓN MÁS DÉBIL DE LA CADENA DE LOS TIRANOS

En México, Figueres fue objeto de la atención de sus compatriotas visitantes, de los intelectuales costarricenses próximos al Centro para el Estudio de Problemas Nacionales, de numerosos grupos preocupados por el destino político de Costa Rica, y de gran parte de la emigración latinoamericana de la época. Estableció una oficina para despachar sus asuntos y para ir construyendo un movimiento cuyas líneas generales tenía ya delimitadas. Su oficina, según lo recordaba Danilo Jiménez

... estaba en el segundo piso del edificio Viena, en la calle López (...) era más bien chica, pobremente amueblada. Libros, papeles y gente la colmaban. Ahí estaban, entre otros, Alberto Lorenzo, Hugo Navarro, Manuel Aguilar Bonilla y creo que Chalo Facio. En medio, un hombre joven y pequeño, con un trazo por boca, nariz aguileña y un par de ojos azules impresionantes. Se clavaban como dardos en la conciencia del interlocutor. Era una mirada inquisidora,

*hurgando y revolviendo la conciencia, uno no podía sostener esa mirada escudriñadora, sin saber porqué se sentía uno culpable de algo, tal vez de no estar incendiado por la misma pasión. Sus palabras eran más bien pocas y cautelosas, como pensando cada una de ellas, sin adornos ni florituras. Hablaba en voz baja y no gesticulaba con las manos. Por tanto la lógica del discurso como la pasión de la mirada concitaban la atención de los oidores.*⁹

En 1943, Figueres se desenvolvía en medio de los principales círculos de la emigración continental, entre los cuales desempeñaba un papel muy importante, el costarricense Vicente Sáenz, ampliamente conocido por su actitud antiimperialista y latinoamericanista, y quien encabezaba la Unión Democrática Centroamericana, una agrupación que reunía a lo principal de la intelectualidad de la región, perseguida por las dictaduras de sus respectivos países.

Por esos tiempos, el tema principal de las preocupaciones entre los grupos de exiliados era la organización de expediciones y de toda clase de movimientos libertarios. Sin embargo, y pese a tanta competencia, Figueres logró convencer a muchos de que "el eslabón más débil" en la cadena de las tiranías era Costa Rica.

Para su propio proyecto, Figueres concertó varios acuerdos y recabó la colaboración de revolucionarios centroamericanos prometiendo, por su parte

*... conseguir el dinero entre el capitalismo costarricense, ya que éste estaba disgustado con Calderón por las leyes sociales. (Pero) hizo la advertencia de que, si la revolución llegaba a triunfar, estas reformas sociales serían impulsadas aún más.*¹⁰

El ambiente que rodeaba al numeroso grupo de asilados políticos en México, permitió a Figueres afirmar y fortalecer su actitud regional y su proyección continental, haciendo trascender sus planteamientos y los objetivos de su lucha, al área centroamericana y caribeña, dominada entonces, por las figuras tenebrosas de Jorge Ubico, Maximiliano Hernández Martínez, Tiburcio Carias Andino, Anastasio Somoza García, Rafael Leónidas Trujillo, Fulgencio Batista...

De esa época de intensa convivencia y formación política data la intransigente actitud de Figueres en contra de los tiranos y de las tiranías de la región, lo mismo que su persistente lucha e indeclinable colaboración solidaria a favor de los movimientos libertarios.¹¹

En las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial comenzó a desarrollarse el movimiento popular de cambio en todos los países sometidos a dictaduras militares, de manera que, cuando Figueres pudo regresar a Costa Rica, en mayo de 1944, en El Salvador acababa de caer Hernández Martínez y en Guatemala ya se hallaba en ascenso el movimiento popular que, cinco meses después, en octubre siguiente, habría de dar paso a un régimen democrático de diez años.

A manera de extensiones de aquellos movimientos, y en medio de un ambiente general de democratización y despertar de los pueblos, los dictadores de Honduras y Nicaragua a duras penas lograron superar las masivas expresiones del descontento popular, pero salieron sensiblemente debilitados.

Fue así que Figueres regresó a Costa Rica en medio de lo que se menciona como una ola de democratización que abrasaba a los pueblos de la región en general, y él mismo fue recibido por una multitud "como no se había visto antes", en la que se confundían elementos pertenecientes a los más diversos estratos sociales.

Figueres tenía en aquellos momentos 38 años de edad, el carisma y la atracción mítica del héroe, el apoyo de amplios sectores emergentes, una tesis política para abrir nuevas vías de desarrollo adecuadas a los intereses que representaba, y un plan político-militar para hacerla prevalecer, en caso de ser indispensable. Como se ha dicho, Figueres tenía en sus manos la pluma del destino, le faltaba solo empezar a escribir la historia.

EL ESPÍRITU DEL SOCIALISMO ESPIRITUAL RECORRE CENTROAMÉRICA

Las primeras adquisiciones y los preparativos de tipo militar tuvieron un desenlace desfavorable, cuando el grupo de sus colaboradores, entre quienes se encontraba el profesor Edelberto Torres, fue delatado y capturado mientras trataban de sacar de México las primeras armas adquiridas con numerosos sacrificios y dificultades.¹²

El apoyo que esperaban recibir de círculos costarricenses económica y políticamente fuertes concluyó en un virtual fracaso, cuando el expresidente León Cortés, a quien Figueres había apoyado en alguna medida, "se negó a participar en aquella idea, ya que ponía en duda su éxito. Consideraba a sus organizadores unos 'cabezas calientes', improvisados e inexpertos."¹³

No obstante las dificultades internas, los planes de Figueres se vieron favorecidos con los acontecimientos centroamericanos y, especialmente, con la nueva orientación que fue adquiriendo el proceso político de Guatemala.

En diciembre de 1944 fue electo presidente de aquel país, con el 85 por ciento de los votos emitidos, el educador Juan José Arévalo, quien de inmediato se mostró favorable a los movimientos antidictatoriales de la región.

La trascendencia que el triunfo de Arévalo tuvo para toda Centro América, y para Costa Rica en especial, fue muy grande, sobre todo porque se trató de un movimiento compuesto en gran parte por capas medias de la población. El mismo Arévalo era maestro y provenía de esa clase media que en Guatemala, también exigía un lugar en

la conducción de su propio destino. De esa manera se demostró que las capas medias tenían capacidad y vocación histórica.

Arévalo proclamó el contenido ideológico de su gobierno como un "socialismo espiritual", bastante similar a la concepción del "liberalismo constructivo" sostenida por Rodrigo Facio y el Centro para el Estudio de Problemas Nacionales, y cuya expresión era un régimen de democracia política con fuerte contenido social.¹⁴

Por primera vez surgió en América Latina, un régimen que no temía calificarse como socialista, que se basaba en la exaltada defensa de la dignidad del ser humano y de la nación, precisamente en un país cuya mayoría poblacional había sido objeto de abyección desde la invasión española.

Arévalo emprendió una verdadera revolución democrática que exaltó el nacionalismo, sometió a la ley guatemalteca las compañías extranjeras, debilitó las raíces del latifundismo, sentó las bases de un desarrollo económico moderno, propició el bienestar social e invitó al capital extranjero a participar en el proceso, en condiciones de equidad.

EL ESPÍRITU SE ENCARNA EN UNA LEGIÓN

Como todo movimiento revolucionario verdadero, el de Arévalo también tuvo aspiraciones mesiánicas y pretensiones expansivas.

A pocos días de haber asumido la presidencia, el 15 de marzo de 1945, Arévalo patrocinó con el mayor sigilo posible, la concertación de lo que se llamó El Pacto del Caribe, firmado por Figueres, el dominicano Juan Rodríguez y los nicaragüenses Emiliano Chamorro, Pedro José Zepeda y Rosendo Arguello. En dicho pacto, los firmantes se manifestaban

*... conscientes del deber en que se halla todo ciudadano de luchar por el abatimiento de cualquier régimen cesarista, y porque sea implantado el orden constitucional, para que brille en sus patrias la justicia y la democracia como medios de conseguir la tranquilidad y la felicidad de los asociados.*¹⁵

Con base en ello, disponían la constitución de "un equipo revolucionario con todos los recursos económicos, bélicos y humanos" que fueran capaces de disponer, con el objetivo de "dar unidad de acción y eficacia" a sus esfuerzos patrióticos. Y agregaban:

Es entendido que, al ir barriando cada una de las tres dictaduras que nos proponemos combatir, los recursos del país liberado, hasta donde sea humanamente posible, acrecerán al acervo común, para continuar la obra con mayores probabilidades de éxito.

Obviamente, ello quería decir que en el ánimo de los firmantes, una vez que fuera derrocado cualquiera de los "tres regímenes cesaristas" (Picado, Somoza y Trujillo), los recursos del país donde se triunfara se pondrían al servicio del esfuerzo común para derrocar a los restantes.

Es notorio que, en la posterior actividad política de Figueres, en medio de su constante conspiración contra las tiranías, lo que podría llamarse su "guerra a muerte", la parte más intransigente de su lucha, fue mantenida contra Trujillo y Somoza.

Para alcanzar sus objetivos, los firmantes se constituyeron en Comité Supremo Revolucionario, el cual residiría "fuera de los países por liberar", y cuyas funciones serían las de

... coordinar los diversos factores de la lucha; fijar las contribuciones de cada país, en proporción de sus posibilidades; dirigir la política común de los sectores aliados, propendiendo a mantener la armonía entre todos, como clave del triunfo.

En el mismo acto se le asignó la presidencia del Comité al general dominicano Juan Rodríguez, a quien se le dio la facultad de constituir un estado mayor asesor del mencionado Comité.

Se estipuló que, para la ejecución del plan, se constituiría en cada país, una junta de gobierno que

... en lo esencialmente interno procederá con autonomía completa, pero que, en cuanto a las determinaciones generales, obrará de acuerdo con las instrucciones del Comité Supremo.

El Pacto recogió, además, el sentido y la proyección centroamericanista de los firmantes al declarar que ... es una necesidad continental la inmediata reconstrucción de la República de Centroamérica, y por consiguiente, al organizar el gobierno en cada país liberado, se consignará este principio en la nueva constitución e inmediatamente se procederá a dar los pasos necesarios para la consecución de la misma, usando todos los medios de que el Estado disponga.

Cuando a fines de 1948, la Junta Fundadora de la Segunda República presentó su proyecto de Constitución, el postulado centroamericanista fue consignado en el artículo 5, en el sentido de que

... Costa Rica cultivará relaciones especialmente fraternales con los demás Estados que formaron la República Federal de Centroamérica, y promoverá

con ellos el establecimiento de lazos culturales y económicos de tendencia unificadora.¹⁶

Sin embargo, en el texto final de la Constitución aprobada el año siguiente, aún este principio atenuado fue desestimado por la Asamblea Constituyente.

En el Pacto del Caribe se estableció también que:

Los Estados y Repúblicas liberados por el Comité Supremo Revolucionario se comprometen a pactar una Alianza Democrática del Caribe, a la cual podrán agregarse los países democráticos ribereños de este mar, y además El Salvador y el Ecuador, por motivos peculiares.

El punto que revelaba las preocupaciones centrales de los pactantes, fue el establecido en la cláusula número 9, la cual rezaba de la siguiente manera:

La Alianza Democrática del Caribe, constituirá un bloque indivisible frente a todas las emergencias internacionales y serán sus ambiciones capitales: consolidar y depurar la vida democrática en los pueblos de la alianza; exigir el respeto internacional para cada uno de sus componentes; recuperar las posesiones europeas que perduran en el Caribe, propender a la formación de una nueva República integrada por las Antillas Menores; constituir una sola unidad de mutua defensa económica, militar y política: exigir la alternabilidad en el poder en cada uno de los países contratantes; mantener las mejores relaciones con las naciones del continente, cumpliendo estrictamente las convenciones internacionales, y, particularmente, declararse permanentes, en el campo militar, de los Estados Unidos y México, para la defensa común.

La Alianza del Caribe, como puede advertirse en el texto de dicha cláusula, preveía la integración de un bloque continental latinoamericano, para la defensa económica, militar y política; pero, al mismo tiempo, se proponían mantener las mejores relaciones y declararse militarmente del lado de Estados Unidos, pero también de México.

Lo anterior resulta muy interesante de analizar. A primera vista parecería basarse en la suposición de que las desavenencias y conflictos no se entablarían entre alguna de las naciones signatarias del pacto y Estados Unidos; posibilidad que seguramente no había sido descartada por los firmantes, pero denotaba la preocupación por encontrar una fórmula que les permitiera cumplir sus planes y orientarse hacia la constitución de un bloque latinoamericano, sin despertar la duda, ni la oposición, ni, mucho menos, la hostilidad de parte del gobierno de Estados Unidos que en esos momentos, se encontraba en manos del demócrata Harry Truman.

Es claro que los firmantes estaban conscientes de las inconveniencias y las dificultades que podría representarles el bloqueo de parte de la potencia del norte, y los obstáculos que se derivarían de un eventual aislamiento promovido por ese país.

Pero tampoco renunciaban a su vocación latinoamericanista, lo que evidenciaban con la mención de México como el otro destinatario de la solidaridad militar y militante de los cruzados del Caribe, conociendo la solidaridad que éste último dispensaba en esos tiempos, a los movimientos libertarios de la región, y conociendo también las grandes dudas que esa solidaridad despertaba en los mandos políticos y militares más conservadores de Estados Unidos.

Este sería un punto fundamental de la política internacional promovida por Figueres, en que se advierte un cuidado minucioso para mantener una posición de dignidad, apoyándose en los sectores liberales y progresistas de Estados Unidos, como única forma de prevenir las consecuencias que la hostilidad de los conservadores de ese mismo país podría causar, y asegurar la subsistencia de un sistema progresista.

El Pacto del Caribe concluía designando al presidente Arévalo, como el arbitro y el garante del cumplimiento y de la interpretación de lo estipulado, confiriéndole la facultad de decidir las diferencias en forma irrevocable.

Con aquellos lineamientos, y pese a la resistencia y los recelos desatados por sus afanes expansivos, el mismo Arévalo logró sacar adelante su gobierno, en las alas del espíritu de su socialismo espiritual.

Notas

1. Figueres, José: *Mensaje presidencial, discurso pronunciado el 16 de enero de 1949*. Imprenta Nacional; San José: 1949
2. Rojas Bolaños, M.: *op.cit.* p.86
3. *Ídem.*
4. *Ídem.* p.93.
5. *Entrevista.*
6. *Ídem.*
7. *Ídem.*
8. *Ídem.*
9. Jiménez, Danilo: "Don Pepe"; en *La Nación*, 13 de enero 1982.
10. Arguello, Rosendo: *¿Quién y cómo nos traicionaron?*; citado por Aguilar Bulgarelli: *op.cit.* p.247.
11. *Entrevista.*
12. Arguello, R.: *Ídem.* p. 250
13. *Ídem.*
14. Facio, Rodrigo: *Nacimiento y trayectoria del liberalismo en Costa Rica, en Obras Completas*; Ed. Costa Rica, San José: 1972. T.I, p.211.

15. *El texto del pacto, en esta y las restantes citas.*

16. *Proyecto de Constitución Política, documento oficial de la Asamblea Constituyente; San José: 1949. Art. 5.*

Capítulo VII

EL PRELUDIO DE LA GUERRA

El prelude de la guerra civil fue la campaña electoral de 1947-1948, así como su detonante fue la anulación de los resultados de esas elecciones, que según todas las indicaciones le habían dado la victoria al candidato opositor Otilio Ulate.

Figueres sabía que era indispensable demostrarle a la gente la necesidad de la violencia, y que esto era al mismo tiempo un incentivo para la acción política; pero también sabía que cuanto se le prometiera al pueblo tendría obligatoriamente que cumplirse, si no se quería caer en una frustración nacional y en un suicidio político. Sobre esto dijo:

Cuando vino un sentimiento nacional de no votar, una especie de sentimiento de huelga electoral por parte de toda la gente, yo le dije a Ulate, que era el líder del movimiento: "ofrezcámosle a la gente pelear si nos burlan una tercera elección". Y con la promesa del pelear, un pueblo tan pacífico como el costarricense respondió, se despertó un sentimiento nacional, y el pueblo fue a votar. Y la elección fue burlada por tercera vez.

De modo que, cuando se burló la tercera elección y cuando mataron a Carlos Luis Valverde, para mí la cuestión era de vida o muerte. Literalmente hablando yo tenía que pelear o morir, porque, además, me iba a avergonzar de mi mismo, haberlo ofrecido en todas las tribunas y después decir que ya no.

Yo tengo un defecto y es que tomo en serio lo que digo (...) siempre, cuando yo ofrezco una cosa es que tengo la sana intención de cumplirla (...) Yo había ofrecido la guerra civil y la gente había respondido en forma de aclamación.¹

El año 1947 fue especialmente agitado, ambiente en el cual la fuerza pública y grupos de simpatizantes del gobierno, reprimieron reiteradas manifestaciones de la oposición. El caso más grave se registró en Cartago, a raíz de lo cual la oposición local se declaró en lo que dio en llamarse "huelga de brazos caídos", exigiendo el respeto a sus vidas y a sus propiedades. La demostración pública, que al día siguiente de la represión se celebró en San José, para apoyar la huelga de Cartago, y en la cual habló Figueres, fue disuelta empleando la violencia, por autoridades y grupos civiles progubernamentales cercanos al expresidente Calderón Guardia y al Partido

Vanguardia Popular, tal como se señala generalmente. En esa oportunidad se habló de un muerto y dos heridos.²

Como casi siempre ocurre, esos hechos lejos de apagar la rebeldía la estimularon, de manera que enseguida y en muchos lugares del país, suspendieron sus servicios los bancos, las casas comerciales, las escuelas, los colegios y la Universidad, lo mismo que el transporte aéreo y terrestre.

Los grupos opositores dieron una expresión organizada a la protesta, lograron constituir un Comité Ejecutivo y mantener el movimiento huelguístico en forma creciente, por 12 días, durante los cuales ambas partes enfrentaron las formas de violencia que tenían a su alcance. Al término de aquel período, el gobierno capituló mediante el llamado Pacto de Honor, comprometiéndose ante los dirigentes de la oposición.

*... a aceptar como definitiva e inapelable la resolución que sobre las elecciones del 19 de febrero de 1948, emitiera el Tribunal Nacional Electoral, y a entregar el control de las fuerzas públicas, al candidato triunfante, dentro de las 24 horas siguientes a la declaratoria de elección hecha por el Tribunal.*³

El secretario general del Vanguardia Popular, Manuel Mora, al referirse a la huelga de brazos caídos, dijo en su oportunidad:

Nuestro pueblo la calificó, con mucho acierto, de huelga de bolsas cerradas, porque no fue una huelga de trabajadores, ni de productores, sino simplemente un cierre de establecimientos comerciales, de gentes que adversaban al gobierno por la legislación social y, concretamente, por la promulgación del Impuesto sobre la Renta (...)

En fin, todas las personas que tenían algún bien, sentían que ese bien estaba en peligro, y eso contribuyó a que los ricos y una parte de la clase media, respondieran al llamamiento de Ulate y de una serie de jóvenes que llamaban a la huelga de brazos caídos.⁴

De esta manera, las condiciones generales de intranquilidad, la propaganda y la situación concreta por la que atravesaba el país, habían creado un clima de temor tal que toda persona que poseía algún bien, incluso gran parte de la clase media, se sentía amenazada y dispuesta a sumarse a los llamados a huelga que formulaban, entre otros, los jóvenes miembros del Centro para el Estudio de Problemas Nacionales.

En todo caso, el clima de violencia era muy intenso; el malestar social, creciente; la pérdida del consenso, por parte del gobierno, era un hecho innegable.

La noche del 2 de agosto, una manifestación de mujeres fue disuelta con disparos de armas de fuego, y la tarde del 6 de noviembre volaron las oficinas y parte del taller del periódico oficialista La Tribuna.

El 28 de febrero se celebraron las elecciones en un ambiente de intranquilidad, tensión y desasosiego, situación en la cual el gobierno casi había perdido el control.

El inicial fallo del Tribunal reconociendo el triunfo de Ulate, y el posterior decreto de la Asamblea Legislativa, que el 1° de marzo declaró nulos los comicios, constituyeron efectivamente el detonante que Figueres esperaba para desatar el movimiento armado: la gran mayoría de la población tuvo la oportunidad de comprender que por la vía de las elecciones no sería posible acceder al poder, para buscar con él la solución a los problemas sociales: quedó demostrada, sin lugar a dudas, la necesidad de la violencia, y esa necesidad también justificó por anticipado todos los costos y los sacrificios probables.

La misma noche del primer día de marzo, soldados del gobierno dieron muerte en su casa de habitación al médico Carlos Luis Valverde, destacado dirigente opositor y primer responsable de la resistencia urbana del movimiento de Figueres.

Este hecho significó que el pacto bélico estaba sellado, que la lucha tenía ya que darse en el plano de la subsistencia, porque aquél que no aceptara el reto o desistiera del mismo, habría perdido toda oportunidad histórica durante una época.

EL PESO DE LA RESPONSABILIDAD

Figueres, quien se hallaba en San José la noche del asesinato del Dr. Valverde, supo comprender con precisión que todas las condiciones necesarias se habían concretado y, además, supo actuar según lo exigía el momento.

Escapó de la capital y llegó hasta su finca ubicada en las serranías del sur, en cuyos parajes, desde hacía varios meses, había instalado campamentos donde entrenaban en el más riguroso de los secretos, grupos de voluntarios armados, integrantes de lo que entonces se había comenzado a llamar el Ejército de Liberación Nacional.⁵

Muchos años después de que Figueres coronara este proceso de lucha, en el que combinó hábilmente los elementos de su experiencia con los de la teoría política, y los de la ciencia militar, los principios aplicados magistralmente por Figueres habrían de ser nuevamente planteados por otro indiscutido experto de la guerra revolucionaria, Ernesto Guevara, en los términos siguientes:

Cuando se habla de las condiciones para la revolución (...) hay que considerar siempre que existe un mínimo de necesidades (...) es necesario demostrar claramente ante el pueblo la imposibilidad de mantener la lucha por las

reivindicaciones sociales dentro del plano de la contienda cívica. Precisamente la paz es rota por las fuerzas opresoras que se mantienen en el poder contra el derecho establecido.

En estas condiciones, el descontento popular va tomando formas y proyecciones cada vez más afirmativas y un estado de resistencia que cristaliza en un momento dado en el brote de lucha provocado inicialmente por la actitud de las autoridades.⁶

Notas

1. Entrevista.
2. V.: Castro Esquivel, A.: *op.cit.* p.88.
3. Ídem. p.90.
4. Aguilar Bulgarelli: *op.cit.* p.160.
5. Entrevista.
6. Guevara, Ernesto: *La guerra de guerrillas*; Ed. Los Andes, Lima: s/f. p.16.

Capítulo VIII

OTRO FANTASMA RECORRIENDO CENTRO AMÉRICA

El 10 de marzo de 1948, ajuicio del opositor y revolucionario José Figueres, se habían concretado las condiciones indispensables para pasar de la acción política a la acción militar. Para lograrlo, puso en estado de alerta a su gente diseminada por el país; comunicó sus últimas disposiciones a las unidades armadas y estableció las líneas permanentes de abastecimiento y comunicación con sus aliados del exterior.

Dichas unidades se hallaban concentradas cerca de los objetivos iniciales, y en la propia finca de Figueres, ventajosamente ubicada en las escabrosas serranías al sur de la capital. Disponía entonces de varios grupos que habían adoptado nombres simbólicos, como Batallón "Simón Bolívar" y Batallón "Francisco Morazán", por ejemplo.¹

Un equipo de voluntarios provenientes de países de Centro América y del Caribe se había encargado, durante varios meses, de entrenar a los nacionales, en su mayoría, jóvenes ciudadanos de origen pequeño burgués y cristiano.

Figueres llegó a movilizar en su cuartel general efectivos paramilitares de hasta 700 combatientes, con los que más tarde habría de marchar sobre Cartago. Además, en distintas oportunidades debió despachar unidades medianas hacia otros escenarios de la insurrección, en tanto que numerosos grupos fueron incorporándose durante el proceso armado, y muchos partidarios se sublevaron en sus localidades y contribuyeron a asentar el poder revolucionario en el interior del país.

Por ello, no existen cálculos exactos sobre la magnitud total de las fuerzas figueristas, aunque al final del conflicto, se encontraba más o menos equilibradas con el contingente oficial.

A manera de reserva estratégica al principio, y como tropa de asalto especial, después, Figueres contó con un contingente de voluntarios centroamericanos y caribeños, reclutados en México y Guatemala y agrupados en este último país. Más tarde, esa unidad habría de ser conocida con el nombre de Legión Caribe, y se le relacionó directamente con el llamado Pacto del Caribe, al grado de creérsele organizada a partir de dicho convenio.

El nombre de Legión Caribe, por su eufonía y por la fantasía creativa de la gente, unido al hecho de la necesidad de una vanguardia eficaz en la lucha contra las dictaduras, habría de convertirse en un mito, una especie de organización armada clandestina, dedicada a liberar naciones y que se le creía presente en numerosos

lugares de la región, lo cual estimulaba las esperanzas de amplias capas populares y exasperaba el nerviosismo de los déspotas y los tiranos.

La Legión Caribe llegó a ser, con mucha exactitud, un fantasma que recorría Centro América y el Caribe, apoyando a los pueblos y asediando a los dictadores.

Con el transcurso del tiempo, la Legión Caribe fue difuminándose en la mitología popular, y quedando la expresión como un símbolo romántico de la solidaridad de los pueblos en la lucha por el derrocamiento de las dictaduras militares.

Con el propósito de volver a poner dentro de los límites reales la llamada Legión Caribe, Figueres decía:

Es un mito. La Legión Caribe fue una expresión propia de la terminología de la guerra. La frase fue inventada en Santa María de Dota, por nosotros mismos, porque se trataba de un cuerpo para tomar Limón por el aire; y como Limón es un puerto caribeño, se nos ocurrió, o quizá lo sugirió el único académico caribeño que iba con la Legión y que fue Ornes, quien era dominicano, y ellos usan más el término Caribe que nosotros.

La Legión Caribe fueron 65 personas voluntarias, especialmente adiestradas para lanzarse del avión y entrar en combate en un beneficio o en un lugar muy retirado. En el grupo, por lo menos la cuarta parte conocía muy bien Limón, lo cual era muy importante, ya que se trataba de un golpe muy audaz. Por supuesto que fue la primera acción aérea en América Latina.

Ahora bien, lo que pasó es que una vez que tomaron Limón, algunos de los periodistas que se encontraban en San José se fueron para allá, y un reportero de Time, Jerry Hanneman, se dio cuenta de que había algunos oficiales centroamericanos y caribeños que habían llegado después de la toma, y escuchó la frase "Legión Caribe", y creó la idea de que había un ejército internacional para derrocar dictaduras y que se llamaba Legión Caribe.

Es cierto que había la idea de ayudarnos unos a otros, pero no es cierto que creáramos un ejército con ese fin; pero a los oficiales dominicanos especialmente, les empezó a gustar la frase, y después esa frase se convirtió en un espanto para los dictadores que se sentían amenazados por la Legión Caribe, la cual radicaba en Costa Rica, y usaron la frase y la popularizaron las mismas dictaduras. Pero no existió un ejército internacional.

Eso sí, ayudamos a caer a muchas dictaduras: a Pérez Jiménez lo tumbaron los venezolanos, pero nosotros ayudamos muchísimo. Ayudamos a tumbar a Batista. Probablemente a Honduras ayudamos un poco. A los peruanos, que tenían una escuela de presidentes que se llamaba Escuela Militar, también les

ayudamos; y a los argentinos, sobre todo que ellos nos habían dado armas con que peleamos aquí.

De manera que existió el movimiento internacional, pero no existió una estructura.²

LAS ACADEMIAS NO ENSEÑAN LA REVOLUCIÓN

La colaboración de los voluntarios provenientes de otros países, se constituyó en un factor muy importante, no sólo en la preparación de los combatientes, sino también en el combate. La solidaridad internacional que Figueres habría de desarrollar más tarde, fue en cierta forma la correspondencia a la solidaridad recibida.

Refiriéndose a aquellos voluntarios, y en especial a los que tenían formación militar de academia, Figueres recordaba:

Teníamos 17 académicos de Centro América y el Caribe. Esa gente nos ayudó mucho a lo que se llama, la formación de un ejército. Los ticos no sabíamos nada de eso y había cosas muy importantes que aprender de ellos, como entrar a una ciudad enemiga con el menor costo posible, es decir, cosas que enseñan las academias.³

Por supuesto que la presencia de militares con formación académica representó en varias circunstancias, la confrontación de concepciones distintas a la guerra, pero esos problemas generalmente se resolvieron en la dirección adecuada, gracias a la autoridad moral de Figueres, que le facilitó establecer una dirección centralizada, tal como se necesitaba en acciones de ese tipo. Figueres recordaba también que:

Es cierto que tuve discusiones muy graves con los militares de academia, especialmente porque ninguna academia puede en realidad enseñar estrategia, que es el planeamiento general de la guerra (...)

Ellos eran pésimos estrategas y se oponían a todo lo que tenía sentido a mi juicio, de manera que en cierta ocasión, cuando resolví marchar desde Santa María de Dota a Cartago por entre las filas enemigas, ya los académicos habían convencido a la oficialidad costarricense y yo tuve que imponerme sobre 500 hombres, con toda clase de rangos, para que se cumpliera la orden: nadie creía que fuera posible. Unos querían que marcháramos por una parte y otros por tal otra, y empezaban los académicos a dar unas conferencias que enredaban a mi propia gente.

¡Qué difícil fue hacer la "Marcha Fantasma" contra los propios académicos!⁴

La base de los combatientes de Figueres se componía de elementos provenientes de diversos estratos medios de la población, tanto del campo como de las ciudades: intelectuales, pequeños propietarios agrícolas, estudiantes, empleados, etc.

En cuanto a los recursos técnicos, Figueres contaba con un limitado armamento liviano, gran parte del mismo de propiedad personal de los alzados, y otro que había logrado introducir por diferentes vías; pero su reserva fundamental la constituía Guatemala, de donde, una vez iniciadas las hostilidades, le llegaron considerables dotaciones, inclusive de armamento semipesado.

No es probable que a manos de Figueres hayan llegado las armas capturadas por el ejército de Trujillo en Cayo Confites, por las inamistosas relaciones que el dictador antillano cultivó con Juan José Arévalo; pero es evidente que varios de los participantes en el desembarco de Dominicana, se incorporaron posteriormente a las filas de voluntarios de Figueres.

Un recurso que Figueres utilizó en forma original e intensa, por primera vez en los movimientos libertarios del continente, fue la aviación de transporte, con aparatos capturados a compañías particulares, de los que se valió no sólo para hacer llegar abastecimientos, armas, municiones y combatientes del exterior, sino también para transportar sus fuerzas y situarlas en los distintos frentes de lucha, según las necesidades de la guerra, y para la ejecución de operativos militares, lo que le permitió multiplicar la capacidad de combate de sus tropas.

Con todo y la trascendental importancia de los voluntarios extranjeros, debe tenerse presente que el grueso de las aguerridas tropas figueristas fue una juventud nacional de clase media, en busca de su historia, convencida de que solo ella misma podría darse su propio destino, y que esa tarea bien valía la vida misma.

EL BANDO GUBERNAMENTAL

Las fuerzas gubernamentales estaban formadas por el ejército regular, estimado según varias fuentes en unos seis mil efectivos, más las dotaciones policiales y de seguridad que institucionalmente y por la naturaleza de sus funciones, se hallaban diseminadas en toda la extensión del territorio.

Se sumaban a ellas los grupos armados que integraron las organizaciones políticas empeñadas en el programa de reformas, patrocinado por lo que se había dado en llamar "el régimen de los ocho años."

Entre esos grupos figuraban los partidarios del expresidente Calderón, aunque éste se pronunció abiertamente por la defensa armada del gobierno cuando ya la guerra estaba demasiado comprometida para el sector gubernamental.

Los otros civiles que intervinieron por el lado oficial, fueron los miembros y simpatizantes del Partido Vanguardia Popular, cuya participación, si bien se fundamentó en razones ideológicas, pues combatieron por lo que ellos estimaban era la defensa de las reformas principalmente laborales, y si bien soportaron gran parte del esfuerzo bélico, su presencia fue un factor que pesó mucho en cuanto a la suerte del gobierno y a las alternativas de la guerra. Así:

El gobierno carecía de hombres enérgicos que quisieran pelear (...) Vanguardia Popular rogó a Calderón que hiciera un llamado a sus masas para que fueran al combate pero éste evitaba hacerlo, y cuando al fin accedió, habla con tibieza y no tomó medidas prácticas para ejecutar plan alguno.

El Ministro de Guerra hizo negocios con las pocas armas buenas que tenía el gobierno y luego se supo que había entregado parte de ellas al gobierno de Nicaragua, a los Somoza. Otras armas fueron encontradas al terminar la guerra, en sus cajas, sin tocar, sin abrir.

Mientras los milicianos vanguardistas y calderonistas morían en el campo de batalla con su riflón de un tiro en la mano, algunas personas de los círculos reaccionarios del gobierno y del Partido Republicano hacían negocios, se escondían para no pelear, y ocultaban las armas. Ellos tenían tanto miedo a Vanguardia Popular que preferían hacer el juego a Figueres.⁵

Era claro que, aún cuando en términos absolutos, las fuerzas oficialistas contaban con la ventaja numérica y con una mayor dotación de elementos técnicos, además de la fuerza de la institucionalidad, padecía contradicciones insalvables, que favorecían a Figueres y que éste había tomado en cuenta con minucioso cuidado, en el momento de formular sus planes.

LA COYUNTURA INTERNACIONAL

Otro aspecto que tuvo especial relevancia en el conflicto, fue la situación internacional.

Figueres era objeto de mucha desconfianza por parte del gobierno estadounidense que veía con malos ojos un conflicto de resultados impredecibles, a tan poca distancia de uno de los puntos estratégicos fundamentales de su defensa, como es el Canal de Panamá.

El Departamento de Estado del país del norte tenía conocimiento de las estrechas relaciones entre Figueres y Arévalo y éste, con sus prédicas sobre el socialismo espiritual y la dignificación latinoamericana, no podía menos que despertar en el buen vecino serias dudas e interrogantes.

Tenían noticias también sobre las relaciones de Figueres con los revolucionarios dominicanos, nicaragüenses y de otros países, quienes se habían pronunciado en abierta lucha contra gobiernos que para Estados Unidos eran de absoluta confianza y merecían su total apoyo, como el de Trujillo y el de Somoza, por ejemplo. Parafraseando la sentencia del presidente Hoover respecto de Somoza, esos dictadores eran los "hijo de perra de la metrópoli" y como tales debían ser defendidos. Esto explica por que, recién iniciadas las hostilidades, el gobierno de Estados Unidos trató de lograr que el presidente Picado oficializara una solicitud de ayuda al gobierno de Nicaragua, para que la Guardia Nacional de Somoza entrara a territorio costarricense, se uniera al ejército de este país y aplastara a figueristas y a comunistas por igual.

Figueres, desde otro punto de vista, tenía varios factores a su favor, el más importante de ellos era la presencia de gobiernos progresistas y democráticos en el continente, como el de Arévalo, en Guatemala, el de Rómulo Gallegos, en Venezuela y el de Carlos Prío Socarras, en Cuba.

En el orden del día se hallaba planteada la IX Conferencia Panamericana a celebrarse en abril, en Bogotá, y en la que Estados Unidos esperaba obtener la formación de una organización continental adecuada a la nueva situación de postguerra y al replanteamiento que la misma imponía a sus intereses. Esta circunstancia, por lo menos en primer lugar, hacía virtualmente impracticable una intervención demasiado abierta, por el riesgo de comprometer las expectativas de aquella conferencia.

Tales condiciones se vieron agravadas por el asesinato, durante la celebración de la conferencia, del gran dirigente del liberalismo colombiano, Jorge Eliécer Gaitán, crimen que desató una descontrolada insurrección popular que se recuerda con el nombre de "el bogotazo". El gobierno de Estados Unidos se hallaba, por estas razones, a la expectativa y muy preocupado por las eventuales derivaciones de la situación continental.

En el balance general de la situación, los elementos a favor frente a los factores en contra del movimiento proyectado por Figueres, a primera vista no daban una certeza medianamente confiable acerca del éxito de la operación. Algunos de dichos elementos podían influir positiva o negativamente, en tanto que otros podrían pasar de ser favorables a convertirse en fuertes obstáculos dependiendo de la habilidad con que se manejaran.

Es así que, casi literalmente, la revolución echó a andar sobre el filo de la navaja.

Notas

1. Entrevista.
2. Entrevista.
3. Ídem.
4. Ídem.
5. Gamboa, F.: op cit. p 135.

TERCERA PARTE

LA GUERRA COMO LA POLÍTICA EN ARMAS

*"La guerra es una cuestión
tan seria que no puede
confiarse a los militares."*

CLEMENCEAU

Capítulo IX

LA INTELIGENCIA A LAS ARMAS

Al estudiar en forma retrospectiva y panorámica el proceso seguido por el movimiento encabezado por José Figueres, se advierte la comprensión y el manejo premeditado de los móviles y de los objetivos eminentemente políticos y sociales de toda la contienda.

Al respecto, es oportuno recordar el planteamiento de Von Clausewitz: "La guerra de una comunidad (...) nace siempre de una situación política y es el resultado de un motivo político (...)

*Si se piensa que la guerra nace siempre de un designio político, resulta natural que ese motivo inicial del que ella brota siga constituyendo la consideración primera y suprema que dicta la forma en que el conflicto bélico ha de ser conducido.*¹

Pero, debe tenerse en cuenta que el objetivo político no constituye, ni representa una fórmula matemática, sino que, por el contrario, "debe adaptarse a la naturaleza de los medios de que dispone."²

De acuerdo con el mismo planteamiento:

*La guerra es una simple continuación, por otros medios, de la política (...) No sólo es un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una realización de éstas por otros medios.*³

Consecuentemente, "la intención política constituye el fin, en tanto que la guerra es el medio, y no cabe concebir el medio independiente del fin."⁴

En el caso de Figueres, se nota que él formuló sus planes para la acción militar, como la continuación de un movimiento de protesta generalizado, y en el que aparecía, como el móvil fundamental, el rescate del derecho a la libre emisión del voto.

No obstante, en esencia el problema político en discusión era de un contenido mucho más profundo, se trataba de dilucidar la titularidad del poder político del Estado, entre los grupos económicamente poderosos, dispuestos a retenerlo por la fuerza, y

aquellos sectores emergentes que lo demandaban para realizar con él los objetivos de sus propios intereses, los cuales seguirían incumplidos mientras el poder siguiera en las mismas manos en que se hallaba hasta ese momento, según lo demostraba la experiencia reciente.

El desarrollo de los acontecimientos demostraría que, en el caso concreto, la disputa armada no tenía como objeto esencial la vigencia o no de las garantías sociales adoptadas por el gobierno, ya que, después del conflicto, esas garantías no solo no fueron suprimidas sino que se profundizaron.

Por parte del grupo en el poder, el móvil político esencial de mantener el aparato estatal en sus propias manos no podía ser más evidente, pues lo manejaban abiertamente como un simple instrumento para la realización de sus propios designios.

La actitud de los comunistas de deponer las armas luego de obtener del propio Figueres, garantías de continuación de los programas de reforma, demuestra que esto era el objetivo real de su lucha, la realización de las expectativas de aquellos grupos que ellos representaban, y que constituían el sector de los asalariados, ya muy amplio pero aún con poca conciencia de sus propios intereses.

Ese contenido esencialmente político y social de la guerra habría de evidenciarse en todo el proceso de la lucha armada.

EL PLAN ESTRATÉGICO

El plan estratégico de la insurrección dirigida por José Figueres, como él mismo lo dijo, en forma completa solamente existió en su cerebro, pues los comentaristas y testigos hablan de aspectos parciales pero no del planteamiento general de la contienda.

Sin embargo, de los mismos relatos y declaraciones de Figueres y de los acontecimientos registrados, y en el supuesto de que éstos correspondieron en lo esencial a los lineamientos del plan, éste puede describirse a grandes rasgos.

En cuanto a la estrategia, es decir, al planeamiento, la Guerra de Liberación Nacional fue una maravilla (...)

Se trataba, en primer lugar, de establecer una frontera, un territorio nacional, donde pudieran llegar aviones y hasta barcos, si se necesitara. En segundo lugar, hacer un inventario de los comestibles que hubiera en ese territorio para ver por cuantas semanas podíamos alargar la guerra. En tercer lugar, atraer al enemigo, tal como se le fue atrayendo, hasta que rodeara ese territorio, con cinco mil o seis mil hombres y, cuando nos tuviera rodeados,

pasar por entre las filas enemigas, de noche y dejando todo limpio, quitando todo, para atacar las ciudades cuando estuviesen indefensas (...)

Eso fue la "Marcha fantasma", algo que estratégicamente fue maravilloso, inspirada en Bolívar. Se trataba de 500 hombres espaciados en unos 2.500 metros, con la carga al hombro, con las municiones al hombro, que anduvieron dos días y dos noches, pasaron las filas enemigas sin combatir y atacaron por la espalda, para tomar Cartago.⁵

En los términos más generales, el plan de guerra trazado por Figueres comprendía el establecimiento de una especie de territorio insurgente hacia el cual atraer el fuego de las fuerzas gubernamentales, para luego desplazar las propias, y atacar la retaguardia o los flancos enemigos, mediante operaciones en pinzas.

Sobre todo, el planteamiento estratégico se orientó a imponerle al enemigo las condiciones del combate, obligándolo a salir de sus cuarteles y combatir en terreno abierto y desfavorable, en lugar de atacarlo en zonas fortificadas en las cuales tenía todas las ventajas.

Aquel tipo de acciones, además, se habían planeado en forma tal que podría haberse repetido, mediante la utilización del transporte aéreo para desplazar contingentes variables de un frente a otro, o de un frente a la retaguardia enemiga, con lo que adicionalmente se multiplicaba la capacidad de combate de las unidades insurgentes. Así ocurrió en la toma de Limón y así se esperaba tomar la capital, mediante el empleo de tropas aerotransportadas.

Si es correcta la aseveración de que la campaña de Figueres fue una lucha de liberación basada en una especie de guerrilla aerotransportada, este sería un caso poco común, posiblemente el primero de su género en los anales de la guerra popular latinoamericana.

En la toma de Limón, las unidades partieron desde un aeropuerto de campaña construido en Cartago, para asestar golpes desde dos direcciones principales, de manera de estrangular las debilitadas defensas gubernamentales.

Cuando se iniciaron las hostilidades el 11 de marzo, la estrategia de guerra también se caracterizó por la apertura de varios frentes de lucha, incluidos el de la información y del cabildeo en el extranjero, el de la agitación civil, y el del sabotaje detrás de las líneas enemigas con el propósito de dividir la fuerza contraria y abrirle muchos flancos.

También es claro que se consideró utilizar formas combinadas de lucha, mediante el uso de tácticas convencionales con otras propias de la guerra irregular. Es así que en la parte norte de país, en los frentes abiertos en San Carlos y San Ramón, se aplicaron

formas de guerra de guerrillas, aunque los contingentes empleados en ellas actuaron de acuerdo y en apoyo al resto de las tropas en operaciones regulares.

Se trazaron los planes tácticos de los operativos específicos, como el llamado Plan Maíz, para la toma y la ocupación de San Isidro de El General, con miras a utilizarlo como punto de contacto con los aliados estratégicos del exterior.

El Plan Clavel se diseñó para la toma del Puerto de Limón, que abriría un acceso a las rutas marítimas, indispensables para la eventualidad de que se prolongaran las hostilidades.

Y el Plan Magnolia tuvo como objetivo principal la toma de la ciudad de Cartago, con lo que se esperaba abrir la ruta principal para el asalto de la capital, último reducto del poder oficialista.

El aspecto logístico de la guerra se había solucionado en medida considerable, mediante el almacenamiento de gran cantidad de provisiones en parajes de La Lucha, donde se habían producido muchas de las indispensables para la subsistencia de la tropa, durante un período razonablemente prolongado.

LAS ACCIONES

Doce días después de la anulación de las elecciones presidenciales, los insurgentes tomaron el control de la ciudad de San Isidro (140 kilómetros al sureste de la capital) y de las localidades de San Ramón y San Carlos (al oeste y noroeste de la capital). Al mismo tiempo, el cuartel general de operaciones se estableció en La Lucha, 60 kilómetros al sur de San José.

San Isidro se convirtió inmediatamente en el punto de contacto con el exterior, en la principal vía de abastecimiento de parte de los aliados, y punto de contención de los contingentes de trabajadores bananeros dirigidos por el Partido Vanguardia Popular, provenientes de las plantaciones del sur y que, por ese hecho, no alcanzaron a reforzar eficazmente la capital.

El frente norte se desarrolló como un amplio teatro de operaciones móviles, consistentes principalmente en acciones de diversión, pero también cumplió funciones como reserva operativa de los restantes frentes.

Al día siguiente de haber estallado las hostilidades, las fuerzas gubernamentales atacaron La Lucha y aunque fueron repelidas, Figueres trasladó su cuartel general a Santa María de Dota, un lugar menos accesible para las tropas oficialistas, y mejor conectado con San Isidro, su principal ruta de abastecimiento.

Los insurgentes cortaron las vías de acceso a las principales plazas gubernamentales, y tuvieron tiempo para despejar sus respectivas regiones y ampliar el dominio virtual a numerosas poblaciones de segunda importancia. En los días inmediatamente posteriores, las operaciones fueron breves escaramuzas por defender o por abrir dichos accesos, hasta que el 20 de marzo se entabló una fuerte batalla por el control de San Isidro, que se había convertido en un centro de importancia vital para ambos bandos.

En esa batalla, el peso fundamental de las operaciones estuvo a cargo de las brigadas del Vanguardia Popular, las cuales llegaron a dominar inclusive parte de la ciudad, pero debieron retirarse por falta de elementos de guerra, según lo dijeron ellos mismos. Con el rechazo de las fuerzas oficialistas se consolidó el dominio insurgente sobre la plaza.

El 30 de marzo, las tropas gubernamentales trataron de forzar la entrada a San Isidro por la ruta de San José, pero fueron nuevamente rechazadas y, esta vez, perseguidas hasta el lugar llamado El Empalme, donde fueron aplastadas sin tiempo de recibir refuerzos.

Solamente ocho días después, Figueres desplazó el teatro de la operación principal, concentró numerosos contingentes de tropas aerotransportadas en las cercanías del puerto de Limón, el cual cayó en manos de los alzados en solo tres días de asedio, y luego de reiterados intentos de asalto.

Se trataba de otra plaza vital debido a las rutas marítima y aérea que se reunían ahí y que daban acceso a la comunicación, especialmente con otros países, de manera que, inmediatamente después de la caída del puerto, las tropas gubernamentales montaron sus operativos de recuperación, lo que no lograron.

Acto seguido, y mediante transporte aéreo, Figueres concentró parte de sus tropas que operaban en San Ramón hacia el flanco oeste de Cartago y, haciendo avanzar las fuerzas que se hallaban dislocadas en la región de Dota, realizó la extraordinaria operación conocida como "La Marcha Fantasma", cayó por sorpresa sobre la segunda más importante ciudad, donde la resistencia oficialista, tras pocas horas de combate quedó limitada a una guarnición sitiada y aislada, situación que la obligó a capitular un día después.

Exactamente en un mes, Figueres había conseguido quebrar la espina vertebral del ejército oficialista, quebrantar la moral de las fuerzas gubernamentales incluidas las civiles, y situarse a solo 18 kilómetros de la capital.

Sin pérdida de tiempo, mientras patrullas especiales limpiaban y organizar las retaguardias, Figueres comenzó a preparar el asalto de la ciudad de San José, la cual pensaba atacar desde dos direcciones principales. Para ello, empezó a concentrar

tropas de los distintos frentes y a organizar el transporte aéreo, del que dependía para trasladar parte de sus fuerzas hacia el flanco occidental de la ciudad.

Figueres trasladó su cuartel general a Cartago, donde, el 15 de abril, recibió una comisión del cuerpo diplomático acreditado en San José, portadora de las primeras proposiciones de paz del bando gubernamental. Prácticamente la guerra se hallaba decidida a favor de la insurgencia, pero todavía faltaban las negociaciones de las que dependería en gran medida, la suerte de los objetivos políticos trazados por Figueres y sus partidarios.

LAS PROCLAMAS

Dos importantes documentos marcaron la trayectoria de la contienda. Fueron dos proclamas emitidas por el Comandante en Jefe del Ejército de Liberación Nacional, José Figueres Ferrer, desde su cuartel general ubicado en Santa María de Dota.

El primero de esos documentos, fechado el 23 de marzo, es decir, a once días de entabladas las hostilidades, tuvo por objeto apelar a la conciencia nacional e impulsar la incorporación de las mayorías al esfuerzo de la guerra. Dicho documento comenzaba diciendo:

Costarricense, ¿está usted haciendo lo que puede por la victoria de la libertad?. El Ejército de Liberación Nacional está batiéndose brillantemente en el teatro de la guerra. Usted puede ayudar eficazmente a la jornada patriótica atravesando palos y piedras en los caminos, cortando líneas telegráficas y telefónicas, acorralando sorpresivamente jefaturas políticas y resguardos, intentando por todos los medios desorganizar y desmembrar el gobierno usurpador.⁶

Se trataba de una demanda de la ayuda necesaria para entorpecer los movimientos o paralizar a las fuerzas gubernamentales, mediante acciones de sabotaje que, formuladas en tales términos, se basaba en la conciencia del carácter popular de la empresa. Y continuaba la proclama:

Usted dijo una y mil veces que no permitiría una nueva burla a la voluntad popular. Usted ha jurado que está dispuesto a contribuir a la formación de una nueva Costa Rica. ¡Cumpla ahora sus promesas y juramentos!...

Ayúdenos desde lejos y repita esta promesa que se debe propagar de pecho en pecho como una conflagración divina: ¡Fundaremos la Segunda República!.

La colaboración demandada en el sentido de entorpecer la capacidad de movimiento de las fuerzas gubernamentales, desembocaba en la promesa suprema y en la

consigna de lucha, la formación de la Segunda República como producto del esfuerzo común.

Debe considerarse que esa proclama, de carácter incendiario, fue emitida en momentos en que San Isidro de El General se encontraba bajo fuerte asedio gubernamental sin que se vislumbrara la posible definición de la batalla.

Las instalaciones de la finca La Lucha, además de los equipos y las vituallas que quedaban ahí, posiblemente vistas como reservas insurgentes, habían sido saqueadas e incendiadas por el ejército gubernamental, que de esa manera anunciaba una especie de contraofensiva total de tierra arrasada, contando aún con muchos recursos de los que aún no había echado mano. Se puede apreciar que el mando gobiernista entendía la alternativa de aplastar la insurrección o ser aplastados por su creciente avalancha.

Desde el punto de vista de la rebelión, la consigna esencial que resumía el objetivo político de la guerra se expresaba en términos agitativos, llamando a la movilización y al sabotaje, con la promesa y la profesión de fe de fundar la Segunda República.

Hasta ese momento, el concepto de Segunda República no tenía en la opinión pública un contenido teórico definido, ni un contenido programático vertebrado, de manera que la expresión podía adecuarse a las aspiraciones de varios y disímiles sectores.

Durante la campaña electoral y en el período de preparación de condiciones para la guerra, se habían pregonado objetivos muy generales, más como consignas de movilización que como programas políticos y sociales. De manera que la cuasi utopía de la Segunda República apareció en la Primera Proclama como una bandera de lucha, pero su contenido esencial aún permanecía solo en el cerebro de Figueres.

Largas veladas, acuciosas entrevistas, agotadoras giras y conversaciones, además de sus prolongadas sesiones de estudio y lectura, habían configurado en la mente de Figueres su plan militar y su proyecto político, ambos debidamente coordinados.

La Segunda Proclama, que presentaba ya un contenido social y constructivo, fue emitida el primero de abril, cuando las fuerzas gubernamentales, derrotadas en San Isidro y sin haber podido romper las contenciones periféricas insurgentes, prácticamente habían aceptado una frontera que se acercaba a la capital, en tanto que el mando supremo rebelde, todavía en Dota, se aprestaba a lanzar su segunda ofensiva mediante los llamados planes "Magnolia" y "Clavel", destinados a abrir definitivamente la ruta de Cartago y San José, y montar el cerco alrededor de la capital.

En los momentos de pasar a la ofensiva era explicable que las fuerzas insurgentes trataran de aclarar los grandes objetivos políticos que impulsaban su movimiento. Por

ello, el documento lo encabezaba la frase: "*Nuestro movimiento renovador y la cuestión social.*"

La Segunda Proclama comenzaba, como lo indicaban los requerimientos de la guerra, aclarando las posiciones y delimitando el planteamiento sustentado por Figueres. Decía:

En nombre del Ejército de Liberación Nacional, cuya misión es fundar la Segunda República, niego todo derecho a calificar de reaccionario, burgués o retrógrado al movimiento nuestro.⁷

Los acontecimientos posteriores habrían de demostrar la exactitud de esta definición, porque ciertamente la obra emprendida con el llamado modelo de la Segunda República, no podría ser tachado como reaccionario, ni como burgués, ni como retrógrado. De momento, sin embargo, algunos elementos que intervenían en la contienda estimaban que las proclamas eran, como de costumbre, meros instrumentos de propaganda proselitista.

Y continuaba la proclama: "*Sólo puede juzgarse así por mala fe o por incomprensión. Contra la mala fe tenemos balas, y contra la incomprensión tenemos razones.*"

Las expresiones reflejaban la proyección mesiánica del movimiento, en medio de condiciones de violencia objetiva; en los adversarios solo se reconocían dos posibles posiciones: la incomprensión o la mala fe, frente a cada una de las cuales, el movimiento presentaba la alternativa adecuada, pero una de ellas era eminentemente constructiva.

Un movimiento tan noble, tan esclarecido y a la vez tan popular como el nuestro no podrá jamás establecer un régimen injusto. Aquí están los trabajadores y aquí están los estadistas. A todos nos mueve el espíritu del siglo XX que es el siglo del pueblo.

Se definía así como un movimiento popular, en el sentido de progresista y no burgués, integrado por trabajadores y sectores medios, inspirado por el espíritu del "siglo del pueblo", es decir, el siglo caracterizado por la necesidad histórica de darle participación a las mayorías, en las grandes decisiones políticas y sociales.

El día que terminemos la guerra contra la mala fe, iniciaremos una nueva guerra: la guerra contra la pobreza.

La victoria del Ejército será la Segunda República; y la victoria de la Segunda República será el bienestar del mayor número.

Así quedó planteada la proyección histórica del movimiento, orientado a superar las condiciones de pobreza y a proporcionar al mayor número de personas, sin calificativos de clase, un grado de bienestar tampoco predelimitado.

El hombre tiene ya medios de producción capaces de colocar en un plano elevado, material y espiritual, a todos los miembros de la comunidad.

Ello constituía una entusiasta evocación de Owen, cuando clamaba: "¡Qué locura, que el sistema actual, en lugar de riquezas y virtudes no engendre sino miseria y crímenes!"; paradoja de una sociedad que cuenta con los medios adecuados para proporcionarle a todos sus integrantes, un elevado nivel de vida material y espiritual y que, por el contrario, ha producido grandes grupos de miserables. Superar esta situación era la tarea que estaba planteada:

Los economistas de la Segunda República, en colaboración con todos los costarricenses de buenas intenciones, sabrán aplicar esos medios para que desaparezca el espectáculo de las grandes mayorías empobrecidas por la ineficiencia y el privilegio.⁸

En definitiva, se reconocía que la ineficiencia y el privilegio eran las causas de la pobreza de las mayorías. Consecuentemente, para combatir la pobreza, la Segunda República quedaba desde antes de nacer, comprometida a combatir el privilegio y la ineficiencia, lo cual además quedaba explícitamente consignado al concluir:

Abran todos los costarricenses los brazos a los gloriosos soldados de la Segunda República, que juran, sobre la sangre vertida, dedicarse a construir una Patria sin miseria.

A estas alturas de la lucha, en el encarnizado debate que naturalmente acompañaba a la acción armada, el problema político formal del sufragio libre había cedido el primer lugar, a la necesidad esencial de constituir una república capaz de restarle a los privilegios, la parte que se necesitaba para superar la miseria.

Figueres produjo una tercera proclama que no llegó a aparecer, pero que constituía un virtual llamado a la reconciliación, para llevar adelante un proyecto común que, como pudo comprobarse más tarde, no se estaba en contradicción irreconciliable con los objetivos del modelo teórico de la Segunda República. Era la proclama de la construcción.

En los momentos mismos de la disputa violenta de los intereses, era claro que aquellos defendidos por Figueres, en términos de su universalidad y de su proyección popular, no excluía los de otras facciones en conflicto. Figueres recuerda así los hechos que lo movieron a llamar a la reconciliación, aún en pleno apogeo del combate, pero cuando ya se vislumbraba la victoria.

Mora era el dueño del gobierno desde hacia varias semanas y de no haber sido por los comunistas el gobierno no hubiera hecho nada.

El gran héroe de esos combates era Carlos Luis Fallas. Fallas peleó valientemente y tomó San Isidro de Alajuela, entre otras poblaciones. Y tiene este mérito: un pelotón de la gente de ellos cogió preso a Benjamín Odio, a Fernando Ortuño y a un morenito muy simpático de apellido Mendieta. A ellos tres los cogieron presos y los iban a fusilar. Pero Fallas se impuso.

Yo, para entonces, hice una tercera proclama reconociendo, aún en el calor de los odios, el gesto de Fallas. Pero nuestra oficialidad no la dejó salir porque les pareció una quijotada, en momentos en que se necesitaba el entusiasmo de la guerra.⁹

Aunque, como se dijo, para esa época las fuerzas de Figueres se habían colocado en una posición de ventaja, el incidente recoge uno de los aspectos más sugestivos del dirigente: "Siempre recuerdo las virtudes de las personas. Los defectos se me olvidan pronto."¹⁰

UNA CAPITULACIÓN SIN DERROTA

Tal como se plantearon las cosas y como se desarrolló el fenómeno, el gobierno de Picado cayó en la desmoralización, mientras el peso principal de la guerra había ido desplazándose hacia las milicias del Vanguardia Popular, de manera que la cesación real de las hostilidades, solo podía concertarse con la dirigencia de esa organización, considerando incluso que esas milicias podrían continuar la guerra, aún cuando el gobierno capitulara, según lo temían amplios sectores políticos.

De manera que una vez entabladas las negociaciones de paz por medio del cuerpo diplomático, se concertó la conferencia que habría de hacerla efectiva, entre Figueres y el dirigente del Vanguardia, Manuel Mora, en lo que se ha dado en llamar el "Pacto de Ochomogo."

Figueres narra así los acontecimientos:

Durante los nueve días que estuvimos en Cartago se aceleraron los preparativos para la toma de San José, pero ello seguramente nos iba a costar de dos mil a tres mil vidas, porque los edificios estaban llenos de rehenes y había muchas amenazas de matarlos si atacábamos San José. Yo creo que la hubiéramos tomado, pero sobre un baño de sangre.

Ese baño de sangre lo evitamos Manuel Mora y yo. Yo lo cité al Alto de Ochomogo, y Mora valientemente asistió. Y llegamos a un acuerdo, bajo un fuerte olor a cadáver.

Eso fue muy dramático, la sesión de rendición, en el Alto de Ochomogo.

Mora había mandado a proponer que nos reuniéramos y yo lo cité en ese lugar. Era muy difícil de realizar. Yo hice un plan, en unas horas, y comencé a transmitir por radio la señal de aceptación. Se trataba de repetir tres veces la palabra "carretera", lo cual quería decir que esa noche nos íbamos a encontrar solos, en el Alto de Ochomogo. Pero para eso él tenía que pasar entre miles de sus soldados, y yo tenía que pasar entre centenares de gente nuestra, porque ellos siempre numéricamente eran superiores...

Cerca de la hora convenida, yo llegué hasta el límite del frente nuestro, donde estaba bloqueada la carretera con maquinaria de arreglar caminos. Hubo un poquito de disgusto con los oficiales que no me dejaban avanzar porque decían que eso era un suicidio y que tenía que ir una escolta conmigo.

Ellos no sabían ni se les podía decir que íbamos a negociar con Manuel Mora, porque Mora era el diablo en ese momento. Tengo que agradecerles a mis oficiales porque otra vez me dejaron imponerme. Yo de ahí seguí a pie, con el padre Núñez, tal vez unos 750 metros en la zona de nadie, con un olor a cadáveres del diablo.

Mora yo no sé que peripecias tuvo con los suyos para llegar solo con Fallas al lugar convenido. Y ahí nos entendíamos sin vernos las caras. Era una noche sin luna y recuerdo bien el paredón que nos protegía del viento porque era una noche muy fría. Ochomogo es muy ventoso y parece que al lado de arriba había unos cadáveres. Era muy desagradable.

Mora propuso primero un gobierno de coalición, lo que a mi me pareció una gran falta de realidad.

Agregó —cosa de la cual hasta hoy vive convencido, porque él es así— que los norteamericanos nos iban a atacar por Panamá o algo por el estilo. Yo nunca he creído en eso y no lo creo, pero él vive convencido. (Advierto que ahora somos muy amigos y yo lo respeto mucho).

Como no me pudo convencer de que hiciéramos un gobierno de coalición para evitar la toma de San José, él estaba desesperado y decía que tenía que llevarles algo a su gente para desarmarlos... yo le decía que era impracticable el gobierno de coalición, que políticamente el país no lo aceptaría.

Entonces me propuso que marcháramos, los dos ejércitos juntos, a la frontera de Panamá, a detener a los gringos, cosa que yo creo que no era necesario. Lo cierto es que, en ese momento yo le dije que le iba a hacer otra propuesta:

—Ustedes nos ha estado atacando a nosotros de reaccionarios —le dije— y de que queremos echar abajo la legislación social (que era la bandera de ellos) ¿qué me dice si nosotros les garantizamos que lo que hemos dicho en las proclamas nuestras no es propaganda sino verdad, que vamos a respetar todo eso?

Entonces ya se interesó y empezamos a entrarle a los detalles:

—¿Mantienen la Caja Costarricense de Seguro Social? —¡Por supuesto!

—¿Mantienen el Código de Trabajo? —¡Por supuesto!

Y así, él fue enumerando lo que él consideraba sus realizaciones, con todas las cuales nosotros estábamos de acuerdo, a pesar de que en ese momento estaban mal hechas algunas. Pero en eso sonó una voz misteriosa, detrás de Mora. Era Carlos Luis Fallas, que dijo:

—¿Mantienen el Impuesto sobre la Renta?

A ellos les había costado mucha lucha el Impuesto sobre la Renta. Y fue la única vulgaridad que hubo en todo el par de horas de conversación, pues yo sin verlo, le dije:

—¡Lo aumentamos, carajo!

Esa fue toda la intervención de Carlos Luis.

Después hubo cosas que a mi me parecían detalles y a Mora le parecían importantes, y que no cumplimos, no pudimos o no hicimos suficiente esfuerzo por cumplir; por ejemplo, seguirles dejando una casa vieja donde estuvo después el edificio de Seguros. Ellos han reclamado que yo me comprometí a dejarles eso para los sindicatos y no se los dejamos; yo no me acuerdo bien del momento del compromiso, pero hay dos o tres cosas así que ellos han reclamado.¹¹

En otra parte, y a manera de respuesta a Mora, José Figueres ha formulado la siguiente recapitulación:

Sobre esta reunión histórica nuestra, con el padre Núñez y con el Sr. Carlos Luis Fallas, muchas veces he observado que usted y yo diferimos en la memoria, en cuestiones de detalle, pero estamos de acuerdo en lo principal. Es cierto que usted arriesgó su vida yendo al frente de noche, sin escolta, para encontrarse con el padre y conmigo, y para firmar la paz. Es cierto que usted me propuso que uniéramos los dos ejércitos para combatir peligros comunes que usted conocía en aquel momento mejor que yo, porque yo venía de la

montaña. Su idea de unir fuerzas me pareció noble pero impracticable. Las pasiones estaban al rojo blanco.

Ya había guardias de Somoza en la finca La Vieja, de don Otilio Ulate. Las armas del viejo Ejército de Costa Rica se estaban enviando a la frontera norte para establecer un gobierno en Liberia, a la sombra de la dictadura nicaragüense. Lo que no he podido comprobar, don Manuel, es que se aproximasen marinos norteamericanos a nuestra frontera con Panamá.

También es verdad que usted arriesgó su prestigio político ante miles de partidarios armados, para terminar la matanza. Recuerdo muy bien su angustia por desarmar a toda la gente.

Y eso que usted y sus soldados nunca supieron que los revolucionarios preparábamos ya la batalla final de San José, pasando tropas por aire de Cartago (aeropuerto improvisado) a La Lindora, para tomar la capital entre pinzas. ¡Imagínese la matanza de combatientes y civiles! Ustedes tenían dos mil quinientos rehenes nuestros, en edificios de San José, y contaban todavía, creo yo, con cinco o seis mil soldados con armas viejas. El número de muertos llegaba ya a dos mil (en una población de menos de un millón) y se habría multiplicado si no hubiéramos firmado la paz en Ochomogo y desarmado las tropas. Muchos ciudadanos contribuyeron a ese desarme patriótico.¹²

Notas

1. Von Clausewitz, Karl: *De la guerra*; Ed. Diógenes, México: 1977: T.I p.24.
2. Ídem p-25.
3. Ídem.
4. Ídem.
5. Entrevista.
6. *El texto completo de la Primera Proclama, según aparece en Castro Esquivel: op.cit. pp. 116 y 117.*
7. *Texto de la Segunda Proclama, en Castro Esquivel: Ídem, p.118.*
8. Ídem.
9. Entrevista.
10. Ídem.
11. Ídem.
12. Figueres, José: "Respuesta a don Manuel Mora"; en: *La Prensa Libre*, 29 de abril de 1982.

Capítulo XI

LA DEFINICIÓN POLÍTICA

Las mismas negociaciones para poner fin al conflicto armado pusieron de nuevo en primer plano, el contenido esencialmente político de aquél, al tratar de definir si el poder del Estado debía mantenerse en las mismas manos, para que continuaran el proyecto de reformas que estaban impulsando, o si debían cambiarse los titulares del poder real, para que otras clases sociales asumieran la conducción del aparato estatal, sujetos a nuevos planteamientos y en busca de nuevas soluciones, acordes con los intereses de los grupos emergentes.

En la conversación de Ochoyogo, lo que se discutió fue la suerte de las medidas reformistas adoptadas por el gobierno, como aspecto fundamental del acuerdo de rendición. Las restantes medidas, incluido el desarme, que es la muestra definitiva de la victoria militar, el objetivo del conflicto en sí, solo se pactó después que se pusieron de acuerdo las partes sobre la suerte que deberían correr las reformas.

Ni siquiera se tocó el tema de la pureza del sufragio, pues este, evidentemente, era el epifenómeno, la forma en que, en condiciones normales, se hubiera esperado el traspaso del poder político entre sectores afines o de la misma clase, pero en el caso concreto, ese traspaso no podía cumplirse por medios convencionales, porque lo que estaba en juego era la titularidad del poder político, lo que implicaba su eventual traspaso de manos de las clases tradicionales hacia los sectores emergentes de la clase media, y ello requería procedimientos extraordinarios.

Ahora bien, si como se comprobó, Figueres no luchaba contra las reformas sociales, ni el Partido Vanguardia Popular luchaba por tomar el poder o por conservarlo, pues ni lo tenía ni se había planteado tomarlo, la guerra concluyó con un compromiso que le abrió el paso a las nuevas clases y conservó lo mejor que habían aportado los viejos liberales con la presión de los grupos marxistas.

Este planteamiento debió todavía pasar la prueba de fuego del triunfo revolucionario, cuando cada grupo de combatientes trató de darle su propia interpretación al fenómeno, y pretendió hacer prevalecer sus intereses por encima de los de las restantes facciones, unidas bajo la conducción de Figueres.

Esta prueba fue la culminación lógica del proceso armado, tras cuya finalización llegó el turno de decidir cuáles eran los intereses que más habían aportado a la lucha

y que, por tanto, debían obtener mayores dividendos, en términos de cuotas de poder y de servicios a recibir de parte del Estado.

Figueres recordaba aquellos momentos de victoria y de lucha interna, de la siguiente manera:

En Ochomogo se acordó la paz. Y todo se cumplió, es decir, hasta se acordó que las armas de los que llamábamos caldero-comunistas no pasarían a nosotros directamente, sino que don Santos León Herrera, quien era vicepresidente (y de los pocos que quedaban, pues los demás ya estaban en Nicaragua), haría que esas armas se entregaran a miles de ciudadanos independientes. Así que cuando nosotros marchamos sobre el cuartel Bellavista, ahí solamente había ciudadanos no combatientes, probablemente partidarios nuestros, pero no armas que se pudieran esgrimir, porque podría armarse la camorra ahí dentro.

Fue una emoción terrible entrar al Bellavista porque yo había estado meses tratando de que Panchito Jiménez, que como dentista trabajaba con oro fundido, me hiciera una llave de oro para una puertita por donde yo pensaba meterme a la fuerza para tomarme el Bellavista antes de la guerra. Pero nunca se pudo. Y cuando me vi entrando sin ninguna oposición, y le di unas vueltas a un teléfono de manigueta y me salió el cuartel de Artillería, me parecía estar en otro mundo (...)

Esa misma noche comenzó la discusión interna sobre si lo primero que había que hacer era terminar con las garantías sociales. De parte de esa posición estaban varios sectores, como los de Frank y Cardona. Yo me metí a sostenerlas: ¡Lo hemos dicho 20 mil veces en la campaña ulatista, que nosotros no estamos contra las garantías sociales! ¿Cómo vamos a echarlas abajo ahora?, les decía. ¡Fue una discusión terrible!1

Había que prevenir los excesos de los partidarios de la otra posición, y los que pudieran darse en contra de otras personas, e impedir que las mismas tropas pelearan entre sí por la definición del signo que habría de asumir el triunfo.

Eran terribles las discusiones internas. Por ejemplo, para que los combatientes no tomaran licor, allá en el sur, o en Cartago, hubo que sacar todo el licor y regarlo en los caños, para que no se hiciera una noche de San Bartolomé. ¡Con el odio que había! ¡Siempre los problemas internos!2

Las presiones en contra de las garantías sociales se desplegaron por distintos medios y en distintas formas. Alberto Cañas cuenta el siguiente episodio:

Esto ocurrió en Cartago, en abril del 48, y con la revolución ya triunfante. Una comitiva de señores de muy altos coturnos, apellidos y fortuna, llegó una tarde a entrevistarse con José Figueres.

La entrevista tuvo lugar en lo que, en aquel entonces era el Club Social de Cartago, y por algunas circunstancias, a mí me pusieron, con el rifle al hombro, a cuidar la puerta del salón donde don Pepe recibió a los visitantes...

La propuesta que traían era la siguiente: La Nación nunca había sido entusiasta ulatista; se sabía en San José que la revolución tenía la intención de formar una Junta de Gobierno, lo cual implicaría desconocer a Ulate; esa Junta podría contar con el apoyo de La Nación si don Pepe Figueres accedía a derogar el Código de Trabajo, y otras cosas.

Juro que esto fue lo que yo oí. También que Figueres y quienes lo acompañaban, se negaron siquiera a considerar la idea. Uno de los visitantes (no identifiqué la voz) dijo algo como "la suerte está echada" y la reunión terminó.³

Más tarde vendrían las presiones por parte de oficiales de las fuerzas figueristas, quienes después del triunfo ocupaban los cargos de dirección militar. Así, en junio de 1948, solo tres meses después de la victoria, un grupo de jefes militares presentó en bloque su renuncia, como mecanismo para imponer su voluntad a Figueres.

En abril del año siguiente, el ministro de Seguridad Pública y excombatiente figuerista, Edgar Cardona, junto con un grupo de sus partidarios, se apoderó de los dos cuarteles principales de San José. Figueres habría de referir este hecho de la siguiente manera:

Esa sublevación demuestra un poquito lo que hubo que vencer. Fue una sublevación provocada por algún sector de la clase dirigente, que estaba disgustada porque no se habían quitado las garantías sociales o porque se habían nacionalizado los bancos o porque se había decretado un impuesto de guerra del 10 por ciento sobre el capital, que fue muy combatido. Esos sectores lograron picarle la vanidad a uno que otro oficial como Cardona y tratar de derrocarlos, y coger el camino triste de América Latina.⁴

Las grandes líneas de la nueva época que se iniciaba con la victoria de Figueres y su movimiento, quedaron trazadas en el discurso que la misma noche del 25 de abril, pronunció por radio y en el que precisó:

Que Dios y los tribunales de justicia juzguen a los malhechores. Nosotros debemos ahora mirar adelante. Nos encontramos en el lugar donde el camino se divide en dos: o vamos al caos o vamos a una reconstrucción total de la nación. No hay soluciones intermedias.⁵

Señaló la necesidad de escoger el camino "que va a la montaña", y dijo que el país contaba con

... un pueblo joven y digno que quiere vivir, que quiere superarse y que no sabiendo expresar en palabras adecuadas sus aspiraciones, recurre al lenguaje superior de los gestos nobles y heroicos.

Y refiriéndose al grupo de nuevos intelectuales socialdemócratas, agregó:

Contamos también con una generación de hombres y mujeres cultos y honestos que se han hecho sentir durante los últimos años en nuestra literatura política, económica y social, expresando una vigorosa filosofía que constituye la moderna enciclopedia de un gran movimiento de regeneración nacional.

Enseguida pasó a señalar las coincidencias de ambos sectores, en los objetivos de la lucha:

Unos y otros, el pueblo que siente y el estudiante que piensa, se encontraron juntos durmiendo sobre las mismas rocas, en las filas del Ejército Libertador (...) Unos y otros, intelectuales y trabajadores (...) han alcanzado la victoria en toda la extensión del territorio nacional.

Dentro de ese análisis, la victoria correspondía tanto a los trabajadores como a los intelectuales, pero ambos necesitaban, en opinión del expositor, la concurrencia de "la clase dirigente", es decir, los políticos y los empresarios, a quienes se les aceptaría, siempre que cambiaran sus planteamientos, porque era la única posibilidad de salvación que les quedaba:

Pero hay algo que nos falta. Algo que está a nuestro alcance si queremos, pero que quienes están en condiciones de darlo no se deciden todavía (...) Lo que falta es la fe. La fe en la clase dirigente, cuyos exponentes son los hombres de negocios y los políticos. Esa clase social se encuentra en todos los países en una situación especial. Se siente anacrónica. Por todas partes ve venir su destrucción si no cambia, si no se transforma, y no se decide a cambiar.

Así, el llamado se tornó patético:

Esa clase no ha terminado de comprender que (...) dentro de su seno se encuentran los hombres y mujeres que son indispensables para una nueva organización eficiente de la sociedad (...) a quienes el pueblo ama y no odia, y les está pidiendo (...) que lo dirijan hacia una vida mejor, que abandonen la mentalidad politiquera y mercantil, y que se entreguen con desinterés a la causa de la paz.

Y sentenciaba, ofreciendo la última posibilidad a esa clase privilegiada, que por tener los medios necesarios, se ha capacitado y puede contribuir a la grandeza de la nación:

Repito que Costa Rica cuenta en este momento con el pueblo y con los intelectuales. Y si la clase dirigente da su aporte, se habrán solucionado de una vez muchos problemas (...) se encontrarán con que no sólo se rehace en poco tiempo el daño de los últimos ocho años, sino que de una vez se afrontará para siempre, al problema más grande del siglo XX, que es la lucha de clases.

Tal fue el esquema de organización económica y social que José Figueres, en el momento de coronar su movimiento, ofreció para buscar la salida a los grandes problemas nacionales: el esfuerzo de los trabajadores y de los intelectuales, la dirección de los empresarios y de los políticos, en una alianza patriótica, y con el propósito de prevenir los conflictos de clases que desgarran a muchas otras naciones, todo lo cual, planteado como la última oportunidad de salir adelante.

Si hubiera que destacar solamente los puntos más relevantes de la concepción figuerista, uno de los de mayor importancia sería éste: reconocer los méritos de los vencidos y ofrecerles un lugar destacado en la restauración nacional.

Notas

1. *Entrevista.*
2. *Ídem.*
3. *Cañas, Alberto: en: Primera Plana, 15 de noviembre de 1986.*
4. *Entrevista.*
5. *El texto completo, en Castro Esquivel, A.: op cit. pp, 135 a 140.*

CUARTA PARTE

LAS BASES TEÓRICAS DEL SISTEMA

Capítulo XII

EL FIN DE LA UTOPIÍA

La concepción ideológica y política de José Figueres Ferrer comenzó a cuajar en obras concretas, durante los 18 meses en que, asistido por un equipo de colaboradores y del todavía, nuevo Partido Social Demócrata, le tocó gobernar el país en calidad de Presidente de la Junta Fundadora de la Segunda República, de manera que esa concepción fue ocupando un lugar en el espacio, a través de las obras ejecutadas y de las instituciones creadas por la mencionada Junta.

Lo anterior, pese al hecho de que la Junta siempre estuvo sometida a las más poderosas y diversas presiones, incluida la oposición sistemática de los sectores afectados por las medidas del nuevo gobierno, y la resistencia de las fuerzas afines al régimen depuesto, de los liberales tradicionales y de los conservadores de todo género. Inclusive tuvo que padecer la incomprensión de algunos de los sectores a los que pretendía beneficiar.

No obstante la brevedad del período durante el cual fungió, la Junta tuvo suficiente fuerza como para adoptar medidas que habrían de caracterizar la nueva era, entre las cuales destacaron la nacionalización bancaria, la abolición del ejército y el establecimiento de un aparato que garantizara la pureza de las elecciones, además de varias cargas impositivas que evidenciaban el propósito de redistribuir los beneficios sociales de la producción y los costos de la crisis.

El documento que recogió aquellas tesis fue el proyecto de Constitución Política, elaborado por una comisión especial a instancias de la Junta, documento que fue la expresión programática de la ideología revolucionaria, pese a lo cual fue desestimado por la Asamblea Constituyente, que rehusó adoptarlo como base de discusión.

La producción legislativa de la Junta, por la vía de los decretos-ley que asumió para gobernar sin Asamblea Legislativa, fue suficientemente amplia como para describir la orientación principal que le guiaba y que, en una parte determinante era de inspiración figuerista.

Debe recordarse que el asedio de la oposición a la Junta incluyó una invasión armada a fines de 1948, la derrota del Partido Social Demócrata en las elecciones de diputados constituyentes, incontables y muy intensas campañas de críticas y de rumores, varios intentos de golpes militares, intensos trabajos por integrar un frente

general y único de oposición que amenazaba con poner fuera de la escena política a todos los partidarios de la socialdemocracia.

En su discurso radiofónico del 28 de julio de 1949, al mismo tiempo que anunciaba la integración de un frente electoral para contrarrestar al bloque unido de todos los opositores, Figueres llamó la atención sobre la obra cumplida por la Junta, resumiéndola en varias cuestiones cruciales, como las siguientes: haber aportado un planteamiento sistemático que abarcaba a toda la producción nacional y haberle dado un impulso vigoroso a la agricultura y a la industria; además...

Sin menospreciar la parte que debe jugar un comercio sano en la economía del país, (se introdujo) una tendencia a la administración técnica y a la creación de organismos estables, especializados y apolíticos, un acercamiento a las normas del Servicio Civil y un distanciamiento de las malas prácticas políticas en la selección del personal gubernativo; una inclinación que reconoce el gran valor nacional que representan nuestra clase media y nuestro obrerismo, y que procura mejorar las condiciones de vida de nuestra masa campesina; una política económica que puede resumirse así: producción alta y distribución justa, dentro de un marco democrático y cristiano. Creemos así interpretar la suprema aspiración de nuestra época.¹

Sin embargo, esos elementos que según el planteamiento de Figueres constituían factores de estabilidad y de ampliación económica, lo mismo que de institucionalización del poder político, en la realidad y por lo menos de momento, iban desplazando a los sectores tradicionales, con solo que trataran de sustraer la administración pública de las manos en que se había encontrado durante mucho tiempo, o en cuanto incluía a la clase media y a los obreros o, más claramente, en cuanto pretendía alcanzar una producción más alta y una distribución más justa, pues ésta, en definitiva, significaba una redistribución de la única riqueza nacional, la que hasta ese momento estaba en muy pocas manos.

Con todo, se mostraba consciente de los inconvenientes: "Es de esperar que una filosofía política así, de gobierno para el pueblo, aunque beneficia y protege a los más pudientes, no sea bien comprendida de momento y despierte oposición."

Eso era así porque aquella filosofía que proponía un gobierno para el pueblo implicaba cambios en la estructura económica misma, aunque a largo plazo tratara de proteger a los acaudalados porque, al mismo tiempo, ellos perdían la única forma en que consideraban proteger sus intereses, que era mediante un gobierno en sus propias manos y diseñado precisamente para defender sus intereses.

EL COSTO DE LA GUERRA

El pacto entre José Figueres y el presidente en espera, Otilio Ulate, demostró una vez más la naturaleza formal de los problemas electorales, los cuales aparentaron ser la causa eficiente de la guerra, pero el resultado de la contienda no fue la solución a esos problemas. Las causas del conflicto eran mucho más profundas.

Fue así que, basado en la conveniencia política de largo plazo, el movimiento revolucionario solamente reconoció las elecciones de abril en cuanto a la escogencia de Ulate para la Presidencia de la República, pero desconoció los resultados de la misma, en cuanto a los diputados al órgano legislativo.

Como si eso fuera poco, los resultados de la mencionada elección presidencial solo surtirían efecto año y medio más tarde, evidentemente por el propósito de realizar, en primer lugar, los verdaderos designios de la revolución. Eso mismo explica el acuerdo de cesación de toda actividad de política electoral durante seis meses.

Al constituirse formalmente y asumir el poder la Junta Fundadora, Figueres anunció el restablecimiento de las libertades públicas y una profunda reorganización del aparato estatal, con el propósito de poner la estructura administrativa en consonancia con la misión de los nuevos titulares del poder. Inclusive anunció la reorganización del Poder Judicial y la depuración del Registro Electoral.

Cuando la Junta tenía seis semanas de constituida y había asumido un control funcional del aparato del Estado, anunció la medida que habría de modificar la naturaleza de las relaciones económicas y abrir una nueva ruta de desarrollo, sobre bases distintas a aquellas del sistema liberal tradicionalista. Se trató de la nacionalización bancaria.

La nacionalización de la banca se anunció junto con la imposición de un tributo del diez por ciento sobre el capital, con el objeto de cubrir las indemnizaciones de guerra y de los daños atribuibles al gobierno Picado, es decir, con el objeto de pagar la guerra de liberación y los abusos de las fuerzas oficialistas. Figueres explicó la necesidad de ambas medidas, en los siguientes términos:

No solo es necesario que el país se recupere de la devastación a la que fue sometido y que se repongan los equipos de trabajo saqueados, para cuyos fines se le pide al capital nacional, la contribución de un diez por ciento de su patrimonio, sino que es necesario, además, para garantizar la estabilidad del noventa por ciento restante, orientar la actividad económica de la nación de tal manera que la acumulación normal del ahorro no se detenga y que los recursos del trabajo y del capital de que dispone el país, se inviertan en la forma más reproductiva.²

El impuesto sobre el capital dejó claramente establecido quiénes habían perdido la guerra y quiénes tenían que pagar los costos. Pero también dejó claro que la exacción del diez por ciento significaba la salvación del restante 90 por ciento de los capitales

acumulados durante los tiempos de paz. Se trataba así, de un sacrificio necesario para no perderlo todo. También se dijo y se demostró que el objeto de esta medida, junto con la nacionalización bancaria, no tenía el propósito de paralizar el proceso de formación de capitales privados para la inversión, sino el de canalizar esos fondos hacia sectores nuevos que aspiraban a convertirse en empresarios. "El mayor obstáculo con que una labor de esta índole tropieza es la actual organización del crédito", decía el decreto de nacionalización.

Tales eran los intereses de los sectores representado por Figueres, cuya necesidad de incorporarse a la producción activa como empresarios medianos y pequeños, o a través de una amplia oferta de empleos nuevos, se sentía con mucha urgencia.

LA NACIONALIZACIÓN DE LAS OPORTUNIDADES

El mayor obstáculo para que amplios sectores se incorporaran a la producción era la falta de acceso a capital de inversión, debido a que, quienes disponían de acumulaciones propias eran los mismos que recaudaban y se beneficiaban con el ahorro público. Así lo consignaba el decreto de nacionalización: "Fundamentalmente solo los bancos son los que distribuyen y administran los recursos financieros de que se alimenta la agricultura, la industria y el comercio.

Y quienes manejaban la agricultura, la industria y el comercio eran las mismas personas que manejaban los bancos, lo que además implicaba una gran injusticia, porque "no solo colocan los bancos su propio capital, sino que también el de los depositantes que representan los de la ciudadanía en general."

De esa manera, el problema aparecía claramente definido como un círculo vicioso mediante el cual, los grupos que controlaban los bancos, controlaban también el comercio, la industria y la agricultura, y estaban en capacidad de recolectar el ahorro nacional para canalizarlo hacia sus propias empresas, con todo lo cual se constituía en la práctica un coto completamente cerrado, al que no tenían acceso los grupos emergentes. "De ahí nace el tremendo poder social de que disponen y que en la actualidad, en el siglo XX, constituye un verdadero anacronismo."

Para esos sectores sociales nuevos y en rápido crecimiento, esa situación había sido la causa de sus frustraciones y de su rebeldía, pues les cerraba las vías de acceso al escenario social, político y económico. Consciente de estos problemas, en el decreto de nacionalización la Junta proclamó:

La administración del dinero y del crédito no debe estar en manos particulares, como no lo está tampoco la distribución del agua potable, ni los servicios de correos (...) Es el Estado, órgano político de la Nación, a quien corresponden esas funciones vitales de la economía.

Esos nuevos postulados introdujeron en la opinión nacional el concepto de un Estado también nuevo, que para poder desempeñar su misión social y económica necesitaba adoptar otras características adecuadas a los intereses de sus nuevos titulares.

El Estado tradicional, con sus titulares también tradicionales, estaba imposibilitado para asumir esas funciones, por su naturaleza y por las clases que lo detentaban. Por ello se imponía la necesidad de cambiar la composición del bloque detentador del poder estatal, para cambiar así la misión social del Estado.

Resultaba ineludible cambiar la estructura del Estado liberal inspirado en el "dejar hacer, dejar pasar", por otra que estuviera en consonancia con un Estado que pretendía asumir la función de reorientar la economía, de tal forma que sirviera a intereses más amplios y que, por ese mismo hecho, fuera más democrático.

Aún había otras consideraciones que Figueres enunciaría en el decreto de nacionalización:

El negocio bancario es el más seguro y el más productivo de todos los negocios. En pocos años han logrado los bancos particulares acumular reservas muy superiores a su capital inicial. Estas ganancias provienen en su mayor parte no de la colocación de su propio capital sino de la movilización de los recursos del público.

En opinión de los sectores emergentes, los bancos eran los instrumentos para multiplicar la acumulación y potenciar las inversiones, pero debían operar de tal manera que, si el ahorro era público, la inversión debía tener igual naturaleza.

Esta consideración la planteó Figueres, en el decreto de nacionalización, en una cláusula que paso a ser el postulado fundamental de la esencia económica del nuevo Estado:

Público es entonces el servicio y pública debe ser la propiedad de las instituciones que lo manejan, mayormente cuando las condiciones modernas del desenvolvimiento económico convierten a todas las industrias y actividades en tributarias de los bancos.

Esta doctrina sintetizó e ilustró el signo de los nuevos tiempos, en que la naturaleza de las funciones habría de determinar la titularidad del órgano.

Con anterioridad, los bancos se habían constituido en un oligopolio ineludible; se apropiaban sin causa de una parte del producto social, ya fuera en calidad de intereses, ya fuera en calidad de intermediarios necesarios.

Impulsan éstos (los bancos) a los empresarios que quieren, asfixian a los otros; dirigen en una palabra el progreso económico del país y determinan la

ruina o la prosperidad de las empresas. Semejante poder, repito, no debe estar en manos particulares sino de la Nación.

Era un secreto a voces que el crédito estaba reservado para las empresas pertenecientes al mismo grupo económico, mientras se negaba casi totalmente a las empresas pequeñas y medianas que no pertenecían al grupo, o cuyo desarrollo no interesaba al mismo.

Por esa vía, los bancos eran los instrumentos capaces de determinar qué productos tendrían que llegar al mercado y cuáles debían importarse, de tal manera que se habían convertido en los instrumentos eficaces para dirigir la política económica nacional, fijar los derroteros de la producción y determinar la suerte de gran parte de la población.

Años antes de la nacionalización se había establecido la banca central y cierto tipo de control centralizado de las operaciones de crédito. Yantes aún, el Estado había asumido las funciones de emisor, pero ello no era suficiente para lograr una distinta canalización de los ahorros acumulados, hacia sectores económicos no ligados a los propietarios de las instituciones crediticias.

El criterio marcadamente comercial con que los bancos han venido operando, si bien es conveniente para los accionistas que consiguen, por ejemplo, una colocación segura al financiar una importación de whisky, no es más saludable para un país que necesita desarrollar su agricultura y sus industrias y no cuenta fundamentalmente para ello con otros recursos que el crédito bancario.

Esa era otra característica inherente al monopolio privado del crédito, constituido en una actividad meramente lucrativa, pues desde un punto de vista exclusivamente empresarial es más conveniente aplicar los créditos a inversiones seguras y en partidas grandes, porque así hay menos riesgo en el reembolso del principal, es más fácil la recepción de los intereses y son más bajos los costos en la administración, pues siempre es más barato administrar un solo crédito de muchos millones de colones a un gran empresario ciudadano que muchos créditos menores concedidos a pequeños productores de lugares distantes. Por otra parte...

La política económica de la Junta Fundadora de la Segunda República, tendiente a la industrialización del país y a la explotación intensa de todos sus recursos naturales, no podría llevarse a cabo sin un control efectivo de la política crediticia. Para lograrlo, se impone la nacionalización de los bancos particulares.

La misión asumida por la Junta Fundadora, de industrializar el país e intensificar la explotación de los recursos naturales era posible solo mediante la disposición de los capitales acumulados por la banca, pues ello suponía grandes inversiones en equipos

y en trabajo, orientados hacia ramas no tradicionales, en las cuales también se hacía indispensable la modernización de los equipos y de los procedimientos.

Esta nacionalización se limitará a la compra de las acciones de los bancos, conservando intactos el personal y la organización de los servicios. Este personal técnico y esta organización eficiente se pondrán al servicio de una nueva política crediticia que constituirá un aspecto y un elemento decisivo de los grandes planes de reconstrucción y desarrollo económico de la nación que contempla el programa de la Segunda República.

La Junta trató, así, de conservar a su lado la experiencia y la eficiencia que se habían cultivado y desarrollado en las instituciones bancarias tradicionales.

Y fue de esta manera como la Junta abrió las puertas para que nuevos sectores de la población se incorporaran a las actividades productivas, y empezó el proceso de modernización y de desarrollo del país. Pero también de esa manera, la Junta se captó la oposición fuerte e intransigentes de los sectores tradicionales y conservadores.

EL NUDO GORDIANO DE LA POBREZA

Solo 14 meses después, cuando la administración de la Junta Fundadora estaba próxima a terminar, Figueres habría de expresar más claramente los propósitos que le inspiraron en el movimiento revolucionario, al decir, durante una conferencia radiofónica:

Sucedió que los hombres en cuyas manos quedó momentáneamente la suerte del país, le anunciamos que la Revolución no se había hecho solamente para derrocar a un gobernante y establecer otro, ni siquiera con el propósito único de restablecer en Costa Rica el derecho electoral.

Sucedió que nos dispusimos a examinar de nuevo la posición de nuestro país en el conjunto de las naciones y en la historia, y empezamos la nueva vida procurando seguir, no ya las grandes corrientes ideológicas del Siglo XVIII, sino las que están transformando al mundo nuevamente a mediados del Siglo XX, después de la Revolución Industrial y de dos grandes guerras mundiales.³

En esos términos y por primera vez, Figueres reconoció que el problema electoral no había sido la razón esencial del movimiento; que el objetivo de éste era encauzar al país en el sentido de "las grandes corrientes ideológicas", no ya del socialismo utópico y de la Revolución Francesa, sino, las que estaban transformando el mundo en esos años aciagos, posteriores a una revolución industrial ya dos postguerra tan desgarradoras como no se habían visto antes.

Pero ese objetivo esencial asumido por Figueres, si bien k resultaba revolucionario en aquel momento, sin duda los observadores del futuro "lo encontrarán normal, como la salida del sol por la mañana", porque visto en perspectiva el movimiento renovador de 1948 tenía como base un enorme contingente social cuyas aspiraciones debían ser satisfechas, y ante el cual había que responder por las promesas hechas. Más explícitamente, en la misma oportunidad Figueres afirmó:

Por encima de todas esas penalidades (que son los dolores inevitables del advenimiento del nuevo régimen) el carro del país está marchando. Hay toda una generación de jóvenes estudiosos y honestos que se están ejercitando en las responsabilidades de la Administración Pública. Sus errores serán sus lecciones. Su obra será una patria nueva.

Se refería a la naciente generación de políticos incorporados al aparato del Estado, para ejercer el poder en nombre de las clases y de los sectores emergentes.

Hay una numerosa clase media de gente culta sin recursos económicos, que aumentará cada día sus filas a medida que el obrerismo y el campesinado vayan teniendo a su alcance los medios de progreso material y educacional que tanto desean y merecen.

Se trataba ya de la proyección de una clase media que, con las reformas del nuevo régimen, se veía entrar en un proceso de expansión, como objetivo esencial de la nueva política y como el catalizador histórico de las presiones sociales y económicas.

Esa clase media es el almacigo de la nueva Costa Rica. Ella está ocupando posiciones ahora en organismos que le fueron otrora vedados. Ella es la consumidora de la mayor parte de nuestros productos y servicios. Ella debe ejercitarse en el arte de producirlos abundantemente para todos.

Evidentemente, la clase media que había entrado en un proceso de expansión tan intenso que no aceptaba sujetarse a una dirección ajena, había consolidado el derecho a desempeñar las posiciones que antes estaban por completo reservadas para los poderosos. También había abierto el espacio para expandir sus hábitos de consumo, de tal manera que estaba llamada a convertirse, por obra de la nueva situación, en el motor del desarrollo económico y social: esa clase media es la que más consume, luego entonces, ella misma tiene que producir lo que consume, para completar un círculo dinámico de producción-consumo capaz de impulsar el desarrollo de toda la economía.

En esta forma, la Segunda República había roto el nudo gordiano del atraso económico y social.

LA REPÚBLICA DE FIGUERES

En cuanto a lo que Figueres llamaba la clase dirigente, incluyendo a los elementos que en los regímenes anteriores detentaron el aparato de la administración pública y los resortes principales del sistema económico:

No deben por esto sentirse desplazadas ni menospreciadas (...) Llenó su función en un mundo que salía del feudalismo y que despertaba a los albores de la Revolución Política. Ella nos ha legado en gran parte la riqueza acumulada que poseemos, junto con una organización institucional muy estimable.

Y en la concepción figuerista, tenía un lugar muy importante en la nueva situación: "Su deber es incorporarse ahora, con esa herencia cultural, al nuevo movimiento social que tiende a producir seres humanos de mayor nobleza y de menos egoísmo."

Y más trascendental aún, tampoco debían sentirse excluidas las otras clases que hasta entonces lo habían estado y qué, aun cuando no eran las llamadas a conducir el proceso, éste era suficientemente amplio como para asegurarles muchas expectativas y un razonable grado de bienestar:

La clase trabajadora debe sentir también que su día ha llegado. Sus conquistas mundiales han engendrado todo un nuevo sistema jurídico que rige la sociedad moderna. Su creciente bienestar parece asegurado, y es tiempo de que empiecen a preocuparle las enormes responsabilidades adquiridas.

Se refería a las nuevas necesidades de una producción creciente, pero con una proyección especial, pues en la construcción doctrinaria de Figueres, todo ascenso de las clases más bajas, debía dirigirse hacia la conquista de un lugar en el amplio concepto de la clase media.

La clase campesina, de pequeños propietarios y peones, es una de las más sufridas del país. Todavía no tiene asegurada suficientemente la venta del producto de su trabajo, y cuando ésta se realiza normalmente, es a precios que significan normas de vida primitivas.

Este fue el punto en el cual la obra de la Junta Fundadora encontró la más fuerte resistencia por parte de unos, y la más grande incompreensión por parte de otros. La tesis de Figueres en el sentido de pagar igual salario al trabajador del campo encontró una oposición prácticamente insalvable, y la tesis alternativa, la de establecer una institución capaz de estabilizar los precios de la producción agrícola, fue desvirtuada en el proceso de su ejecución, hasta quedar la ansiada institución reguladora de precios reducida a una bodega de productos del agro.

Con todo, en términos generales, las medidas que se adoptaron en beneficio de las otras clases sociales, alcanzaron a estimular el desarrollo agrícola también y, por tanto, a beneficiar notablemente al sector agrícola de la producción.

A manera de una gran conclusión, como la meta esencial de su planteamiento, buscada con el proceso de la guerra y de la reconstrucción emprendidos por la Segunda República, se hallaba lo siguiente:

El ideal que se persigue ahora es que todas las clases sociales, al impulso de la técnica económica, se vayan fundiendo en una gran clase media que goce ampliamente de las comodidades y oportunidades culturales de la época.

Estaba claro que la parte medular del conflicto no habían sido los problemas derivados de la pureza del sufragio, sino la necesidad histórica de constituir una alternativa nueva, ofrecida como vía de progreso a las clases bajas y como posibilidad de expansión a la clase media: que todas las clases se fundieran en una gran clase media.

De esa gran clase que será la humanidad, surgirán los verdaderos valores espirituales.

El aristócrata de mañana no será ni el conde de ayer ni el millonario de hoy. Será el pensador. El pensador en la tierra, el pensador en la fábrica, el pensador en la ciencia, el pensador en el arte, el pensador en la filosofía.

Así terminó la gran utopía figuerista, convertida en la muy concreta realidad de la Segunda República, la república de las clases medias bajo la aristocracia del intelecto: la República de Figueres.

LA DESMILITARIZACIÓN POLÍTICA

Cuando se habla de la disolución del ejército, con frecuencia se señala que éste, durante largos períodos de la historia de Costa Rica, incluida la época de los años cuarenta, era poco significativo y carecía de una influencia determinante en la vida política de la nación, por lo que la medida de disolverlo fue más que todo propagandística.

Sin embargo, debe considerarse que la fuerza del ejército y su significación específica en el campo social siempre está en función de las características del régimen político del país y del sistema de distribución de la riqueza.

En aquellas naciones donde la distribución de la riqueza es menos justa porque se encuentra concentrada en menor número de manos, la existencia de un ejército muy fuerte es la necesidad fundamental de las clases privilegiadas.

En Costa Rica, la acumulación de grandes capitales en pocas manos fue menos intensa que en el resto del Istmo, pese a lo cual, en distintos períodos de la época

republicana, los militares tuvieron papeles significativos y en no pocas oportunidades detentaron directamente el poder del Estado en forma autoritaria, que es la única forma en que pueden actuar los ejércitos.

Aunque a veces, en esos períodos en que los militares ocuparon directamente el poder lo hicieron con cierta sincronía con el ritmo del desarrollo, nadie podría garantizar que no hubieran llegado a convertirse en la fuerza de reserva de la injusticia, como se demostró más tarde en otros países con tradición democrática del Continente, por ejemplo, en Uruguay. Por los demás, en los años próximos a la mitad del siglo, como consecuencia de la postguerra, el proceso de desarrollo del país mostraba tendencias a acelerarse, coyuntura que normalmente presenta, a los ojos de los altos círculos económicos, una urgente necesidad de consolidar aparatos armados capaces de mantener el orden establecido y encauzar las fuerzas sociales sin tropiezos.

Se recordará que durante las postrimerías de la guerra mundial, como proyección de la lucha contra el fascismo se vieron favorecidas aperturas democráticas en los países del subcontinente.

Esto duró muy poco, pues inmediatamente después del final del conflicto empezó la restauración de los gobiernos de fuerza al calor de la guerra fría, de manera que la tendencia general en la política latinoamericana, enmarcada en los embriones de la Doctrina de la Seguridad Nacional explicitada más tarde por los servicios político-militares de Estados Unidos, se inclinaba de nuevo hacia los gobiernos dictatoriales.

Esa misma concepción de la seguridad continental tenía — y tiene aún, pese a todo— un punto crítico en el Canal de Panamá, muy cercano a las fronteras de Costa Rica, por lo que existía un interés especial, de parte del gobierno estadounidense, por implantar en este país un régimen de absoluta confianza.

Por otra parte, en la Costa Rica de 1948 se podía hablar sobre la existencia de dos ejércitos: el derrotado, que en los hechos solo había sido licenciado pero que permanecía "por ahí", y el victorioso, con muchas posibilidades, aunque sea solo en términos teóricos, de imponerse y enseñorearse impulsado por una moral triunfalista y por la adhesión emotiva de los sectores populares.

La experiencia de numerosos países demuestra que los ejércitos son instrumentos contrarios al cambio, inclinados a defender las situaciones establecidas y, por tanto, más afines a las clases conservadoras tradicionales y más poderosas desde el punto de vista económico, precisamente aquellas que Figueres y su movimiento trataban de desplazar del poder.

La idea de disolver el ejército se hallaba relacionada con la integración de un organismo electoral suficientemente fuerte como para garantizar la libre emisión del sufragio. La historia latinoamericana demuestra reiteradamente que es poco o nada lo que sirven los comicios, por más libres que sean, si en los momentos críticos la casta

militar puede asumir el poder para ponerlo al servicio de intereses distintos a aquéllos que el electorado haya favorecido con su voto mayoritario.

La eliminación de la fuerza armada permanente, anunciada por Figueres el 2 de diciembre de 1948, se inspiró en la necesidad de darle expectativas reales de subsistencia, a un régimen democrático basado en fuerzas distintas a las tradicionales.

Debe recordarse que en abril siguiente, el propio ministro de Seguridad, coronel Edgar Cardona, intentó rescatar para los militares el poder político del Estado, sin ningún éxito, debido a que el grueso de las tropas había sido licenciado.

Ese hecho demostró, además, la falsedad del argumento esgrimido por muchos, en el sentido de que iba a ser más fácil dar un golpe militar cuando ya no existiera el ejército, puesto que, para perpetrar golpes militares son indispensables los ejércitos.

Inclusive la invasión que siete días después de disuelto el ejército, emprendieron partidarios del expresidente Calderón Guardia pertrechados y respaldados por Somoza, sirvió para corroborar lo innecesario del ejército, pues la invasión se enfrentó y fue derrotada con tropas en su mayoría voluntarias, organizadas alrededor de los nuevos cuerpos de seguridad.

También es revelador el hecho de que muchos de los exoficiales del Ejército de Liberación Nacional, separados del mismo por disidencias de carácter político, aparecieron más tarde en organizaciones derechistas al servicio de los grupos conservadores, revelando el sentimiento de desamparo que les provocaba la falta de un ejército institucionalizado, y expresando su disposición a "defender la ciudadela".

Gran parte de esas consideraciones y propósitos fueron expresados, en la alocución que el Presidente de la Junta Fundadora de la Segunda República, José Figueres Ferrer, pronunció cuando hizo entrega del cuartel Bellavista al Ministerio de Educación, para que en el lugar se estableciera un jardín panamericano y un museo indigenista.

Podría decirse que simbólicamente y a grandes rasgos, se trataba de descartar una tradición de violencia, para buscar las raíces autóctonas de la cultura y la forma de proyectarse hacia el Continente.

En la mencionada ceremonia, luego de derribar a mazazos unas almenas de la muralla cuartelaria, Figueres pronunció las siguientes palabras:

*El ejército regular de Costa Rica, digno sucesor del Ejército de Liberación Nacional, entrega hoy la llave de este cuartel a las escuelas, para que sea convertido en un centro de cultura.*⁴

Figueres hablaba en términos del ejército regular sucesor del victorioso, y de ninguna manera sucesor del ejército derrotado, que ya en esos momentos había cedido sus barracas a los nuevos soldados y había por tanto desaparecido de la historia.

La Junta Fundadora de la Segunda República, declara oficialmente disuelto el Ejército Nacional, por considerar suficiente para la seguridad de nuestro país, la existencia de un buen cuerpo de policía.

Este hecho se fundamentaba en la experiencia inmediata de que el ejército tradicional había sido incapaz de defender la seguridad del Estado al que servía, porque había sido superado por la fuerza insurgente, para demostrar que en los conflictos de carácter social lo decisivo, en última instancia, es el consenso de la población y que la seguridad de un país depende, más que de los militares, de la convicción de sus habitantes.

Los hombres que ensangrentaron recientemente a un país de paz, comprendemos la gravedad que pueden asumir estas heridas en América Latina, y la urgencia de que dejen de sangrar. No esgrimimos el puñal del asesino sino el bisturí del cirujano. Como cirujanos nos interesa ahora, más que la operación practicada, la futura salud de la Nación, que exige que esa herida cierre pronto, y que sobre ella se forme cicatriz más sana y más fuerte que el tejido original.

En la exposición de Figueres, para la salud de la Nación resultaba indispensable, no la existencia de un ejército aunque fuera el sucesor de las fuerzas libertadoras, sino su eliminación.

Somos sostenedores definidos del ideal de un nuevo mundo en América. A esa patria de Washington, Lincoln, Bolívar y Martí, queremos hoy decirle: ¡Oh, América! Otros pueblos, hijos tuyos también, te ofrendan sus grandezas!

La pequeña Costa Rica desea ofrecerte siempre, como ahora, junto con su corazón, su amor a la civilidad, a la democracia, a la vida institucional.

Ese ideal de un nuevo mundo, por el que lucharon aquellos grandes hombres, que persigue la democracia y la vida institucionalizada, debe basarse en la civilidad. Solo esa podía ser la garantía de subsistencia del nuevo orden.

Notas

1. El texto del discurso se sigue, según la versión contenida en Castro Esquivel, O.: op cit. pp. 210 a 22.

2. Para el texto del Decreto de Nacionalización de la Banca se ha utilizado el que reproduce Aguilar Bulgarelli, O.: op. cit. pp. 365 a 371.
3. Texto de Castro Esquivel, A.: op. cit. pp. 227 a 240.
4. Texto de Castro Esquivel, A.: op. cit. pp. 170

Capítulo XII

LA CONSTITUCIÓN DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

Como se dijo antes, el documento que expresó en forma vertebrada las aspiraciones ideológicas del grupo que había asumido el poder bajo la dirección de José Figueres, fue el Proyecto de Constitución Política, elaborado por un equipo de juristas de las clases emergentes, entre quienes destacaba Rodrigo Facio, considerado el más completo de los intelectuales de su generación.

De tal manera dicho proyecto expresaba las aspiraciones de los revolucionarios, que Figueres habría de mencionarlo después, como "la obra cumbre de nuestro movimiento libertador, exposición de todo un programa de ordenamiento nacional moderno."¹

Tanta importancia le concedieron al mencionado proyecto que, ante el hecho de haberlo rechazado la Asamblea Constituyente como documento básico de trabajo, "resolvimos entonces abandonar el poder y hacer entrega al señor Presidente Electo, inmediatamente", según lo contó el mismo Figueres.² Ello fue así, porque a los ojos de los reformistas, el rechazo del documento equivalía al virtual rechazo del planteamiento político social por el cual habían tomado las armas.

Cuando el 16 de enero de 1949, José Figueres presentó el Proyecto para que fuera conocido por la Asamblea Constituyente, según él mismo recordaba, el nuevo gobierno surgido de la Revolución

... se encontró ante dos tareas esenciales por realizar. La primera, afianzar el triunfo militar devolviendo la seguridad a todos los habitantes del país y haciendo sanción contra los delincuentes que bajo el régimen derrocado habían cometido toda clase de crímenes. Segunda, preparar el advenimiento de un nuevo orden que garantizara la vida institucional y las libertades cívicas, y promoviera a la vez el bienestar del mayor número.³

Al momento del triunfo revolucionario se trataba de establecer las condiciones materiales que permitieran ejecutar una reforma estructural, suficientemente profunda como para darle fundamento al nuevo orden.

Interpretando una aspiración jurídica y social costarricense, decidimos sustituir la Constitución que con muchas reformas nos venía rigiendo desde 1871, por una nueva en la que se pudieran conjugar los principios esenciales de nuestra vida política con las modernas corrientes del pensamiento que han venido convirtiéndose en postulados fundamentales de las naciones.

De esa manera, con el objetivo expreso de atender un sentimiento jurídico con arraigo popular, concretado en el cambio del principal de los instrumentos formales, se trataba de cambiar los fundamentos del sistema, superar el aparato liberal mediante la asimilación de las modernas corrientes del intervencionismo. En otras palabras, se trataba de:

... dotar al país de una carta política que recogiera las preocupaciones que se han dado en llamar revolucionarias y que no son sino las propias del progreso humano, llevadas a la organización social de los pueblos.

En tales afirmaciones se expresaba la conciencia del carácter renovador de la obra emprendida y también de la necesidad del cambio "propio del progreso humano".

En síntesis, esa nueva Constitución "tenía que ser la verdadera obra de fundar una Segunda República", una república que sustituyera por completo a la que había caducado por el impulso de las nuevas fuerzas sociales.

Las aspiraciones comunes al pueblo de Costa Rica de libertad individual, de justicia social y bienestar económico para todos, tenían que cristalizarse en esa plataforma de la vida jurídica nacional.

Estaba claro que aquellas fuerzas nuevas no solo se conformaban con la libertad individual, necesitaban además justicia social y bienestar económico, y se mostraban conscientes de que solamente mediante la instrumentación del Estado, podrían alcanzarse los nuevos objetivos.

LAS CUATRO ORIENTACIONES

En otra parte del mismo discurso de presentación del proyecto constitucional ante la Asamblea, Figueres caracterizó de la siguiente manera su concepción política sintetizada en el concepto de Segunda República:

La concepción de la Segunda República es una cosa sencilla, al alcance de todas las mentes de buena voluntad. Cuatro orientaciones la distinguen: Primera: restablecimiento de la moral. Segunda: introducción de la técnica en la administración y eliminación de la politiquería. Tercera: progreso social sin comunismo. Cuarta: mayor conciencia de solidaridad con los otros pueblos del mundo, especialmente de América.

Tales eran, en aquel momento de iniciar la construcción del nuevo sistema, las preocupaciones de Figueres y su movimiento, que expresaban la necesidad de las clases emergentes por contar con un acceso seguro al poder, con la posibilidad de emprender su programa de conquistas sociales en beneficio propio y general, y con una proyección hacia los restantes países del Continente como forma de garantizar la subsistencia del movimiento.

El restablecimiento de la moral es lo único en que se puede ser radical (...) En esta materia se debe ser ilimitadamente estricto. Ni una sonrisa de condescendencia, ni un centavo mal habido, ni un voto burlado, ni la sombra de una insinuación a un juez.

Este planteamiento, que a primera vista aparecía solo como una normativa ética, en su contenido implicaba otra garantía de subsistencia del nuevo régimen, porque solo así podría esperarse que el aparato del Estado no regresara a manos de los anteriores detentadores, por la vía de la corrupción.

Solo mediante una bandera de tipo ético como la expresada, se podría garantizar en alguna medida que el Estado iba a servir, por lo menos durante un tiempo considerable, a los intereses de las nuevas clases en el poder.

Es la segunda aspiración de nuestro programa, la introducción de un criterio técnico en la administración pública, contrapuesto a las normas puramente políticas que a menudo nos han regido.

También la tecnificación del aparato administrativo se presentaba como una necesidad vital para la revolución, como la manera de volver irreversible, por lo menos en gran medida, la nueva dirección de la economía, de los servicios y de la producción. Estas funciones, hacían prever el amplio campo del desarrollo que los reformadores se habían planteado:

Sólo la producción trae la abundancia. Sólo el ahorro nacional acumula la riqueza... Hay unas cuantas fuerzas principales que deben encauzarse con miras de bienestar común para que venga en el futuro un verdadero aumento de producción y de riqueza.

Y puntualizaba las tareas impostergables diciendo: "es necesario un sistema bancario nacional que lleve a todos los rincones del país su espíritu de servicio público", y que concediera a los nuevos sectores, la posibilidad real de emprender sus propios proyectos.

Es necesario un sistema eléctrico nacional que lleve también a todas partes el bienestar que pueden proporcionar nuestras corrientes hidráulicas y que impulse la grande y la pequeña industrias nacionales.

Es necesario disminuir la cantidad de artículos elaborados en el exterior que consumimos sin producir aquí lo equivalente en mercaderías exportables para pagarlos.

Es necesaria una organización nueva de nuestra agricultura, que rara vez ha alcanzado en el pasado a llenar nuestras necesidades nacionales.

El planteamiento de política económica que Figueres bosquejó ante la Asamblea Constituyente al presentar su proyecto de Carta Magna, también enfrentó el otro punto crucial y explosivo, como era la urgencia de revisar las condiciones de funcionamiento y de producción de los consorcios bananeros estadounidenses enclavados en Costa Rica y sustraídos a la soberanía nacional.

Aunque en general se entiende la seriedad del tema, en aquellos momentos revestía un grado de delicadeza que hoy difícilmente se comprende, debido a las características de aguda confrontación que en Guatemala estaban tomando las relaciones entre el gobierno de Juan José Arévalo y los consorcios fruteros, pese a lo cual, Figueres no vaciló en plantear:

Es necesario mejorar para nosotros las condiciones económicas en que opera aquí la Compañía Bananera de Costa Rica, que constituye un importante renglón de nuestra economía.

Idea, la anterior, que completó con otro aspecto sugestivo: "Es necesaria la exploración petrolera, rápida y concienzuda, del territorio nacional."

En cuanto a la orientación del desarrollo social que debía emprenderse inmediatamente, Figueres deslindó los factores ideológicos involucrados, de la siguiente manera:

La tercera orientación general de la Segunda República (...) es la que busca un progreso social que sea el fruto de la filosofía cristiana y democrática, y no de las tendencias ideológicas comunistas y dictatoriales que nosotros consideramos retrógradas.

Se trataba de asumir un camino de desarrollo social que se encontrara por encima de las concepciones consideradas como atrasadas, con respecto a los postulados del nuevo régimen, en cuanto éste trataba de cumplir un programa de bienestar social dentro de un planteamiento general de libertad individual.

Figueres habría de ilustrar los problemas ideológicos implicados en la situación política concreta de la Costa Rica de 1948, poniendo el ejemplo de un campesino australiano cuyo hijo ha sido secuestrado por una cangura que lo lleva en la marsupia. Se trataba de destruir al régimen de Calderón, que era la cangura, para rescatar las

garantías sociales que llevaba secuestradas en su marsupia y que eran hijas del esfuerzo de un pueblo campesino y luchador, garantías cuya realización perseguían Figueres y su movimiento.⁴

En el mismo discurso con que presentó el proyecto de Carta Magna, Figueres describió la situación histórica según se hallaba planteada en aquellos momentos:

La república de nuestros padres representaba un adelanto sobre las estructuras más típicamente feudales de otros países. Su pensamiento económico, dentro de los resabios del pasado, podría decirse que era el liberalismo manchesteriano. Estímulo al instinto de lucro individual, que es el equivalente del instinto del individuo en la selva, y abandono de la economía a las fuerzas naturales (...)

Cuando intervienen en algo los sentimientos humanitarios, el sistema toma cierto aspecto patriarcal. En ese estado de cosas, el comunismo hace presa fácil de los menesterosos, de los descontentos, de los intelectuales, y constituye un excelente aliado para los políticos oportunistas. Eso pasó en Costa Rica. Contra esa alianza tuvimos que luchar. Para que no repitan los efectos debemos procurar que desaparezcan las causas, por larga y penosa que nos parezca la tarea transformadora.⁵

El reto consistía en suprimir las causas para impedir que se repitieran las calamidades anteriores. Ello se estimaba perfectamente factible:

La economía moderna considera que el trabajo de las naciones puede ya producir suficiente bienestar para todos sus habitantes, si la producción se planea con miras generales.

Con esas palabras, Figueres introdujo en la temática social, política y económica del Occidente, la conveniencia de la planificación económica, 15 años antes de que la Alianza Para el Progreso, del presidente estadounidense, John Kennedy, la aceptara como solución no extremista de izquierda.

Otros puntos novedosos y delicados en la Costa Rica de 1948, donde predominaban los sentimientos aislacionistas, fueron la proyección latinoamericana de José Figueres, y las pretensiones mesiánicas del movimiento que encabezaba; aquélla, impuesta por la necesidad de nuevos límites para la expansión de la propia economía, y éstas, como una garantía de subsistencia.

La cuarta de las aspiraciones nuestras (...) ha sido la de ensanchar los círculos de contacto de nuestro pequeño país con el resto de América y del mundo, y de disminuir el aislamiento en que hemos vivido en el pasado cuando los medios de comunicación era más imperfectos.

LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

El preámbulo del Proyecto de Constitución de la Segunda República contenía el conjunto de principios que constituían el soporte ideológico de la concepción figuerista. Tales principios se reseñan en seguida.

La comunidad nacional es una entidad histórica y solidaria cuyos intereses privan sobre los particulares, pero el individuo como persona humana, es dueño de inalienables derechos a su libertad espiritual, política y económica.⁶

Este postulado constituía una ruptura con el liberalismo tradicional, al establecer la primacía de la colectividad sobre el individuo, pero reconociéndole a éste, con calidad de inalienable, el derecho de libertad en tres de sus formas de manifestación: la espiritual, la política y la económica.

La República se funda en el principio de que todos los hombres son iguales y se empeñará en remover los obstáculos de naturaleza social que, limitando de hecho la igualdad y la libertad de las personas, impidan el pleno desarrollo de la personalidad y su participación creadora en la vida nacional. Por ello, la República únicamente admite como válidas las desigualdades fundadas en la virtud y en el talento, y estimulará a quienes gocen de esas cualidades, dándoles oportunidad para que las pongan al servicio de la comunidad.

Este enunciado se inspiraba en la necesidad de completar la integración nacional, incorporando al proceso de desarrollo, las comunidades atlánticas de origen antillano sujetas hasta entonces a medidas restrictivas, las comunidades indígenas marginadas y otros grupos poco integrados. Esto se cumplió, como una necesidad impuesta por el desarrollo, pese a que, hasta ese momento, ningún partido se había propuesto la integración demográfica como objetivo programático.

Además, este postulado demostraba el propósito universalista del movimiento y su conciencia de progreso, para enfrentar los retos del desarrollo social y económico que se proponía.

Las leyes garantizan a la mujer derechos y deberes idénticos a los del hombre y protegen por igual a todos los residentes en el territorio nacional, sin distinción de razas, lenguas y credos religiosos.

Con similar motivación que el anterior, este principio tendía a la incorporación plena de la mujer al desarrollo económico y social, propósito que se desarrollaba en el texto del articulado, el cual, por primera vez propuso concederle a la mujer idénticos derechos ciudadanos que al hombre, incluso el de emitir el sufragio.

El Estado es la organización fundamental destinada a cumplir los fines de la Nación y a mantener el orden social, pero en ningún caso absorberá funciones innecesarias a tales fines ni anulará la libertad y los derechos individuales.

Se caracterizaba el Estado como un instrumento al servicio de los intereses nacionales, entendidos estos intereses como aquellos pertenecientes a las capas emergentes y a los sectores allegados, erigidos en los representantes de la nación toda, por virtud de la insurgencia triunfante.

Otro aspecto nuevo lo constituyó el enunciado siguiente: "la cultura es fin superior de la Nación y merecerá especial consideración dentro de las actividades del Estado." La cultura se vio como la formación y la defensa de los valores de la nacionalidad, y como un amplio campo para el ascenso social por la vía de la capacidad personal.

Por último, y congruente con su planteamiento general, el proyecto figuerista proscribía la guerra como instrumento de política internacional, debido a que, en el ámbito internacional, las relaciones entre los estados deben desarrollarse en un plano de igualdad, como entes soberanos que son. Ello no se consideraba contradictorio con la experiencia inmediata, pues hay derechos inalienables e inherentes al ser humano que, en determinados momentos requieren de la acción armada para hacerlos prevalecer.

El pueblo costarricense proscribía la guerra como instrumento de política internacional, condena todas las formas de aislamiento nacionalista y proclama la universalidad y solidaridad de la familia humana.

LOS RASGOS DEL MODELO

El articulado del proyecto de Constitución propugnado por el movimiento figuerista desarrollaba la concepción integral contenida en los postulados anteriores. Así, en el artículo primero, se declaraba:

Costa Rica es una República democrática, organizada con el propósito fundamental de garantizar la libertad, la dignidad, la cultura y el bienestar de sus habitantes.

Ese texto elevaba a la categoría de valores supremos de la República, la dignidad, la cultura y el bienestar de los habitantes, con lo que se apartaba ostensiblemente de las constituciones liberales clásicas.

Como titular de la soberanía, el artículo segundo señalaba al pueblo, considerado éste como la integración de todas las clases y sectores, a diferencia del concepto de nación como el grupo homogenizado por lazos tradicionales y culturales, al cual se le atribuye usualmente la representación de toda la colectividad.

El artículo décimo le daba nivel constitucional a la proscripción del ejército como institución permanente, en tanto que el trigésimo segundo establecía que el territorio costarricense es "asilo inviolable para todo perseguido por razones políticas."

El proyecto creaba un organismo independiente, integrado por designación legislativa, encargado de la organización, la dirección y la vigilancia superior de todo cuanto se relacionara con la función pública del sufragio.

Dedicaba un capítulo a garantizar detalladamente los derechos constitucionales del individuo; otro para recoger las regulaciones propias del derecho laboral, y establecía el carácter irrenunciable de los derechos del trabajador.

Pese a que el proyecto constitucional figuerista fue rechazado como base de discusión, gran parte de estas disposiciones aparecieron en la Constitución de 1949, gracias a la intensa actividad de los diputados socialdemócratas y a la presión de la conciencia nacional exaltada por la guerra de liberación. Así lo explica Carlos José Gutiérrez:

En materia de garantías o derechos de los ciudadanos se avanzó no solo con el establecimiento del recurso de amparo y la jurisdicción contencioso-administrativa, sino también con la prohibición de expulsar costarricenses del territorio nacional y la declaración de que "el territorio de Costa Rica será asilo para todo perseguido por razones políticas", aunque se retrocedió en la prohibición de "la formación o el funcionamiento de partidos que por sus programas ideológicos, medios de acción o vinculaciones internacionales, tiendan a destruir los fundamentos de la organización democrática del país", norma que se introdujo en la Constitución como base de castigo para el Partido Comunista, único de los sostenedores del gobierno de 1940-1948 que recibió dicho tratamiento.⁷

Aunque algunas de las disposiciones de contenido social que comprendía el proyecto, no fueron aceptadas por la Asamblea Constituyente, ésta no pudo eludir la aprobación de un principio de tal amplitud que perfectamente dio cabida a la concepción figuerista acerca de la función esencial del poder: "El Estado procurará el mayor bienestar de todos los habitantes del país, organizando y estimulando la producción y el más adecuado reparto de la riqueza."⁸

Este enunciado institucionalizó el intervencionismo estatal con contenido social, pues dejó abierta la posibilidad de que el Estado organice el más adecuado reparto de la riqueza, para procurar el bienestar de todos los habitantes.

UNA DIFERENCIA HISTÓRICA

Hay un cierto paralelismo entre la Segunda República que se estableció en Costa Rica en 1948, con la Segunda República que se estableció en Francia exactamente un siglo antes, en 1848.

Como antecedente de aquel fenómeno, Europa se había visto sumida en la marejada de la restauración monárquica, en cuyas densas tinieblas se gestaron los grandes movimientos democráticos que habrían de estallar precisamente alrededor de aquel año.

La monarquía orleanista había hecho germinar la idea de la democracia política con contenido social y económico, a diferencia de los movimientos liberales del "*ancien régime*"

El movimiento democrático de 1848 demandaba la abolición del sufragio censal que concedía la facultad de votar solo a los terratenientes ricos, y exigía el establecimiento del derecho al voto para todos los ciudadanos, bajo la consigna de que "no puede existir democracia sin sufragio universal".

Los revolucionarios franceses levantaron la bandera de la soberanía popular frente al concepto de la soberanía de la nación, por considerar que la soberanía debe ser el patrimonio de una entidad colectiva igualitaria, y no como había llegado a practicarse, como el poder absoluto ejercido por una pequeña élite en nombre del grupo tradicional.

Al referirse al pueblo, entendían por tal a la totalidad de los integrantes del grupo, pertenecientes a todas las clases y sectores, en cuyas manos debía encontrarse el poder soberano.

El pueblo del que habla Michelet y al que invocan los revolucionarios de 1848, son los ciudadanos, no una abstracción jurídica. El régimen de libertades es más rigurosamente expresado por los textos democráticos; la libertad de prensa no supone solo la exención de la censura sino también la independización del control financiero de los periódicos. En el orden social se lucha por la reducción de las desigualdades y se acusa al liberalismo de predicar una igualdad estrictamente jurídica, ante la ley, mientras permanecen impasibles ante los contrastes sociales de riqueza-pobreza, cultura-analfabetismo. Si el liberalismo se ha inclinado por la monarquía como forma de gobierno, la democracia considera a la República como forma política más idónea para el ejercicio del sufragio universal, la soberanía popular y la garantía de las libertades.⁹

Sometida a las consecuencias que produjo la introducción de la máquina en la producción, Francia se hallaba empobrecida, y las secuelas de la crisis económica, agravadas por la administración monárquica, eran la causa del descontento de los sectores laborales y de la preocupación de los intelectuales.

Los pensadores se preocuparon por encontrar una solución adecuada, que muchos querían que fuera pacífica. Leroux proclamó el socialismo como la religión de la humanidad, en forma parecida como Figueres predicó el socialismo como una forma superior de organización humana que "no puede perjudicar a nadie, y sí beneficiar a todos."

Francia estalló y erigió su Segunda República sobre la base de una participación más o menos equilibrada de republicanos moderados y radicales, y de socialistas, y proclamó el sufragio universal, la abolición de la esclavitud en las colonias, la libertad de prensa y de reunión, en el aspecto político; el derecho al trabajo y a la huelga, la limitación de la jornada de trabajo y el establecimiento de talleres nacionales para desocupados; la constitución de una comisión gubernamental para los asuntos de trabajo, y otros, en lo social.

También los propulsores de la Segunda República francesa, establecida en febrero, perdieron las elecciones siguientes, las de abril, que fueron ganadas por los conservadores.

Pero en Francia, la Segunda República se hundió abatida por las contradicciones de su propia naturaleza, que abrieron las puertas para el advenimiento de un orden militarista despótico; en Costa Rica, en cambio, José Figueres suprimió a tiempo el ejército.

Notas

1. Figueres, José: "Mensaje del señor Presidente de la Junta Fundadora de la Segunda República"; en: Castro Esquivel, A.: op. cit. p. 210
2. Ídem.
3. Figueres, José: "Discurso ante la Asamblea Constituyente", en el acto de presentación del Proyecto de Constitución; en: Castro Esquivel, A.: op. cit. p. 192.
4. Entrevista.
5. Figueres, J.: "Discurso ante la Asamblea Constituyente"; Ídem.
6. Ídem.
7. Gutiérrez, Carlos José, y otros: Derechos Constitucional Costarricense; San José: 1983. p. 30.
8. Artículo 50, Constitución Política de 1949.
9. Fernández, Antonio: Historia Contemporánea; Vicens-vives, Barcelona; 1982. p. 141.

QUINTA PARTE
PROYECCIÓN LATINOAMERICANA

Capítulo XIII

LA REVOLUCIÓN EN EL TRASPATIO

A raíz del movimiento armado de 1948, el nombre de José Figueres se colocó en el primer plano del debate político nacional, se proyectó en el campo internacional y captó la atención de los pueblos latinoamericanos.

Como una consecuencia normal de esas circunstancias, Figueres trató de ser ubicado en las categorías políticas convencionales del momento y del medio, pero con poco éxito. No era fácil conciliar varios hechos que habían caracterizado su irrupción en la atención política centroamericana, con los calificativos y con la forma usuales en que se presentaban los fenómenos.

Se decía que era un revolucionario, pero había combatido a los comunistas. Se decía que era un reaccionario pro-yanky y había tenido el apoyo de los exiliados revolucionarios latinoamericanos y del gobierno progresista de Juan José Arévalo. Se decía que era un pronazi pero se le señalaba comprometido en una cruzada continental contra las tiranías pronazis y protonazis. Se le señalaba como un anti-imperialista, como un socialista, como un retrógrado, como un incontrolado, etc., etc.

En alguna oportunidad se le oyó decir que su propósito era reunir los aspectos positivos tanto del socialismo como del capitalismo. Reiteradamente criticó a los grandes consorcios con una dureza a la que pocos se han atrevido y se presentó como amigo de los "liberales" progresistas de Estados Unidos.

Luego se le encontró en compañía de las figuras de la llamada izquierda democrática latinoamericana y, durante casi toda su vida política, encabezando una cruzada, a veces solitario, en contra de las tiranías militares del Continente.

Es muy difícil encasillar la figura, el pensamiento y la acción de José Figueres en los sistemas de categorías convencionales, debido a que muchas de sus actuaciones parecerían inconsecuentes o inconsistentes. El mismo ha prevenido contra este modo de enjuiciar a los hombres:

Desde que leí a Emerson, en su Ensayo contra la consistencia, cuando yo tenía 16 años, dejé de temerle a las contradicciones. Emerson combate ese exagerado propósito de no contradecirse, cuando lo importante es que uno debe decir y hacer en cada minuto de la vida, lo que uno siente, sin importar

*lo que dijimos ayer o el año pasado, porque al final, toda la actuación de un individuo adquiere sentido, tiene consistencia.*¹

En una primera instancia puede decirse que su actuación, considerada desde el punto de vista de sus resultados, tiene eficacia y corresponde a una posición peculiar, muy apegada a las condiciones históricas y sociales de su propio medio. Manuel Formoso lo ha explicado así:

*Una (...) razón que singulariza a don José Figueres es que ha triunfado en las cosas importantes en que se ha metido, aunque haya fracasado en las menores. Por ejemplo, don Pepe no ha podido conseguir lo que la mayoría de los políticos pequeños del país sí ha logrado: consolidar una gran fortuna. Sin embargo, don Pepe ha salido adelante, con éxito, en las situaciones realmente críticas que le ha tocado encarar en Costa Rica.*²

POSICIÓN FRENTE AL COLOSO

Las actuaciones de Figueres vistas en relación con Estados Unidos han recibido muchos y muy variados calificativos, comprendidos entre los dos polos del antiimperialismo y el proimperialismo militantes, dependiendo de la posición del respectivo crítico.

Probablemente su posición no pueda enmarcarse en ninguno de ambos extremos. Sus planteamientos, en favor o en contra de una determinada solución, o respecto de algún problema específico, con frecuencia le han llevado a chocar con la política estadounidense.

Es notorio que en muchos casos se ha apoyado en los sectores "liberales" progresistas del país del norte y que disiente normalmente de los conservadores. Se declara admirador del Partido Demócrata y "rechaza las triquiñuelas de los republicanos", al grado que, en cierta ocasión, a propósito de la política derechista del presidente estadounidense, sostuvo: "el error de Reagan es haber nacido."³

Aunque esto último se atribuyó a "un descuido cuidadosamente cometido", todo indica que Figueres tiene sus propios objetivos y sus propios ideales, que le mantienen dentro de límites bastante seguros de autonomía.

En el libro que Rosendo Arguello escribió contra Figueres y que Trujillo hizo publicar como arma electoral para la campaña de 1953, se reproduce una carta que, según se ha dicho, Figueres dirigió al profesor Edelberto Torres, y en la cual habría dicho:

Ahora quiero rogarle en beneficio de nuestra causa, que tanto Ud., como Rosendo adopten otra táctica en algunas cosas: me explicaré mejor. Anoche

*dijo Rosendo en casa de Alex Murray Jr. al Atache militar norteamericano, coronel Hughes, que los Estados Unidos deben rectificar con hechos su política para con América Latina, no solo con palabras que no convencían al pueblo. Le dijo que su primer paso debía ser dar por terminado el Tratado Chamorro-Bryan, que era humillante para toda Centroamérica e indecoroso para una nación que se decía democrática, porque ese pacto era el reflejo del abuso del fuerte sobre el débil. Yo no creo que los yanquis rectifiquen nada si se les habla con la franqueza que don Rosendo, Ud. y Chendo usan para con ellos. El yanqui, aunque brutal, es en el fondo un niño al que hay que obligarlo a hacer lo que uno quiere por medio del engaño. Yo los he tratado mucho en negocios, y es fácil hacer de ellos lo que uno quiere si se usa la maña, pues ellos tienen poca malicia. En mi propia política yo estoy usando esa táctica: yo no tengo ninguna objeción que oponer a la filosofía marxista, ni siquiera las de orden espiritual que a usted y Rosendo les hacen rechazarla; pero no cometo la torpeza de Manuel Mora de darle combate frontal al yanqui y al capitalismo. Yo lograré reformas económicas más radicales que Mora y todo su partido, y le ganaré más batallas al imperialismo yanqui en breve tiempo del que esa gente ha logrado en 20 años.*⁴

Se ha discutido la autenticidad y la exactitud de ese documento; pero, con las reservas del caso, ese texto dramatiza una situación concreta en la que podría encontrarse cualquier renovador latinoamericano de los años cuarenta, fríamente consciente de la necesidad impostergable de realizar cambios estructurales, en medio de un continente plagado de dictaduras militares, con un poderoso vecino, generalmente afecto a los gobiernos de fuerza y presto a intervenir en su ayuda frente a cualquier movimiento que le parezca aunque sea levemente sospechoso.

Debe considerarse inclusive que, tal como se hallaban planteadas las cosas en 1948, las demandas patrocinadas por el gobierno Calderón Guardia y apoyadas por el Partido Vanguardia Popular eran más reducidas que las planteadas por los sectores representados por Figueres: aquéllos, como asalariados, exigían mejores condiciones de trabajo; éstos, con conciencia de clase media, querían además un lugar en la conducción del Estado y de la producción.

En todo caso, no se puede perder de vista que, en definitiva, Figueres alcanzó su propósito.

Aquel documento, analizado en su contexto histórico y social, se explica en el sentido de que no se trataba de engañar a los ingenuos, sino de hablarles con términos a que ellos pudieran aplicar sus propias categorías ideológicas, para que interpretaran el fenómeno en sus reales dimensiones; se trataba de hablarles en un código comprensible para el receptor, que es la primera regla de la comunicación. Esto también se aplica a la carta misma cuyos destinatarios eran los políticos nicaragüenses.

Movimientos menos radicales han sido interrumpidos, bloqueados o aplastados por problemas de tipo estratégico, directamente relacionados con cuestiones de carácter semántico, y aunque esas incomprendiones y sus consecuencias pudieran considerarse pasajeros, en términos históricos, siempre han implicado un altísimo costo social.

Ya en Pacto del Caribe, en la cláusula 9a, se había planteado el problema de la forma en que debería tratarse las relaciones con Estados Unidos: al mismo tiempo que se declaraba la guerra a las dictaduras afectas a la potencia del norte, se proclamaba el principio siguiente:

*Constituir una sola unidad (latinoamericana) de mutua defensa económica, militar y política (...) mantener las mejores relaciones con las naciones del Continente cumpliendo, estrictamente las Convenciones Internacionales y, particularmente, declararse permanentes en el campo militar de los Estados Unidos y México, para la defensa común.*⁵

En donde aparecía considerada una posición latinoamericanista consecuente, pero sin desafiar al poder del imperio, lo que era explicable por muchas razones: nadie se había propuesto realizar una revolución de corte bolchevique aunque se trataba de hacer una revolución. Cualquier error de cálculo podría dar al traste con todo el movimiento, alterar los términos de la confrontación e, inclusive, retrotraer la historia.

Por lo demás, aunque una invasión de las grandes potencias siempre ofende la sensibilidad de los pueblos, hasta la fecha, la casi totalidad de ellas han cumplido su propósito de someter durante algún tiempo a un pueblo, o cambiarle el curso de su historia; por fin que en el derecho internacional aún está mal disimulada la ley del más fuerte.

Vista la situación a la distancia, el problema tenía un aspecto semántico, pero implicaba además una cuestión de estricta necesidad histórica, la solución a un problema vital: ¿cómo realizar un cambio en las estructuras económicas, a 250 millas del Canal de Panamá, sorteando los peligros de la contrarrevolución interna y de la intervención extranjera?

NACIONALIZACIONES SIN ESTRIDENCIA

En su discurso de toma de posesión como Presidente de la República, el 8 de noviembre de 1953, José Figueres Ferrer empezó por proclamar la necesidad urgente que tenía Costa Rica de salir de la pobreza, y se pronunció en contra de la "ocupación económica de unos países por otros", ocupación que a su juicio era tan perjudicial como la militar.

Se refirió a la Compañía Bananera de Costa Rica, subsidiaria de la *United Fruit Company*; hizo referencia a los años que tenía de operar en el país, para señalar que una inversión demasiado larga en el tiempo, podría llegar a convertirse en una ocupación económica. Luego manifestó la conveniencia de que la compañía desalojara sus propiedades, aunque ese desalojo debería ser gradual y de ninguna manera apresurado.

Al mismo tiempo que proclamó su propio nacionalismo, reprochó a las compañías extranjeras porque, a su juicio, habían echado a perder las conquistas de la década, alcanzadas por la izquierda democrática, y se pronunció porque ese estado de ocupación económica no fuera tolerado.

Hasta 1948, la Compañía Bananera había funcionado en Costa Rica sin pagar ningún impuesto y prácticamente estableciendo su propio sistema soberano en las regiones donde operaba. En tiempos de la Junta Fundadora de la Segunda República, Figueres hizo que la compañía accediera a renegociar los términos de la concesión y le obligó a que pagara un impuesto del 15 por ciento sobre las ganancias.

En ocasión de iniciar su período presidencial, en 1953, Figueres planteó la compra de los bienes propios de la empresa, e inició un proceso tendiente a alcanzar esa meta. En los meses subsiguientes, Figueres convocó a la compañía a discutir de nuevo los términos de la concesión; elevó el impuesto sobre las ganancias al 30 por ciento de las mismas, y continuó, hasta que años más tarde fueran traspasados los bienes de la compañía al Estado costarricense, por un monto negociado, parte del cual fue cubierto con ayuda financiera del exterior.

En el otro extremo, el gobierno de Jacobo Arbenz Guzmán, en Guatemala, promulgó en junio de 1952, su Ley de Reforma Agraria, dentro de los límites de la similar mexicana, aunque más reducida en muchos de sus alcances. Para los entusiastas reformadores guatemaltecos, aquella ley se presentaba como la panacea, como la realización de sus máximas aspiraciones, la clave del desarrollo económico y la destrucción de un sistema feudal de propiedad de la tierra, secular y oprobioso.⁶

La ley guatemalteca autorizaba la expropiación de las propiedades superiores a las 90 hectáreas de tierras incultas, mediante indemnizaciones fijadas sobre la base de los valores consignados en las declaraciones de renta, y mediante pago por bonos rescatables a plazos máximos de 25 años.

Más aún, Arbenz procedió a la expropiación de tierras de la *United Fruit Company* siguiendo indicaciones del Banco Interamericano de Reconstrucción y Fomento (BIRF), pero la compañía exigió una indemnización de 15 millones de dólares, encomendó su defensa al gobierno Eisenhower y a la Agencia Central de Inteligencia, quienes armaron a Carlos Castillo Armas y, mediante la presión militar, económica y diplomática, derrocaron al gobierno progresista de Jacobo Arbenz.

El camino recorrido por Figueres fue más prolongado pero eficaz y más seguro, aunque tampoco fue muy sencillo. Cuando Figueres anunció sus intenciones de comprar los bienes de la compañía, ésta trató de consolidar un frente con sus propias subsidiarias de Guatemala y Honduras, para diversificar su explotación.

Figueres reaccionó rápidamente y convocó al embajador estadounidense, Robert Hill, a quien le explicó la inconveniencia de que la compañía, que contaba con concesiones para explotar el banano, tratara de convertirse en una empresa local y dedicarse a varias otras operaciones agrícolas.

Hill convino en el punto de principio de Figueres, pero estableció su propio punto de principio al decir que la compañía podría aceptar la venta de sus tierras pero no la expropiación, de donde salió una transacción que elevó el impuesto sobre las ganancias al 30 por ciento y la toma, por parte del Estado costarricense, de los servicios sociales que se prestaban en los territorios de la bananera. Además la empresa tuvo que establecer un salario mínimo por día equivalente a 2,40 dólares, ajustable conforme subiera el costo de la vida.⁷

Años más tarde, durante otra administración liberación isla, la de Daniel Oduber, la Compañía Bananera habría de entregar los últimos bienes de su propiedad al Estado costarricense, a cambio de pagos que en parte provinieron de ayuda externa y en parte por condonaciones de la misma compañía.

Aunque éste es un vistazo muy simplificado de un proceso intenso, complejo, delicado y a veces al borde de la ruptura, ilustra una forma característica de la habilidad de Figueres, para conseguir que sus planteamientos salieran adelante.

Este hecho también se puede contrastar con la situación planteada en México, a raíz de su revolución de principios de siglo. En aquel país se llegó a nacionalizar la producción de bienes y servicios hasta un nivel que, en ciertos momentos, llegó hasta el 70 por ciento del total. Pero los sucesivos gobiernos revolucionarios no se atrevieron a nacionalizar la banca, sino hasta 1983, poco tiempo antes de iniciar la desnacionalización de la producción. Peor aún, esta nacionalización duró menos de una década.

En Costa Rica, la revolución de 1948 empezó precisamente por nacionalizar la banca, considerada el instrumento más eficaz para posibilitar el desarrollo de la producción, en manos de pequeños y medianos empresarios.

LA REVOLUCIÓN POSIBLE

Daniel Oduber ha sistematizado la concepción de "la revolución posible" y ha diseñado la alternativa a que se enfrentan los países de menor desarrollo, en términos de escoger entre la revolución posible o la revolución imposible, acerca de ello

sostiene que "Querer saltar etapas históricas al hacer un planteamiento revolucionario es hacer fracasar ese mismo planteamiento."⁸

Y precisa al respecto:

Hacer planteamientos revolucionarios a sabiendas de que se está planteando lo imposible, es fortalecer las mismas fuerzas que se quiere destruir con la Revolución y, en el fondo, consolidar la posición conservadora.

Toda Revolución implica cambios en el poder político, el que va de una clase a otra. Si no, no es Revolución. Como tampoco es Revolución el planteamiento teórico que se hace de lo imposible.

Socialismo y capitalismo son solo sistemas económicos y no sistemas políticos.

Democracia y totalitarismo son formas diferentes de gobierno que no tienen nada que ver con el sistema económico que se escoge.

Lo que se debe plantear cuando se habla de Revolución es si se desea un cambio del sistema político, como ha sido siempre, o del sistema económico como ha sido en otros casos, o si se quiere un cambio en lo político y en lo económico a la vez.

Todas las revoluciones acontecieron cuando las circunstancias las hacían prácticamente inevitables y cuando una gran corriente de protesta se canalizaba hacia la lucha violenta. En frío, de la nada, por meras elucubraciones doctrinarias de café, es imposible hacer una revolución y quienes lo intentaron fracasaron.

La Revolución de 1948 en Costa Rica, fue la protesta de un pueblo que deseaba una participación más intensa en el proceso político, es decir, una democracia más amplia y más firme.

Los dirigentes de la gesta de Liberación Nacional lograron, además de esa conquista política innegable, imprimirle un cambio económico-social definido, planteando así una traslación real del poder a manos de las clases medias, campesina y urbana, fortaleciendo de esa manera un cambio social que se había iniciado en el papel cinco años atrás.⁹

Notas

1. Entrevista.

2. Formoso, Manuel: "Don Pepe navegante solitario"; en: Universidad, 20 de septiembre de 1985. La Nación; 26 de mayo de 1986.
3. La Nación; 26 de mayo de 1986.
4. El texto completo se halla en Aguilar Bulgarelli: op.cit. pp. 334 a 340.
5. Citado por Aguilar Bulgarelli: op.cit. p. 255.
6. Véase: Rodríguez, M: op. cit.; y CECADE-CIDE: Centro América: crisis y política internacional; Siglo XXI, México: 1984.
7. Véase: Rodríguez, M.: op. cit; y CECADE-CIDE: Centro América: crisis y política internacional; Siglo xxi, México: 1984.
8. Oduber, D.: De dónde venimos; Publinal, San José: 1975. p. 31.
9. Ídem.

Capítulo XIV

LA IZQUIERDA ANTITIRANOS

Otro aspecto importante en la personalidad de José Figueres, como político con proyección latinoamericana, lo constituyen sus esfuerzos por darle al movimiento de lo que entonces dio en llamarse izquierda democrática, una cierta unidad de objetivos y de acción, y de relacionarlo con los círculos más progresista de Estados Unidos.

Durante los años cincuenta, la posición de la izquierda democrática en el continente tomó mucha fuerza, debido a su actitud de consecuente oposición frente a las dictaduras militares, que por entonces eran avanzadas fundamentales en el planteamiento estratégico de la guerra fría y, por ello, llegaron a gozar del total apoyo de parte del gobierno estadounidense, lo que a su vez planteó una confrontación entre los pocos e incipientes gobiernos democráticos de América Latina, y los sectores conservadores de aquel país.

Fueron los últimos años del demócrata Harry S. Truman, y los primeros de la guerra fría, declarada oficialmente en enero de 1950, con el célebre discurso del famoso senador republicano de Wisconsin, Joseph McCarthy. Entonces se inició lo que eufemísticamente se denomina como "la más grande cacería de brujas" del presente siglo, pero que en realidad fue una simple y brutal persecución fascista registrada en la misma cuna de la libertad.

La fundación de la Organización de los Estados Americanos (OEA), la proclamación por la misma, del principio de no intervención con contenido monroeano, y el advenimiento del gobierno Eisenhower-Nixon en Estados Unidos, habrían de caracterizar la década que se iniciaba.

Se remozaron las tiranías militares y se consolidaron aquellas que habían logrado capear la ola democrática de finales de la guerra e inicios de la postguerra. Los militares, probados mercenarios del anticomunismo y del fascismo a bajo costo, renovaron sus fuerzas para volver, o para continuar tiranizando a la América Latina.

Fue la década en que Batista volvió a asumir el poder en Cuba; en Guatemala fue derrocado el gobierno democrático de Jacobo Árbenz; en Colombia, luego del asesinato del dirigente indiscutido del pueblo colombiano, Jorge Eliécer Gaitán, ocuparon la escena política de los años cincuenta, Laureano Gómez y Gustavo Rojas Pinilla; en República Dominicana se consolidó Rafael Leónidas Trujillo; en El

Salvador, la inveterada dictadura militar se remozó con el golpe cuartela-rio encabezado por Oscar Osorio; en Honduras se reinstalaron los militares con Oswaldo López Arellano al frente; en Venezuela se implantó Marcos Pérez Jiménez; en Nicaragua continuó rejuvenecida la dinastía Somoza; etc., etc.

En medio de ese panorama, José Figueres continuó su tozuda prédica y su constante conspiración en contra de sus enemigos jurados, los dictadores latinoamericanos y, en primer lugar, Somoza y Trujillo, para lo cual, inclusive, llevó su credo al mismo Estados Unidos, y trató de rehacer los cada vez más maltrechos restos de la izquierda democrática.

Figueres entró entonces en la escena política latinoamericana como parte de una generación continental comprometida con la guerra a muerte contra los tiranos y a favor del establecimiento de regímenes electos, de amplia base popular, grupo en el cual se hallaba también Rómulo Betancourt, Víctor Raúl Haya de la Torre, Luis Muñoz Marín y varios conocidos liberales estadounidenses.

En esa oportunidad, el legendario triunfador de la Revolución del 48 y Reformador de Costa Rica, José Figueres, unió su voz a los partidos socialdemócratas más beligerantes del momento, como era el APRA, del Perú, y Acción Democrática, de Venezuela, para levantar la bandera de la justicia social y de las oportunidades económicas en favor de los pueblos.

Aunque a la distancia, aquellos postulados podrían parecer muy limitados, y aunque algunos pueblos se encontraban a la sazón empeñados en luchas por objetivos más radicales, no hay duda de que hablar de justicia social y de oportunidades económicas en un continente sacudido por la guerra fría y dominado por el fascismo tropical de los militares, se hallaba cerca de la temeridad.

MUCHOS PUNTOS ENTRE DOS LÍNEAS

A instancias de José Figueres y de Rómulo Betancourt, el presidente Carlos Prío Socarras, de Cuba, convocó en mayo de 1950, en La Habana, a una Conferencia Interamericana Pro-Democracia y Libertad, en la que logró reunir prácticamente a todos los dirigentes de la izquierda democrática, más algunos elementos de los "liberales" progresistas estadounidenses, entre quienes se encontraban Norman Thomas, Francis Grant, Arthur Shlesingers, Chester Bowles y Robert Alexander.¹

Casi doscientos dirigentes políticos de la izquierda democrática y liberales progresistas se reunieron en esa oportunidad, en la que acordaron crear una organización que se encargaría de promover la libertad y la democracia en todo el Continente.

La nueva entidad que se denominó "Asociación Interamericana Pro-Democracia y Libertad", cuya secretaria general fue la señora Francis Grant, se instaló en la ciudad de Nueva York y, con la colaboración destacada de Figueres, empeñó su esfuerzo en contener, o por lo menos amortiguar, la marejada conservadora que se abatía sobre América Latina.

No se sabe cuan efectivo fue el trabajo de la organización. Tampoco es posible establecer qué hubiera ocurrido o cuánto mayor hubieran sido los efectos de esa marejada, sin los esfuerzos de la Asociación Pro-Democracia y Libertad; para nuestros efectos, lo único que demuestran los hechos es que José Figueres se empeñó en esta empresa, en nombre de los pueblos del hemisferio.

En su discurso ante la Conferencia de La Habana, el político costarricense supo hacer la distinción entre las dos líneas que a la sazón se observaban dentro de la política de Estados Unidos: una, de esencia conservadora y otra, de corte reformista.

Figueres criticó fuertemente a la primera, como la responsable de la subsistencia de dictaduras militares de ultraderecha, y contrastó su actitud con la reformista que, a su juicio, era inspiración para muchos demócratas latinoamericanos. Dijo también que los conservadores eran los responsables de que los esfuerzos libertarios de los pueblos se tradujeran en guerras e intervenciones de unos en los asuntos de otros.

Figueres hizo ver que la influencia de Estados Unidos, de todas maneras muy grande en América Latina, tenía que canalizarse hacia el advenimiento de regímenes democráticos que favorecieran el desarrollo económico y social de los pueblos, con lo cual, según dijo, también se estaría evitando que estos países se convirtieran en el campo de batalla de la tercera guerra mundial.

En la misma oportunidad, Figueres insistió en la marcada injusticia en el tratamiento de los productores latinoamericanos, sometidos a serias desigualdades en los convenios comerciales, principalmente en cuanto a las escalas de precios que se les reconocían y que eran muy inferiores a los que regían en el mercado interno de Estados Unidos, e insistió en que este hecho constituía el origen de la desunión del hemisferio.

Se manifestó favorable a la existencia de la Organización de Estados Americanos, pero criticó la actitud de esa entidad en contra de los exiliados, de los perseguidos políticos y de los gobiernos que ayudaban a estos, actitud que, en definitiva, constituía un apoyo a las dictaduras que los perseguían.

Esto constituía una clara confrontación de dos conceptos distintos de la no intervención: uno positivo y favorable a los pueblos y a los luchadores democráticos; y otro, el sostenido por la OEA y por el gobierno estadounidense, a favor de las dictaduras.

También Figueres señaló que aquellos gobiernos que ayudaban a los exiliados y perseguidos lo hacían por una tradición histórica, porque los destinos de los pueblos latinoamericanos se hallan estrechamente relacionados, porque el advenimiento de la democracia en cada uno de estos pueblos es un beneficio para todos los demás, y porque la presencia de las dictaduras militares constituye una amenaza para todos; de manera que esa ayuda no podía ser condenada por ningún organismo internacional que estuviera a favor de la democracia.²

EL BANCO MUNDIAL DE LOS ALIMENTOS

En la Tercera Conferencia Anual sobre Latinoamérica, celebrada en la Universidad de Stanford, Estados Unidos, en julio de 1951, Figueres reiteró una idea que ya en oportunidades anteriores había bosquejado, cual era la de establecer un Banco Mundial de los Alimentos, capaz de almacenar y conservar los excedentes obtenidos en las épocas de abundancia, para distribuirlos en los tiempos de escasez, con el doble propósito de asegurarles a los consumidores un abastecimiento adecuado en todo momento, y a los productores un precio razonablemente estable y sin muchas fluctuaciones peligrosas.

Esta misma idea fue defendida, después, por Figueres, en el ámbito nacional, cuando propuso el establecimiento de un Instituto de Estabilización de Precios, capaz de evitar las grandes fluctuaciones de los precios de los artículos de primera necesidad, con lo cual se proporcionaría al productor la seguridad de un precio razonable y justo en todo tiempo, y se impediría, sobre todos de las zonas urbanas, que el consumidor fuera víctima de la especulación, de las alzas desmedidas y del desabastecimiento.³

En Stanford, Figueres insistió en la necesidad de que los países latinoamericanos emprendieran el camino del desarrollo industrial, para lo cual señaló como requisito indispensable, que se pagaran precios justos por los productos agrícolas del Continente, que son la materia prima indispensable para los productos industriales de los países desarrollados.

Al referirse a la división internacional del trabajo, señaló que ésta constituye un intercambio de trabajos provenientes de varios países, intercambio en el cual no existe razón alguna para considerar en posición de desventaja o de inferioridad a alguno de ellos. El caso lo ilustró calculando el tiempo que se necesita para producir la cantidad de café que equivale al precio de un automóvil, y lo comparó con el tiempo que se necesita para producir el auto, con lo que demostró claramente la desigual valoración del trabajo humano.

Señalándolo como un corolario de todas las desigualdades, en la misma oportunidad Figueres atacó la ayuda que el gobierno de Estados Unidos prestaba a las dictaduras, y denunció el sufrimiento que ello acarrearía a los pueblos de América Latina.

LA PRIMERA BATALLA CONTINÚA

En febrero de 1952, con ocasión de recibir el Doctorado *Honoris Causa* de parte del *Rollins College*, de Florida, Figueres desarrolló el tema: "La Tranquila Costa Rica: la primera batalla." Sostuvo la tesis de que en Costa Rica se había librado la primera batalla del comunismo en América Latina, que se había ganado, pero que, como no se podía saber hasta cuando se podría sostener la situación, era mejor evitar las causas que lo hacían necesario a los ojos de los pueblos del Continente, siendo esas causas la tiranía militar, el hambre y las demás necesidades insatisfechas de la población.⁴

Cuando Figueres se hallaba en la Presidencia, con ocasión de su primer mandato constitucional, le tocó enfrentar esa lucha contra las dictaduras aún desafiando la política oficial del gobierno Eisenhower.

En marzo de 1954, en la Venezuela dominada por Marcos Pérez Jiménez, fue convocada la X Conferencia Panamericana, en la que la administración republicana se proponía obtener una autorización abierta para derrocar al gobierno guatemalteco de Jacobo Arbenz.

Conociendo esos propósitos, Figueres se negó a asistir, explicando que aquel país suramericano se hallaba sujeto a una de las dictaduras más oprobiosas del continente, que en él se hallaban conculcadas las libertades ciudadanas, las cárceles continuaban llenas de prisioneros políticos, y que era filosofía del gobierno de Costa Rica, y especialmente de su Presidente, oponerse a las tiranías.

Cualquiera que haya sido la explicación y los móviles para no asistir a Caracas, el resultado fue que, por lo menos Costa Rica, no respaldó con su voto la resolución que habría de fundamentar la invasión contra Guatemala.

Inmediatamente después vinieron las presiones directas de parte del gobierno estadounidense sobre Figueres, exigiéndole que permitiera utilizar el territorio costarricense para la invasión militar contra Guatemala. De nuevo Figueres eludió las presiones alegando que en ese operativo estaban participando los gobiernos militares de Nicaragua y de Honduras y que, por tanto, él no podía participar a la par de aquellos tiranos.

Cualquiera que sea la validez del argumento, la consecuencia fue que Figueres tampoco se prestó para la intervención militar que derrocó al gobierno progresista y democrático de Arbenz.

Sin importar el poder de convicción de sus alegaciones, la Agencia Central de Inteligencia entendió que el gobierno de Figueres era un obstáculo que debía removerse, para lo cual dio su apoyo a la invasión que en Nicaragua estaban

preparando el dictador Anastasio Somoza y el expresidente Rafael Angel Calderón Guardia.

En abril de 1954, las autoridades de Nicaragua capturaron un grupo de insurgentes que intentaban darle muerte al viejo Somoza y a sus dos hijos. Algunos de los detenidos, bajo tortura, dijeron que habían sido protegidos, entrenados y armados por Figueres, y ayudados por Rómulo Betancourt, quien por ese entonces se hallaba asilado en Costa Rica.

Pese a aquella situación bastante comprometida, Figueres se negó a atender las presiones del gobierno estadounidense contra Guatemala, y la invasión se consumó en junio siguiente, es decir, solo dos meses después.

Somoza y Calderón Guardia, entonces, tuvieron a su favor el agradecimiento de la CIA y del gobierno de Estados Unidos, y el antagonismo de todos en contra de Figueres. Somoza, además, contaba con la animadversión de Trujillo y de Pérez Jiménez contra el mandatario costarricense, de tal forma que, con la colaboración de todas esas partes, se dedicaron a preparar la invasión de Costa Rica y el derrocamiento de Figueres.

En diciembre de ese mismo año, Pérez Jiménez envió a Somoza 25 aviones de combate F51, excedentes de la Segunda Guerra Mundial, y gran cantidad de armamento pesado y liviano con sus dotaciones de municiones. Ostensiblemente, Somoza se hallaba preparando la guerra contra Costa Rica. El 8 de enero del año siguiente, 1955, llegó a Managua una misión militar especial del gobierno venezolano, lo cual fue interpretado como la señal de la inminente invasión.

Efectivamente, la invasión se desató tres días después, cuando un grupo de calderonistas y de guardias nacionales nicaragüenses que habían adoptado el nombre de "Auténtico Ejército Revolucionario Anticomunista", irrumpió en territorio costarricense y tomó la población de La Cruz, muy cercana a la frontera.⁵

Mientras esto sucedía, aviones de Somoza bombardeaban varias poblaciones de las proximidades y el comandante de la fuerza invasora, Teodoro Picado hijo, llamaba por radio a la insurrección contra Figueres, a quien tachaba de ser un comunista peligroso.

Otro grupo invasor entró por la frontera norte y ocupó Villa Quesada, lo cual comprometió más la situación.

LA INVASIÓN DESDE ADENTRO

Varios años después, Figueres narró de la siguiente manera aquellos hechos:

Sucedió que los caldero-comunistas comenzaron a reclutar tropas y a llevarlos al fuerte de Coyotepe, en Nicaragua, para darles adiestramiento militar con la idea de atacar Costa Rica.

Somoza tenía una promesa de parte de la gente del grupo de Dulles en el gobierno de los Estados Unidos, quienes se habían comprometido a dejarlo derrocar al gobierno de Costa Rica, como pago por haberles ayudado a derrocar a Árbenz.

Aquí en Costa Rica, la CIA tenía un muchacho de apellido Flores, quien pese a su apellido decía no hablar español, pero tenía acceso a la Casa Presidencial; era amigo, entre comillas. Se metía en todo y a veces hasta daba consejos sobre cualquier cosa y escuchaba todas las conversaciones. Un día noté que, habiéndole pedido yo que averiguara en Nicaragua a dónde era que estaban llevando a los ticos que reclinaban, para adiestrarlos, no me averiguo nada ni me dijo nada. Yo empecé a sospechar que él tenía órdenes de la CIA de favorecer el derrocamiento del gobierno de Costa Rica.

Cuando vino la invasión, nosotros hicimos lo que teníamos que hacer: en primer lugar, bloqueamos las fronteras en pocas horas, en una operación que fue verdaderamente maravillosa, con armas que estaban en casas de los revolucionarios nuestros, que no estaban en los cuarteles... todavía.

Inmediatamente establecimos una columna de abastecimiento desde San José hasta la frontera, y la cosa se les puso dura a los invasores. Además, ellos no contaban con una cosa: con la amistad mía con los liberales americanos. En aquellos momentos, el senador Douglas, por el Estado de Illinois, un veterano de América Latina con quien habíamos hablado mucho sobre estas cosas, sin pedírselo yo, llamó al Departamento de Estado y les dijo que Costa Rica necesitaba unos aviones para defenderse de esta agresión. El tenía un peso enorme en la política norteamericana, de manera que asustó a los del Departamento de Estado y éstos asustaron a los de la CIA, y los de la CIA se encontraron todos confundidos.

Cuando vinieron los aviones, creo que cinco, deliberadamente volaron muy bajito sobre Managua y eso descontroló a Somoza. Si no hubieran cedido esos aviones para nosotros, hubiera sido muy difícil la lucha armada, aunque ya estábamos peleando en la OEA y estábamos ganando.

Pero, en primer lugar, nosotros teníamos un ejército acostumbrado a las montañas en tanto que la zona norte es plana y, en segundo lugar, nos habían echado, los mismos aviones que la CIA le echó a Árbenz, en Guatemala, que eran unos aviones inferiores a los de Corea, que eran los que nos mandaron a nosotros. Cuando vieron la velocidad de unos y otros se acobardaron. De otra

manera hubiera sido muy difícil resistir. Yo recuerdo la angustia que provocaban los ametrallamientos desde el aire.

Total que de un momento a otro desaparecieron del cielo los aviones de Tacho y de la CIA y aparecieron los nuestros, con pilotos como Guerrita y otros, que se adiestraron en 24 horas, porque ningún yanqui peleó aquí: fueron puros pilotos de la guerra del 48. Después intervino la OEA y les ganamos en todos los frentes.

Las razones que la CIA tenía para intentar derrocar mi gobierno, eran varias. Decir la CIA es una cosa muy vaga. La CIA es una organización de muchas gentes y de muchas mentes, al igual que el Departamento de Estado.

Como Somoza era egresado de West Point tenía muchos amigos entre los militares que estaban con la CIA. En segundo lugar, cuando la CIA derrocó a Árbenz me pidieron ayuda a mí, que era Presidente, y yo les dije que no simpatizaba con el gobierno de Guatemala, pero habiendo como me decían una enorme participación del gobierno de Nicaragua, y un poco del de Honduras, que era otro militarote, yo no podía ir con ellos, que no contaran con Costa Rica. Nosotros no podíamos ayudar a derrocar a Arbenz.

Por supuesto que Somoza lo supo y entonces dijo que, para seguir adelante su ayuda contra Guatemala, necesitaba que después le dieran mano libre para derrocar al gobierno de Costa Rica.

Somoza quería sacarse el clavo conmigo y alguien de la CIA tenía la obligación de cooperar con él, aunque otros de ellos estaban cooperando conmigo en otros departamentos.

A los años, la CIA quería establecer en Costa Rica una estación de radio para bombardear a Cuba con propaganda, y como yo estaba en Washington, me invitaron a un pequeño almuerzo, y me voy encontrando ahí a Flores. Yo le dije: "Flores, usted sabe que yo sé, pero no se preocupe, yo sé demasiado del oficio de ustedes como para estar resentido; ustedes van a lo que los mandan; y usted ahora me busca como aliado habiendo querido derrocarme ayer, para usted eso es normal; ustedes son como los frailes: se juntan sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin llorar. Y yo no voy a ayudar a ese plan que usted dice, pero por otras razones, no porque usted esté en eso".⁶

Figueres interpretó adecuadamente la situación y supo aprovechar las condiciones para resolverla a su favor. Sabía que los organismos gubernamentales de Estados Unidos, como cualquier otra institución, tenían y tienen componentes disímiles que con frecuencia asumen posiciones encontradas sobre los problemas de América Latina, y que lo importante no era atacarlos como un todo monolítico, sino tratar de apoyarse en aquellos elementos que se mostraran favorables a sus posiciones.

También Figueres demostró tener conciencia de combatiente, de luchador responsable, que sabe que la lucha consiste en dar golpes, pero también saber recibir los golpes que devuelven, y que en toda lucha la amenaza de la derrota siempre estará presente, y será más real cuanto más se descuide el combatiente.

A propósito de esto, Figueres recordaba:

Trujillo hizo un plan difícilísimo —que le falló— para matar a Rómulo Betancourt, cuando éste era Presidente de Venezuela; en esa ocasión, por radio hicieron estallar una bomba cerca del carro presidencial que pasaba. Yo vi a Rómulo con todos los dedos de las manos sin pellejo, con un dolor terrible, que se quejaba y que insistía en que Trujillo era un agresor, y se mostraba muy indignado.

Cuando nos quedamos los dos solos, yo le dije: "Mira, Rómulo, la verdad es que nosotros somos los que venimos jodiendo a Trujillo desde hace tiempos... así que no jodás. No hay nada más fácil que ser amigo de Trujillo y de Somoza; ellos están deseando amigos. Nosotros les hemos amargado la vida".

A mí me mandaron a asesinar dos veces, con unos pistoleros cubanos —hay un juicio en que ellos lo aceptaron— fueron mandados por Trujillo. Y otros que pasaron por Managua: fueron dos intentos contra mí. A mí no me gusta explotarlo, pero al principio yo decía lo mismo: "¡tierra al hombre!". Pero si estaban a la defensiva, si no hacían más que hacernos ofertas de amor a Rómulo y a mí.

Además, a mí me parece que quien se mete a revolucionario tiene que cargar con las consecuencias. Si yo voy a una revolución, yo sé que no es un baile ni un tedeum, y si me matan o matan a mi hijo, como pudo haber pasado en Nicaragua —porque mi hijo era de los Sandinistas— yo lo sentiré enormemente, por supuesto, pero mi indignación no sería mayor ni menor, porque el mal general era el genocidio en Nicaragua y la continuación de un régimen de 35 años, que mostraba muy poca preocupación por las necesidades populares.⁷

Notas

1. Véase: Ameringer, Ch.: *op.cit.* pp. 97 y ss.
2. Ídem.
3. Oduber, D.: *Raíces del Partido Liberación Nacional*; *op.cit.* p.306.
4. Citado por Sánchez Vega, Alexis A.: *José Figueres Ferrer y la nueva dirigencia política en Costa Rica de 1940 a 1970*; Universidad de Costa Rica San José: 1983. p. 184.
5. Véase: Ameringer, Ch.: *op.cit.*

6. *Ídem.*

Capítulo XV

LOS ESCUPITAJOS DE AMÉRICA LATINA

El día exacto en que José Figueres fue electo como Presidente constitucional de Costa Rica, en la ocasión de su primer mandato, un grupo de jóvenes cubanos encabezados por Fidel Castro intentó apoderarse de la segunda fortaleza más importante de la isla, el Cuartel Moneada, ubicada en Santiago de Cuba, con el propósito de derrocar al dictador Fulgencio Batista.

El día en que José Figueres concluyó su primer período presidencial y entregó el poder a su sucesor, Mario Echandi, el vicepresidente de Estados Unidos era objeto de la más violenta de las repulsas que haya padecido funcionario alguno de esa nacionalidad, por parte de los pueblos latinoamericanos.

Estos hechos habrían de determinar el rumbo que seguirían, durante la década siguiente, las relaciones entre América Latina y Estados Unidos, y la lucha de los pueblos por la democracia y la libertad en el área.

El vicepresidente Richard Nixon fue abucheado en Montevideo y en Buenos Aires. En la Paz, las manifestaciones en su contra desembocaron en grandes desórdenes con saldo de muertos y heridos. En Lima, las multitudes lo escupieron y abuchearon, y en Caracas hubiera sido masacrado por la multitud enardecida, de no haberlo rescatado un helicóptero militar.

Nadie en Estados Unidos tenía la menor idea de cuán grande era el rechazo de los pueblos latinoamericanos a la política exterior de apoyo a las dictaduras militares. La experiencia puso a meditar a los políticos del norte, cuyas reacciones fueron diversas, yendo desde los que clamaron por una política de mayor opresión, hasta los sensatos que se pronunciaron por una revisión completa.

A primera vista parecía que había llegado la hora de la izquierda democrática y, exactamente un mes después, Figueres se presentó ante el Comité de Relaciones Exteriores del Congreso de Estados Unidos, para leer su discurso titulado: "No se puede escupir a una política exterior" cuya moraleja es que, por esa circunstancia, los pueblos se ven obligados a escupir a los representantes de tales políticas.

EN NOMBRE DEL SUBCONTINENTE

Muy pocas personas entendían lo que estaba sucediendo en América Latina y fue Figueres quien se encargó de explicarles a los sorprendidos e incrédulos congresistas estadounidenses, la exacta situación, en un informe que se hizo famoso por su sinceridad y su precisión.

Entre otras cosas, y prácticamente en nombre del subcontinente, el expresidente Figueres dijo al Subcomité de Relaciones Exteriores del Congreso de Estados Unidos:

Creo que los incidentes del Perú y Venezuela serán un momento crucial en la historia de las relaciones interamericanas. De momento pueden considerarse como explosiones de bombas de tiempo. Esas bombas han sido colocadas persistentemente durante un largo período y ahora explotan.¹

Aquellos incidentes tenían raíces profundas, pero a los ojos del ciudadano común o del político no experimentado, parecían producto de la espontaneidad o de la labor de los agitadores. Por ello, era necesario llamarlos a la reflexión sobre las causas históricas y sociales.

Como ciudadanos del hemisferio, como ciudadano que ha dedicado su vida pública a fomentar el entendimiento interamericano, como estudiante que conoce y estima a los Estados Unidos, y lo ha manifestado en todas partes, por hostil que sea el ambiente, yo deploro que los pueblos de América Latina, a través de unos cuantos exaltados venezolanos, hayan escupido a un funcionario digno, que representa a la más grande nación de nuestro tiempo.

Pero debo hablar con franqueza, y hasta con rudeza, porque creo que la situación lo demanda: los pueblos no pueden escupir a una política exterior, que es lo que han querido hacer. Y cuando han agotado todos los medios posibles de convencimiento, el último recurso que les queda es escupir.

En otras palabras, los congresistas debían saber que, en la medida en que la política exterior de Estados Unidos era responsabilidad de ellos, en esa misma medida los escupitajos también se habían dirigido contra ellos. Debían saber, al mismo tiempo, que con frecuencia, para un latinoamericano, lanzar un escupitajo constituye el único, pero también el peor, de todos los insultos que puede proferir contra alguien.

Debo aclarar que el acto de escupir, vulgar como es, no tiene sustituto en nuestro idioma para expresar determinadas emociones.

No hay en el mundo palabras, y solo hay salivazos, que sean capaces de interpretar el sentimiento del pueblo venezolano cuando, recientemente, mientras hombres, mujeres y niños se desangraban en las calles de Caracas tratando de sacar a sus seres queridos de las cámaras de tortura de los tiranos

y ladrones y asesinos que otorgan las fáciles concesiones petroleras, los periódicos estadounidenses tranquilizaban a sus lectores, asegurándoles que no había causa de ansiedad, porque las inversiones norteamericanas estaban seguras.

Se refería a las grandes manifestaciones registradas en varias ciudades de Venezuela, demandando la libertad y el respeto a la vida de centenares de reos políticos que llenaban las cárceles de Marcos Pérez Jiménez, manifestaciones que a los ojos del gran público, y de la gran mayoría de los periodistas de Estados Unidos, solamente eran el producto de los agitadores, y que solo debían merecer atención en la medida en que constituyeran amenazas contra las inversiones de sus conciudadanos.

Enseguida, Figueres se refirió a los sacrificios que habían impuesto las dos guerras mundiales y la guerra de Corea, a los pueblos latinoamericanos:

Tres veces en este siglo, vosotros, los civilizados del norte, habéis intervenido en guerras devastadoras, en tierras extranjeras. Y la América Latina ha estado al lado vuestro. Os hemos creído cuando aseguráis que se lucha por la libertad de todos los hombres. Cuando vuestros hijos han muerto por la libertad, vuestro luto ha sido nuestro luto. En cambio, cuando son nuestras gentes las que se sacrifican, vosotros habláis de inversiones. Y luego preguntáis porqué escupimos.

En las guerras mencionadas, América Latina aportó grandes contingentes de hombres y prácticamente todos sus recursos naturales, que se sometieron a restricciones comerciales y a la disposición del esfuerzo de guerra de Estados Unidos, que sostenía pelear por la libertad. Pero esa libertad no había llegado a la América Latina, cosa en la que posiblemente pocos legisladores habían tenido tiempo de pensar.

Si habláis de dignidad humana a Rusia, ¿por qué os cuesta tanto hablar de la dignidad del hombre a la República Dominicana? ¿Dónde está la intervención, o la no intervención? ¿Es que la simple amenaza potencial a las libertades vuestras es más grave, en esencia, que el atropello consumado contra las libertades nuestras?

La respuesta era obvia. La contradicción evidente. El argumento irrefutable. Y la causa la siguiente:

Claro, tenéis algunas inversiones en las dictaduras americanas. Las empresas del aluminio sacan la bauxita casi gratis. Vuestros generales y vuestros almirantes y vuestros funcionarios civiles reciben allí trato real. Tal como lo constató ayer mismo vuestro Senado, algunos contratistas sobornan con millones a las dinastías imperantes, para cazar en sus predios. El dinero lo deducen del pago de sus impuestos en los Estados Unidos, pero vuelve al país,

y llega a Hollywood convertido en pieles y automóviles flamantes, que resquebrajan la frágil virtud de las artistas.

Se refería a las escandalosas francachelas que en el mundo entero, y en especial en Hollywood, protagonizaban los hijos de Rafael Leónidas Trujillo, con el dinero que atesoraban en cantidades exageradas y que era el producto de la explotación y de la corrupción.

Mientras tanto, nuestras mujeres son atropelladas por sayones, nuestros hombres son castrados en la tortura, y nuestros profesores ilustres desaparecen tétricamente de las aulas de la Universidad de Columbia en Nueva York. Cuando algún legislador vuestro llama a todo esto "colaboración para combatir al comunismo", 180 millones de latinoamericanos desean escupir.

Poco tiempo antes, agentes de Trujillo habían secuestrado en territorio estadounidense al profesor Jesús de Galíndez, lo habían trasladado secretamente a la República Dominicana donde había sido torturado y asesinado mediante incineración en un horno, para que no quedara señal alguna de él. Y todo por haber escrito un libro en el cual denunciaba los atropellos que cometía la dictadura de su país, y la corrupción que destacaba en La Era de Trujillo. El incidente fue tan grave, que la opinión pública se había mostrado muy preocupada en Estados Unidos.

Escupir es un acto espereñable cuando se realiza físicamente. Pero hay también escupitajos morales. Cuando vuestro gobierno invitó a Pedro Estrada, el Himmler del Hemisferio Occidental, para hacerle honores en Washington, ¿no escupió acaso en la cara de todos los demócratas de América?

Estrada era el jefe de policía de Caracas cuando se celebró la X Conferencia Panamericana que decretó la invasión contra Guatemala. Y el gobierno estadounidense le condecoró por haber mantenido el orden durante aquel evento, sin reparar que ello lo logró a costa de encerrar, torturar, perseguir, asesinar y desaparecer a cientos o miles de opositores políticos.

EL MILAGRO IRREPETIBLE

En su discurso ante el Comité de Relaciones Exteriores del Congreso de Estados Unidos, Figueres entró a tratar el problema de las relaciones desiguales en el comercio, las cuales imponen condiciones de desventaja que no hacen posible ni siquiera el mínimo desarrollo.

Estamos cansados los latinoamericanos de señalar esos errores, especialmente el desinterés por el precio de nuestros productos. Cada vez que sugerimos algún plan de estabilización a nivel justo, se nos contesta con frases hechas,

con novedades como "la ley de la oferta y la demanda", con originalidades como "el sistema de libre empresa", o con insultos como: "¿no les estamos dando ya suficiente dinero?"

Nosotros no estamos pidiendo regalos, excepto en alguna emergencia (...) Nuestra pobreza no abate nuestro orgullo. Somos gente digna (...) Lo que deseamos es que se nos pague con justicia el sudor de nuestro pueblo, el jugo de nuestro suelo, cuando proveemos alguna necesidad de otro país. Con eso nos bastaría para vivir y para levantar nuestro propio capital y para desarrollarnos.

Es probable que para algunos de los congresistas aquella fuera la primera oportunidad de escuchar que alguien hablara en esos términos. Algunos probablemente no habían pensado jamás en que estos pueblos tuvieran algún orgullo. La mayoría seguían operando con el estereotipo de que los latinoamericanos son pueblos haraganes, que por eso no progresan a pesar de la "inmensa" ayuda que reciben de Estados Unidos.

Esa injusticia contra nuestros pueblos (...) se sigue practicando en nombre de uno de los lemas empedernidos: "comercio libre". Sin embargo, ese lema desaparece cuando alguno de nuestros productos latinoamericanos necesita pasar por las aduanas de los Estados Unidos.

Pasó a narrar la tragedia de los cultivadores de henequén, en el estado de Yucatán, en México, donde 45 trabajadores y 30 muías le costaban al propietario, 40 dólares diarios porque el bajo precio del henequén no le permitía pagar más, y mucho menos capitalizar siquiera un centavo para invertir.

Los Estados Unidos mandan acá sus compradores, a exprimir hasta el último cuarto de centavo de la economía de Yucatán. Se llevan la fibra y los hilos inocentemente, "a precio de mercado mundial". Este es un cliché conocido que indica el nivel del hambre de los pueblos indefensos.

Cuando Yucatán se queja de su suerte, los Estados Unidos le recomiendan "una diversificación de la economía".

¡Es una idea original! Pero resulta que los yucatecos nunca han podido acumular el capital que se necesita para industrializarse, porque trabajan para el agricultor norteamericano (que ni siquiera lo sabe) a sueldos de esclavos.

¿Qué pueden hacer entonces? ¿Les concederá un préstamo el EXIMBANK, esa moderna fuente inextinguible de todos los bienes humanos? Eso ya es cuestión delicada. Depende de los "estudios técnicos", las "garantías colaterales"... el préstamo tendría que ser "auto-liquidable", "no inflacionario", etc., ¡Cuánto mejores son "las inversiones privadas!" "¿Porqué

ustedes no nos encomiendan el trabajo a nosotros? ¡Nuestras compañías pueden ir a establecerse en su país, y realizar todos los negocios de ustedes!

Y concluyó:

Tal vez sea oportuna una parábola de nuestro poeta del Perú, José Santos Chocano, que reconstruyo con palabras mías: Aquel día, Jesús había predicado varias veces, alrededor del lago de Galilea. Al anochecer, fijó su atención en la cara de un hombre que había escuchado todos sus sermones. "¿Por qué me miras de esa manera?" le preguntó. Y el hombre contestó: "Porque no entiendo". Entonces el Maestro avanzó hacia él, colocó su mano diestra sobre su cabeza y le ordenó: "¡Entiende!" Y el hombre entendió. Aquella noche, Jesús, reflexionando sobre los acontecimientos del día, maravillóse de haber realizado un milagro que no se repetiría en los siglos: el milagro de hacer entender al que no entiende.

Los años siguientes habrían de demostrar que, efectivamente, el milagro no se había repetido aún.

LA IZQUIERDA DEMOCRÁTICA FRENTE A LA ISLA

El otro acontecimiento que habría de tener decisiva importancia en la política estadounidense del período, fue el triunfo y posterior desenvolvimiento de la Revolución Cubana, que unido a los efectos causados por las manifestaciones en contra de Nixon, propició que tomaran alguna ventaja, en los círculos de la alta decisión política estadounidense, los liberales y los que favorecían una liberalización en las relaciones recíprocas con los restantes países del Continente.

Pocas semanas después de aquellas manifestaciones contra Nixon, el gobierno estadounidense quiso dejar constancia de su desaprobación respecto de las tiranías e impuso un embargo de armas contra Batista, medida que facilitó el éxito del Ejército Rebelde encabezado por Fidel Castro. Los liberales estadounidenses habían probado su eficacia y los movimientos populares de América Latina, incluida la izquierda democrática, se mostraron jubilosos, porque hasta ese momento, el Movimiento "26 de Julio" era considerado como de tendencia socialdemócrata, heredero del Partido Ortodoxo de Eduardo Chivas.

Figueres vio el triunfo de los revolucionarios cubanos en parte como un triunfo personal, pues él mismo, aún siendo presidente, había estado involucrado en el envío de armas, de municiones y de combatientes a la isla, durante la época de la guerra.

Sin embargo, el éxito del movimiento armado en Cuba se convirtió rápidamente en un factor de radicalización de muchos movimientos populares del Continente, desilusionados de los sistemas electorales cuya utilidad había sido nula, y

entusiasmados por la eficacia de las acciones armadas. Al mismo tiempo, el proceso político cubano aumentaba sus contradicciones con Estados Unidos y se radicalizaba aceleradamente.

Varios partidos y dirigentes de la izquierda democrática trataron de interceder para que las relaciones entre Cuba y Estados Unidos no llegaran a la ruptura total. Muñoz Marín inclusive insinuó que Fidel Castro debía seguir "un modelo latinoamericano", a lo que éste contestó que no estaba dispuesto a convertirse en otro "estado libre asociado."

Figueres trató de hacer valer sus antecedentes de apoyo y de amistad con el movimiento y con los revolucionarios cubanos, y viajó a la isla en marzo de 1959, con el objeto de entrevistarse con Castro.²

LA RUPTURA

Figueres recuerda los acontecimientos de la siguiente manera:

Yo esperaba de Fidel Castro un régimen socialdemócrata. Eramos amigos y eso era lo convenido.

Lo que ocurrió fueron dos cosas: en primer lugar, que la intelectualidad comunista comprendió su error, le dio vuelta a Batista y se fue del lado de la revolución; y los comunistas, una vez que entran en una causa, son muy eficientes; y en segundo lugar, que los Estados Unidos tuvieron dos embajadores el colmo de imbéciles, ante el gobierno de Batista, que era completamente impopular, algo parecido a lo que ocurrió con el Sha de Persia. Entonces la revolución venía envenenada contra Estados Unidos.

Cuando viajé a Cuba, sucedió que nadie se daba cuenta de que en esos días había una de las llamadas crisis de Berlín, un choque fuerte entre la URSS y los Estados Unidos, en Berlín, y que en cualquier momento podíamos amanecer en guerra mundial. Yo fui a Cuba con la angustia de que si había guerra mundial, y si en Cuba estaban injuriando a los Estados Unidos, como lo hacían en los discursos de Fidel o del hermano, Estados Unidos iba a tener que ocupar Cuba, que para mí, eso era un paso atrás espantoso: ¡otra vez los "marines" ocupando un país latinoamericano!

Y llego, y me encuentro con aquellos discursos incendiarios, y yo, que era el revolucionario, me subí a la tribuna para hacer de moderador.

Después he visto un artículo de Fidel en que se quejaba de que yo fui invitado y llegué a defender tesis contrarias a las de él. Eso se debió a que yo estuve cuatro días, que tienen muchos minutos, mandándole recados a Fidel Castro,

primero a través del Protocolo, después a través de compañeros que habían peleado en varias causas y que eran compañeros de los dos, diciéndole: "Fidel, veo aquí, en un programa, que yo tengo que hablar el sábado, y es peligrosísimo que yo hable sin una conversación con usted". Si él hubiera accedido a que conversáramos, yo tal vez no hubiera aprobado muchas cosas que estaban haciendo, pero de ninguna manera me hubiera metido a desautorizarlo en público.

Fue culpa de él, que no quiso hablar conmigo, y no quiso hablar conmigo, por una cosa muy curiosa: él y yo habíamos conversado sobre Puerto Rico aquí en Costa Rica, y él sabía, igual que yo, que cualquier elección libre en Puerto Rico, por lo menos en aquel momento, la ganaba el partido de Muñoz Marín con la fórmula del Estado libre asociado, y que el Partido Independiente no tenía ningún arrastre; pero demagógicamente, en toda América, lo corriente era pintar a Puerto Rico como una colonia debajo de la bota yanqui.

Cuando llegué a La Habana, en una conferencia de prensa me preguntaron sobre Puerto Rico, y yo, que no sabía que ese problema lo estaban agitando ellos ahí como bandera, dije lo que pensaba: que en Puerto Rico hay más libertad como la vemos en occidente, etc. Los periodistas armaron un alboroto y los cabezas calientes fueron a decirle a Fidel que era una barbaridad, que yo había llegado a hablar a favor de Muñoz Marín. Creo que por eso él no quiso hablar conmigo, para que yo no le repitiera la conversación que tiempo atrás habíamos tenido sobre Puerto Rico.

Por eso sucedió lo que yo preví, que yo disentía del régimen, y después se enojó porque disentíamos y dijo que eso era inusitado, que un jefe de Estado visitante fuera a disentir de los dirigentes del movimiento.

Hablé ante toda Cuba. Había medio millón de personas presentes pero estaba toda Cuba en la televisión. Yo dije que se le estaba yendo la mano en la política ante los Estados Unidos, que yo justificaba el resentimiento de ellos por lo que los embajadores habían sido, además de que Cuba tiene mucho que cobrarle históricamente a los Estados Unidos, pero que la posición geográfica y cultural de nuestros países nos obligan a discutir entre nosotros esas discrepancias y no a ponernos de parte de potencias ultra-continetales no americanas. Esto tampoco le gustó aunque él conocía mi razonamiento.

Lo que yo no sabía era la cantidad de gente cubana que sabía lo que estaba pasando, y que me hicieron una avalancha después, y me llenaron de telegramas, y uno de los que estaban alarmados por el rumbo que estaban tomando las cosas, probablemente de la burguesía, llegó a proponerme que quitáramos los rótulos que decían "¡Gracias, Fidel!" y pusiéramos "¡Gracias, Figueres!"

Después de eso lo volví a ver. La familia y los amigos le armaron un alboroto del diablo, vino a verme al hotel y se despidió, creo que él dijo después que había ido al aeropuerto; esa parte no es cierta. El llegó y me dijo: "Mira, estas diferencias..." Pero entonces yo le dije: "Mira, Fidel, te devuelvo la invitación, vente a Costa Rica y las discutimos como amigos", y así quedamos.

Lo que sí hice yo, y le molestó, de seguro, fue que dos noches seguidas fui a la televisión a hablarles del sistema de cuotas que habían disfrutado ellos con el azúcar, diciéndoles que si nosotros hubiéramos tenido una cosa parecida, si Costa Rica hubiera tenido algo parecido para el café, estaríamos felices; porque hubo una época en que la mayoría de las inversiones en caña eran o americanas o europeas, y el sistema de cuotas estaba destinado a favorecerlos a ellos, a las compañías extranjeras, pero favorecía a Cuba porque no dejaba que cayera el precio. Yo decía en la televisión que ojalá nosotros tuviéramos eso para el café. Creo que eso no le gustó, además de que yo sentía el apoyo de la gente que me rodeaba: no fue nada popular la actitud de él.

Otra cosa es que, en el acto, antes de que habláramos, yo me encontraba sentado en una fila donde estaba Fidel, el Presidente, la esposa del Presidente y yo. Ahí me pasaron un programa según el cual el Presidente de Cuba tenía que hablar de sandwich, en medio de los dos. Entonces yo llamé a los del Protocolo y les dije: "perdonen, muchachos, pero el Presidente debe ser el último, pero reconociendo la realidad de aquí, de que Fidel es el verdadero líder, por lo menos pongan al Presidente de primero". Y lo pusieron.

Otra cosa que pasó fue que, cuando él se me tiró encima, yo tuve la precaución de estarme parando a cada rato a decirle: "¡Bravo, Fidel!", "¡Muy buena, Fidel!", y así. Entonces mucha gente no notó la corriente de bronca que estaba transcurriendo ahí. De manera que cuando yo terminé me aplaudieron tanto como a él.

Esto fue así porque se estableció una especie de diálogo, él en la tribuna y yo sentado, pero yo sin contradecirlo, yo diciéndole: "¡Está bien, Fidel, yo acepto esa tesis, ya lo habíamos conversado!" etc., porque yo tuve la precaución de no sentirme agredido; y es que realmente no fue agresión, lo que pasó es que muchos cubanos la exageraron después, porque la marea dio vuelta y apareció mucho antifidelismo.

Yo fui a Cuba con la mejor buena intención. Ello se demuestra con el hecho de que yo me llevé a la mejor gente que teníamos aquí: yo sabía que él quería reformar la OEA y me llevé a Gonzalo Fació que es un experto; yo sabía que él tenía un buen programa de vivienda y me llevé a Macho Carazo que era el gerente del INVU, a Chico Brizuela y una serie de gente que resultó que quienes mejor podíamos ayudar al nuevo gobierno éramos los de Venezuela, Costa Rica y Puerto Rico; sin embargo, en Puerto Rico y en Venezuela estaban

en el poder en tanto que nosotros estábamos fuera del poder, y teníamos gente buena disponible, y yo los llevé para que ayudaran a la revolución.

Años pasaron en que los cubanos decían que perdonara, que les daba mucha pena, pero en realidad yo no me siento ofendido.

Chico Orlich decía que hubo mucho de celos de parte de él. Los celos entre los hombres es una fatalidad peor que entre hombre y mujer.

Notas

1. Figueres, José: "No se puede escupir a una política exterior"; en Surco; San José, 7 de agosto de 1958: pp.64 a 69.
2. Véase: Ameringer, Ch.: op. cit.
3. Ídem.

Capítulo XVI

LA DIFÍCIL MEDIACIÓN

El auge de los llamados liberales dentro del gobierno de Estados Unidos, y el proceso de radicalización del movimiento cubano, fueron reflejándose gradualmente en las relaciones entre los países latinoamericanos y Estados Unidos.

En primera instancia, los liberales fueron de opinión de dar la batalla ideológica contra los comunistas y contra lo que ellos consideraban la influencia soviética en el Continente; empezaron a financiar programas de difusión ideológica, educativos, culturales y formativos, utilizando para ello organizaciones existentes u otras creadas especialmente a instancias suyas.

En tales condiciones, y a través de diversas agencias gubernamentales, inclusive la Agencia Central de Espionaje (CIA), se dedicaron a patrocinar, entre otras cosas, programas de formación de dirigentes políticos, estudiantiles y obreros, que fueran capaces de contrarrestar ideológicamente a los comunistas. En esos programas se incluyeron hasta dirigentes de la izquierda democrática que luchaban contra las dictaduras ultraderechistas patrocinadas por el mismo gobierno estadounidense.¹

Figueres conoció ese proceso y, en alguna medida participó de él. Inclusive entabló amistad con el mismo director de la CIA, respecto de quien decía: "Yo tuve varios almuerzos con el fundador de la CIA, con Allan Dulles, se trataba de un hombre muy preparado, de un filósofo."²

Explicaba Figueres que en su opinión, la existencia de la CIA como tal no era el problema, sino que el verdadero problema era la existencia de las pugnas internacionales:

La CIA es una organización muy grande. En ella hay de todo y el problema no es que exista o no. El problema es que vivimos en un mundo que todavía acepta la guerra, y si hay guerra tiene que haber ejércitos, y si hay ejércitos tiene que haber espionaje, y si hay espionaje hay que tratar con él.

La gente confunde el todo con las partes: o acabamos con la guerra o tenemos que aceptar el espionaje. No se puede hacer guerras sin armas y las armas más efectivas son las agencias de espionaje.³

Figueres recordaba que en sus inicios la CIA estuvo encabezada por intelectuales, conocedores de la política internacional:

Los fundadores de la CIA eran gente de la alta intelectualidad gringa, de la Segunda Guerra Mundial, que habían quedado impresionados con el espionaje alemán y ruso, y que vieron la necesidad de establecer su propio sistema.

Figueres aseguraba que la CIA ha cometido errores tanto en sus apreciaciones como en sus actividades, pero que había cumplido un papel positivo en varios aspectos:

De manera que, cuando vienen en Estados Unidos, olas de publicidad en contra de la CIA, a mí no me da la gana sumarme porque recuerdo mucho los actos positivos de lo que se llamaba el Departamento Internacional, que era el que financiaba conferencias de la juventud, revistas, premios literarios, no porque lo hubieran inventado ellos, sino con el propósito de competir con Rusia.⁴

LA ÚNICA MANERA: ATACANDO LA CAUSA

Recordaba Figueres que él entró en contacto con la CIA cuando una parte de la misma agencia asumió la función de combatir a las tiranías del Continente:

Yo sentía la necesidad de ayuda internacional para el movimiento de derrocar dictaduras en América Latina, y así lo decía en todas partes, y probablemente en parte por eso, se creó el Departamento Internacional, compuesto por puros liberales, y los liberales, en Estados Unidos son idealistas.⁵

Figueres mantuvo relaciones de carácter cultural con dependencias de la mencionada Agencia:

En el campo cultural, yo me aproveché de la CIA todo lo que pude: me encontré en el Departamento Internacional viejos amigos de lo que llaman el populismo, que son unos liberales de izquierda, gente muy culta.

De aquella época data la existencia del Instituto de Educación Política, fundado en noviembre de 1959, que durante varios años funcionó en Costa Rica y que llegó a relacionarse, prácticamente, con todos los movimientos y partidos de la izquierda democrática de esa época, inspirados en la idea de crear una tercera vía de desarrollo político y económico que, por ese hecho, se pronunciaba en contra de las dictaduras de derecha y del comunismo.⁶

En ese Instituto participaron, además del Partido Liberación Nacional, Acción Democrática, de Venezuela; el APRA, del Perú; el Frente Nacional Democrático, la

Alianza de Amigos de Aureliano y el Partido Revolucionario (Auténtico), de Cuba; el Partido Revolucionario, de Guatemala; el Partido Liberal, de Honduras; el Partido Revolucionario, de Nicaragua; dos grupos democráticos panameños, además del Instituto Internacional de Investigaciones del Trabajo.

Figueres asumió durante esos años, un papel muy destacado en el movimiento de la izquierda democrática del Continente, pero éste se iba fracturando como consecuencia de la radicalización de la revolución cubana, la fuerte oposición de los círculos políticos estadounidenses en contra de la misma, y la creciente y beligerante oposición contra Trujillo, por parte de casi todos los sectores de la opinión pública hemisférica.

Esas disidencias se manifestaron ya en la Conferencia de San José, celebrada en agosto de 1960, por los cancilleres de las repúblicas americanas, Conferencia que condenó a Cuba, y dio paso así a la intervención armada en su contra. Además, los grupos de izquierda acusaban grandes diferencias de opinión sobre la forma en que debería llevarse adelante el derrocamiento de Trujillo y de las otras dictaduras que aún subsistían en América Latina.

Todavía en la Conferencia de Partidos Populares, celebrada en Lima, en agosto de ese mismo año, Figueres trató de mantener la unidad del movimiento de la izquierda democrática, sosteniendo la tesis de que las reformas económicas y sociales, solamente podrían tener pleno efecto en un sistema de libertad.

Se pronunció en contra de la radicalización del movimiento cubano y llamó a detener el proceso de lo que dijo ser "la infiltración totalitaria" en el Continente, diciendo que ella podría servir para justificar la intervención de las grandes potencias, con los riesgos que ello implicaba.

Al mismo tiempo, Figueres condenó la actitud de algunos funcionarios del gobierno de Estados Unidos, que se empeñaban, a su juicio, en mantener las dictaduras de Nicaragua y la República Dominicana, y se pronunció porque fuera removidos, para dar paso a los movimientos libertarios, antes que se radicalizaran más las condiciones.

EL TURNO DE TRUJILLO

El año 1961 fue especialmente activo para las diferentes facciones de la izquierda democrática y para la política latinoamericana en general: en mayo, el nuevo presidente estadounidense John Kennedy, poco después de asumir el poder desató la invasión armada contra Cuba, con resultados militares catastróficos y con efectos políticos fatales.

Los liberales infiltrados en la CIA demostraron su incapacidad y Kennedy dejó bien claro que, si bien él asumía la responsabilidad por el hecho, sería riguroso en deducirla a quienes le habían arrastrado al error y a la derrota.

Pese a ellos, no se detuvo el plan para aniquilar a Trujillo, el cual se ejecutó mes y medio después del fracaso de Girón.

A Figueres se le mencionó como la persona que, en las condiciones de desmoralización causada por la derrota de Girón, logró que Kennedy no se opusiera, a que continuara adelante el plan de invadir República Dominicana y deponer a Trujillo.⁷

A Figueres se le ha mencionado también como el elemento que logró reunir a todos los interesados en la caída de Trujillo, incluyendo a Juan Bosch y su Partido Revolucionario Dominicano, a Miguel Angel Pardo, de la Vanguardia Revolucionaria Dominicana, a Rómulo Betancourt, a los más diversos grupos de exiliados dominicanos radicados en Estados Unidos, Costa Rica y Venezuela, y a varios liberales de la Central de Inteligencia que de alguna manera estuvieron de acuerdo en la empresa.

Trujillo fue ajusticiado el 30 de mayo de 1961, por un comando armado que se identificó como perteneciente a la Alianza Democrática Dominicana. El movimiento revolucionario encabezado por Juan Bosch tomó el poder, pero solo pudo ejercerlo durante pocos meses, pues bien pronto los militares trujillistas lograron restaurar su hegemonía.

La guerra de Figueres contra los tiranos alcanzó un notable triunfo con la caída de Trujillo; pero al año siguiente, todo lo que habían avanzado los movimientos democráticos en América Latina, mediante gobiernos civilistas y en varios casos progresistas, fue arrasado por una nueva ola reaccionaria.

En Honduras fue depuesto Ramón Villeda Morales. En Ecuador cayó José María Velasco Ibarra. En Argentina los militares derrocaron a Arturo Frondizi. En Brasil los generales depusieron a Janio Quadros.

El proceso continuó en 1963, con la sustitución del militar blandengue, Miguel Ydígoras Fuentes en Guatemala, y culminó en noviembre de ese año, cuando los generales de Estados Unidos asesinaron al Presidente Kennedy, y con él, a su doctrina de la Alianza para el Progreso.

Figueres tenía entonces que volver a comenzar su guerra contra las tiranías, solo que esta vez en condiciones más difíciles aún.

Notas

1. Véase: Ameringer, Ch.: op. cit.
2. Entrevista.
3. Ídem.
4. Ídem.
5. Ídem.
6. Ídem.
7. Ídem.

SEXTA PARTE
POR UNA PAZ VERDADERA

Capítulo XVII

LAS REVOLUCIONES INEVITABLES

Durante los años posteriores, el planteamiento básico al que obedeció la lucha de José Figueres ha quedado explícitamente expuesto en su producción intelectual: el intercambio injusto con los países desarrollados, ha impuesto a los países pobres, condiciones tales que han hecho ineludible la explotación desmedida de las masas trabajadoras, y ello es la causa fundamental del descontento, de la violencia y de las revoluciones.

Este planteamiento, además, ha desembocado en su corolario lógico, según el cual, la lucha por el establecimiento de la paz entre los pueblos, tanto en la región americana como en el mundo entero, necesariamente debe darse en lo que puede considerarse sus tres frentes de combate: por un justo intercambio con los países desarrollados, contra la explotación dentro de cada nación y por la convivencia pacífica entre las naciones.

Figueres explicaba de la siguiente manera su posición:

Los norteamericanos no entienden que hay revoluciones que son inevitables. Como la de Nicaragua, como la que se desarrolla ahora en El Salvador donde hay una sociedad basada en la superexplotación del campesino y del obrero. Eso es lo que genera las revoluciones.¹

Es claro que la explotación abusiva de las masas mayoritarias de los países, es la causa eficiente de las revoluciones, las cuales necesariamente ocurrirán mientras exista esa situación. Pero explica también que la misma superexplotación de las masas trabajadoras tiene su propia causa eficiente a la vez:

Esa situación del asalariado es provocada por el intercambio desigual entre países ricos y pobres. En la medida en que no se establezca un equilibrio en ese intercambio, las revoluciones en los países pobres van a seguir sucediéndose. Esos y no otros son los agentes externos que las provocan.²

En la fundamentación ideológica de Figueres no caben aquellas explicaciones simplistas, según las cuales son los agitadores los causantes de las insurrecciones, ni existen las influencias del exterior capaces de subvertir un sistema: "Los vientos de

cambio siempre llegan de fuera, pero la injusticia la ponemos adentro, y es ésta la que impulsa los cambios."3

POR LA JUSTICIA SOCIAL INTERNACIONAL

En 1962, en el seno de la Asamblea General de las Naciones Unidas, un grupo de 77 países del Tercer Mundo consiguió la convocatoria para una Conferencia sobre Comercio y Desarrollo.

Ese acuerdo se adoptó pese a las grandes presiones ejercidas y a la dramática desaprobación expresada por los países desarrollados, reticentes a tratar conjuntamente la problemática de esas dos materias, debido a que el tipo de comercio "libérrimo" defendido por las grandes potencias exportadoras, aparece a primera vista como el obstáculo primero y más fuerte contra el desarrollo de las naciones pobres.

Los 77 países que consiguieron aquel acuerdo adquirieron en esa lucha, conciencia sobre sus intereses comunes, y sobre la necesidad de unir sus esfuerzos, en demanda de términos menos injustos en el intercambio comercial internacional.

Es más, durante la conferencia que tuvo lugar en Ginebra en 1964, consiguieron también que la Conferencia sobre Comercio y Desarrollo, la UNCTAD, se convirtiera en un organismo permanente de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

En el seno de la UNCTAD, los países del Tercer Mundo bosquejaron su tesis fundamental al sostener que es el comercio en términos injustos, lo que ha hecho crecer en esos países, la diferencia entre los escasos ingresos por sus exportaciones y la necesidad de importaciones exageradamente caras, tesis esta que contrastó con la defendida por los países ricos, en el sentido de que esa diferencia se debe al aumento de los déficit presupuestarios de los gobiernos. Los países pobres, en esa oportunidad, levantaron la consigna de "¡no queremos ayuda, queremos comercio justo!"

Las naciones industrializadas, enfrentadas a un grupo de países cansados de ser sujetos de una relación de explotación internacional, llegaron inclusive a ofrecer el uno por ciento de sus ingresos, como ayuda para el desarrollo del Tercer Mundo.

Sin embargo, ni siquiera esa promesa cumplieron, evidenciando que solo la había formulado para escamotear la discusión. Entonces se vieron en la necesidad de aceptar un acuerdo tendiente a establecer un sistema general de preferencias para las exportaciones del Tercer Mundo, acuerdo que posteriormente también eludieron cumplir, alegando que no se habían fijado los procedimientos ni las medidas adecuadas para hacer efectivo ese trato preferencial.

Los países del Tercer Mundo insistieron en la concertación de un acuerdo general sobre materias primas, pero las potencias industrializadas se negaron a él, lo mismo

que al establecimiento de un sistema de reservas internacionales de materias primas, capaz de prevenir las grandes fluctuaciones en los precios y en las existencias de esas materias.

La UNCTAD se presentó desde el primer momento, como el campo de batalla por un Nuevo Orden Económico Internacional, aspiración del Tercer Mundo tendiente a corregir las grandes desigualdades y las injusticias derivadas de los términos en que se practica el comercio entre países ricos y países pobres, en las condiciones actuales.

Desde la primera oportunidad en que se constituyó la UNCTAD, con esas características de campo de batalla por el derecho de los pueblos pobres a un precio justo para sus productos exportables, como condición necesaria para su desarrollo social, político y económico, José Figueres estuvo en esa lucha, en Ginebra, en 1964. Figueres sostuvo la tesis siguiente:

Los pueblos pobres son los corderillos en el altar de la "libre competencia". Si los latinoamericanos no quieren ya trabajar por unos cuantos centavos de dólar por día; si nuestros empresarios desean capitalizar y levantar un patrimonio nacional y al tiempo diversificar nuestra economía; si nuestros gobiernos se empeñan en aumentar sus ingresos por medio de impuestos, para instalar tuberías de agua potable y construir escuelas, el África no presenta esos problemas (...) ¡Nada hay tan venerable como la "libre competencia" cuando los compradores son los ricos y los vendedores los pobres!4

Por lo demás, en la lucha por conquistar condiciones menos injustas en el comercio internacional, Figueres estaba consciente de que se trataba de un esfuerzo a largo plazo: "Las transformaciones sociales son lentas y largas. La lucha por la abolición de la esclavitud se prolongó más de dos siglos."

En junio de 1983, con ocasión de recibir un Doctorado *Honoris Causa* de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN), el Expresidente Figueres planteó su tesis sobre la necesidad de establecer un sistema de "precios de paridad" en las relaciones comerciales internacionales, entre los países del Tercer Mundo y los industrializados.

En los Estados Unidos había corrido ya su curso la revolución del Nuevo Rumbo o Nuevo Trato, bajo el liderato del Presidente Roosevelt. De ahí salió una idea, entre muchas, y salió la frase correspondiente, que en buena parte produjo la sociedad estable que es hoy Norteamérica: "precios de paridad". Un día de trabajo en el campo debe compensarse igual que un día de trabajo en la ciudad. Se acabó allá la explotación del campo por la ciudad, que subsiste en el llamado Tercer Mundo. La hija del agricultor tiene igual derecho a ir a la universidad que la hija del obrero, la hija del oficinista, del profesional, del gerente, la hija del inversionista.

Así, en la sociedad norteamericana, sin necesidad de cambiar mucho el sistema de propiedad, como habían propuesto los nobles utopistas del siglo XIX, y como desean hoy la mayoría de los reformadores contemporáneos, se estableció con ciertas regulaciones, un alto grado de justicia entre las clases.

Además, se abrió el mercado para la industria, en el campo y se alejó de momento el espectro del desempleo en los centros industriales.

Sin embargo hoy (...) por falta de regulación internacional, el flagelo del desempleo hace que se desaprovechen, en los países desarrollados, la fuerza y la capacidad de 30 millones de trabajadores, porque no se ha abierto el mercado de los países retrasados.

En la misma oportunidad, Figueres recordó que ya en 1950, "estando tiernos los brotes de la nueva filosofía" acerca de los precios de paridad dentro de Estados Unidos, durante una conferencia de banca y economía, hizo cálculos sobre la posibilidad de que un sistema similar regulara el comercio internacional, para solucionar en gran parte las dificultades del mundo subdesarrollado.

Intrépidamente, con el atrevimiento que da la ignorancia, pedí la palabra y expuse la idea.

Los señores conferencistas invocaron al instante la observación de Adam Smith, que fue novedosa y difícil de entender en 1776: los precios se determinan ("fatalmente", según la interpretación corriente), por la Ley de Oferta y Demanda. La naturaleza inventó la lluvia. La lluvia existe. Es una realidad. Sería locura inventar el paraguas.

La Ley de Oferta y Demanda es, como la necesidad de libertad, indiscutible. Pero ¡cuántos crímenes se cometen en su nombre! (...) Si observamos esa ley en períodos largos no falla (...) Pero la sociedad civilizada ha encontrado en muchos países la manera de estabilizar bastante el mercado, a pesar de esa Ley, por el sistema de reservas. Y se dice que esto lo inventaron los chinos tres mil años atrás.

Respecto de esas posiciones encontradas y de la incompreensión leonina de las grandes potencias económicas, Figueres recordaba:

Una vez volé varias semanas con Nelson Rockefeller por el noreste de Estados Unidos (...) Durante las conversaciones, por pasar el tiempo en el aire, el señor Rockefeller me disparó a quemarropa esta pregunta: "¿Cómo definiría usted lo que es un precio justo para el café o el banano?".

Afortunadamente yo estaba preparado, porque he pensado mucho en las objeciones que se hacen a los planes de estabilización internacional:

Indudablemente —le contesté— justo es un término ético, no económico. Pero tal vez podríamos acercarnos un poco a una definición así: "Cuando dos o más países intercambian sus productos, precios justos pueden ser los que proporcionen a sus pueblos un tenor de vida aproximadamente igual". Por supuesto los latinoamericanos sabemos por Darío que "la adusta perfección jamás se entrega".

LA PAZ NECESITA ALGO MÁS QUE RAZONES

En junio de 1983 se celebró en Belgrado la VI UNCTAD, en la que participaron tres mil delegados de 166 países miembros y de organizaciones internacionales.

En el discurso inaugural, el entonces Presidente yugoslavo, Mica Spiljak, formuló un patético llamado de atención sobre la amenaza de lo que podría ser una catástrofe global, para el caso en que el mundo continuara gastando menos en asistencia y más en armamentos, rubro este último cuya magnitud anual era igual a la deuda externa de todos los países del Tercer Mundo acumulada a 1982, es decir, unos 600 mil millones de dólares.

El entonces Secretario General de las Naciones Unidas, Javier Pérez, formuló una exhortación al optimismo, en contra de la frustración, por la falta de resultados en el llamado diálogo Norte-Sur, en tanto que las delegaciones de los países industrializados, y especialmente la estadounidense, se pronunciaron intransigentemente por "el libre juego del mercado".

La conferencia constató que desde 1980 el mundo se hallaba sumido en la crisis económica y social más profunda desde la gran depresión de los años 1929-1930, y que las consecuencias de esta crisis se habían ido acumulando en contra de los países menos desarrollados, naciones que en definitiva se han convertido en los amortiguadores de la crisis del mundo industrializado.

La misma conferencia descartó la tesis de los países desarrollados, en el sentido de que solo la recuperación del Norte traería la recuperación del Sur, porque en la práctica, la recuperación del Norte se estaba consiguiendo precisamente mediante el traslado hacia los países del Sur, de las consecuencias adversas de la crisis.

José Figueres dijo ante aquel foro mundial claramente dividido por las injusticias del comercio internacional, entre otras cosas, lo siguiente:

Yo, francamente, he perdido la fe en la mera convicción, en la mera educación, la mera exposición de nuestras razones ante los países poderosos. Yo he perdido la fe y me hago la reflexión de que si el movimiento organizado del

*mundo hubiera apelado solamente a la comprensión y a la generosidad de las llamadas clases dirigentes, hoy estaría el mundo mucho más atrasado.*⁶

Evidentemente Figueres planteaba un llamado a la acción, en el sentido de que las grandes potencias económicas no habrían de cambiar su actitud con base en unos buenos sentimientos que nunca han demostrado tener. Y puntualizó:

Es quizá una ingenuidad la que hemos padecido muchos al apelar tanto a la razón y al apelar tanto a la generosidad, a la comprensión; es un desconocimiento hasta de reglas darwinianas, digamos; creo que debemos seguir el ejemplo de los movimientos que en nuestra época han tenido éxito. Posiblemente no podríamos organizar a escala mundial un movimiento como el de Gandhi, pero sí podemos copiar bastante los métodos de pelea del movimiento obrero organizado, los del sindicalismo, pues, en una palabra.

Así, su argumento se orientaba hacia la constitución de sindicatos de países pobres, capaces de enfrentarse y de hacer valer sus derechos ante los carteles internacionales que, dado el apoyo todopoderoso de sus respectivos gobiernos, han devenido en carteles de naciones altamente desarrolladas, monolíticamente unidas contra los pobres del mundo.

El grado de relativa igualdad, o aproximación a la igualdad, que se ha logrado internamente en nuestras sociedades, se debe en alguna medida a la comprensión, a la benevolencia de las clases dirigentes, pero más que nada, a la fuerza organizada del obrerismo mundial.

Para fundamentar su tesis, Figueres señaló que:

Hace cuatro o cinco meses una caja de bananos —que son 42 libras— se pagaba a los países pobres en cuatro dólares, y se nos decía que el consumidor en los países ricos no podía pagar más, y si insistíamos en levantar los precios bajaría tanto el consumo que nos quedaríamos sin mercado. Y se nos hacía toda clase de amonestaciones y de regaños por nuestra imprudencia de querer recibir una remuneración un poquito mejor.

Pero ocurrió que en distintos países como el Ecuador y algunos centroamericanos, se han dado condiciones naturales desfavorables, huracanes y cosas por el estilo. Falta banano y entonces, conforme a esa nunca bien ponderada Ley de Oferta y Demanda a la cual se nos pide que dejemos nuestra suerte, hoy vale once dólares para el productor. Los países ricos están comiendo banano igual que antes...

Es decir, que lo que hizo un huracán no lo han podido hacer los productores de banano de ocho o diez países, cuyos trabajadores, en las zonas menos

sanas del mundo, en las zonas bajas, lluviosas y palúdicas, producen el banano.

Hagamos un huracán nosotros, un huracán de organización, de organización sindical, y veremos si se puede o no se puede.

Así hablaba la experiencia ganada durante una vida de lucha en defensa de los intereses de aquellas naciones que podrían considerarse como la clase pobre internacional, el Tercer Mundo.

Sabía indudablemente que la indiferencia de los países ricos es absoluta, que solo se puede vencer mediante la fuerza que da la unión de los débiles. Pero sabía asimismo que estos últimos también confrontan demasiados y muy graves problemas internos:

Los países productores de café hemos hecho muchos esfuerzos por organizarnos, como quien dice, sindicalmente. Pero ha pasado que los propietarios de las plantaciones se conforman con un precio que llaman bueno porque ese precio les permite a ellos ganar sus jornales y vivir bien. Pero olvidan totalmente que para producir café en una región, o caña en otra, hay que pagar maestros de escuela, hay que pagar jueces, hay que pagar policías, hay que pagar agentes de salud; es decir, nuestras clases dirigentes olvidan lo que es el costo social de una mercancía y se preocupan simplemente por el costo empresarial.

De esa manera, resulta que tan grave y negativa es la actitud de los países ricos, como el egoísmo y la miopía de los empresarios nacionales, a quienes únicamente les preocupa y se conforman, con estar bien sin entender quiénes en realidad pagan su bienestar.

Los precios del cacao, con algunas fluctuaciones ajenas a los costos de producción, continuaban siendo malos cuando vino la televisión blanco y negro. El gasto adicional de comprar los televisores, de inmediato, salía del bolsillo de los propietarios del cacao, que podían adquirir los aparatos. Pero ellos no bajaron por eso su tenor de vida en otros consumos, evidentemente.

El nuevo gasto tenía que salir de los asalariados, de la mayoría pobre, ya fuera en la falta de mejores salarios o en los servicios escolares o de salud, o de algún otro lugar pero era indudable que el estancamiento de sus vidas se debía al avance de la tecnología en el exterior. Y pronto vino la televisión a color, que también duplicó el costo del receptor y nuevamente se repitió el fenómeno.

Es claro que, entre tanto, en los países que producen los aviones y los televisores, en el Norte, el creciente costo de la vida tenía alguna comprensión para el público, o los salarios subían o los servicios mejoraban, o la

capitalización aumentaba. En el campo internacional, las diferencias económicas entre pueblo y pueblo crecían, paradójicamente, con el adelanto de la tecnología.

Una paradoja del sistema según la cual, los instrumentos del progreso de las potencias industriales se convierten en los instrumentos del atraso de los pobres de las naciones pobres, también por lo que puede llamarse el espejismo de las exportaciones:

Hoy más que nunca, prácticamente en todo el mundo se insiste en "la necesidad de fomentar las exportaciones". Esto es una inversión de la realidad. Lo que necesitamos los países pobres, por ejemplo, es alambre de púas; machetes, o el material para hacerlos, camiones, tractores. No podemos producir todo localmente. No podemos producir alfileres y locomotoras. Aunque tuviéramos el capital necesario, nuestras "econidades" son demasiado pequeñas para diversificar tanto. No podemos obtener la gran variedad de artículos que necesitamos, si no es por el intercambio con los países que desean consumir nuestros productos tropicales. La necesidad de exportar es solo una consecuencia de la necesidad de importar.

En otro orden de ideas, para fundamentar su tesis según la cual es la desigualdad la causa de las guerras, Figueres dijo:

Al final de este segundo milenio, nos encontramos en una importante encrucijada, como se han encontrado nuestros antecesores muchas veces. Yo quiero creer que esto no acabará en una guerra nuclear. No desaparecerá la vida del planeta Tierra. No seremos otra inhóspita Luna. Por eso vale la pena buscar remedios a los males de nuestro tiempo, en el campo económico: el despilfarro de los gastos de guerra y la iniquidad de los términos del intercambio.

Es así que, ante ese panorama, debe tenerse en cuenta que la paz no puede mantenerse como una simple ausencia de guerra:

La ganancia también es necesaria. El productor debe capitalizar además de pagar salarios e impuestos para el presupuesto fiscal. El jornalero debiera capitalizar. Si no hay ganancia por encima del costo social, no puede haber ahorro nacional. Si no hay ahorro no puede haber crecimiento. No puede haber desarrollo. Si no hay desarrollo, no puede haber civilización. No puede haber paz.

El concepto de la paz elaborado por Figueres, como se ve, es una función de la justicia, pues la equidad, tanto interna como internacional, es la condición necesaria de la única y verdadera paz:

En este momento se nos está predicando un poquito demasiado el ideal de la paz dentro de las naciones, y esto es paradójico pues nunca será demasiado la prédica por el ideal de la paz. Pero, los que hemos tenido la sagrada necesidad de estar en la montaña con el rifle al hombro, no creemos que la paz sea el único o el principal objetivo de la humanidad o de las naciones: antes que la paz, muy deseable como es, está la justicia que engendre la paz, porque la paz por sí sola no engendrará la justicia.

LA PAZ Y LA LUCHA RECONCILIAN

Desde la visita a Cuba, efectuada en 1959, las relaciones personales entre Figueres y el dirigente cubano, Fidel Castro, quedaron en suspenso, hasta julio de 1981, es decir, 21 años después, cuando ambos se encontraron en Managua, con ocasión de celebrarse el primer aniversario del gobierno sandinista. Figueres recordaba ese encuentro: "En realidad fue una conversación muy corta, protocolar. No tocamos ningún tema. Nos saludamos cordialmente. Eso fue todo."⁷

El 2 de abril de 1982, el ejército argentino desembarcó y se apoderó sorpresivamente de las Islas Malvinas, arrebatándolas así al dominio inglés y cumpliendo un designio que se ha mantenido, cultivado, estimulado y fomentado en el ánimo del pueblo argentino, durante siglo y medio.

El drama había comenzado en agosto de 1831, cuando el entonces gobernador argentino de las Malvinas, Luis Vernet, capturó dos navíos estadounidenses que se dedicaban a cazar leones marinos en las aguas adyacentes, violando una prohibición del gobierno de Buenos Aires.

En represalia, y "para proteger adecuadamente el comercio norteamericano", una escuadra estadounidense ocupó Puerto Soledad, secuestró a todos los colonos argentinos incluidas las autoridades, incendió los establecimientos y robó los muebles y el ganado de aquéllos.

Acto seguido, soladas y desoladas las islas por los estadounidenses, fueron ocupadas por los ingleses, en enero de 1833, fecha desde la cual, y pese a las reiteradas protestas de todos los sucesivos gobiernos argentinos, los ingleses se han adueñado de las islas.

Dos meses después de la recuperación argentina, en junio del mismo año 1985, y después de una guerra corta pero costosa, con pérdidas de unas 1.500 vidas, 12 navíos destruidos, 70 aviones derribados y más de 3.500 millones de dólares invertidos por la corona, la pérfida Albión volvió a apoderarse del archipiélago.

Estados Unidos, pese al Tratado de Río que le obligaba a asistir a la Argentina ante una agresión extracontinental, combatió al lado de los agresores extracontinentales.

El orgullo nacional argentino fue ofendido y la solidaridad latinoamericana hizo suya la causa de la restitución de las Malvinas a la soberanía suramericana.

Fidel Castro se puso inmediatamente y sin condiciones, a favor de la causa latinoamericana y con ello, muchos gobiernos del Continente volvieron sus ojos hacia Cuba, y comenzaron a mostrarse menos hostiles con su régimen.

Varios acontecimientos posteriores hicieron suponer a muchos que se estaba operando un replanteamiento en las relaciones entre los países del Continente. En medio de esas condiciones, 23 años después, Figueres regresó a La Habana y se entrevistó con el dirigente cubano, durante unas nueve horas, en las cuales le planteó varios de los temas más trascendentales respecto de la situación política latinoamericana. Acerca de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, Figueres recordaba:

Fidel Castro manifestó que Cuba ha mantenido y sigue manteniendo su disposición de arreglar sus relaciones con los Estados Unidos, pero sobre una base de justicia y sin menoscabo de su soberanía ni de su dignidad; que hasta el momento las conversaciones que han tenido lugar con los representantes del gobierno norteamericano lo han llevado a la conclusión de que bajo el gobierno de Reagan es muy difícil llegar a un entendimiento, por mucha que sea la buena voluntad de Cuba.⁸

El expresidente Figueres también le planteó a Castro la situación de Nicaragua y de El Salvador, país este último que en esa época se encontraba sometido a un proceso de guerra civil que duraba ya más de cuatro años, y sobre lo cual, el presidente cubano:

(...) Dijo que está absolutamente convencido de que tanto Nicaragua como El Salvador quieren también llegar a un acuerdo negociado con los Estados Unidos, pero que son los Estados Unidos los que han obstaculizado y siguen obstaculizando ese posible arreglo.

Nicaragua se ha visto obligada a armarse porque está seriamente amenazada de ser invadida y de ser intervenida.

El comunicado emitido al final de la conversación entre Figueres y Castro, en lo relativo a El Salvador, señalaba:

La respuesta de Fidel se resume de la siguiente manera: "Creo definitivamente que el serio conflicto planteado en El Salvador debe tener una salida negociada y no una salida militar. La salida militar que en las actuales circunstancias podría conducir a una invasión de los Estados Unidos, sería el comienzo de un incendio en toda el área. Eso no nos conviene a los pueblos de esta región y creo que tampoco le convendría a los Estados Unidos ni a El

Salvador. Las fuerzas revolucionarias de El Salvador, que están en armas, han hecho saber repetidas veces que están dispuestas a negociar y han dado a conocer un posible plan de negociación. Pero no han sido oídas. Los Estados Unidos han maniobrado para conseguir que el control del país quede en manos de la extrema derecha y del ejército. De esta manera, como los hechos lo demuestran, jamás lograrán acabar con la lucha armada del pueblo y lo que únicamente lograrán será prolongar el sacrificio y el martirio del pueblo salvadoreño y mantener una bomba de tiempo en una zona muy delicada del Caribe. Creo que todavía es tiempo de lograr una solución negociada".

El mismo comunicado señalaba que, aún en esos momentos nadie razonablemente había planteado el establecimiento de dictaduras proletarias:

Es falso que los comunistas de esa zona pretendan construir en este período histórico, el socialismo mediante la dictadura del proletariado. Lo que buscan es un régimen democrático, sobre la base de una economía mixta y del pluralismo político, y la absoluta independencia política de nuestros países.

En el mismo comunicado, Figueres concluía con un patético llamado:

En estos momentos, cuando está subiendo la presión en la caldera y nos está amenazando también a nosotros los costarricenses, todos debemos luchar por la paz. En estos momentos cualquier palabra violenta, cualquier incitación al odio es una brasa más que se puede estar agregando a la hoguera.

Yo no encuentro más que dos caminos: o la negociación y la paz, o la guerra que nos destruirá a todos.

Notas

1. Figueres J.: Entrevista en: "Cuestión Latinoamericana", Estocolmo, agosto de 1984.
2. Ídem.
3. Entrevista.
4. Figueres, J.: Discurso ante la I UNCTAD.
5. Figueres, J.: Discurso ante la Universidad Autónoma de Nicaragua, con ocasión de conferirle el Doctorado Honoris Causa, junio de 1983.
6. Figueres, J.: Discurso pronunciado en la VI UNCTAD; junio de 1983.
7. Figueres, J.: citado en La Prensa Libre, San José, 21 de julio de 1980.
8. Memorándum: Manifestaciones del comandante Fidel Castro con respecto a planteamientos formulados por el expresidente de Costa Rica, José Figueres; en La Prensa Libre, San José, 26 de julio de 1982.

Capítulo XVIII

LA PAZ DE AMÉRICA CENTRAL COMO ESFUERZO SUPREMO

El caso de Nicaragua es probablemente el que más conflictos le acarreó al expresidente José Figueres, pero también es el que presentaba para él un valor emotivo y político más fuerte.

Desde la guerra contra la ocupación estadounidense encabezada por Augusto C. Sandino, Figueres fue solidario con las luchas de los nicaragüenses; mantuvo permanentemente una posición adversa frente al régimen dinástico establecido por Anastasio Somoza García.

Cuando Figueres se alzó en armas contra el gobierno de Teodoro Picado, Somoza se puso abiertamente a favor de éste y, en determinado momento, envió tropas nicaragüenses a territorio costarricense, con el propósito de apuntalar a Picado.

Pocos meses después del triunfo de Figueres, Somoza entrenó y pertrechó tropas del expresidente Calderón Guardia para invadir a Costa Rica e intentar el derrocamiento de la Junta Fundadora de la Segunda República.

En 1955, con ocasión del primer mandato constitucional del Presidente Figueres, Somoza de nuevo organizó y armó tropas calderonistas, les proporcionó entrenamiento, apoyo logístico y cobertura aérea en una nueva invasión que trataba de derrocar al gobierno costarricense.

Figueres, por su parte, aceptó la colaboración de numerosos perseguidos nicaragüenses, quienes participaron en sus fuerzas revolucionarias. Además, en reiteradas ocasiones proporcionó a los antisomocistas refugio, y ayuda, en distintas acciones contra el gobierno tiránico del vecino país.

En todo tiempo, Figueres mantuvo una lucha diplomática abierta e intensa, de denuncia y crítica, en contra de los Somoza, y un permanente apoyo a los antisomocistas: sin exageración, Figueres luchó durante 35 años ininterrumpidos, por derrocar a la dinastía de los Somoza.

Los constantes y sucesivos brotes insurreccionales que se registraron en Nicaragua, durante la existencia del gobierno dinástico nicaragüense, tuvieron el apoyo de José Figueres, ya fuera como mandatario, ya como simple ciudadano; y cuando el Frente

Sandinista intensificó su lucha en contra del gobierno Somoza, Figueres proporcionó ayuda militar, económica y diplomática, e inclusive vio enrolarse con los Sandinistas, a personas tan cercanas como sus hijos.

Refiriéndose a los Sandinistas, Figueres decía:

*Yo tengo sentimientos contradictorios; tengo con ellos, por sobre todas las cosas, la hermandad de la sangre: luché por 35 años contra Somoza, participé en la guerra sandinista, tengo un hijo que fue su mecánico de artillería: quiero mucho a los Sandinistas.*¹

Sin embargo, Figueres era por completo consciente de las dificultades que un movimiento como el de los Sandinistas podía encontrar y, dada su experiencia, más bien las consideraba normales:

*Creo que una transformación de la sociedad, como casi todas las sociedades de América, tan idealistas y radicales como la que los Sandinistas están tratando de llevar a cabo, topará con obstáculos tan grandes y numerosos, como si se tratara de establecer en países nuestros lo que llaman una república islámica.*²

Con base en su propia experiencia, anunciaba lo que claramente terminó ocurriendo en Nicaragua:

*Empieza por tener oposición en las clases pudientes y en las clases medias; empieza por tener oposición internacional en el ámbito de América. Luego tiene las enormes dificultades económicas, impuestas por la necesidad de grandes inversiones que no se pueden conseguir hoy fuera de Europa o Estados Unidos.*³

Aunque no justificaba una cierta situación, no por ello podía ignorar que existía realmente y cuáles eran sus causas, por lo que explicaba:

*Tal vez (el movimiento sandinista) es demasiado idealista. Tal vez es producto de actos heroicos, porque se hicieron hombres en la montaña, lo cual no es una escuela de gobierno ni de diplomacia.*⁴

Ciertamente, Figueres nunca ocultó su amistad y hasta admiración por Estados Unidos y su sistema democrático, especialmente por los sectores más avanzados de ese país. Ello frecuentemente le significaba un conflicto por su amistad y su defensa de los sandinistas. Ante el dilema, se pronunciaba por la justicia y criticaba fuertemente la política de los republicanos: "Los norteamericanos no comprenden que hay revoluciones que son inevitables, como la de Nicaragua."⁵

Y abiertamente criticaba la actitud y la acción de los conservadores del país del norte, y señalaba como "condenable la posición adoptada por los Estados Unidos de agredir a Nicaragua. Allí están repitiendo viejos errores."⁶

Recordaba la lucha que él mismo había dado en procura de que el proceso revolucionario cubano no se radicalizara, ni se fuera aislado respecto de América Latina, lo cual, en definitiva, determinó su dependencia respecto de la economía de los países socialistas. Ante los hechos de la realidad, se lamentaba: "Fue un error latinoamericano haberse apartado de Cuba, porque sus dirigentes emprendieron hace 23 años la construcción de un nuevo tipo de sociedad."⁷

OTRA VEZ "PRESIÓN Y DISTURBIOS"

Desde mediados de 1980, el gobierno republicano de Estados Unidos adoptó la política de presionar militarmente a los Sandinistas, siguiendo la tradicional tesis de que los gobiernos, al igual que los hombres, actúan de conformidad solamente bajo amenaza.

Los Sandinistas reaccionaron de acuerdo con otra tesis tradicional que no ha sido comprendida por los republicanos, tesis según la cual el carácter latinoamericano no se somete por las malas. Y el conflicto quedó planteado en términos de subsistencia para el régimen sandinista, y en términos de restablecer el orgullo del presidente Reagan.⁸

Normalmente ello hubiera desembocado en una invasión directa contra el pueblo nicaragüense. Sin embargo, el gobierno de Estados Unidos encontró muchos obstáculos internos y numerosos inconvenientes históricos que le impidieron semejante paso.

Principalmente, en el ánimo y en el recuerdo del pueblo estadounidense, todavía pesaba mucho la experiencia negativa de Vietnam, por lo que resultaba difícil que aceptara una invasión que podría concitar la solidaridad continental y que implicaba el riesgo de convertirse en una guerra prolongada, como ocurrió en tiempos de Sandino.

La doctrina militar norteamericana respecto de Nicaragua, por esas razones, se orientó hacia el hostigamiento militar con mercenarios y la preparación de una intervención colectiva con ejércitos latinoamericanos.

Dicha intervención, dadas las características y la capacidad de fuego de las fuerzas armadas Sandinistas, parecía llamada a realizarse en forma masiva, por diferentes frentes y con utilización de las armas convencionales más modernas, para cuyo desplazamiento sería indispensable contar con líneas seguras por rutas terrestres que necesariamente debían pasar por territorios de Honduras y de Costa Rica.

Este planteamiento se retrasó en su realización por numerosos inconvenientes insuperables, entre los cuales se encontraban: la baja calidad militar e ideológica de los antisandinistas; la actitud solidaria de varios países del Continente a favor de Nicaragua; en Honduras, el temor de los militares de verse desplazados y superados por los antisandinistas; y en Costa Rica, José Figueres Ferrer.

Durante la lucha contra la dinastía de los Somoza, el pueblo costarricense por completo se sumó al esfuerzo de los Sandinistas, proporcionando todo tipo de ayuda, inclusive en combatientes y en armas, en proporción tal que resultó completamente ineficaz todo intento de control por parte del gobierno.

Otros gobiernos latinoamericanos, como el socialdemócrata venezolano de Carlos Andrés Pérez, proporcionaron apoyo irrestricto inclusive en armamento, en condiciones tales que la guerra contra el gobierno de los Somoza parecía caminar hacia una intervención colectiva latinoamericana.

Para prevenir las consecuencias de un movimiento continental que ya se encontraba fuera de todo posible control, el gobierno de Estados Unidos se vio obligado a procurar el fin de la dinastía y a permitir el arribo de los Sandinistas al poder.

Cuatro años después, por causas complejas entre las que tuvo mucha importancia la política exterior del nuevo gobierno nicaragüense, la propaganda adversa y la idiosincrasia propia del pueblo de Costa Rica, éste ya se encontraba ideológicamente preparado para repetir su gesta solidaria con la lucha nicaragüense, pero esta vez contra los Sandinistas.

Consciente de que la situación del Istmo, por donde pasan algunas rutas estratégicas a escala mundial, se había convertido en un virtual detonante para un conflicto capaz de alcanzar dimensiones no imaginables, Figueres emprendió una lucha que, fuera de toda metáfora, tiene características titánicas: la lucha por la paz.

Nunca se puede prever todos los cursos posibles de la historia, como para señalar con certeza los resultados necesarios, si hubiesen cambiado las causas o las condiciones. Pero en el caso de Nicaragua, sin la actitud ni el esfuerzo de Figueres, son muchas las posibilidades de que el pueblo costarricense, por lo menos en una parte muy grande, hubiera dado su apoyo a los grupos armados antisandinistas y hubiera aceptado la participación de su país en una intervención armada para derrocar al poder sandinista, abriendo así el camino para que, por su territorio pasaran las necesarias rutas militares de comunicación, abastecimiento y transporte y, consecuentemente, llevando la guerra y sus calamidades al suelo costarricense.

Claro como estaba, en la extrema delicadez de la situación, Figueres insistía reiteradamente en que:

Cualquier estridencia, cualquier exabrupto, nos acerca al oscuro abismo de la tercera guerra mundial.

La situación es tan grave en estos momentos, que solo existe una alternativa: o convivimos y nos entendemos mediante el diálogo, o nos sumimos en la guerra y la violencia. Si alguien conoce otra, que la diga.⁹

LA PAZ BIEN VALE EL PRESTIGIO

En esa lucha por la paz, Figueres puso en juego su prestigio personal, su influencia política y la significación de una vida de lucha, emprendiendo solitarias y personales campañas en contra del macartismo, del belicismo y de la incompreensión.

En octubre de 1985, en medio de una de las más fuertes campañas de prensa en contra de los Sandinistas, campaña que hacía temer a muchos la inminencia de una intervención armada, Figueres emprendió una de las acciones más espectaculares, que él relató de la siguiente manera:

Con Nicaragua yo tengo deberes y derechos contraídos. He luchado durante la mitad de mi larga vida por su libertad. He perdido entrañables amigos en esa lucha. Nunca pudimos triunfar hasta que entraron en la pelea los Sandinistas.

Después de la pelea aparecieron entre algunos de ellos y yo, importantes discrepancias ideológicas y de política internacional. Ellos las conocen bien. Nunca les oculté mi parecer. Siempre nos respetamos mutuamente. Nunca me sumé, privada o públicamente, al coro de sus detractores.

Creo que ahora estamos llegando a un entendimiento en ideas políticas y sociales. Creo, por otra parte, que tanto ellos como los luchadores respetables que los combaten, han llegado a comprender la esterilidad de la guerra entre hermanos nicaragüenses.

Observando esos estados de ánimo he aceptado la instancia de los trabajadores de Costa Rica, para mediar en esta guerra. Vivo agradecido con los países hermanos que se han preocupado por restablecer la paz en Centro América. La OEA, el Grupo de Contadora y varios países que recientemente entraron a respaldarlos, merecen nuestra gratitud.

Costa Rica está muy interesada en la paz con Nicaragua. Ya sufrimos dos invasiones de la dinastía somociana, en diciembre de 1948 y en febrero de 1955. El Presidente Monge ha declarado con visión histórica, la neutralidad del país. Es una valiosa contribución a la paz universal.

Los sindicalistas costarricenses promovieron una reunión en la Cancillería de Costa Rica, tres semanas atrás, con los señores expresidentes de la república.

Los trabajadores sugirieron una visita a la zona de combate del río San Juan; en compañía del diputado Miguel Angel Guillen, navegamos varias horas sobre el Río Frío, hasta su desembocadura en el San Juan. Vimos, con gran satisfacción, que venía a recibirnos una flotilla de lanchas militares, de gran velocidad, cuyos tripulantes, al vernos, lanzaron vivas a Costa Rica.

En el puerto de San Carlos se agruparon más de mil personas. Vinieron allí tres altos representantes del gobierno nicaragüense: el miembro de la Junta, padre Ernesto Cardenal, el viceministro de Relaciones Exteriores, José León Talavera, y el señor presidente del Tribunal Electoral, magistrado Mariano Fiallos, exrector de la Universidad de León.

El público no mostró ninguna hostilidad hacia Costa Rica. Todos se veían contentos al saber que íbamos en misión de paz. Tanto ellos como los vecinos costarricenses que ocupan la ribera del Río Frío, desean ardientemente trabajar tranquilos y comerciar pacíficamente entre ticos y nicas.

En todo momento, en privado y en público, hice ver que yo no llevaba la representación oficial del Gobierno de Costa Rica; que se trataba humildemente de unas ideas de los sindicalistas y mías, y que todos respaldamos al Gobierno de Costa Rica, a su Presidente don Luis Alberto Monge y a su canciller, don Carlos José Gutiérrez.¹⁰

En medio de esta pieza de orfebrería política, Figueres planteó con mucho cuidado, las diferencias entre la discrepancia normal y la intransigencia peligrosa:

Quienes se oponen a combinar la libertad política con el bienestar social, tienen una palabra mágica que le endilgan fácilmente a cualquiera que quieran combatir. Esa palabra es: comunismo. Cuando yo me criaba en un hogar español del siglo XIX, la palabra mágica para combatir al pensamiento era: protestantismo. Durante cuatro siglos Europa estuvo dividida entre católicos y protestantes. Durante más de un milenio, la humanidad ha estado dividida entre mahometanos y cristianos. Siempre se han usado palabras mágicas para combatir a los hombres que piensan y estudian, y desean mejorar el género humano.

Como ciudadano, siento el deber de pensar y dar opiniones. Para fomentar el bien de la paz, hay que combatir el mal de la guerra.¹¹

Esa lucha permanente por la paz le significó a Figueres ser objeto de acerbos críticas por parte de los muchos sectores que se hallaban a favor de la intervención armada contra la Nicaragua sandinista, pero también se sumaron al coro todos los que en

diversas formas y distintas épocas habían resultado perjudicados con las reformas que él patrocinó, o que simplemente le adversaban por razones de tipo ideológico o político.

Inclusive facciones de su mismo partido, sensibles a la ola contrarreformista estimulada por la crisis, que ya se habían alineado contra el intervencionismo del Estado en las cuestiones económicas y sociales, se sumaron entusiastas a las críticas.

Se acostumbra sostener que el modelo económico y social que impulsó Figueres y los reformistas de los años cuarenta ya ha caducado; que el intervencionismo, al cual se da en llamar "paternalismo estatal", ha provocado un gigantismo estatal que resulta demasiado caro e insostenible, por lo que, dicen, es necesario restituir o entregar a la empresa privada, las instituciones que permitieron a las grandes mayorías costarricenses superar la pobreza, condición que se estableció y fue predominante en la primera mitad del siglo, precisamente bajo el imperio de la empresa privada.

Ante aquellas aseveraciones, Figueres se preocupó por señalar las limitaciones de la empresa privada para contribuir a la solución de los grandes problemas sociales contemporáneos, y también reconoció las limitaciones históricas de la reforma que impulsó en los años cuarenta, las cuales, a su juicio, necesitaban ponerse a la altura de las nuevas condiciones, las de los años ochenta.

Siguiendo esa posición, en varias ocasiones defendió la necesidad de revisar aquellas reformas, mediante un gobierno de excepción, que fuera capaz de profundizarlas y de ponerlas a la altura de las necesidades mucho más complejas, según se habían desarrollado.

Pese a que muy pocas personas atendieron ese planteamiento, Figueres se mostró consciente y preocupado porque el desarrollo de Costa Rica siguiera sometido a esquemas que fueron elaborados para superar la situación de 40 años atrás; y también se mostró preocupado porque esos esquemas dejaran de ser impulsores del progreso y del bienestar del mayor número, y pasaran a ser obstáculos para el desarrollo futuro, es decir, negación de la justicia social, causas de intranquilidad y, por tanto, origen de la pérdida de la paz.¹²

Pero, sobre todo, Figueres se mostró, muy preocupado por el peligro en que se había colocado la paz, tanto en la región centroamericana como en el mundo en general, lo que lo llevó a adoptar una posición abiertamente crítica de la política desplegada por el gobierno de Ronald Reagan, en Estados Unidos, política directamente orientada a las soluciones militares para los conflictos sociales y políticos del Istmo.

Figueres, por el contrario, fue especialmente consciente de la gravedad y de la razón de esos conflictos, y se pronunció vehemente por la búsqueda de soluciones pacíficas:

Un campesino superexplotado que ya se dio cuenta de que lo están jinetando desde que vinieron los europeos, llevarlo a un diálogo o pedirle que haga elecciones en estos momentos, es como ponerle chaleco y corbata a un descalzo. ¿Qué puede entender esa gente de elecciones?

Ese problema no se resolverá a través de la guerra. Hay la posibilidad de que se posponga, como hay la alternativa de que, por ejemplo en El Salvador, el gobierno gane la guerra y no haya ganado más que una batalla (...) Porque esa guerra reventaría otra vez, porque el país no tiene recursos para darle escuela a toda la población, medicina, comida, vestido (...) Eso apenas sería una tregua.¹³

En El Salvador no han podido apachurrar a la guerrilla, ni siquiera con el poderoso respaldo de los Estados Unidos. Incluso en el eventual caso de un triunfo del gobierno ante la insurgencia éste sería efímero.¹⁴

DIÁLOGO O DESTRUCCIÓN: HE AHÍ EL DILEMA

En medio de aquella volátil situación, Figueres se pronunció reiterada y enfáticamente, por el diálogo y el entendimiento entre las partes en conflicto, entre las grandes potencias, y entre los países de la región, señalando que según se hallaba planteado el problema, dada la complejidad de los intereses en pugna, el poderío de las naciones desarrolladas y la intransigencia de las partes involucradas, solamente queda el camino del diálogo y de la aceptación de los unos respecto de los otros.

Insistió en que otra actitud, como el macartismo, la intransigencia o la incomprensión de los problemas, la intolerancia e inclusive la injusticia en las relaciones comerciales internacionales, eran los caminos directos hacia la confrontación y la guerra, cuyas proporciones eran francamente impredecibles.

Figueres sintetizaba su posición al respecto, en los siguientes términos:

Esa es la realidad de nuestro tiempo. Lo queramos o no lo queramos. Todos saben que yo luché muchas décadas para que el desarrollo latinoamericano siguiera otros caminos, más acordes con las aspiraciones costarricenses.

Se me criticó. Se me acusó de meterme en "aventuras internacionales". Casi no encontré apoyo en Estados Unidos donde cuento con tan buenas amistades.

Hoy la situación es la que vemos. Es desesperante. Hay que buscarle salida. No debemos ser campo de batalla de dos grandes potencias y tendencias. Tenemos que entendernos. No veo otra alternativa que no sea la violencia y la destrucción.¹⁵

Notas

1. *Figueres, J.: en: Semanario Universidad; San José, 21 de septiembre de 1984.*
2. *Ídem.*
3. *Ídem.*
4. *Ídem.*
5. *Universidad; San José, 10 de agosto de 1984.*
6. *Ídem.*
7. *La Prensa Libre; San José, 9 de julio de 1982.*
8. *Véase: Semanario Universidad; 29 de abril de 1983.*
9. *Entrevista.*
10. *Comunicado sobre la visita a Nicaragua. Documento original.*
11. *Ídem.*
12. *Entrevista.*
13. *Universidad; 26 de abril de 1982*
14. *La República; San José, 23 de marzo de 1983.*
15. *La Prensa Libre; San José, 9 de julio de 1982.*

Capítulo XIX

OTRA HISTORIA PARA COMPARAR

En 1958, con el Tratado Multilateral de Libre Comercio e Integración Económica, nació el Mercado Común de Centro América (MCCA), que quedó institucionalizado dos años después, con la firma del Tratado General de Integración Económica de América Central, firmado por los cinco países de la región.

El Tratado de Integración eliminó los aranceles entre los países signatarios e introdujo un arancel común para el comercio de la región con los restantes países del mundo.

Desde un principio se enfrentaron dos criterios antagónicos, uno de los cuales se pronunció a favor de lo que se conceptualizó como integración económica, entendida como el acoplamiento de los distintos mercados, cada uno con sus características, e incluyendo en la concertación a los países extrarregionales.

El otro criterio se concretaba en la idea de un mercado común, como la erección de un solo mercado, casi exclusivamente regional y al que concurrían todos los participantes, investidos de una igualdad formal en cuyo nombre pudieran competir libremente con los demás.

Los industriales y los comerciantes salvadoreños defendieron y lograron imponer el segundo de esos puntos de vista, conscientes de que la igualdad formal de la competencia les representaría una ventaja real muy grande, debido a las condiciones de sobreoferta y sobreexplotación de la mano de obra de su país.

El MCCA propició para los poderosos de El Salvador, una considerable expansión económica, y la modernización de sus aparatos productivos y de hegemonía social, lo que, en otro orden de cosas, les permitió profundizar y fortalecer las estructuras económicas, la injusta distribución de la riqueza y, consecuentemente, la ya enorme brecha social.

Para los exportadores salvadoreños, el MCCA les representó la obtención de beneficios muy grandes, de manera que las exportaciones a la región se multiplicaron varias veces y se triplicaron en importancia relativa. Así, en los inicios del MCCA, en 1960, las mercaderías vendidas por El Salvador a los países de la región no alcanzaban el 11 por ciento del total de sus exportaciones; cinco años después

sobrepasaron el 21 por ciento, y en 1968 se habían colocado encima del 35 por ciento.

Por otra parte, y desde mucho antes, los industriales y latifundistas salvadoreños habían venido utilizando a Honduras como la válvula que les permitía regular y mantener bajo control la presión de la "bomba demográfica".

El MCCA reprodujo en pequeño la división internacional entre países ricos y altamente beneficiados, y países pobres y sobreexplotados. El Salvador asumió el papel de aquéllos, en forma tal que Honduras, campo para guardar la reserva de mano de obra de la oligarquía salvadoreña, pasó a ser proveedor de materias primas y consumidor de productos terminados, para la industria de su vecino.

Esa situación desequilibrada entró en crisis a mediados de 1968, cuando la incipiente clase industrial hondureña trató de recuperar su propio mercado, para lo cual inició una fuerte campaña contra los productos del país vecino, presionó porque se expulsaran decenas de miles de inmigrantes y congeló gran parte de las inversiones salvadoreñas en Honduras.

Para los exportadores salvadoreños la situación se planteó revestida de una gravedad definitiva, y con la misma falta de imaginación con que han actuado siempre, y con la misma agresividad con que han mantenido la situación de injusticia interna, trataron de mantener la situación de injusticia externa.

En primer lugar, levantaron una campaña de propaganda antihondureña por los medios de comunicación bajo su control —que son prácticamente todos—. En segundo lugar instigaron a los militares para una guerra de conquista y, por último, recabaron el apoyo de las capas mayoritarias de la población, mediante la exaltación irracional de valores nacionalistas.

En el término de pocas semanas, la atronadora campaña había logrado enardecer a casi toda la población. Los políticos tradicionales se disputaban con muchos políticos supuestamente progresistas y de izquierda, el honor de instigar más ardorosamente a las masas y en apoyar a los militares en los afanes de conquista que les habían despertado los plutócratas. Las pocas personalidades consecuentes que trataron de denunciar el engaño fueron arrasadas por las turbas enardecidas.

Organizaciones supuestamente democráticas llamaron a las armas y se dedicaron a reclutar voluntarios... ¡Fue uno de los momentos más vergonzosos de la historia salvadoreña reciente!

El ejército opresor del pueblo salvadoreño marchó a masacrar y a despojar al pueblo hondureño, bajo las encendidas aclamaciones del primero.

En solo cien horas de encarnizada lucha, se derramó mucha sangre de hermanos y se destruyó mucha de la muy escasa riqueza de dos pueblos miserables, sin razón ni beneficio alguno.

Desde el momento en que la campaña guerrillera prendió en las masas, el fenómeno se salió de todo control, porque las masas envenenadas exigieron la guerra hasta el grado de hacerla ineludible. Después, las mismas masas desengañadas exigieron cuentas a los embaucadores, pero ya era muy tarde: el daño estaba hecho.

A causa de aquella guerra inútil pero sangrienta, los plutócratas y los militares salvadoreños perdieron el control de la situación, sin que pudieran recuperarlo por muchos años. De inmediato, el mercado común se desmanteló y el comercio centroamericano se fraccionó; dos años más tarde, el ejército se resquebrajó y la insurrección de su parte menos retrógrada fue aplastada por los ejércitos vecinos; poco tiempo después la oposición interpretó la situación y tomó las armas; y tan solo siete años después, en 1979, se desató la guerra civil que habría de durar una década, sacrificar más de cien mil vidas, consumir inmensas cantidades de riqueza social y concluir sin solucionar uno solo de los problemas que la inspiraron.

Las conclusiones que se derivan de esta historia indican que una vez que los himnos y las danzas de guerra abrasan a las masas, el conflicto se vuelve inevitable, excepto que haya un poder disuasivo tan grande como para sobreponerse a la excitación causada por el olor de la sangre.

La misma experiencia corrobora el principio según el cual, algunos pueden darse cuenta cómo comienza este tipo de conflictos; nadie puede predecir cómo terminarán; pero, todo el mundo sabe quienes sufrirán las consecuencias.

En los años ochenta, con la presencia del poder sandinista en Nicaragua, se presentaron en Costa Rica situaciones que podían compararse en muchos aspectos, con la planteada por el conflicto entre Honduras y El Salvador.

Desde la instalación del régimen sandinista en la vecina Nicaragua, los conflictos bilaterales se sucedieron con regularidad, con distintos grados de intensidad, a veces realmente serios, frecuentemente imposibles de comprobar, pero siempre muy adecuados para exaltar los sentimientos nacionalistas.

Tales conflictos se vieron acrecentados por los medios de comunicación que difundían la posición oficial estadounidense, manifiestamente adversa al gobierno vecino, con la colaboración de personalidades especialmente susceptibles a ese tipo de problemas.

A propósito de cada uno de esos conflictos, una gran parte de la prensa nacional — incluida la de mayor influencia social— levantó intensas campañas antisandinistas, y

a veces llegó al grado de clamar por la guerra santa contra de los infieles nicaragüenses.

Esas campañas lograron inculcar un sentimiento nacional de traición respecto de los Sandinistas, de quienes se señalaba que fueron apoyados en su lucha, por todo el pueblo costarricense, pero que una vez en el poder se entregaron al comunismo, y a la provocación contra Costa Rica.

Sobre la base de ese permanente sentimiento antisandinista, en varias oportunidades los himnos y las danzas de guerra inflamaron los sentimientos de las masas, hasta acercarlas al límite, casi imperceptible, en el que dejan de ser simples ceremonias prebélicas para convertirse en zafarrancho de combate.

Como se dijo, una vez desatados ese tipo de conflictos, es imposible prever la forma en que terminarán. Cabría incluso la posibilidad de que la civilista y democrática Costa Rica se hubiera convertido en campamento de tropas extranjeras, o que en su seno se desarrollaran cepas militares y paramilitares suficientemente fuertes como para amenazar la existencia del régimen social y político costarricense.

En todo caso, es de suponer que cualquier esfuerzo de guerra, cualquier sacrificio y cualquier derramamiento de sangre hubiera sido doloroso e indeseable, y que era una urgencia prioritaria tratar de evitarlo. La subsistencia del régimen de justicia social también requiere el esfuerzo para prevenir el conflicto.

Con todo, los tambores de guerra estuvieron a punto de conseguir que muchas personas sensatas perdieran la perspectiva y corrieran a empuñar las armas, como ocurrió en aquellos otros países centroamericanos.

En el caso de Costa Rica, sin embargo, a diferencia de El Salvador y Honduras, operó oportuna y eficazmente, un poder suficientemente grande como para detener un proceso que en otras condiciones pudo haber sido irreversible. Ese poder se llamó José Figueres Ferrer, a quien sin duda le inspiraba el instinto paternal de prolongar la vida de la Segunda República.

EPÍLOGO

Las inquietudes sociales de José Figueres, que se manifestaron desde los primeros años de su juventud, mediante la participación en tempranas acciones políticas, adquirieron una expresión sistemática en su primera obra, *Palabras Gastadas*, escrita durante su exilio en México, en 1942.

En ese opúsculo, Figueres planteó ya en aquella época, la necesidad de darle un nuevo contenido a las palabras democracia, socialismo y libertad, en lo que constituía una equilibrada integración de esos tres valores fundamentales, en un sistema de democracia política que se desarrollara con libertad individual, fundamentado en la justicia social.

En su exposición para el Ideario Costarricense, de marzo de 1943, producto también de las reflexiones del exilio, proclamó su fe en una tarea que entonces demostraba tener más elaborada, al decir, como conclusión extraída de sus conversaciones con jóvenes campesinos e intelectuales costarricenses: "Demostraremos, en la retorta diminuta de nuestro laboratorio sociológico (...) hasta dónde puede ser eficiente un régimen de respeto y libertad".

Cuando en mayo de 1944, José Figueres regresó de su exilio, dijo a la multitud que le recibió como héroe:

Yo juro que algún día, sea mañana, sea dentro de meses o de años, al levantarse el sol sobre el oriente patrio volverá a alumbrar para regocijo nuestro y para aliento de las demás naciones, el espectáculo grandioso de la Segunda República de Costa Rica.

En menos de medio siglo, aquel vaticinio, que al mismo tiempo era una promesa, se ha hecho una realidad tangible y sus efectos se encuentran expuestos a la consideración y a la crítica general.

En mayo de 1948, la Segunda República comenzó a convertirse en una realidad objetiva, al abrir las puertas del poder político y de la economía, para que entraran nuevas clases sociales.

La Segunda República estableció un fuerte dispositivo institucional capaz de garantizar, dentro de los difíciles límites de la aceptación general, la posibilidad de acceder al poder mediante procedimientos electorales imparciales. Esto se

complementó con un replanteamiento de las campañas electorales, que al pasar a costearse con fondos públicos, fueron sustraídas del monopolio del gran capital.

La Segunda República nacionalizó la banca, valga decir, el manejo de la riqueza monetaria social, con el propósito de utilizarla como instrumento para desarrollar un nuevo y amplio capitalismo pequeño y mediano.

Emprendió un lento pero eficaz proceso de nacionalización de empresas extranjeras que controlaban rubros fundamentales de la economía, como la explotación bananera, las comunicaciones, el transporte, la producción y la distribución de la energía, entre otros.

A la par de la tarea de distribuir más justamente la riqueza, emprendió la labor de modernizar el aparato del Estado y de mejorar los servicios públicos destinados a la población general; así emprendió colosales programas para desarrollar la energía y las comunicaciones que la industrialización y el desarrollo reclamaban; y estructuró los servicios de educación y salud, para adiestrar y mantener en condiciones de alta productividad a la fuerza de trabajo nacional.

Todo ello configuró un régimen de democracia política fundamentado en un sistema de justicia social, cuya necesidad de subsistencia impuso la sabia medida de suprimir el ejército como institución permanente, cerrada, monopolizadora de la fuerza coactiva social, muy propensa a implantar regímenes injustos y a mantenerlos mediante más injusticias.

Como beneficio adicional, todo lo que antes se gastaba en comprar armamento y en mantener a la soldadesca, se invirtió para costear la salud y la educación de todos.

La eficacia del sistema conocido como la Segunda República, se sintetiza en los indicadores correspondientes a los rubros económicos fundamentales, muchos de los cuales se encuentran inclusive por encima de los niveles registrados en países desarrollados.

Para sacar adelante el sistema orgánico que él bautizó como la Segunda República, José Figueres tuvo inclusive que poner en juego su propio prestigio, en condiciones tales en que nadie más que él y solamente en esa forma, fue posible garantizar la subsistencia del sistema mencionado.

Sólo la historia podrá decir cuánto tiempo sobrevivirá la Segunda República a su progenitor.

Si la República de Platón trató de ser la integración de las doce principales constituciones de la antigua Grecia, y la de Cicerón pretendió trazar el ideal político de la Constitución romana, la República de Figueres fue la encarnación de las

aspiraciones de la clase media costarricense, progresista y con sentido de su proyección histórica.

Si la Segunda República francesa fue aplastada por el poder feudal de la nobleza y las botas de los militares alzados en la restauración, y la Segunda República española cayó abatida por los fascistas de todo el mundo y la traición de los militares, la Segunda República costarricense, la de Figueres, libre del cáncer castrense, se encuentra por ello libre para prolongarse todo el tiempo que las nuevas generaciones sepan resistir la presión y las tentaciones que pretenden separarlas del camino señalado.

Ese camino no es reaccionario, ni burgués, ni retrógrado. Es, por el contrario, consecuentemente revolucionario, ampliamente democrático y definidamente progresista, porque sin necesidad de cambiar radicalmente el sistema, cambió radicalmente las estructuras del mismo, para erigir una nueva concepción completamente distinta y superior calidad, mezcla de democracia política con democracia social; es decir, constituyó lo que usualmente podría designarse como una democracia social.

En el ámbito latinoamericano, las ideas que Figueres predicó y profesó, cuya expresión más definida fue la Internacional Democrática, han empezado a rendir sus frutos, con el desarrollo más o menos vertebrado, de un nuevo movimiento latinoamericanista de corte bolivariano.

El escenario político del subcontinente fue ocupando paulatinamente por elementos de una nueva clase de políticos populares, muchos con sentido social, en sustitución de muchas de las satrapías militares hereditarias que aún eran dominantes bien entrado el medio siglo. La que Figueres bautizó como "la internacional de las espadas" ha venido cediendo terreno ante una nueva conciencia nacionalista y progresista.

Nombres como los de Ornar Torrijos, Juan Velasco Alvarado Salvador Allende, Maurice Bishop, Jaime Roídos y tantos otros, incorporados ya al santoral cívico de la gran patria latinoamericana, demuestran que las condiciones políticas esenciales de los pueblos están cambiando a un ritmo que históricamente es muy acelerado.

Cada vez con más frecuencia, grupos de dirigentes políticos de nuevo cuño se involucran en la disputa del poder frente a los tradicionales dictadores militares.

Ese proceso de formación de una nueva conciencia ha continuado desarrollándose, en niveles cada vez altos, que incluyen reuniones directas entre los dirigentes y los jefes de Estado o de gobierno de los países latinoamericanos, sin la tutela de potencias hegemónicas, al estilo del Congreso Anfictiónico convocado por El Libertador hace más de siglo y medio.

En el ámbito internacional, las ideas que José Figueres defendió y propugnó en numerosos congresos y publicaciones, aunque han tenido que enfrentar un camino muy difícil, han progresado en el marco de organizaciones como la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNC-TAD) y en la creciente aspiración de los pueblos del Tercer Mundo por un comercio internacional justo, por relaciones de interdependencia y de colaboración equitativas, por la complementación económica y la ayuda recíproca en el marco del respeto a la dignidad de todos.

Ya en la segunda Conferencia Interamericana Pro-democracia y Libertad, celebrada en Caracas, en abril de 1960, José Figueres señalaba:

Lo que sucede hoy en la economía internacional es una repetición aproximada del curso que siguieron internamente los países ahora industriales, durante los últimos 200 años. Una minoría acaparaba la riqueza producida por la sociedad entera. Una minoría cultivaba las artes, y las técnicas incipientes...

El drama se repite ahora, no ya entre minorías ricas y mayorías pobres dentro de las sociedades avanzadas, sino en el amplio escenario del comercio entre pueblo y pueblo, entre unos pocos países ya enriquecidos y los muchos países "proletarios" de nuestro tiempo.

Ideas que habría de complementar cuando, en octubre de 1966, hablando en el seminario sobre "Historia y futuro de la economía latinoamericana", en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), señaló que la integración, como instrumento de desarrollo, para que sea efectiva, debe basarse en la integración interna entre el campo y la ciudad, y la integración internacional entre países pobres y países ricos.

Se ha hecho familiar el ideal del "reparto justo del ingreso nacional", dentro de cada país, pero apenas empieza a hablarse del "reparto justo del ingreso mundial".

Esa tesis, que más tarde se concretaría en el lema del Tercer Mundo en el seno de la UNCTAD, "precios justos, no ayuda", Figueres la elaboró diciendo que

(...) El desarrollo latinoamericano es una lucha de muchos frentes. No se debe decir que el problema es tal o cual, o que la solución es ésta o aquélla. Cualquier frente que se descuide, debilita y retrasa a todos los demás. Necesitamos mercado común pero también necesitamos la integración del campo y la ciudad. Un sector importante de nuestros campesinos necesita reparto de tierras, pero otro sector aún mayor necesita jornales mínimos decentes. Necesitamos difundir la enseñanza, pero igualmente, o más aún, mejorar la nutrición. Finalmente, todos nuestros esfuerzos internos serán nulos, sino se establece la justicia económica internacional.

Y concluyó su alocución en la Universidad de México: "En realidad, lo que necesitamos integrar son nuestros esfuerzos".

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE JOSÉ FIGUERES FERRER

- La América Hoy; en: revista Combate No. '7, julio-agosto de 1959. América Latina hoy: un continente en marcha; Imprenta Nacional, San José: 1986.*
- Así nacen las palabras y los cuentos; Ed. Costa Rica, San José,*
- Carta a don Jaime Solera: Unificar el cambio o unificar el país; Imprenta Nacional, San José: 1969.*
- Cartas a un ciudadano; Imprenta Nacional, San José: 1955.*
- Ciprés con S-elección A-bono L-UZ; Imprenta Nacional, San José; 1972.*
- Comercio entre países pobres y países ricos; en Revista Combate N0. 24, de septiembre-octubre: 1962.*
- Costa Rica un país en marcha; COVAO, Cartago: 1973.*
- Cubases tiernos en abril; ICAR, San José: 1975.*
- Discurso en la Universidad de León; en ocasión de recibir el grado de Doctor Honoris Causa; junio de 1983: mimeo, CEDAL: 1983.*
- Estabilización del café; en Revista Combate NB17, julio-agosto: 1961.*
- Esos diez años; Discurso pronunciado por el señor Presidente de la República el 29 de enero de 1953. Imprenta Nacional, San José, 1958.*
- Los deberes de mi destino; Imprenta Vargas, San José: 1957.*
- Dos revoluciones; Ed. Morúa Carrillo, San José: 1962.*
- Franjas de luz: arboricultura en el paralelo 10; Ed. Tecnológica, Cartago: 1979.*
- Intervención en el debate general de VI UNCTAD, Belgrado Yugoslavia; mimeo, CEDAL: 1983.*
- Mandato de las Naciones Unidas en la República Dominicana; en Revista Combate No. 2, septiembre-octubre: 1958.*

Mensaje a la Conferencia Interamericana Pro-Democracia y Libertad, celebrada en La Habana, el 12 de mayo de 1950; San José, s/f.

Mensaje del Señor Presidente Constitucional de la República; Imprenta Nacional, San José: 1957.

Mensaje presidencial ante la Asamblea Nacional Constituyente, el 16 de enero de 1949; Imprenta Nacional: 1949.

Nacionalización bancaria en Costa Rica; Imp. La Española, San José: 1960.

No se puede escupir a una política exterior. Discurso ante el Congreso de los Estados Unidos de América; en Revista Combate, No. 1, San José, julio-agosto de 1958.

Orientación política de la Junta Fundadora de la Segunda República; Imp. Nacional, San José: 1949.

Palabras gastadas; Lehmann Editores, San José: 1979.

Países ricos y países pobres; en Revista Combate No. 11, julio-agosto: 1960.

La pobreza de las naciones; Imp. Nacional, San José: 1973.

Los problemas de la paz y de la guerra; discurso pronunciado en la reunión de presidente de América, en Panamá, el 22 de julio de 1956 s/e: 1956.

Reflexiones en tomo a América Latina; mimeo, CEDAL: 1983.

OBRAS DE OTROS AUTORES

AGUILAR BULGARELLI, Oscar: *Costa Rica y sus hechos políticos de 1948*; EDUCA, San José: 1974.

AMERINGER, Charles D.: *Don Pepe: a political biography of José Figueres Of Costa Rica*; University Of New México Press, Albuquerque: 1978.

ARAVA POGHET, Carlos: *Historia de los partidos políticos: Liberación Nacional*; Ed. Costa Rica, San José: 1968.

—*Liberación Nacional en la historia política de Costa Rica 1940-1980*; Ed. Nacional de Texto, San José: 1982.

ARIAS SÁNCHEZ, Oscar: *¿Quién gobierna en Costa Rica?*; EDUCA, San José: 1976.

ASAMBLEA NACIONAL CONSTITUYENTE DE 1949: *Actas, T I, II y III*; Imp. Nacional, San José: 1952.

BAYO, Alberto: *Tempestad en el Caribe*; s/e, México: 1950. BELL, John Patrick: *Guerra civil en Costa Rica*; EDUCA, San José: 1976.

BENAVIDES, Enrique: *Nuestro pensamiento político*; Imp. Trejos Hnos. San José: 1975.

BOLIVAR, Simón: *Ideas fundamentales*; Ministerio de Relaciones Exteriores, Caracas: 1981.

BONILLA, Harold: *Figueres y Costa Rica: una biografía política independiente*; Ed. Sol, San José: 1977. —*Los presidentes*; Ed. Texto, San José: 1985.

BOSCH, Juan: *Apuntes para una interpretación de la historia costarricense*; Ed. Eloy Morúa Carrillo, San José: 1966.

BOTEY Ana María, et. al.: *La crisis de 1929 y la fundación del Partido Comunista de Costa Rica*; Ed. Costa Rica, San José: 1984

- CALDERÓN GUARDIA, Rafael Angel: *Mensajes presidenciales*; Imp. Nacional, San José: 1944.
- CAÑAS, Alberto: *Los ocho años*; Editorial de Liberación Nacional, San José: 1955.
- CASTRO ESQUIVEL, Arturo: *José Figueres Ferrer: el hombre y su obra*; Imp. Tomo, San José: 1955.
- CECADE: *Historia gráfica de las luchas populares en Costa Rica, 1870-1930*; Porvenir, San José: 1986.
- CECADE-CIDE: *Centro América: crisis y política internacional*; Siglo XXI, México: 1984.
- CENTRO PARA EL ESTUDIO DE PROBLEMAS NACIONALES: *Surco*; Colección facsimilar, San José.
- CERDAS, Rodolfo: *La crisis de la democracia liberal en Costa Rica*; EDUCA, San José: 1972.
- DE LA CRUZ, Vladimir: *Las luchas sociales en Costa Rica*; Ed. Costa Rica. San José: 1980.
- FACIO, Rodrigo: *Obras de Rodrigo Facio*; T. I a TV; Ed. Costa Rica, San José: 1972.
- FALLAS, Carlos Luis: *Calderón Guardia, José Figueres y Otilio Ulate a la luz de los acontecimientos políticos*; s/e, San José: 1955.
- FERNANDEZ, Antonio: *Historia contemporánea*; Rialp Madrid: 1974.
- FERNANDEZ GUARDIA, Ricardo: *Cartilla histórica de Cusú Rica*; Imp. Atenea, San José: 1964.
- GALLARDO, Helio: *Teoría y crisis de América Latina*; Nueva Década, San José: 1984.
- GAMBOA, Francisco: *Costa Rica: ensayo histórico*. Ed. Librería Internacional, San José 1974.
- GUEVARA Ernesto: *La guerra de guerrillas*; Ediciones Populares Los Andes, Lima: s/f.
- GUTIERREZ, Carlos José: *et. al.: Derecho constitucional costarricense*; Ed. Juricentro, San José: 1983.

HERNÁNDEZ, Miguel A.: *José Figueres y su política exterior*; Tesis UNA, Heredia: 1979.

JIMÉNEZ, Carlos María: *La Legión Caribe*; Imp. Borrarse, San José: 1948.

JONAS B., Susanne: *La ideología social demócrata en Costa Rica*; EDUCA, San José: 1984.

JUNTA FUNDADORA DE LA SEGUNDA REPÚBLICA: *Proyecto de Constitución Política*; Imp. Nacional, San José: 1949.

KREHM, William: *Democracias y tiranías en el Caribe*; Ed. Unión Democrática Centroamericana, México: 1949.

LÁSCARIS, Constantino: *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica*; Ed. Costa Rica, San José: 1975.

MONGE ALFARO, Carlos: *Historia de Costa Rica*; Ed. Librería Trejos, San José: 1978.

NAVARRO BOIANDI, Hugo: *José Figueres en la evolución de Costa Rica*; Imp. Quirós, México: 1953.

—*La generación del 48*; Ed. Olimpo, México: 1957. OBREGON LORÍA, Rafael: *Costa Rica y sus hechos políticos y militares*; Ed. Museo Nacional Juan Santamaría, Alajuela: 1981.

—*Conflictos militares y políticos de Costa Rica*; Imp. La Nación, San José: 1951.

ODUBER, Daniel: *Raíces del Partido Liberación Nacional*; CEDAI., San José: 1985.

—*De dónde venimos*; Ed. Publinal, San José: 1974.

PÉREZ BRIGNOLI, Héctor: *Breve historia de Centro América*; Alianza Editorial, Madrid, 1985.

RODRÍGUEZ, Mario: *América Central*; Diana, México: 1967.

RODRÍGUEZ VEGA, Eugenio: *Apuntes para una sociología costarricense*; Imp. Tormo, San José: 1953.

—*Biografía de Costa Rica*; Ed. Costa Rica, San José: 1981.

—*Los días de don Ricardo*, Ed. Costa Rica, San José: 1971.

—*Siete ensayos políticos*; CEDAL, San José: 1982.

ROJAS BOLAÑOS, Manuel: *Lucha social y guerra civil en Costa Rica 1940-1948*;
Ed. Porvenir, San José: s/f.

ROVIRA MAS, Jorge: *Estado y política económica en Costa Rica 1948-1970*;
Porvenir, San José: 1982.

SÁENZ, Vicente: *Centro América en la cruz*; Ed. UDC, México: 1949.

—*Latinoamérica contra el coloniaje*; Ed. UDC, México: 1942.

SALGUERO, Miguel: *Tres meses con la vida en un hilo: crónicas y entrevistas*;
EUNED, San José: 1981.

SÁNCHEZ VEGA, Alexis Antonio: *José Figueres Ferrer y la nueva dirigencia
política en Costa Rica de 1940 a 1970*; Tesis UCR, San José: 1983.

SOLÍS, Manuel, et. al.: *Las perspectivas del reformismo en Costa Rica*; DEI-
EDUCA, San José: 1980.

VEGA CARBALLO, José Luis: *Hacia una interpretación del desarrollo
costarricense*; Ed. Porvenir, San José: 1980.

—*Poder político y democracia en Costa Rica*; Porvenir, San José: 1982.

VON CLAUSEWITZ, Karl: *De la guerra*; Diógenes, México: 1977.

ZELEDÓN CAMBRONERO, Mario: *Pensamiento Americanista de Vicente Sáenz*;
Tesis, San José: 1976